

Encuentros
DE GÓNDOLA
Azul

¿ES POSIBLE ENAMORARSE
A TRAVÉS DE UN CUADRO?

ADA SAN MARCO

Título original: Sueños de góndola azul
© Ada San Marco (2023)

Diseño de portada y maquetación: Verónica Espinosa
Corrección: Rocío G. Yuncal
Ilustraciones: Ada San Marco

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Performance: actividad artística que tiene como objeto la improvisación y el contacto directo con el público. Manifestación expresiva en la que el cuerpo del artista es fundamental para transmitir el mensaje creativo.

PARTE I



Capítulo 1: El cuadro

«Quizá en este momento nadie se dé cuenta de que existo», pienso sentada en pleno museo, en la silla de Nora, nuestra más eficaz vigilante. Ha salido a tomar café y me ha dejado a cargo de la penúltima sala, la dedicada al siglo XX; pero, entre el blanco inmaculado de las paredes y tanto cuadro de gran formato, mis vaqueros desgastados y mi jersey gris se difuminan por completo.

Desde luego, Nora debería darme las gracias porque este no es mi trabajo. Yo, Clara, restauradora de profesión, no me dedico a custodiar sino a recuperar glorias antiguas y ajenas, a limpiarles la capa ennegrecida, a extraer la frescura de ese color carne que late bajo el engaño del tiempo. Justo lo mismo que me gustaría hacer con mi corazón y sus heridas, si es que eso fuera posible.

Sí, lo mío es reparar. Y no se me da bien esto de vigilar salas, me hace sentir como un soldado estando de guardia. O como una chica-mueble con deportivas y tarjeta identificativa, o como una especie de delgado perchero solitario con pelo rizado y oscuro en el que nadie se fija... O peor aún, como un simple armario funcional que ha cumplido treinta y tres años, que se ha dejado abrir tanto por hombres como por mujeres y que ahora, con la cara lavada y sin barniz, se lamenta de la soledad de sus repisas.

En fin, que me estoy poniendo triste y no debo. No es momento ni lugar.

Esta sala es demasiado amplia como para abarcarla de una sola ojeada, ya lo sé. Debería levantarme y pasear entre el público, como hace Nora; pero no me apetece. Mejor saco mi pequeña libreta de apuntes, la que siempre me acompaña a modo de diario, y me pongo a dibujar sin pretensiones.

No sé por qué Nora me pide a veces que la sustituya. ¿Será porque aunque ya no nos acostemos juntas, le sigo pareciendo de fiar? Creo que no hace bien. Es curioso que siendo yo restauradora de este museo, no me importe lo más mínimo, por ejemplo, que esa panda de chavales de unos trece años se estén acercando a nuestros maestros del cubismo con tanto peligro. Es mi fallo, lo reconozco: soy demasiado confiada. Tal vez, por eso, a aquella Clara del pasado, a la pobre ingenua que era yo con veinte años, la engañaron con tanta crueldad. Y supongo que estoy pensando en ello, en mis fantasmas ocultos, por culpa del inesperado mensaje que recibí ayer y que no quise contestar siquiera.

Sigo a lo mío, en mi dibujo, sin echar cuenta al grupo de visitantes. ¿Qué van a hacer esos críos después de todo? Van con su profesor, pues que vigile él.

—Cubismo, chicos, lo que hemos explicado en clase... —oigo decir—. Fijaos cómo el artista reduce a la modelo a triángulos, círculos... —Hay murmullos y risas veladas en el grupo—. ¡Antonio, te he oído, y a la próxima porquería que digas no vuelves a salir de excursión!

A los niños siempre se les desata la lengua con ese cuadro, no sé por qué estimula sus mentes delirantes. ¿Será por esa desnudez integral de la retratada, a pesar de su camuflaje

geométrico? No sé, no entiendo a los niños. No tengo ninguno y hace tiempo que me olvidé de esa grisalla que fue mi infancia. Pero, en cambio, entiendo de arte. He estado en ambos bandos, como dibujante y dibujada. Y sí, también me desnudaba ante un artista en aquellos años confiados. Mi vida se llenó de color cuando me hice modelo de pintura a los veinte años, o al menos eso me parecía por entonces. Aunque quizá aquella experiencia se convirtió en el rojo más doloroso y saturado de mi existencia gris.

—¿Y por qué la pinta tan fea, maestro?

—El artista tiene una visión muy diferente a la nuestra, Antonio. El genio crea su propia realidad.

Se oyen más susurros y comentarios. De repente, un grito de niña púber que estalla escandalizada:

—¡¡Profe, Antonio dice que me parezco a esa pintura en...!!

—¡¡¡Antonio, como insultes a tu compañera, te puedes dar por expulsado!!!

Me dan ganas de abordar al grupo y abrir debate: «Chicos ¿qué entendéis vosotros de realidad? ¿Qué sentía la modelo, una más entre las desgraciadas parejas de ese genio del cubismo, antes de ser reducida a círculos y triángulos? ¿Cuál era su verdadera realidad?»

Pero no levanto ni siquiera la vista, por supuesto. Sigo enfrascada en mis apuntes, dibujando con rotulador de punta fina sobre el papel. Nadie repara en lo que hago, quizá nadie entiende este rayado errático. Porque, en verdad, ahora no ejerzo de dibujante, ni de restauradora. Ahora soy solo yo, a solas con mi inconsciente.

De repente y desde la esquina me llega, alta y airada, la voz de Nora.

—¡Está prohibido acercarse a los cuadros! ¡Caballero, tenga la bondad de vigilar a sus alumnos!

Levanto la vista y veo el rostro abochornado del profesor, a los niños retirándose rápido de la cinta de seguridad y a Nora viniendo hacia mí en la imponente seriedad de su uniforme azul marino.

—Ya te vale, Clara —bisbisea indignada—. Es que no se te puede dejar sola.

—Tampoco hacían nada malo —digo en mi defensa.

—¿Y cómo lo sabes, si ni siquiera estabas mirando?

Sacude su flequillo teñido de rubio ceniza, pone los brazos en jarras y me recrimina con esa mirada de gallo de pelea que me conozco de memoria: es la misma que cuando nos tirábamos los platos a la cabeza en los últimos días de nuestra convivencia. Sin embargo, hubo un tiempo en que Nora y yo, a pesar de que ahora me parezca mentira, nos acostábamos, nos besábamos... Aunque ni ella era demasiado cariñosa ni yo me sentí nunca a gusto en esa relación.

Pero de eso hace ya dos años.

—Vete a tomar café, que estás dormida, como siempre.

—Pues no, no lo estoy.

Y me callo, pero me ofende que pague su frustración conmigo. Solo he bajado a despejarme, no a desayunar; es más, aún me corresponde otro cuarto de hora. Después volveré a la sala de restauración, arriba, a la planta tercera del museo, a emprenderla con un lienzo valorado en sesenta y cinco mil euros y unos cuantos problemas de adherencia.

Me levanto, libreta en mano, sin más explicaciones, y camino hacia la última y más solitaria sala, la dedicada a nuevas adquisiciones. Me siento en los bancos metálicos del centro. Allí, colgado, está mi cuadro preferido. Su título: *Caballo que espera*, del autor Camilo Sarén.

Me enamoré de este lienzo en cuanto empecé a trabajar aquí y no sé por qué, quizá hay algo

en él que destila tristeza y pérdida, como mi propia existencia. El bohemio y mediático Sarén se cotiza cada vez más alto por dos razones: primero, porque está muerto y morirse da fama. Y segundo, porque cuando el cáncer se te lleva a los treinta y cinco años como fue su caso, el morbo alimenta tu valor artístico.

El cuadro, en concreto, no es que sea de una originalidad extrema, pero me intriga. Representa, en 116x89 centímetros, un caballo azul envuelto en un ambiente de tubos futuristas, junto a una niña diminuta que casi se oculta, desvaída, en un mar acuarelado. Viene a ser algo parecido al colorido de Chagall, pero en manos de un original grafitero.

Lo adoro. Es dulce, como un pastel, pero no empalaga. A veces he querido perderme en ese vaho de marfiles y platas, respirar esa atmósfera de holograma y hacerme parte del lienzo. Pagaría por saber qué es lo que espera ese caballo tan azul y tan triste, pero he de conformarme con lo que voy a hacer ahora: reducirlo a simples rayas negras en mi libreta durante mis ratos de descanso...

¿Que si servirá de algo este apunte? Seguro que no. Pero abocetar es, para mí, una forma de hacer mío lo que quiero y no tengo. «Y quizá al cuadro le venga bien», pienso con una sonrisa. Así me tendrá confianza cuando algún día lejano le toque pasar por el taller de restauración.

El grupo de estudiantes ha pasado a otra sala, por fortuna. El taconeo de Nora deja de resonar en mis oídos y me enfrasco en mis trazos hasta que algo me hace sombra a la derecha y levanto la vista. Ha entrado una pareja y se han colocado cerca de mí. El hombre está absorto en el cuadro de Sarén y ella, en mi libreta. ¿Alguna parte del tándem me robará la atención, a mí, que me atraen los dos sexos? ¿La mitad masculina... o la femenina?

Sin duda, ella.

De una ojeada, la abarco por entero. Tendrá unos veintisiete o veintiocho años, rubia teñida con raíces castañas, labios delineados como los de una muñeca y maquillaje grueso que disimula, más o menos, una piel algo imperfecta. Los ojos castaños, dulces y húmedos. Aspiro su perfume vaporoso de violetas. Ella misma va vestida en suave color violeta, con un traje de dos piezas clásico, quizá de *boutique*, pero que no favorece a sus caderas, un poco anchas para su torso.

—Muy bello... —me dice señalando a mi libreta.

Inclino la cabeza en gesto de agradecimiento.

—No se trata de mérito mío, sino del modelo —contesto algo azorada.

Hay algo en ella que me gusta y no sé qué es. Quizá esa suavísima feminidad que yo no tengo y que, en su caso, lucha contra tan lujosa y cara envoltura. O a lo mejor ese pelo rubio de raíces castañas que parece tan sedoso, pero que seguro podría brillar más en su color natural.

Mi nariz ha dejado de percibir el aroma a violetas y de pronto siento que el sueño se desvanece. El hombre, joven y enchaquetado —supongo que su marido—, saca el móvil para atender una llamada:

—Sí, hemos venido a echarle un vistazo —oigo que contesta—. Enseguida vamos con usted.

Pone la mano en el hombro de la chica, pero ella no se da por aludida y sigue mirando la libreta. Luego vuelve sus ojos castaños hacia mí.

—Dice tanto tu dibujo en tan poco espacio... —Hay en su voz un levísimo acento cuya procedencia no alcanzo a definir. Me habla en tono delicado, un poco agudo, como si contuviera un ligero sollozo—. ¿Qué harás con él?

Me encojo de hombros. No sé qué haré con este boceto. Supongo que lo mismo que con todos, lo de siempre: dejarlo ahí, en el cuaderno, dibujar otro y otro, y cuando ya no queden hojas, guardarlo en mi estudio minúsculo, ese en el que ya apenas entro porque todo mi trabajo

artístico se realiza fuera de él.

La mano del hombre sube hacia el cuello de ella, como si de repente quisiera marcar su propio territorio.

—Nos esperan, cariño.

En un arranque impulsivo, doy un tirón al papel y se lo acerco. Ella parpadea incrédula.

—Oh, ¿¡es para mí!? ¡Mira, Adolfo!

El marido levanta las cejas y hace un gesto de compromiso. Sin duda me ha tomado por una especie de artista callejera, aparecida de pronto en las tripas del museo.

—Bonito, sí...

La chica se vuelve hacia mí.

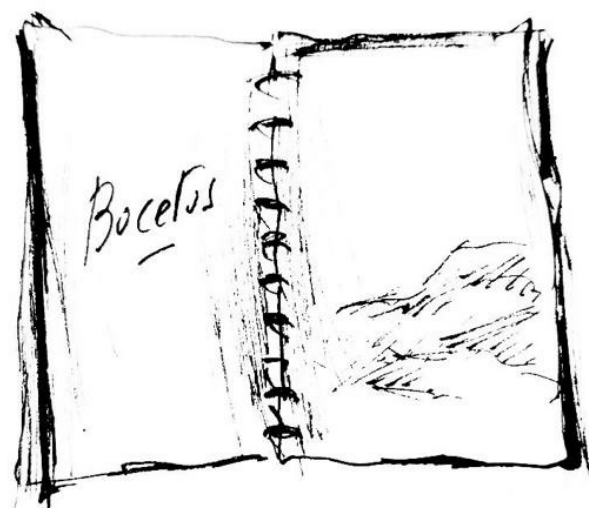
—Muchas gracias, no sé qué decirte... ¿Podrías firmarlo, por favor? —me suplica con el mismo candor de una niña que no atinara a desenvolver su regalo.

En silencio, satisfecha del interés que despierto, escribo mi nombre. Hace demasiado tiempo que nadie elogia o, más bien, se fija en lo que dibujo, y me emociono de la forma más tonta. Por un momento, pienso en añadir mi número de móvil, pero desisto. ¿Para qué, si nunca va a llamarme? Prefiero quedarme con este momento de violetas y ojos castaños que ha puesto azúcar a una mañana anodina, dedicada, como tantas otras, a restaurar grietas.

Lee mi nombre y me dedica una sonrisa. Después lo mete con delicadeza en una bolsa que lleva el anagrama del museo. Sin duda, ya han pasado por la tienda, habrán comprado *souvenirs* y se marchan.

—Muchas gracias por tu regalo. —Hace una pausa tan larga que me desconcierta un poco. No sé si es que duda qué decir, tiene un lapsus o no se encuentra bien. Pero al fin, tras unos segundos, parpadea muy deprisa y señala a la pintura. Su voz ahora suena firme en mis oídos—. Mi nombre es Berta... Berta Sarén. Mi hermano fue el autor de ese cuadro.

Me quedo muda, impactada, incapaz de reaccionar, mientras ella me dedica una última sonrisa. La veo irse con su marido, sin mirar ya nada más.





Capítulo 2: Vida de artista

Wikipedia: *Camilo Sarén (Castellón 1973, Milán 2008), fue un artista plástico español que desarrolló su labor artística en Italia. De familia acomodada, mostró desde muy pequeño dotes para el dibujo académico, lo cual le llevaría a cursar estudios de Bellas Artes que abandonó en busca de una trayectoria más auténtica y ajena al sistema. Admirador de Basquiat, su corta pero prolífica carrera tocó el neoexpresionismo, el grafiti, la performance y, en sus últimos años de enfermedad, un lirismo intimista y depurado.*

He vuelto a la sala de restauración, y allí, frente a Juan, mi colega, en nuestro reino de sulfato de calcio y demás súbditos fieles, el ordenador no me cuenta más de lo que ya sabía. Nada se habla de que el artista tuviera una hermana y, si es así, debieron llevarse más de quince años.

En cualquier caso, Sarén, de quien solo tenemos ese cuadro en el museo, es considerado el *enfant terrible* que se opuso al sistema, el dios arrebatado en plena juventud y, quizá por eso, encumbrado en exceso al Olimpo del arte, según algunas opiniones.

Me pierdo por el ordenador, en busca de más datos, pero sé que Juan, de un momento a otro va a hablarme.

—Clara, ¿cuánto tiempo hay de plazo para entregar estos cuadros de Sorolla?

—No sé con exactitud, un mes quizá, ¿sobre el veinte de junio?

En realidad, sí que lo sabe. Ahora que de forma puntual solo estamos nosotros dos en el equipo, él es quien se ocupa de la logística. Pero imagino que me habla porque me ve abstraída y reacia a trabajar. Y el tiempo apremia. Las dos marinas que estamos restaurando viajarán en préstamo a Amberes y la fundación desea presentar su mejor cara.

La colección *Áureo Sastre* —dorado desastre, como gusta de llamarla el propio Juan por la cantidad de restauraciones que ha necesitado— fue comprada al completo hace siete años por una entidad bancaria, y expuesta al público en un espacio dotado con las mejores condiciones. Un edificio, once salas y más de ochenta obras adquiridas a lo largo de su vida por la familia Sastre que, según se dice, con ello blanqueó dinero obtenido de la especulación. Pero los Sastre, no obstante, son considerados grandes mecenas y así reza en la audioguía introductoria que acompaña a los visitantes del museo, de modo que yo no entro en más quebraderos de cabeza. A mí solo me pagan.

—Clara, estás ida —me dice Juan sin parar de trabajar.

Puede que tenga razón. Quizá sea mi imaginación pero hoy no me llega el olor de los disolventes, sino un inefable aroma de violetas y, en medio, esos ojos dulces que me han dejado

tocada. Estoy tan sola y veces soy tan sentimental...

—Métete en tu lienzo y dale al hisopo, anda —contesto.

Pero se lo digo sin acritud. Entre él y yo hay ya años de confianza, desde que nos conocimos en aquel curso de especialización en el Prado hasta que acabamos los dos trabajando aquí, casi al lado del Mediterráneo.

—Pues ahí te quedas con tus grietas, ¡antipática! —me replica entre risas.

Juan me cae bien. A nivel físico no es nada del otro mundo. Con sus casi treinta y ocho años tiene la frente afebrada, la cara estrecha y los rasgos desvaídos, como si el Greco lo hubiera dibujado en un momento de bajón. Y también una sonrisa franca, de esas que dejan ver las encías y que se vuelve entrañable cuando acaba en carcajada. Imagino que de estudiante debió de ser el típico tío que no ligaba pero al que todas las chicas querían de confidente. En cualquier caso, la vida le ha sonreído, creo yo, a juzgar por cómo presume de sus hijos y de su mujer. Siempre pienso que es tal y como trabaja: un hombre de pincelada pequeña y discreta; nada artístico, pero necesario.

—Grietas, siempre grietas... —murmuro resignada ante esta marina que tengo delante, tan magistral como mal conservada.

Con resignación me pongo la bata blanca, salpicada de manchas azul cobalto y miro al gran ventanal de este ático diáfano, inmenso y ventilado. El hilo musical que ha enchufado Juan, me trae el repertorio sesentero que a él tanto le gusta. Infumable.

Aún ando rebuscando entre mis pinceles cuando la puerta se abre. ¿Quién será? Estiro la cabeza para ver tras el caballete y veo a Garrido, el conservador del museo, haciendo pasar a una pareja.

Me pongo muy nerviosa. ¡Es ella, de nuevo! Pero... con su marido, claro.

—Y aquí es donde se realizan los trabajos de restauración, como pueden ver. —Garrido, calvo, enchaquetado y dicharachero, engola la voz, como siempre que habla de lo que no domina—. Observen que nuestras obras, antes de ser intervenidas, se someten a análisis rigurosos. Y, por supuesto, se manipulan siguiendo las premisas que debe cumplir una buena restauración, o sea, estabilidad... —duda, como de costumbre, no lo recuerda.

—Reversibilidad y legitimidad. —Completo yo, elevando un poco la voz desde mi rincón. ¿Por qué me late el corazón tan rápido cuando los tres se vuelven hacia mí?

—¡Exacto! —Garrido sonríe, orgulloso de tener un equipo tan colaborador—. Clara, Juan, quisiera presentaros a doña Berta Sarén, responsable de Marketing de la galería Rota, de Milán. Hemos llegado a un acuerdo con su directora y nuestro cuadro *Caballo que espera* viajará para ser expuesto allí, en una muestra colectiva.

Apenas escucho el resto de la explicación. Ella me mira, primero muy sorprendida, pero luego se me acerca y sonríe como si se hubiera reencontrado con su mejor amiga.

—¡Qué sorpresa tan agradable! No sabía que eras... que usted era restauradora de este museo.

Desde la puerta, Garrido se atusa la calva y habla sin parar mientras ella, con la mirada curiosa de una niña, llega hasta mi caballete.

—Como verán, Clara se encuentra restaurando un pequeño formato de los fondos de nuestra colección, una obra de...

La chica no parece oírle. Su mirada vaga por mí, por mi bata y luego por el Sorolla que espera aburrido y nada acostumbrado a no ser el centro de mi atención. Con una mano, acaricia el bastidor de madera, pero de una forma tan sensual, tan íntima, que yo misma me siento tocada.

El marido interviene, apremiante y a la vez sonriente, aunque apenas le hago caso. Habla de que necesitan un informe de cara a los trámites del seguro, que disculpemos tanta precipitación, que por supuesto todo correrá a cargo de la galería...

Oigo a Juan, dubitativo; nunca sabe decir que no.

—En teoría, llevamos un orden de trabajo, pero si es necesario, se hará.

Ella sigue acariciando el bastidor como una niña pequeña. Y no sé con qué se habrá rozado, pero en su carísimo traje malva hay ahora una pequeña mancha azul cobalto.

—Debería haberse puesto una bata para entrar aquí —murmuro un poco nerviosa. Al igual que ella, he recuperado la más absoluta cortesía. Ella me sonríe.

—No importa, adoro el mar y su color. —Repara en la mancha, a la altura de su pecho izquierdo. Contempla la marina de Sorolla y luego me mira a los ojos, casi tímida—. Es otro regalo más que me llevo hoy, además del de usted.

No lo puedo creer. ¿Es rubor lo que tiñe sus mejillas? ¿Está ligando conmigo?

—Quisiera que ella realizara el informe de *Caballo que espera*. —Se ha vuelto de prisa a Garrido y me señala a mí, entre inocente y coqueta—. ¿Sería posible, señor director?

Mi jefe se apresura a inclinarse ante lo que parece un capricho de niña rica ya crecida.

—¡Por supuesto! Y ahora, si son tan amables, firmaremos el papeleo del traslado. ¡Lástima que la señora Rota no haya podido ponerse al teléfono! Hubiera querido manifestarle mi agradecimiento en nombre de la fundación.

Ella me sonríe de nuevo, con sus labios pintados de coral y me da la espalda para marcharse con su marido.

Siento me he quedado prendada de esa chica, como una estúpida.



Mi pequeño ático alquilado ha ido haciéndose poco a poco minimalista. Y el frigorífico también. Es lo que tiene vivir sola, que con el tiempo vas conformándote con lo necesario. Tampoco suelo recibir a nadie. Desde que hace años me propuse sentar la cabeza y vivir insertada en la sociedad, mi vida cambió y —extraña paradoja— se hizo más solitaria.

Siempre compro lo mínimo en el supermercado de la esquina. Me he acostumbrado a cenar un par de tapas en el bar de abajo, y si no, repito de manera lastimosa el pinchito de pollo día tras día. También visto vaqueros de igual corte de lunes a viernes y chalecos de tono neutro. No soy original, quizá por eso ya no pinto, sino restauro.

Me llaman al móvil. Es mi madre.

—¿Clarita?

Hace tanto tiempo que me fui de mi ciudad y de mi casa que a veces ya ni recuerdo a qué olían las rosas de la terraza en primavera. Me marché, decidida a ser diferente, a apañármelas sola. Y juro que lo hice, por lo menos al principio.

—¿Cómo te va, hija?

—Todo como siempre, mamá.

Él, mi padre, no suele ponerse al teléfono. Aún no encaja mis tendencias bisexuales y menos que rote entre novios y novias «como una bala perdida», me suele decir.

Pero no es que nos llevemos mal. No nos hemos llevado nunca, simplemente —y supongo que con mi madre le ocurre igual— es un hombre que necesita un hogar pero que no entiende de

compañía. Él, en su tienda de zapatos ortopédicos, todavía recuerda que la hija tuvo un novio a los quince años y así se lo cuenta a los otros miembros de la familia, que aprietan los labios cuando se les habla de la oveja descarriada. «Sentará la cabeza y se casará un día, como debe ser; porque el ambiente la pervirtió, a ella solo le gustan los hombres», suele concluir, según mi madre.

—¿Cuándo te veremos por aquí? Tampoco es que estemos a cien kilómetros, digo yo.

—Ni idea, mamá. Hay mucho trabajo en el museo.

—Pues tienes que cuidarte. Y ojo a esas comidas basura...

Me cuenta detalles intrascendentes, cotilleos sobre mis primos y me pregunta si me alimento bien. Todo lo que debe hacerse con la ya independizada y malograda hija única.

Aunque tampoco es que me haya echado a perder. Y tampoco soy hija única. Hubo otro, dos años antes de que naciera yo, un hermano al que tuvieron que sacar de urgencia y que tan solo vivió unos minutos.

En el fondo sé que mi madre no ha superado aquella pérdida, aunque me diga cuánto me quiere, y supongo que mi padre tampoco, porque ese chico hubiera colmado sus típicas aspiraciones masculinas mucho más que yo. Él no quería una niña, estaba claro. Quizá por eso, cuando yo era pequeña, le quitó las ganas a mi madre de que me apuntara a gimnasia rítmica y me metió en la escuela de atletismo, aunque a él el deporte le importara un rábano. Supongo que no quería ver moños ni *maillots* en las obligadas actuaciones de final de curso.

Y el caso es que me hubiera ido bien en gimnasia, decían que tenía gran flexibilidad. Pero me gustó aquello del atletismo, aunque mis pequeños éxitos y marcas pronto se convirtieron en cháchara para mi padre. «Las hijas para las madres», me decía. Tan solo aquella vez que me fracturé el tobillo en un entrenamiento y tuve que ir al instituto con muletas, accedió a llevarme en coche, muy agobiado, eso sí, porque la ortopedia debía abrir con puntualidad. Y si mis entrenamientos para el maratón le traían sin cuidado, menos aún las clases de pintura a las que yo quise apuntarme porque me aburría de pasar el resto de las tardes mirando por la ventana.

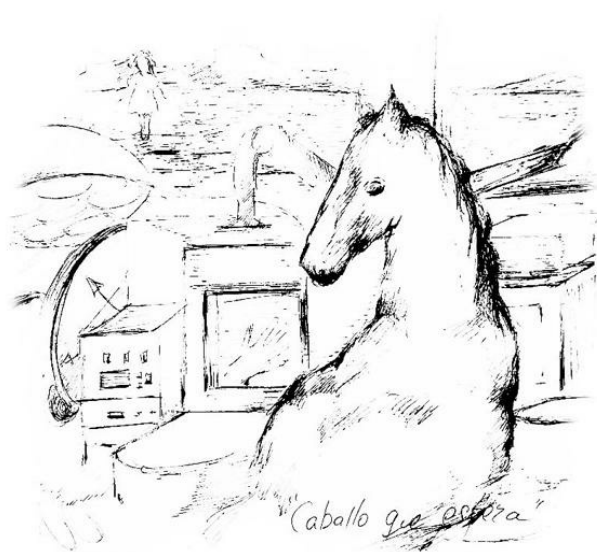
Cuando también me aburrí de correr para batirme a mí misma, cuando decidí que prefería color en mi futuro y no un mostrador de plantillas ortopédicas, la comunicación se cortó aún más. Y ahora, que me gano la vida restaurando cuadros en vez de cuerpos, él y yo no tenemos ya nada en común.

Colgamos el teléfono al cabo de quince minutos hablando. Supongo que mi madre también se siente sola, pero que lo lleva mucho mejor que yo. Quito el plástico a la bandeja de pinchos de pollo, saco la sartén y pongo aceite a calentar. Pero el móvil suena otra vez.

—¿Y ahora qué pasa, mamá? —me quejo sola en voz alta mientras apago el fuego—. ¿Se te habrá olvidado decirme que el primo Pedro se casa con su perfecta novia? ¿O a lo mejor que la perfecta prima Rosalía está ya esperando un perfecto bebé?

Aunque... también podría ser la hermana de Camilo Sarén, esa chica hecha de violetas que no consigo olvidar. ¿Le habrán dado mi número en el museo?

Pero no es mi madre ni tampoco la dulce rubia de ojos tristes. Es el mismo número que me dejó un mensaje ayer por la noche y al que no quise contestar, el número de alguien que ya no odio pero que tampoco soporto y que he enterrado definitivamente en mis recuerdos. Alguien con quien rivalicé por el maligno amor de un hombre hasta perder la batalla. Alguien llamada Susana.



"Caballo que espera"



Capítulo 3: La llamada del

pasado

Hoy martes he quedado al fin con ella, con Susana, en una tetería donde ofrecen catorce tipos de té. El mío sabe a hierbabuena y me está quemando los dedos, pero prefiero este calor exagerado al frío que me provoca la presencia de esta antigua compañera de fatigas. Engullo, por hacer algo, un par de pastas de mantequilla que ofrecen de regalo, y veo que ella las rechaza. Yo nunca he sido de engordar, Susana, al parecer sí.

Mientras soplamos la infusión y damos los primeros sorbos, nos observamos de reojo. Susana ha cambiado, ha perdido todo el desparpajo y la frescura de los veinte años. Ahora tiene los labios inflados de bótox, algo de papada y la cara diferente, quizá más redonda, pero sin aquella sonrisa de oreja a oreja que tanto la caracterizaba. Susana, sus pechos en forma de gota de agua, sus caderas anchas y bajas, su famosa risa provocadora... aunque a mí no me decían nada aquellas dos hileras de dientes grandes e inmaculados que se exhibían a la menor ocasión. Por entonces yo no sabía lo que era el sexo con una mujer, pero por más que ya lo hubiera probado, jamás me habría ido a la cama con ella. Me resultaba simple, vacía e incolora.

Tampoco se me hacía fácil llevarla al papel. Si dibujabas a Susana, siempre te quedaba paticorta. A mí, en cambio, los estudiantes me plasmaban proporcionada pero con las costillas y la clavícula marcada en exceso, como si hubiera salido de un campo de concentración. Delgada sin dejar de estar saludable, acostumbrada desde pequeña al deporte, los profesores solían decir que, a nivel óseo, yo era una buena lección de anatomía.

—¿Y que ha sido de ti? —Abro fuego, porque ella parece que no se atreve—. ¿Aún estás con él? ¿Habéis tenido hijos?

Me resisto a nombrar a aquel cerdo miserable que, por supuesto, tenía nombre y apellidos y se conocía todo de mí; no en vano, me follaba y me pintaba cómo y cuándo le apetecía. Ella remueve el té despacio. Parece a punto de llorar.

—No, no tenemos hijos. Jorge ya es padre de un chico al que apenas vio crecer, tú sabes que de joven cambiaba de pareja como de ropa.

—¿Y cómo está ahora? —pregunto con curiosidad.

—Bien... sigue con su trabajo en Valencia. Yo he venido a casa de mis padres unos días, y como sabía que trabajabas por aquí, se me ocurrió llamarte. —Toma aire y hace una mueca como si quisiera contener el llanto—. Le voy a dejar, Clara, me es infiel desde hace años y ya no lo soporto más.

«Cada cual acaba bebiendo su propia medicina», pienso yo tomando otro sorbo de té.



Posar en la facultad recién llegada a Valencia para iniciar la carrera de arte fue, tanto en mi caso como en el de Susana, una forma fácil de pagar mis gastos de chica independiente. Unas cuantas horas sin ropa mirando al infinito, un rato para almorzar y luego, a clase.

El día en que me seleccionaron fue algo así como *La elección de la modelo* de Fortuny, ese cuadro que me tocó analizar años después en un curso de especialización, solo que, en vez de aquel grupo de burgueses con casaca y atención libidinosa que retrata la pintura, elegían dos catedráticos apresurados. Nos quitamos el albornoz y subimos, desnudos, uno por uno, a la tarima del aula de dibujo, a hacer un par de poses. A los dos chicos —uno largo y flaco, y otro ancho y musculoso— les pidieron posturas extremas, a Susana una pose de pie y a mí, supongo que por mi complexión atlética y estrecha, una postura retorcida, expresionista, al estilo de las modelos de Schiele. Al final, nos contrataron a los cuatro, tenían bajas y el asunto urgía.

No me costó trabajo acostumbrarme a las miradas en las clases de la mañana. Pasado el momento del debut, ese instante en que por primera vez me desprendía del albornoz blanco y quedaba desnuda sobre la tarima, mi cuerpo se convertía en un objeto de carne analizado y estudiado. Yo era un conjunto de medidas, bombardeado al principio por mil ojos que, al cabo del tiempo, se olvidaban de mí y luchaban contra sus propios fantasmas disfrazados de carboncillo.

Y, a veces, pensaba que los hombres de mi vida se comportaban igual: mi padre, mi primer novio... primero me hacían caso y luego se acostumbraban a mí hasta el punto de ignorarme por completo. Pero al menos allí, en clase, la venganza llegaba cuando en el descanso me paseaba envuelta en mi albornoz entre los caballetes. A través de aquellos estudiantes inhábiles, me veía vertida al papel, casi siempre desfigurada, raquítica o robótica; y quizá en ese momento, al ver mi cara aguantando la risa, ellos pasaban mucha más vergüenza que yo posando.

El primer año no tuvo nada digno de mención. Compartí un piso minúsculo y desordenado con Susana, por la zona de Cabanyal, y me pasé el tiempo entretenida entre juergas y flirteos. Ni ella ni yo parábamos por casa ni nos contábamos nuestra vida, más allá de chismes y cotilleos. Pero en segundo curso, y por información que me pasó la propia Susana, empecé a posar a solas para Jorge Vitoro, uno de los artistas jóvenes más becado por instituciones y con más futuro a nivel profesional.



Vuelvo a la realidad ante la mirada ansiosa de Susana.

—¿Y por qué se te ha ocurrido llamarme? —pregunto con desconfianza mientras remuevo por enésima vez el té—. No es por nada, pero en fin... hace mucho que no hablamos.

—No sé. No tengo a nadie con quien desahogarme y quería... supuse que estarías contenta de saber de lo que te libraste.

Me encojo de hombros y trato de fingir despreocupación.

—Hace tiempo que me olvidé de todo aquello. ¿Qué pasó contigo? ¿Acabaste la carrera?

—No, me dediqué a posar hasta que me cansé. Ahora estoy haciendo unos cursos de costura y acepto arreglos y encargos. He quedado muy harta de arte y de mentiras. Oye, me dijeron que ahora te iban... las chicas.

—Depende.

¿Se creará que en algún momento sentí algo por ella? ¿Será tan estúpida de creer que mi vida se rompió por su culpa? Porque si pienso en un culpable, solo me viene a la mente una persona.



Por aquella época, Jorge Vitoro tenía un estudio privado, un bajo amplio donde destinaba parte del espacio a dibujar con amigos. Una vez a la semana, él y cuatro o cinco amigos se reunían «para soltar la mano, además de otras cosas», como decían de broma y entre risas.

Buscaban nuevas modelos, y yo, que necesitaba dinero, acepté. Era un lugar confortable, con un diván a rayas, cojines orientales y una calefacción más potente que la que había en aquellas clases gélidas de la universidad. Allí se fumaba de todo, se cotilleaba, se bebía... y de vez en cuando salía algún dibujo de verdadera calidad.

Y él, el gran artista, sin duda, era quien más destacaba. Ocho años mayor que yo, rubio, musculoso, divertido y, aparte de eso, con una capacidad innata para el dibujo, aunque también muy orientado por entonces al arte de acción y a la *performance*.

A Vitoro le rodeaba ese halo de grandeza futura que se advierte en el genio seguro de sí mismo y él, sin duda, lo fomentaba. No había nadie a quien no le contara sus experiencias vividas en Italia, gracias a una larga beca de residencia. Las malas lenguas decían que su éxito se debía a haberse ido a la cama con una mujer rica allá en Milán, pero en eso él era cauto y nunca le oí jactarse de sus conquistas.

Vitoro comenzó por alabarme en público, decía que mis poses eran expresionistas, arriesgadas y que suponían un soplo de aire fresco entre tanta modelo edulcorada. En su estudio no se me obligaba a recogerme la melena que, por entonces, lucía rizada y larga hasta mitad del brazo. A él le gustaba contrastar las luces hasta el extremo y yo me convertía en un moderno y desinhibido Caravaggio.

Empezamos a acostarnos. Al principio, de forma esporádica, luego, cada vez que yo posaba y una vez que todos se habían marchado. A diferencia de mi novio de la adolescencia o de mis historias con compañeros de juergas, Jorge Vitoro sabía combinar el ímpetu con la resistencia.



Susana me mira inquisitiva y yo regreso de entre mis recuerdos.

—Quisiera preguntarte algo, Clara.

Me pongo en guardia.

—Te advierto que no tengo ganas de remover mierda. Si vas a hablarme de lo que pasó en Venecia...

—No, no es eso —carraspea—. ¿Alguna vez fue violento contigo o hizo algo sin tu consentimiento?

—No.

¿He mentido? ¿Acaso rehusé ir a Venecia, a ser la protagonista de aquella *performance* maldita? ¿Acaso me negué a colaborar, con mi cuerpo y mi corazón, en toda aquella farsa que, ahora lo sé, fue la preparación de su apoteosis y mi hundimiento?

Susana mueve la cabeza.

—¿Sabes, Clara? Cuando volvimos de Venecia, después de... lo que pasó contigo, él quiso hacer las paces con su trayectoria hiperrealista. Me pintó a mí sola, en menos de un mes, en formato de dos por dos metros. Y se lo premiaron incluso. ¡Era un cuadro tan increíble!, ¿lo

viste?

—Cómo no...

Por supuesto que vi ese cuadro, solo que mucho después, cuando mi cuerpo empezó a rehacerse y mi mente a curarse de sus fantasmas. La pintura galardonada era una versión de ella, Susana, la vencedora, en gran formato. Desnuda y de frente, en blanco y negro, ascendida a una belleza idealizada e inmensa en su plenitud, la figura impactaba por sus senos hiperrealistas y su pubis traspasado por luminosos chorreones de acrílico.

—No es que me lo confesara, pero creo que la *performance* de Venecia no resultó ser el éxito que él esperaba, y por eso quería partir de cero. No te enfades, pero fíjate qué casualidad... Ese desnudo mío, que pintó casi sin ensuciarse las manos, fue el mayor éxito de su carrera hasta hoy.

Supongo que pretende fardar, no creo que haya habido en la vida de esta mujer nada destacable, después de aquella puñalada a mi persona.

Porque ese cuadro al que se refiere, *Always Susana*, como lo tituló su autor, debería haberse llamado *Never Clara*, en mi opinión. Al menos eso pensé cuando, rabiosa y humillada, meses después de dejarle, me enteré del premio.

Pero cuando reflexioné un poco, entendí que aquel triunfo de Jorge Vitoro no era nada especial ni nuevo. Y menos para él, que dominaba a la perfección el dibujo académico. La misma institución que le había becado ahora aupaba a su antiguo protegido, solo eso. Incluso me contaron que a él y a ella, Susana, les hicieron un reportaje juntos.

—¿Pero sabes, Clara? —Hace un gesto significativo con las cejas—. Un tiempo después, empezó a proponerme cosas raras. Y le dije que se anduviera con mucho ojo o lo denunciaría.

—¿Y lo hiciste?

—Oh, no, bastó con dejarlo claro. Ya nunca volvió a grabarme, al menos sin mi consentimiento.

Fue lista. Pero en el fondo lo entiendo. Nunca me negué a ser inmortalizada en vídeo, pero porque imagino que tenía otro estatus. Ella, la modelo del premio y la entrevista, había ascendido a musa oficial. Y supongo que a las musas se las respeta, sobre todo si amenazan con llamar a la policía.

—En fin, que me separo. —Susana busca en su bolso y saca un pañuelo—. Al menos, me quedo con los cuadros que me regaló y... cosas que son mías. Pienso venderlo todo de inmediato y sacar lo que pueda. —Se suena la nariz con fuerza y me mira de reojo—. Siento haber esperado tanto para dar este paso. Y siento también aquellos días de Venecia, Clara. Yo, en el fondo, no sabía lo que hacía. Éramos tan amigas, compartíamos tanto...

Miro para otro lado. ¿Amigas? Más bien di que compartíamos piso, carrera y ratos de posado. Pero nunca amigas.

Nunca.

Nora y yo tampoco somos ya amigas y eso que fuimos pareja, aunque sí es verdad que se preocupó por mí cuando, después de dejarla, pasé unos meses con cierto tipo muy tóxico. Quizá sea propio del principio femenino el interesarse por alguien a quien sabes herida. Porque ni mi novio de quince años, ni Jorge Vitoro volvieron a llamarme jamás.

Estoy ya harta de ella, de su bótox en los labios y de sus torpes disculpas.

—Tengo que irme, Susana, se me hace tarde. Siento que te haya pasado esto, pero mi vida sigue... más allá de lo que ocurrió en Venecia. —Hago ademán de pagar pero ella me interrumpe y no insisto.

—Pues que te vaya bien —me dice molesta, como si hubiera querido contarme algo más y yo la hubiera cortado.

—Lo mismo digo.

La miro por última vez mientras saca de la cartera un billete de diez euros. Que me invite, sí. Mucho más tendrían que pagar ella y él, por aquellos días de malditas góndolas...



El cuadro de la bella niña rica está en buen estado, por fortuna, pienso aliviada ante el caballete. Y menos mal, porque las obras de arte contemporáneo son a veces un dolor de cabeza para el restaurador, a causa de los materiales utilizados y sus degradaciones peligrosas.

Pero, para tranquilidad mía y sobre todo de Juan, que siempre anda nervioso con los plazos, no hay de qué preocuparse. Desde luego, las dos marinas de Sorolla, que en su día fueron pintadas al aire libre, *alla prima*, por el maestro, han sufrido mucho más los contratiempos de la vida que este *Caballo que espera*, que parece envuelto en algodones.

Confieso que indagar en las tripas de un lienzo me gusta. A veces se muestran recosidos, empalmados, y hasta con las esquinas podridas. En muchas ocasiones, la mala imprimación repercute en la obra.

Otras veces, el exceso de aceite en una capa de dentro queda sofocado por la capa posterior, demasiado diluida, y el lienzo se muestra cuarteado.

Mientras desclavo el cuadro de Sarén pienso que yo también me he recubierto de capas, como una añosa pintura. Hay en mí ese recuerdo demasiado denso y doloroso, que se ha vestido con una vida simple y débil. Y en apariencia me conservo en aceptable estado, pero estoy llena de grietas que nacen de esa maldita capa inferior.

Suena *Let it be* de los Beatles por enésima vez, pero a Juan le perdono todo. Es un buen hombre, un buen compañero y un ejemplar padre de familia. Si peca de algo es de que no sabe protestar ni imponerse a las exigencias del jefe.

—¿Qué tal? —me pregunta sin dejar su trabajo.

—Solo necesitaré un bastidor más grueso y asunto concluido.

El marco que sostenía al lienzo queda al fin, vacío, pero por la trasera del bastidor aparecen unas letras que tapaban la tela.

Juan está mirando de reojo:

—¿Y eso?

Palpo la esquina superior de la madera y descubro que lleva algo escrito que apenas puedo descifrar: *El delito*, Cinque Terre, 2006.

—Podría ser el título original —aventuro yo. Me ha dado, no sé por qué, una especie de escalofrío al pensarlo.

—O el nombre de otro lienzo que estuvo clavado ahí. —Juan se rasca la frente con su guante de nitrilo—. Apúntalo en el informe.

—¿Y si es un mensaje en clave del propio Camilo Sarén? —insinúo, intranquila.

—Lees demasiadas novelas baratas, Clara —me contesta riendo.

La puerta se abre con brusquedad y entra Garrido, con prisa, como siempre. Con nosotros pierde su máscara educada y se convierte en el director agobiante que todo lo hubiera querido para ayer.

—La hermana de Sarén ha vuelto a escribirme —anuncia nervioso—. ¿Cómo vais?

—Ningún problema —respondo con tranquilidad.

—La señora solicita que, aparte de la habitual seguridad, alguien de la fundación esté presente en el desembalaje del cuadro cuando llegue a Milán, y también en la inauguración. —Ladea la cabeza para mirarme—. No sé por qué ha pedido de forma insistente que seas tú, Clara, espero que estés dispuesta. Por lo visto le has caído muy bien, me pidió hasta tus apellidos y tu *curriculum*... ¿Cómo ves eso de viajar a Milán? Correrían con todos los gastos.

El corazón me ha dado un ligero vuelco. ¿Aquella chica que huele a violetas quiere verme de nuevo?

—Tendrás unos días entre la llegada y el cóctel de apertura, aprovéchalos. —Garrido se muestra pletórico—. La señora Sarén me ha dicho que habrá entrevistas y que te presentará a contactos importantes del mundo artístico de Milán. Es una promoción excelente para nuestra fundación, y nos conviene, desde luego.

Sigo alucinada y sin poder despegar los labios. ¿Unos días libres con ella? ¿Y gratis?

—Pues si Clara se ocupa de la ida, yo podría hacerlo de la vuelta del cuadro; contando con que también paguen, claro —insinúa Juan, que siempre sueña con viajar pero nunca puede.

—La clausura no será hasta dentro de unos meses. Después de Milán, parte de la exposición viajará a Venecia, al Palazzo Almaviva.

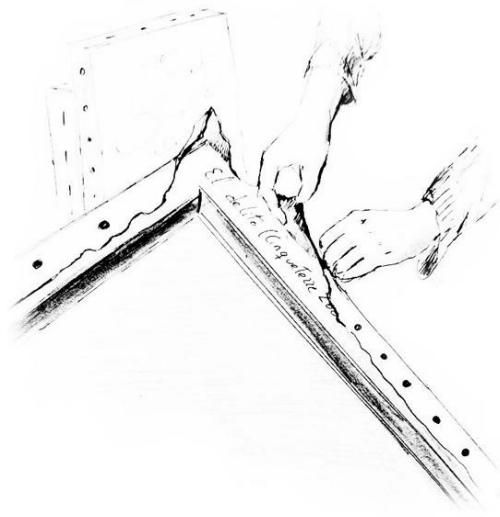
Y, de repente, doy un respingo y todo se enfría como si me hubieran hecho tragar un vaso de agua helada. El corazón se me ha encogido, pero ahora apretando esa capa de cruel pigmento que guarda en su interior. ¿Primero Susana removiendo la porquería y ahora esto? ¿*Caballo que espera* viajará, después de Milán, a ese palacio decadente reconvertido en galería moderna, donde ocurrió todo hace tantos años?

El encanto del inmediato futuro que iba a ser esa escapada a Milán se ha roto y otra ciudad, para mí maldita, ocupa su lugar. Me viene a la cabeza una oscuridad que nada tiene que ver con lo que cuentan sobre la famosa perla del Adriático.

Recuerdo que me habían hablado tanto, por entonces, de Venecia... De la *Biennale* por supuesto, pero también de muchas otras exposiciones vanguardistas interesantes, como iba a ser aquella en la que participaría el por entonces joven Vitoro. Me habían descrito el sol jugueteando por la fachada de la catedral de San Marcos y el ronroneo continuo de los *vaporetti*, como si la ciudad palpitara en agua.

Pero creo que visité otra Venecia. No la que esperaba encontrar con veinte años, no la que bailaba valsos decadentes y se vestía de máscaras en el sol de la Piazza, no la de las lanchas salpicando el Gran Canal.

Venecia fue para mí un cuerpo difunto. La gran arteria de agua estaba llena de capilares que lamían la piel de la ciudad, pero no transportaban amor en felices góndolas. Más bien sangraban, como pequeñas venas de agua oscura, ante la vista de culpables cámaras y míseros ojos a los que ya no bastaba contemplar la simple belleza.





Capítulo 4: El viaje a la

realidad

A Juan no le ha importado en absoluto que sea yo quien viaje a Milán y así me lo ha hecho saber.

—La verdad es que mayo es muy mala fecha: los niños, el colegio, ya sabes; aparte de que es todo tan precipitado... Y en cuanto a eso de pedir todos tus datos, me parece muy feo. ¿Se creará esa tipa, la «hermanísima» del artista, que somos marionetas sin privacidad?

—¿Y por qué no lo dices delante de Garrido, que fue quien se los dio?

—No sirvo para protestar —dice en su defensa—. Pero en fin, igual hasta disfrutas. Podías tomarte algo más de tiempo y hacerte unas minivacaciones, que te vendrían muy bien, te veo tristona... Por cierto, ¿por qué esa insistencia en que vayas tú?

Yo me encojo de hombros. Van a dar las seis de la tarde y mi jornada acaba. Siento una extraña emoción en el pecho.

—Será otro capricho de coleccionista rica. —Me despido con una caricia a mi Sorolla, el que pronto se irá de viaje y que durante estos días ha sido mi niño mimado—. Hazte cargo de él los días que yo esté fuera.

—No te preocupes. Y oye, Clara, si pasas por alguna tienda de *souvenirs*, tráeme una máscara veneciana barata, seguro que en Milán hay también cosas de esas... Les tengo prometido a Paula y a los chicos un viaje por allí, pero nunca nos da el presupuesto.

¿Una máscara? Siento ganas de vomitar ante la sola imagen de ese engaño con plumas y brillos. Está claro que el pasado del que reniego se obstina en volver.

—Lo intentaré.



Aquellos meses que precedieron a mi desastre veneciano, hace trece años, se habían ido cubriendo de expectativas poco a poco: mi historia con Jorge y el idilio entre el pintor y su ingenua modelo iba viento en popa.

«¿Tan tonta era yo con esa edad?», pienso ante la maleta abierta y vacía que espera sobre mi cama. ¿Cómo no pude darme cuenta?

Examino mi ropa y no se me ocurre qué llevar en esta ocasión, aparte del versátil mono negro, ese que vale para cualquier acto formal. ¿Querrá Berta Sarén enseñarme Milán y sus carísimas tiendas de moda? ¿Me invitará a cenar, a lo mejor, sin su marido? Me temo que no. A fin de cuentas, será un viaje de trabajo y no voy a hacerme expectativas, por más que me haya

quedado prendada de esa chica dulce de ojos perdidos. Quizás ese sea el gran fallo de toda mi vida: ilusionarme y creerme lo que no es ni puede ser.

Meto la ropa interior y el pijama gris, ya un poco deslucido a fuerza de lavados. La verdad es que he descuidado mi aspecto íntimo, más vale que no me lo vea nadie puesto...



Y, sin embargo, por entonces, a los veinte años, yo disfrutaba brillando e incluso vestía de forma provocativa. Me sentía escogida, entre todas, por el artista de moda en los círculos artísticos de la región, el más mediático, el que por su sociabilidad, don de gentes y proyección estaba destinado a subir incluso a nivel internacional. Sí, Jorge Vitoro era un cóctel de talento y empuje.

Recuerdo que, sin embargo, algunas voces de peso en la facultad lo criticaban sin misericordia: «Técnica que asombra pero que no emociona», se decía de la gran promesa.

«¡Cuando la realidad tiene la suficiente fuerza como para emocionar, mi obra se emociona también!», replicaba él, indignado.

Puede que, a su juicio, la realidad fuera la culpable de no dar a su obra el toque de genialidad que faltaba. Quizá por eso, cuando le conocí, se avergonzaba de ese hiperrealismo académico que tan poco esfuerzo le costaba. Y tal vez por eso se encaprichó de mí. Porque en la soledad de su estudio me llevaba hasta el extremo, tratando de sacudir su propia creatividad y yo siempre le seguía. Como aquella vez que me hizo posar sin nada más que una venda en los ojos.

—No te la quites hasta que yo lo diga —me advirtió.

Se había propuesto expresar, a través de mí, la indefensión, la intranquilidad, el miedo a lo desconocido...

No había nadie más que él y yo. Recuerdo que, de pronto, sentí la quemadura de su cigarrillo en la piel del muslo, me retorcí, me arranqué el trapo y entonces fui consciente de que había dejado a medias el dibujo de mi cuerpo, apenas abocetado a carboncillo, y tenía colocada frente a mí una cámara grabándome de cintura para arriba.

—Lo has estropeado todo —me dijo con resignado fastidio mientras apagaba el cigarro.

—¿¡Qué te has creído conmigo, que soy tu cobaya artística!? —le pregunté enfurecida.

—Eres la semilla de mi arte, Clara.

Me enfadé mucho, creo que hasta volqué aquella maldita cámara y me marché pensando que no volvería. Pero sí lo hice. Creía estar enamorada y fui acostumbrándome a sus experimentos en vídeo, a su forma de crear. A veces, parte de aquel material participaba en algún festival de arte moderno, pero sin el éxito que él esperaba.

Y mientras llegaba la gran *performance*, la representación perfecta que, según me contaba sin darme detalle, le encumbraría entre los artistas del momento, me acostumbré también a que me hiciera suya delante de la cámara. Para mí, todo entre nosotros era amor. Para él, era sencillamente arte.



Todo ha ido bien: el vuelo a Milán, la llegada al aeropuerto Orio al Serio y, tras el traslado al hotel para cambiarme, el taxi hasta la galería Rota.

El camión ha llegado puntual, como suelen hacerlo las empresas alemanas, y el cuadro, protegido por la habitual caja antihumedad, está en perfecto estado, tal y como he comprobado. Pero en medio de los cartones, los plásticos y las cajas desembaladas aún no hay rastro de ella,

de Berta Sarén, como tampoco de la directora de la galería, la tal Francesca Rota que, al parecer, delega bastante o no tiene tiempo para dedicar a su propio negocio.

Los pies me molestan, quizá podría haber venido en deportivas y no con zapatos de tacón. Garrido insistió en la necesidad de una presencia impecable, pero ahora me parece absurdo. ¿No soy acaso una trabajadora más, como este equipo de montadores que andan colgando obras por los rieles? Aunque también es verdad que no he movido ni un dedo a la hora de desembalar, ellos se han hecho cargo de todo con la más absoluta eficiencia.

Mis ojos vagan ahora por la inmensa sala blanca. Esto, en realidad, es un hangar reconvertido en galería. El espacio resulta impactante, fresco, y desde luego un sueño para los artistas contemporáneos que adoran el gran formato.

Nuestro cuadro está ya a punto de ser colgado por dos operarios. Tienen pericia y buscan perfección de milímetro en medio de este espacio tan bien distribuido.

Por un instante, me detengo a observarlos. ¿Cómo se sentirá *Caballo que espera* junto a sus nuevos compañeros? A veces he pensado que esa pintura tiene sentimientos, que en el fondo es un cuadro tímido, nacido para ser contemplado en soledad y no ante demasiados visitantes. ¿Sufrirá, se avergonzará? Al menos, eso sí, lo están colgado a distancia prudencial de sus colegas, y el espacio de enfrente, de momento, no ha sido ocupado.

De pronto, siento ruido de tacones a mi espalda y me vuelvo deprisa.

Al fin es ella, Berta Sarén, con su preciosa sonrisa, perfilados al extremo sus labios en color coral y embellecidos por una gruesa capa de rímel sus bonitos ojos castaños.

—¡Bienvenida a nuestra galería! Nos encontramos otra vez los tres, ¿a que sí?

Me siento tan feliz de verla que sonrío como una boba, sin imaginarme quién es el tercer aludido; porque a su marido no lo veo por ninguna parte.

—¿Perdón?

—Tú, yo, y el cuadro... quiero decir.

Se acerca a mí, muy elegante con un traje pantalón negro y *stilettos* de vértigo, y mi corazón empieza a latir un poco más deprisa. Me da dos apresurados besos envueltos en su inconfundible aroma a violetas y luego sonrío con una vaga satisfacción mientras contempla la obra colgada. Hace señas a los montadores para que la equilibren un poco hacia la derecha.

—¿Y qué tal todo? —me pregunta sin dejar de mirar el cuadro.

La noto segura, con más autoridad que cuando visitó nuestro museo; parece que se mueve como pez en el agua aquí, en su propio hábitat. Gesticula y da un par de órdenes rápidas, en italiano, a los dos chicos que están montando.

—La obra ha llegado en excelente estado, como puede ver —contesto muy formal—. En cuanto al informe, le ha sido enviado por correo a usted y a...

—Aún no lo he visto. Pero todo bien, ¿a que sí? —Me dedica una nueva sonrisa de niña feliz—. Y no me hables de usted. Solo soy la responsable de relaciones públicas de la galería Rota.

Me guiña un ojo, me mira con una confidencialidad nueva, como si me gastara una broma, y me toma del brazo para apartarme y dejar sitio a los montadores que se disponen a colocar un gran formato en la pared de enfrente. Empiezo a sentirme un estorbo entre todo el follón de cartones y plásticos. No sé qué hacer.

—Quisiera saludar a la señora Francesca Rota antes de irme —comento tratando de alargar estos instantes junto a ella.

—¡Oh, no podrá venir! Yo me ocupo de supervisar el montaje —responde resuelta—. ¿Qué te parece nuestra sala? Enorme, ¿a que sí?

—La verdad es que me asombra.

Noto que el orgullo brilla en sus ojos castaños, como si todo lo que ahora hay ante su vista fuera obra suya. Y yo me pregunto si hay algo personal en esta implicación porque, según contó Garrido, esta chica es dueña de una considerable fortuna, aparte del legado de su hermano.

—Desde hace unos pocos años la galería Rota se gestiona de manera diferente —me dice con tono de orgullo—. Pretendemos ser una oferta multicultural que aúne manifestaciones diversas, como el teatro, los conciertos y, por suerte, la respuesta mediática no ha podido ser mejor. Aparte, contamos con espacio para fondos de la galería, proyecciones audiovisuales... ¿Quieres ver la perspectiva desde lo alto? —Señala hacia una baranda que rodea toda la planta como un gigantesco palco moderno y a una escalera de caracol que serpentea por la esquina hasta llegar arriba. La visión desde allí debe ser impresionante—. También hay ascensor, si lo prefieres.

—¡Oh, no importa!

Emprendo la subida tras ella y, a cada paso, me vuelvo para contemplar el inmenso espacio: cuadros etéreos, casi vacíos, fantasías geométricas y otros que parecen gritos de materia. Luego, retorno la vista a sus caderas que ondulan, sensuales, al pisar los escalones. Temo que resbale con esos tacones, aunque parece estar acostumbrada.

La vista desde la baranda de arriba merece el esfuerzo de subir, esto es como una pequeña catedral. Se ve que aún quedan muchas obras diseminadas y embalajes sin abrir. A nuestros pies, el cuadro de Sarén espera con paciencia a su compañero de habitación, que ahora mismo va a ser colgado en el panel de enfrente.

Observo con curiosidad. ¿Quién será el autor? Sea cual sea, le robará protagonismo, es una pena. Es lo que tiene el gran formato.

Los cartones son cortados a golpe de cúter y los plásticos caen al suelo. Cuando la obra, enorme, se desprende de su manta, ahogo una exclamación.

¿¿Qué es esto?! ¿Otra broma del destino?

Las manos de pronto, me están sudando. El cuadro que van a colgar frente a mi querido *Caballo que espera* es nada menos que el retrato inmenso de Susana desnuda, el que hace tantos años encumbrara a Jorge Vitoro. Una especie de náusea se apodera de mi estómago y tengo que apoyarme en la baranda.

A mi espalda oigo que se abre el ascensor y alguien sale de él. No puedo mirar, solo atino a volverme, perpleja, hacia Berta Sarén, que me observa como si espiara mi reacción. Presiento que ahí está él, el artista. Ha venido. No podría perderse ese momento de gloria.

—¿¡Clarita!? ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Tú por aquí?

Berta Sarén me sigue mirando. ¿Se trata de una encerrona?, ¿una burla?, ¿se conocen ellos dos? Da igual, no voy a quedarme a averiguarlo. La rabia y el rencor se apoderan de todo mi ser y siento que voy a deshacerme en lágrimas si permanezco en este sitio un segundo más.

Entro en la escalera de caracol y desciendo rápida, demasiado. Un tacón se me engancha y grito de dolor. Ruedo, espantada, a toda prisa, a trompicones, hasta que un golpe fortísimo me frena el cráneo.





Capítulo 5: La extraña

invitación

E stoy esperando, con los ojos entreabiertos en una de las camas del hospital. Ella sigue ahí, pero ya ni entiendo de qué va. ¿Está conmigo o contra mí? No sé nada, solo que me duele mucho la cabeza, que siento como si un cazador me hubiera tendido una trampa, como si todos los astros se hubieran confabulado en mi contra. ¿Es mala suerte, coincidencia... o no?

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta ella con una nota de ansiedad.

Tampoco sé, mi cerebro salta de una idea a otra. Sospecho que es ella misma, Berta Sarén, la que me ha puesto esta trampa sórdida, la que me ha traído con sus ínfulas de ninfa a este rincón del mundo.

—Aturdida —contesto sin mirarla—. ¿Cuánto tiempo estaré aquí?

—Darán los resultados de la radiografía en unos minutos.

Se ha entendido con los médicos y no se ha separado de mí. Pero, ¿acaso me ha preguntado por qué hui escaleras abajo?

—El caso es que apenas rodaste, mala suerte que te golpearas la cabeza. ¡Qué susto! Aunque dicen que en principio solo parecen contusiones.

Estoy bastante confusa. Hago intento de ordenarme el pelo, creo que debo de estar horrible. Ella se acerca y me aparta un mechón de la oreja, casi maternal.

—No te preocupes, estás muy guapa —dice como si adivinara mis pensamientos—. Iré a ver si ya están los resultados.

La veo marcharse y cierro los ojos. Hay ruido, conversaciones en italiano que no entiendo pero que suenan cerca de mí. Desvarío. ¿No será el hospital otra galería donde, en vez de obra gráfica, cada cual exhibe sus miserias? Las camas, separadas por biombos bien podrían ser lienzos humanos exponiendo sus heridas. Y el público, las enfermeras o los visitantes, metiendo las narices en la miserable pintura humana...

De pronto una voz masculina, contundente, festiva, emerge en este habitáculo aséptico. Mi respiración se acelera y el golpe de la frente empieza a arderme.

—¿Qué tal, Clara...? ¡Vaya manera de reencontrarnos! ¿Cómo estás?

Él, otra vez. Me hierve la boca y mi cuerpo se paraliza. ¿Por qué he dado tanto poder a esta voz sobre mí?

Abro los ojos. Él no hace intento de acercarse.

—Solo ha sido un susto, ¿verdad?

Reúno valor y, al fin, le miro a los ojos. Ante mí se encuentra él, Jorge Vitorio, el artista para quien tantas veces posé, el antiguo dueño absoluto de mi intimidad, el que conocía mi cuerpo y

mis sentimientos como si él mismo los hubiera creado.

Ha envejecido compruebo con vengativa satisfacción. La cara le ha engordado como le pasó a Susana, y sus mejillas abotargadas empiezan a descolgarse. Los ojos se le han estrechado hasta un punto en que ya me inspiran asco, y la barriga, antes tonificada, ahora se le expande por encima del cinturón.

—¿A qué vienes? —logro pronunciar.

—¿A Milán, te refieres? Fácil: recibí una invitación personal de Francesca Rota. La exposición va a reunir a varios de los artistas que han expuesto alguna vez en su galería y yo soy uno de ellos. —Me contempla de arriba abajo, con una leve sonrisa y baja la voz como si quisiera restaurar una complicidad perdida—. Para ser sinceros, no me venía nada bien, ando en demasiados proyectos ahora, pero Francesca ha mostrado tanto interés...

Nada ha cambiado. Todo vuelve a transcurrir bajo el mismo patrón. Él, siempre. Él, arriba y yo postrada, hundida.

—Hace mucho que no sigo tu vida ni me importa. —Consigo dar a mi voz la necesaria consistencia para que suene equilibrada—. Te agradecería que te...

Berta Sarén acaba de aparecer. Su sonrisa se trunca cuando sus miradas se cruzan, pero vuelve los ojos hacia mí y de nuevo me envuelve con sus pupilas de dulzura infinita.

—Dice el médico que no hay fracturas. Vendrán a darte el alta en unos minutos y podremos irnos. —Se vuelve hacia Jorge con una autoridad que resulta incluso antipática—. Y usted, márchese, por favor.

Él eleva las cejas. Supongo que no soporta que una chica joven, sin bata blanca, esté dándole unas órdenes a las que no está acostumbrado.

—He venido a interesarme por la salud de Clara.

—Aquí solo pueden estar los más allegados. —La voz de ella suena firme.

—Ya me iba de todas formas. Clara, me ha alegrado mucho saber de ti, nos veremos en el *vernissage*, que tengas un buen día.

Le veo marchar, recolocándose el cinturón del pantalón con aires de dignidad ofendida, y trago saliva, aliviada. Pero, de repente, aterrizo en sus palabras: ¿Inauguración, él y yo...?

—Berta, me duele mucho la cabeza y no creo que esté en condiciones de asistir a ningún acto después de esto. Si se puede cambiar el billete de vuelta, me iré en cuanto sea posible.

Ella no me mira. Sigue con los ojos clavados en el pasillo. Luego saca de su bolso mi libreta de apuntes, la que siempre llevo, y que debió de caerse cuando rodé por las escaleras. En silencio la coloca sobre la mesilla.

—No puedes volver aún. Te necesito. —Me sorprendo ante esta inesperada respuesta, que suena como teñida de melancolía.

—No entiendo, Berta...

—Me haces falta a mí, a la memoria de mi hermano y a su obra. De hecho, esperaba invitarte estos días, antes de la inauguración, a su último refugio creativo. —Noto el cuerpo dolorido y entumecido. Parpadeo desorientada, ahora entiendo incluso menos—. Te llevaré conmigo de viaje allí, es un lugar especial. Y además de ayudarme, te vendrá bien un descanso para recuperarte del golpe. Adorarás Cinque Terre.

Sigo confusa, pero su voz me ha sonado a caricia. Sea lo que sea, está de mi lado, no con Jorge Vitoro; creo que la he juzgado mal al pensar en trampas absurdas. Me relajo, incluso me conmuevo, hace tiempo que no me hablaban con una calidez tan bonita.

Voy a fiarme de esta chica, ¿por qué no? Es preciosa y se ha portado tan bien conmigo... Es

la misma que se emocionó ante mi boceto, la misma que acarició mi caballete allí en la sala de restauración de nuestro museo.

Quizá ahora mismo no me importaría que mi billete de vuelta se perdiera en el fondo de la maleta.

Y además ha dicho Cinque Terre... tal como estaba escrito en aquel bastidor.





Capítulo 6: El enigma de las

cinco tierras

Monterosso al Mare, Vernazza, Corniglia, Manarola y Riomaggiore, o sea, Cinque Terre, cinco tierras hermanadas como puñados de ocre y siena, entre el azul cobalto del mar y el gris perla de la gran montaña. Al menos, eso dice Wikipedia.

En cualquier caso, apenas me he enterado de casi nada en este viaje a un sitio para mí desconocido. Solo sé que ella ha mandado recoger mis cosas de la habitación del hotel en Milán, que hemos emprendido viaje y que he dormido más de dos horas dopada por los medicamentos que me han dado en el hospital.

Al parecer, no sabe conducir o no quiere. Ha alquilado un coche con chófer y se ha sentado atrás, a mi lado, como corresponde a alguien que nada en dinero. Antes de salir de Milán, hemos parado en una zona residencial, supongo que junto a su casa, porque ha regresado en diez minutos, en vaqueros, deportivas y con un bolso de viaje.

—¿Ya despierta? —pregunta mirándome con dulzura.

—Sí...

En esta especie de secuestro consentido no sé siquiera si debo dar las gracias. Pero hago un esbozo de sonrisa porque ya estoy viendo el mar cada vez más limpio en el horizonte y no quiero hablar de nada que no sea este azul y esta lánguida serenidad.

Me encanta el mar, sea cual sea: aquel tan pequeño de mis veranos de niña, el mar de mis años locos entre fiestas de estudiantes, el mar que ahora ya apenas bosquejo en mis escapadas a la playa... Tenerlo cerca siempre me da paz.

—Estos pueblos son una delicia, ya verás. Solo se puede circular por Monterosso, pero no tendremos problema para llegar hasta la casa. Ya he hablado con Pietro —me comenta con gesto de satisfacción.

—¿Pietro es tu marido?

—¡Oh, no! —Ríe ella—. Es un gran amigo al que conozco desde pequeña, él nos llevará en lancha a Manarola. Allí es donde nos alojaremos.

—¿Y entonces, tu marido se ha quedado en Milán? —No suelo ser tan directa, pero al menos necesito saber esto, ya que no parece decidida a contarme mucho.

—No estoy casada. Mira, ya estamos llegando.

Aliviada, renuncio a seguir preguntando. Me quedan suficientes datos en el móvil para escribir a Garrido y decirle que el cuadro está ya colgado y en espera de la inauguración, que voy camino de Cinque Terre y que cuiden de mi Sorolla, ese que también se irá de viaje pronto. Mi jefe me contesta de inmediato:

✉: ¿Cómo que Cinque Terre? ¿No te alojas en Milán?

No sé qué contestarle, en verdad tampoco sé qué hago aquí. Solo sé que Monterosso se ofrece, vibrante de ocre y siena y que me promete respuestas a la melancólica luz de la tarde.

El cansancio me ha invadido, y también un dolor seco, rígido, como si me hubieran golpeado todo el cuerpo, cuando al fin nos dan las llaves en el hotel de Monterosso. No estoy para hacer turismo, desde luego. Con manos nerviosas agarro un folleto de los que pueblan la mesa de recepción. El encargado, un chico joven y moreno, conoce a Berta y en este breve rato solo se ha entendido con ella; pero ahora me sonrío, señala una fotografía y me habla rapidísimo, tanto que apenas pillo palabras sueltas. Imagino, por el fervor que demuestra, que me habla de las excelencias de la ciudad.

—... *il color acquamarina, i vigneti, i limoni...*

Berta le ataja con una sonrisa y él, obsequioso, nos acompaña escaleras arriba hasta dejar mi pequeña maleta negra en una habitación individual.

—Adoro los hoteles sencillos —dice ella en tono de confidencia cuando ya nos quedamos a solas—. Aquí solo ofrecen desayunos, pero puedes llamar y te subirán una pizza, si te apetece. Te veo muy cansada.

Ya casi ni me sorprende que vaya tomando, una tras otra, decisiones sobre mí y mi estancia en este lugar. Ni siquiera tengo hambre, estoy demasiado agotada. El sol ya casi se ha ido.

Ella me escruta con la mirada.

—Duerme. Mañana a primera hora saldremos hacia Manarola.

—Berta. —Respiro con fuerza y la miro a los ojos—. Te agradezco tu interés, pero no entiendo con exactitud qué buscas.

—Tendremos tiempo por delante para hablar. —Sonríe y gesticula con las manos, muy a la italiana—. Pero, de momento, prefiero que veas lo que guardo en mi casa. Ante los dibujos de mi hermano, todo resultará más fácil. Tú eres restauradora y sabes cómo mirar un cuadro.

Quiero creer que posee una colección privada, quizá en mal estado y me escoge para que le aconseje. Podía haber pedido ayuda a cualquier otro profesional, solo que no debe estar acostumbrada a que, en su calidad de niña rica, le regalen bocetos y por eso se ha encaprichado de mí.

Pero, ¿esa sequedad con la que ha tratado a Jorge Vitoro y no preguntarme por qué hui de él? Una alarma se acaba de encender en mi cerebro: aquí hay algo más turbio.

—Hasta mañana entonces, Clara

—Buenas noches, Berta.



Tanto la habitación empapelada en anticuadas rayas *beige* como la cama, con un simple cabecero de hierro, parecen cómodas. «Rayas y barrotes, para encarcelarme aún más en estos recuerdos que afloraron hoy por la mañana», pienso con ironía.

Aún tengo fuerzas para asomarme a la angosta terraza, que da a un feo, ruidoso y vulgar callejón. Hay una mesita, presidida por ese típico farol de Ikea que Nora compraba a docenas. También dos sillas con cojines verdes. Me siento en una de ellas y aparto a un lado el farol. Quizá nada sea tan diferente de lo que he dejado atrás.

Recuerdo que Nora encendía velas aromáticas y también faroles. Supongo que ansiaba

contrarrestar la frialdad de nuestra relación. Nora vigilaba, tanto en el museo, como en casa. Y a ella le gustaba mandar y dar órdenes: «no puedes tender así esta blusa, tienes que meter la carne en el compartimiento de cero grados, tienes que programar la lavadora con menos centrifugado...»

Me cansé de aquel intento de amor previsible y ordenado que nada tenía de arte, sino el hecho de que ambas vivíamos a costa de él.

Y mucho antes, cuando tenía diecisiete años, también me cansé de aquel *noviete*, aspirante a atleta, que se soñaba en el *pódium* de unos campeonatos municipales, que me daba lecciones en los entrenamientos y que solo me tenía para presumir de sus logros ante alguien. El día que le dejé, después de dos años juntos, me embadurné el cuerpo de pintura y me desfogue en la buhardilla, pintando con manos y pies un lienzo de rabioso colorido, que aún sigue colgado en mi apartamento de alquiler.

Un lienzo que Nora siempre ninguneó, pero que a mí me da paz.

Con ese lienzo, cercana ya mi mayoría de edad, decidí que pintaría mi vida como me diera la gana. Solo que, muchos años después, me parece que esa obra que soy yo, ha sido pisoteada y se ha quedado a la mitad.

Vuelvo al presente y contemplo el farol, sobre el que alguien ha incrustado la estampa de una virgen diminuta en una capilla de madera. ¿Será de fiar esta chica antojadiza, que me atrae, pero que casi sin darme cuenta, me ha arrastrado hasta aquí? ¿Hice bien en regalarle aquel boceto en el museo y dejar que indagara sobre mi vida?

No soy religiosa, ni supersticiosa, pero hoy creo que dejaré esta luz ardiendo durante toda la noche.





Capítulo 7: Manarola y las confidencias

A la luz del día, la hinchazón de mi cabeza resulta ostentosa y deprimente. La cisterna se llena en medio de un ruido embarazoso que a duras penas tapan las voces de la calle, en desabrido italiano.

He tenido que echar mano de un analgésico, tras darme una ducha lenta. Me he mirado al espejo y he apartado un poco el cabello de mi cara. No, no hay maquillaje que pueda disimular hoy este golpe multicolor en la sien izquierda, aunque tampoco he traído más que una hidratante y colorete. A mi piel, al natural morena y quizá lo más optimista de mi persona, no suele hacerle falta más. O a lo mejor es que ahora me acepto más con la cara lavada y la melena corta secada al aire.

Ella en cambio, se ha pintado como una puerta, como se suele decir; es lo primero que he pensado tras encontrarnos en el pasillo para bajar a desayunar.

«¿Cuánto tiempo habrá tardado en hacerse ese *eyeliner*?», me pregunto ya en el comedor, mientras mordisqueo sin demasiadas ganas mi *panino* con mantequilla. A las diez de la mañana, sus ojos castaños chispean, y ante la copa, ya a la mitad, de zumo de naranja, su piel resplandece. Aunque más bien será porque se ha untado los pómulos con una buena capa de iluminador.

—Hoy estás bien, ¿a que sí? —me interroga animosa—. ¿Has descansado? ¿Dispuesta ya para navegar?

—Sí, todo va mucho mejor.

Tras el desayuno, ella paga el hotel antes de que yo pueda siquiera sacar la tarjeta y se despide muy sonriente del mismo recepcionista de ayer. Insiste en que me llevará la maleta y me compra un sombrero sobre la marcha, en una tienda de *souvenirs*, por si el sol me hace daño en la sien hinchada.

—En serio, no sé qué decir. No quisiera que te tomaras tanta molestia...

—¡Oh, no es ninguna molestia! Además, eres mi invitada.

A pesar de estar en mayo, las calles de Monterosso rebosan de turistas. Hace un tiempo espléndido y el puerto, pequeño y pintoresco como una postal, se abre ante nosotras con el sol de la mañana.

—Allí está Pietro, esperándonos —dice mientras agita la mano en dirección al agua—. ¿Lo ves? Va vestido con una camiseta verde, al lado de ese murete.

Pietro, el famoso gran amigo que nos espera algo apartado del embarque al ferry, no resulta ser el glamouroso ricachón con yate que yo había imaginado. Es un hombre de unos sesenta y tantos años, de tez seca, arrugas como talladas en madera y escasa conversación. O incluso nula

porque, aparte de saludarnos, ya no habla más; solo nos ayuda a subir y el viaje comienza.

Mientras poco a poco la deteriorada lancha avanza entre espuma blanca y turquesa, agradezco este silencio soñador. El mar tiene tantos matices... muchos más que cualquier marina que yo haya restaurado nunca. Me da por pensar que cuando necesito igualar azules en un lienzo antiguo, suelo optar por el azul de manganeso y luego añadir algo de blanco de titanio y amarillo indio. Pero, ¿qué necesidad tiene este azul cambiante y maravilloso de ser igualado o uniformado? ¿Y no es lo real mucho más apasionante que cualquier copia?

¿Y a qué vendrá pensar esto? ¡Ay, como dijo Juan, me hacen falta unas vacaciones! Olvidarme un poco de mi vida y sentirme un mar libre, aventurero, y sin mis miedos de la noche anterior.

—Y tú, Berta... —Las bocanadas de este aire fresco me provocan un amago de alegría inesperada—. ¿Naciste en España, como tu hermano Camilo?

Trato de empatizar y de buscar tema de conversación con ella, que ahora, frente al mar, también parece feliz por completo, como una rizosa ola o más bien como una ondina colgada de la popa, sonriendo entre gotas de agua.

—Pues la verdad es que sí. De hecho, no solo tengo casa en Milán, paso temporadas en España, pero esto —dice señalando con dedos juguetones a la costa que se acerca a marchas forzadas—, esto es mi verdadera patria.

Y yo pienso que me habla del mar, más que de la tierra, y que sea lo que sea lo que tiene que contarme, no podrá ser más turbio que este fondo salado de piedra y algas, tan solo agitado por las anchas estelas de espuma que va dejando el barco.

Veinte minutos, me ha dicho que durará el viaje. Veinte minutos en que nos cruzamos con otras lanchas, en que apenas intercambiamos palabras, pero sí sonrisas, y en los que me siento abrazada y mimada entre sal y brisa. No me apetece enfrentarme a la costa, por muy colorida que sea.

Atracamos en el pequeño puerto, ante un grupo de turistas que según me dice Berta, esperan el crucero habitual. Ella se coge cariñosa del brazo de Pietro que, sin apenas hablar, se propone acompañarnos con la maleta. Hay alemanes, ingleses y un poco de todo en el húmedo camino de piedra que huele a pescado y que va rodeando la montaña, en busca de las callejuelas del pueblo.

—*La spiaggia* —me dice Pietro señalando abajo, a un trocito de cala con varios bañistas. Se encoge de hombros, como si se disculpara—. *Molto piccola*...

Aún me duele un poco la cabeza, me aturde de pronto este calor pesado entre tanto turista y siento una leve sensación de encierro. Casi preferiría volver a la barca y a ese decorado de amarillo Nápoles y tierras siena que nos guiñaba un ojo desde el mar, y que ahora se camufla entre las piedras.

Pero el pueblo se abre enseguida ante nosotros, lleno de sabor, y todo cambia. Hay pequeños botes en tierra adornando alguna que otra fachada, y gente de tez tostada y risueña. Nos internamos en una callejuela lateral con casas desconchadas y ropa tendida. Una escalera de leve baranda sube, al aire libre, haciendo círculos.

—Ten mucho cuidado, hay alguna piedra suelta —me advierte Berta—. Sube tú primero.

¿Temerá que me caiga otra vez? Es curioso, ayer en la galería, hangar o lo que fuera, tampoco me fiaba de ella y sus tacones por la escalera de caracol, pero al final la que caí fui yo. Parece que Berta tiene muy claro por dónde pisa y adónde se encamina.

La subida se me hace un tanto interminable; al fin, en el último recodo hay un ensanche y paro a descansar, sorprendida de lo que de repente aparece ante mis ojos. Como en un ascensor,

nos hemos elevado deprisa y el mar brilla abajo hasta el punto de hacerme guiñar los ojos.

—¿A que es precioso? —pregunta sonriente.

—Sí... es espectacular.

Empiezo a darme cuenta de que siempre espera que diga que sí. Y no puedo hacer otra cosa.

—Adorarás el atardecer con una copa en la cassola... la terraza, quiero decir.

Se supone que hemos llegado. La veo feliz como una niña entre las buganvillas grana que crecen por la baranda de esa especie de precipicio. Contagiada de su entusiasmo, me asomo con cuidado y veo más casas abajo, distribuidas a lo largo de la ladera. Oigo que ella habla con el lacónico Pietro sobre una tal Mona y de algo sobre el wifi. Luego, se despiden y al fin, mi inesperada anfitriona se me acerca.

—¡Bienvenida! —exclama exhibiendo orgullosa las llaves.

Y entonces una vaga inseguridad me sube por la garganta al escuchar esa palabra que asocio, desde hace tiempo, a mentiras. La puerta se abre.



Aquella noche, cinco meses antes del ya tan lejano y maldito viaje a Venecia, Jorge Vitoro me recibió en su estudio, a solas, con una copa en la mano y en la otra, una caja de bombones.

—¡Bienvenida! —me dijo con su mejor sonrisa.

Una felicidad inmensa me esponjó la piel. ¿Se había acordado de que ese día cumplíamos ya medio año juntos?

—Seis meses contigo... —murmuré emocionada mientras trataba de abrazarle por encima de los chocolates y el champán—. ¿De verdad me has preparado una fiesta? —Mis labios buscaron los suyos con avidez.

Él rio, me apartó para dejar la copa y volvió a tomarme entre sus brazos. Sonaba un poco de jazz, muy suave. Y sus manos se movieron por mis caderas, como si bailaran sobre mí.

—Es algo mejor que eso. Pero deja que te dibuje, así, ahora mismo. —Me aupó en sus brazos para depositarme en el centro de la tarima—. Siéntate... o mejor, reclínate sobre el diván, como si estuvieras medio dormida.

Recolocó los cojines buscando el ángulo perfecto. Luego me desabrochó un par de botones de la blusa como si mis senos fueran un regalo a medio desenvolver, entreabrió mis piernas bajo la falda y me puso la copa en la mano.

—Tienes que ser tú la que me acompañe y no otra, tú serás mi triunfo.

—¿Acompañarte adonde? —pregunté, expectante.

—Ahora te cuento.

Me encajó, perfecta, esa vez en papel blanco, de un metro: mis dedos sosteniendo lánguidos la copa, mi cuerpo reclinado, ofreciéndose en escorzo y mi melena negra suelta de modelo gitana del XIX, como a él le gustaba decir.

Antes de terminar, apartó la hoja y la miró con ojos entornados. Como siempre, supuse que el resultado no le convencía. Y yo esperaba su ritual, quizá con un estúpido orgullo: el de saber que necesitaba follarme para dar a sus obras una ilusión de vida.

Me hizo el amor, quizá con más pasión que nunca. Pero después no volvió al dibujo, como solía hacer; se quedó junto a mí, sobre la manta a rayas, abrazándome, casi modelando con sus dedos cada centímetro de la piel de mi cuello y de mis labios. Después apartó un pañuelo que había entre los cojines, un fular de color vivo, rojo y naranja que me resultaba muy conocido. Por

un momento me inquieté.

—¿Susana está posando aquí?

—Alguna vez. A mis colegas les agrada trabajar con ella. Pero a mí no me gusta, no tiene ni la más mínima creatividad comparada contigo.

Y después, su semblante se iluminó. Me volvió a besar despacio, con más morbo si cabe que antes de empezar. Me contó con los ojos brillantes que le habían invitado a un evento importantísimo en Venecia, lo cual supondría el espaldarazo definitivo en su carrera. Que pensaba presentar una *performance* rompedora, impactante. Que comparado con aquello, sus óleos parecerían tan hieráticos como una fosa de cadáveres.

Y que me necesitaba, que sin mí no podría dar lo mejor de sí mismo...

Me había dado la bienvenida cuando en verdad me estaba diciendo adiós.



La casa de Manarola debe de haber sido para Berta, su castillo de cuento de hadas, aunque, para mi sorpresa, no es el lugar donde yo esperaba ver instalada a una joven y rica heredera.

Ella ha entrado por delante de mí y sus ojos giran en torno a las paredes en ladrillo rústico.

—La casa de mi hermano —me explica con un poso de nostalgia mientras sube el largo y polvoriento estor—. La compró muy joven, para trabajar sin que le molestaran...

Todo huele a humedad y a cerrado. Deambulo apenas por el espacio que se abre ansioso a la luz de la bahía. Un tresillo de color blanco sucio, provisto de mantas rústicas, destaca entre estanterías repletas de libros de arte y grandes carpetas sujetas con lazos negros sobre soportes metálicos. En el extremo veo lo que parece ser una cocina con su mesa de comedor y al lado, supongo que un aseo. Una escalera sube a la parte alta del dúplex donde debe de estar el dormitorio.

—¿A que te gusta? —pregunta con la ilusión de una niña.

—Si te soy sincera, me sorprende.

Me callo por no decirle que me parece una grave irresponsabilidad por parte de los herederos mantener un legado así en este lugar perdido. Sobre todo, porque como me ha comentado durante el trayecto, ella no vive aquí.

Berta parece entender mi gesto serio.

—La mayor parte de las obras que conservo de mi hermano se encuentran a buen recaudo y otras en casas de subastas. Pero aquí están los últimos latidos de su corazón, lo que ya no me pertenecerá pronto. —Me he perdido con la última frase.

—Disculpa si me entrometo pero, ¿hay problemas jurídicos con su legado?

—¡Oh, no! —Veo que se retuerce las manos, algo nerviosa—. Soy su heredera universal. Cuando yo tenía cuatro años, mis padres fallecieron en un accidente, aquí cerca, así que ya no volví a mi casa de Castellón. Me quedé en Milán, donde vivía Camilo. Mi hermano, tan despreocupado y libre, se encontró a los veintidós años convertido en mi tutor y con la responsabilidad de hacerse cargo de mí.

Me sorprendo ante semejante confesión, pero ella sonríe con tristeza.

—A ver... a nivel práctico no le di problemas, él contaba con mucha ayuda. Y esos internados bilingües tan fríos en Irlanda también se llevaron parte de mi adolescencia. Aunque Adolfo opina que fue la mejor solución y que por eso mi inglés es tan natural. Él es de madre española, así que domina castellano e italiano, pero fuera de eso, nada.

—Adolfo y tú parecíais muy compenetrados —apunto curiosa—. ¿Entonces no sois...?

—Nos hemos prometido hace poco.

De pronto, la música que creía escuchar en mis oídos ha descendido de volumen hasta desaparecer en brusca desilusión.





Capítulo 8: El artista

hambriento

La casita es, en realidad, un modesto refugio pero muy bien distribuido. Mientras Berta sube, «a ver si la asistenta ha quitado al menos las telarañas de la cama», según me dice, yo curioseó por las estanterías. Un grueso catálogo destaca en la repisa central. Lo abro y ojeo su interior: fotografías de gran calidad del artista, su obra, y a pie de foto, anotaciones biográficas que leo con curiosidad:

“Camilo Sarén siempre vivió en una espiral de aprendizaje, pero desligada muy pronto de cualquier escuela artística y ajena a la situación acomodada de su familia. Según sus propias palabras, pronto descubrió que era la vida, y no el sistema, quien más le podía enseñar.”

«¿Así que no era el típico chaval arropado por su familia pudiente?», pienso mientras miro la foto del artista. Con esos ojos brillantes, el ceño fruncido y la coleta pringosa, la foto incluso me sugiere un punto de locura. Continúo leyendo.

“Sintiéndose encorsetado por el sistema, se independizó a los diecinueve años para vivir de sí mismo y hacer del arte un medio para desnudar las emociones profundas del ser humano. El joven artista, establecido entre Milán y Manarola, sobrevivía vendiendo su obra a turistas, realizando *performances* callejeras y practicando grafiti por encargo.”

La foto siguiente muestra al artista, joven, flaco y embebido en su trabajo pictórico junto al puerto. El mismo pelo largo y la camiseta sucia, manchada de pintura.

“Un productor de la BBC le descubrió pintando y vendiendo en las calles de Manarola y decidió rodar con él un documental titulado *El artista hambriento*. El documental, todo un éxito, catapultó a la fama la obra de Camilo Sarén, como ejemplo del arte joven, genuino, y de la supervivencia del individuo en medio de un sistema alienante.”

Supongo que ese fue el espaldarazo definitivo para el joven Camilo, un golpe de suerte. Porque ¿cuántos artistas callejeros pasan horas y horas incluso dibujando aceras, sin ganar apenas unos euros?

“El repentino accidente mortal de su padre, acaudalado empresario y coleccionista de arte, condujo al artista a una depresión de la que resurgió con una necesidad de integrar, en

parte, al sistema y hacer del arte un elemento más en la sociedad. Comenzó entonces su etapa de colaboración con la galería Rota, de Milán. Sus cuadros e instalaciones dieron el salto a los mercados internacionales y participaron en múltiples muestras, consolidando a su autor como una de las voces jóvenes más interesantes del arte contemporáneo.”

Paso adelante. En las siguientes páginas abundan las fotos de su obra en galerías, inauguraciones y él, enchaquetado, pero con el mismo aspecto famélico y la coleta igual de desaseada.

“En 2005, ya en la treintena y, al parecer, tras una fuerte crisis artística, Camilo Sarén publicó un manifiesto donde anunciaba su deseo de abandonar para siempre el arte de la *performance* y retornar a sus comienzos como artista plástico. Comenzó así su última etapa de búsqueda onírica, la llamada Época de las bilogías, durante la cual hizo público que padecía cáncer, enfermedad que le llevaría a la muerte en 2007, con tal solo 35 años.”

Ya no hay imágenes del malogrado Camilo en esa etapa. Pero sí más fotos de dibujos a carbón exquisitos, sorprendentes. Está claro que tenía una capacidad innata para expresarse en cualquier técnica pictórica.

“En su vida personal no se le conocieron relaciones de larga duración. Durante unos meses se le relacionó con la bailarina Wanda Leko. Mantuvo a su vez, una gran amistad con Bettina Moro, directora de teatro, para cuya obra *Sentire* diseñó los decorados y con el cantautor Vasco Onore, con quien realizó frecuentes *performances* de pintura y música por las calles de Milán.”

Releo sentada en el sofá y, una vez más, el folleto a todo color que concluye con una foto del artista, aún en plenitud, en blanco y negro. Es la misma que corona, a gran tamaño, la pared del sofá. Observo sus facciones, intentando, sin éxito, encontrar algún parecido físico con Berta.

—¡Ya estoy aquí! ¿Qué tal todo?

Baja vestida con unos pantalones de algodón, sueltos, color marfil y un jersey blanco, de punto muy fino, que deja al descubierto uno de sus hombros. La miro de arriba abajo y le sonrío, está preciosa. Pero algo no me cuadra. ¿Qué hay de su casi invisible prometido? Porque yo sé cuándo una mujer me busca a nivel íntimo. Y siento que esa mirada suya húmeda, tan deliciosa, es como un contradictorio faro que se muestra y a la vez se esconde.

La foto del hermano, en ese retrato sin mirar a cámara y en blanco y negro, parece vigilar la estancia desde su puesto sobre el sofá. Me inquieta. Dejo el catálogo en la mesita y trato de saber más.

—Debió marcaros mucho ese accidente de vuestro padre...

—Yo era pequeña cuando pasó aquello, no lo recuerdo... —contesta muy seria.— Mi padre iba al volante y mi madre al lado, murieron los dos. Fue una terrible noche de tormenta.—Hay en su tono de voz una nota de asumida resignación—. A mí me habían dejado con la niñera, por eso me salvé.

—Pero aquí solo habla de que murió vuestro padre.

—Por entonces mi padre ya estaba divorciado y mi madre era su segunda esposa. Camilo y yo somos medio hermanos; de hecho, su madre aún vive, aunque ya lejos de aquí.

—¿Y es verdad que tu padre era coleccionista?

—Más bien mi familia paterna. A mi padre, en verdad, solo le dio tiempo a comprar tres cuadros: un Pízarro que ya no tengo, un cuadro de Berthe Morisot y otro de Lawrence Alma-Tadema.

Le sonrío con ternura: ¿Camille Pízarro, Berthe Morisot...?

—Ahora entiendo el porqué de vuestros nombres. Camilo y Berta... Desde luego, estabais destinados al mundo del arte.

Ella sonrío con dificultad. No sé si esa melancolía que la ronda nace de sus labios o de sus ojos que, a pesar de su chispeante brillo castaño, no pueden ocultar un destello de tristeza.

Por unos segundos se queda con los ojos fijos, como abstraída o ida. Ya he observado que es típico en ella, aunque no por eso deja de inquietarme. Pero enseguida reacciona, hace un gesto evasivo y se echa el cabello por detrás de los hombros. La piel de su cuello, más perfecta que la de su rostro, se me asemeja a suave nácar.

—¿Quieres deshacer la maleta? Hay solo una cama grande arriba, así que creo que es mejor que te instales aquí, el sofá se extiende y es muy cómodo. —Va hacia un armario bastante deslucido y lo abre—. En estas baldas hay ropa de cama y sitio para guardar tus cosas.

Empiezo a pensar que, como suele decirse, los ricos son grandes avaros. Al menos, no es la hospitalidad que cabría esperar en una chica que nada en dinero. Sigue sin cuadrarme este peculiar secuestro.

—Claro, no es problema. Porque... —digo mirándola con atención— supongo que me marcharé pronto y lo que quieres enseñarme es algo que está en esta casa, ¿verdad? ¿Quizá dibujos o grabados en mal estado?

Espero, ya algo ansiosa a que me explique de una vez para qué me ha traído aquí. Pero ella solo mira alrededor y habla como si no me hubiera escuchado.

—Aún queda un cuadro más en la galería de Manarola, la que regentan Mona y Pietro. A él ya le conoces. Adoraban a Camilo y para mí, que les he visto verano tras verano, forman parte de la familia.

—¿Pasabas las vacaciones aquí?

—Desde que tengo uso de razón. —Se muerde los labios como si contuviera el llanto y me siento cada vez más incómoda.

«Que no rompa a llorar», suplico para mí misma.

—Camilo se refugiaba en Manarola —prosigue algo rehecha—, lejos de todo, incluso de su estudio en Milán. Yo venía con él en verano. Aquellos paseos en la barca de Pietro, las tardes en la playa de Fegina, el helado de limón que me compraba para merendar mientras él hacía apuntes rápidos...

Y, de pronto, la imagino así, de niña, a solas con su hermano mayor, seguro que idealizado al extremo, como todos los muertos.

—Son los recuerdos más felices de mi infancia. Los mejores, sin duda.—Sus ojos, aún húmedos, se han perdido en el ventanal que da al mar. Sacude la cabeza como si no quisiera rendirse a la emoción y se acerca a la cocina—. ¡Vaya, no me trajeron Limoncino! Lo compraremos luego, cuando vengamos de comer, es un licor muy típico de aquí.

Me mira, como si tasara mis pensamientos, duda.

—O quizá baje un momento mientras tú te instalas. —Coge el bolso y echa una mirada penetrante a las guías de arte que están sobre la pequeña mesita del sofá—. Sí, será mejor así —murmura como para sus adentros, como si calculara algo que va a ocurrir—. Ve echando un vistazo a esos catálogos. —Agarra las llaves, me dedica una débil sonrisa y vuelve a salir por la

puerta.

«¿Me deja otra vez sin saber qué he venido a hacer aquí?», pienso con un suspiro.

No me apetece demasiado abrir la maleta, es más, empiezo a pensar que me estoy equivocando, que no hay señales reales en esta niña rica que tanto me atrae y que sin embargo me resulta inaccesible, a pesar de haberme metido en su casa.

No tengo ganas de ver más catálogos pero, para hacer tiempo, tomo entre mis manos otra gruesa guía de arte, tal como me ha sugerido. De repente, me asalta un escalofrío. El corazón se me encoge al leer el título: *El triunfo de la performance. Veneziart, 2005*.

—¿¡Qué es esto!?! —digo en voz alta.

Trago saliva con dificultad y abro la publicación. Las imágenes en el interior hieren mi retina, me siento como si acabaran de darme una bofetada terrible en plena cara. No sé si esta chica lo ha hecho aposta, pero ahora sé que me ha invitado a mí y a mis fantasmas.





Capítulo 9: La modelo

encadenada

Festival Veneziart 2005: El triunfo de la *performance*.
Jorge Vitoro: *Realidad*

“El artista español lleva a cabo una arriesgada e impactante acción que tiene como mensaje la indefensión obligada del ser humano ante las convenciones de una sociedad que le hiere pero de la que no tiene medios para liberarse. Frente a la realidad demente, condenada y agresiva, el artista se sumerge a cuerpo descubierto en la creación salvadora, encontrando en su propio universo la liberación que la misma sociedad se niega a sí misma. La joven modelo, que simboliza al mundo real en perpetuo desprecio por el acto creativo, pugna por liberarse destruyendo su propia imagen y a la vez autoinfligiéndose un patente daño.

Desarrollo: La modelo se encuentra sentada en una silla en el centro de un habitáculo insonorizado, transparente y flanqueado por cuadros del propio Vitoro. Permanece con las manos esposadas mientras desde fuera es dibujada por el artista, que se encuentra totalmente desnudo ante el caballete y de espaldas al espectador. Los asistentes pueden ver cómo el cuerpo de la modelo se muestra paralizado pero poco a poco va entrando en una espiral de violencia que la lleva a gritar y a tratar de liberarse de sus ataduras sin éxito. Una a una, va derribando las pinturas del autor; a continuación se acerca al cristal, presa de la exaltación, increpa al propio artista que continúa pintando y retrocede hasta pisotear y destrozar al completo todas las obras que hay dentro del habitáculo.

En palabras de Vitoro, la finalidad de esta *performance* es expresar el profundo enfrentamiento entre la realidad y el propio creador, autodestruyéndose la primera y castigando al propio artista a una especie de destino prometeico, donde el don que entrega a la humanidad no es aceptado, sino que se ve condenado al desprecio de una perpetua destrucción. La realidad, como concluye el propio Vitoro, no desea verse a sí misma en manos del artista.

La acción provocó algunas polémicas ya que la actriz, en pleno desarrollo de la escena, llegó a herirse, a llorar e incluso a sangrar tratando de librarse de las esposas. En la fotografía, el artista, Jorge Vitoro y la actriz, Clara de Hera, en el momento culminante de la *performance*.”

Lágrimas de pura rabia me ruedan por toda la cara al leer esto.

¿Yo, actriz!?

¿Él, artista?

¿Arte aquella escena miserable?

Estoy a punto de estallar en gritos. Por un momento, vuelvo a sentir aquel dolor de mis muñecas atadas. Me levanto y arrojo el maldito catálogo a la mesa.

¡¡Mentira, una puta mentira de mierda!! ¡Ni yo era actriz ni él era Prometeo robando el fuego de los dioses para entregárselo a los hombres! ¡Ni aquello era lo que la gente sedienta de morbo y ansiosa de carne creía ver!

Yo era, en ese instante, un despojo de diosa, un río de aguas, antes veneradas y mimadas, al que ahora apaleaban el corazón hasta hacerlo desbordar. Yo era una muchacha enamorada a la que de repente acababan de herir con crueldad sibilina, premeditada y alevosa.

¡¡Yo no era arte, sino la víctima de una estafa cruel!!

Los recuerdos me inundan de odio, un odio visceral y ardiente, como la lava de un volcán. Y voy a arrojarlo ahora mismo sobre quien me lo acaba de infligir.

Juro que se va a enterar. ¿¡Dónde está, dónde se ha metido esa maldita puta rica!?



En cuanto entra, sonriente, con una bolsa de papel donde asoman un par de botellas, me dirijo a ella con ira, no le aguanto ni una excusa más.

—¿Quieres decirme a qué juegas, niñata? ¿Has estado hurgando en mi relación con Vitorio!? —Se queda muda y me mira con los ojos como platos. Le tiro a la cara el maldito catálogo que casi se estampa entre sus ojos—. ¿¡Primero la escena en la galería con ese cabrón y ahora esta mierda!?

—Yo... no quería hacerte sentir mal... —Empieza a respirar deprisa tratando de ganar tiempo.

—¿¡Pero tú qué coño sabes de mí, hija de perra!?

Tengo ganas de sacudirla, de apartarla a empujones de la puerta y largarme para siempre de su maldito paraíso. Agarro mi maleta que aún está sin abrir. La frente me arde y las lágrimas me empiezan a rodar por la cara.

—¡No te vayas, Clara, te lo pido por favor...! ¡Tú, tú... eres una víctima, como también lo fue mi hermano!

—¡¡Quítate de esa jodida puerta o te juro que te voy a apartar a rastras!! — La cara se le contrae en una fea mueca de llanto. Empieza a hiperventilar y a llorar a gritos.

—¡¡Estoy sola!! ¿Vas a dejarme con todo esto, sin nadie que me ayude? —Los chillidos suben de intensidad—. ¡¡Eras... eras mi última esperanza!!

Las botellas han caído al suelo con enorme estrépito y el licor de limón, ese que había ido a buscar tan ilusionada, se esparce por todo el suelo. La observo perpleja, como si de pronto, el dolor que siento se hubiera hecho simple llovizna frente a un huracán furioso y devastador. Nunca he visto a nadie llorar así.

—¡Pero deja de gritar, tía, joder...!

Mi rabia da paso a un nerviosismo culpable. Parece que se ahoga, que tiene una especie de ataque de ansiedad. Es como si fuera ella la que se estuviera derramando por el suelo, hecha limón y lágrimas. El cerco de cristal a sus pies, la cara desencajada... ¿Me he equivocado al

acusarla? El miedo me invade, parece que se le corta la respiración, no sé qué hacer. ¿Llamo a un médico o le doy un bofetón para que reaccione?

—Ya está... Berta, por favor... ¡Respira hondo! —Entro en pánico. Es como si esta chica estuviera en otro mundo. Su cara refleja la viva imagen del terror—. ¡Ya está, tranquila...! —Trato por todos los medios de que respire lento y que deje de sollozar—. ¡Y por Dios, olvida lo que te he dicho! ¡No pasa nada, serénate!

Menos mal, ya me hace caso. Jadea, pero ahora más lento. Una necesidad de tregua se abre paso en mi mente aunque me pregunto por qué coño llorará si la que ha sido herida soy yo.

—Vamos a hablar, Berta, ¿vale?

Busco deprisa en mi bolso y le paso un pañuelo de papel. Aún se le agita el pecho y está temblando como una poseída; tiene los ojos turbios y enrojecidos.

—Yo... yo solo... yo no sabía cómo empezar a contarte, Clara...

—Vale, no pasa nada. —Me muerdo los labios e intento recuperar la serenidad que a ella le falta—. Tenemos tiempo.

La hago sentar en el sofá mientras me seco también la cara. Mi rabia se ha esfumado ya y el charco de Limoncino nos envuelve en un aroma casi intimista. La cabeza me arde. Es como si hubiéramos bebido sin beber, como si nos hubiéramos emborrachado, pero no de alcohol, sino de nuestras propias lágrimas.

—¿Estás mejor? —Le aparto el pelo de los ojos y ella trata de esbozar una sonrisa. Me mira con ojos de súplica, con la patética dulzura de una muñeca de porcelana a la que hubieran quebrado de una caída.

—Voy a ir al baño, creo que necesito una pastilla. ¿Te importa esperar?

—No, claro...

—No aprovecharás para irte, ¿verdad?

—Te espero.

Ahora me siento casi culpable de haber provocado esta situación. La veo levantarse confusa y caminar hacia el lavabo y, de pronto, sin saber por qué, la compasión me inunda. A pesar del ataque de histeria, cada hebra de su cabello aún parece esforzarse en brillar, sedosa y dúctil, como un revuelto río de trigo y arcilla blanda.



«El cabello suelto...», recuerdo con los labios apretados. Vitoro me pidió que me dejara la melena desatada en aquella *performance*. Me lo había explicado una y otra vez durante muchos días.

—Estarás encerrada dentro de una cabina insonorizada y acristalada por completo. Se verán todos tus movimientos.

—¿Y no me agobiaré en tan poco espacio? —pregunté inquieta.

—Serán tres por dos metros, no te preocupes —me tranquilizó él—. Estarás sentada en el centro, con las manos atadas, mientras una pantalla proyecta escenas relacionadas con la censura al arte. Tu papel será dejarte retratar tranquila, y en el momento en que te apetezca, escoger uno de mis cuadros, mostrarlo al público y romperlo despacio, tal y como te apetezca. Pero solo uno, Clarita —me dijo sonriendo—, que bastante me duele hacer añicos meses de trabajo.

Y yo, ingenua, estúpida, le decía que me daba reparo romper una obra suya, que todos eran retratos que me había hecho y, para mí, eran de una gran calidad.

—¿Cuál debo escoger?

—Improvisa —me dijo—. Eso será parte de la *performance*.

Él se presentaría desnudo, fuera de la vitrina y de espaldas al público. Yo llevaría un albornoz.

—La realidad destapándose y ocultándose; el artista, sin armas, revestido con su propia sinceridad —insistió. También me insinuó que podría incluso no llevar nada debajo si me sentía conforme y me hizo firmar un papel donde eximía de responsabilidad a la organización y al creador—. Un mero formalismo —concluyó mientras me guiñaba un ojo y me daba un leve pellizco en la mejilla.

La mañana anterior a aquella maldita pantomima, paseamos cogidos de la mano en torno al puente Rialto. Me compró una máscara, una preciosa máscara de cristales y plumas rosas, un capricho estúpido que se me había antojado para mi piso de estudiante. Me prometió un paseo en góndola aquella tarde, por el Gran Canal, como dos enamorados de anuncio...

—¡Me hacen un reportaje muy cerca de allí, mi amor! ¿No es fantástico? En cuanto acabe estoy contigo... —Me besó con los labios húmedos hasta encenderme de deseo—. Espérame en la parada de San Marco.

Pero no apareció. Cuando harta de ver pasar góndolas volví al hotel, él acababa de llegar y se disculpó muy agobiado.

—¡Me liaron con esa entrevista, Clara, qué mala organización, de verdad que lo siento! Créeme que tenía reservada la góndola y no era nada barata, hubiera sido perfecto, te juro que estoy más defraudado que tú. —Parecía tan cansado, tan molesto, que le creí—. Este viaje es una locura, estoy estresadísimo, perdóname. Pero mañana te prometo que después de la *performance*, tendrás todo lo que te mereces. —Me besó de nuevo, esta vez con más cariño que deseo y me susurró al oído—: Gracias por entenderme, mi amor. Eres mi musa, sin ti no podía haber hecho todo esto que estoy a punto de hacer.



—¿Mejor? —Berta acaba de volver de refrescarse la cara. La miro con curiosidad y veo que hace ademán de coger su bolso, empapado de limón.

—¿Te... te importa que fume? —me pregunta insegura. Yo la animo con un gesto, la verdad es que me da igual. Ya no fumo pero quizá el humo ponga la intimidad necesaria entre ella y eso que de ninguna forma se atreve a mostrarme—. Supongo que esperas una explicación.

—Ya va siendo hora, sí. —Mis cejas se elevan con cierta ironía.

Ella acaba de sacar un cigarro. Veo que le tiemblan las manos y, a pesar de mi impaciencia, me compadezco y se lo enciendo: respira casi estremecida, sin regularidad. El humo se cuela entre nosotras, como un agradable confidente.

—De niña solía dibujar tonterías —me confiesa. Y por un momento me mira, como si eso fuera toda la explicación que va a darme. Luego se acaricia a sí misma el cuello y vuelve la vista al frente—. Pero luego prefería verle pintar a él. Recuerdo a mi hermano trabajando en *Caballo que espera*. Yo adoraba ese cuadro, no sé por qué, y él lo sabía. Sin embargo, Camilo consintió que se subastara poco antes de morir.

«¿Y qué tendrá que ver conmigo todo esto?», me pregunto mientras la veo dar una calada nerviosa.

—El día en que me regalaste ese apunte tuyo de mi cuadro más querido me emocioné mucho, y más aún cuando supe que trabajabas allí, a pocos metros de él. Sentí que contigo estaba

en buenas manos. Como no habías firmado el regalo más que con tu nombre, pregunté tus apellidos al director del museo y quise saber más de ti. Entonces descubrí que estabas en la red, pero no solo como restauradora. —Proyecta el humo hacia delante, despacio, y me mira casi con miedo—. En una página perdida se mencionaba que habías sido modelo de Jorge Vitoro y que aquella *performance* de 2005 había sido impactante... a causa de ti.

Cierro los ojos. Impactante, sí. Esa fue la palabra que él empleó.



—Esposas en vez de cuerdas —me dijo mientras entregaba las llaves al vigilante de seguridad—. Será más impactante.

Ya a punto de empezar, con las cortinas corridas, me colocó en el estrado. La *performance* Realidad, con el artista asistiendo a la sorprendente destrucción de una de sus obras, iba a ser ofrecida al fin, al gran público.

Desde afuera me llegaba, muy lejano, el rumor de pasos de los visitantes del museo. Él estaba nervioso y le temblaba la voz, quizá como nunca desde que le conocía. Me recolocó en el asiento con las manos situadas sobre el regazo y el albornoz bien anudado.

—Ya ha acabado la acción anterior y los espectadores están llegando. Ahora te dejaré sola pero antes de que se abran las cortinas necesito que observes el vídeo que aparecerá ahí. —Señalaba a la pantalla donde se proyectarían escenas relacionadas con la censura artística. Sin embargo, la pantalla se hallaba colocada ante mi vista y no hacia el público, como estaba acordado. Mientras me hablaba, se quitó su propio albornoz y quedó frente a mí, desnudo. Recuerdo, ahora con asco, que incluso me excité.

—¿Por qué debo ver ese vídeo? —le pregunté, también nerviosa—. ¿Has añadido algo a la acción?

No me miró a los ojos. En un extremo del habitáculo había objetos cortantes, un mechero e incluso una botella de champán. Todo lo necesario que se nos había ocurrido para dañar su cuadro durante la *performance*, a pesar de tener las manos atadas.

—Tú solo mira. Hay cosas que no se pueden explicar con palabras. Quisiera decirte que... —Su voz vacilaba de nuevo y yo, esposada, rígida en mi silla, le miré sin comprender—. Ayer por la tarde, no estuve en ninguna entrevista, Clara, sino haciendo lo mismo que llevo haciendo durante meses y siendo sincero conmigo mismo. Te preguntarás por qué te lo digo ahora, cuando *Realidad* está a punto de salir a la luz. —Mis nervios, exaltados ante la inminencia de la puesta en escena, no me dejaban entender—. Pero no puedo seguir mintiendo en este momento tan trascendental de mi carrera —añadió—. Espero que me comprendas, que tu profesionalidad se imponga y no me guardes rencor. Esta es mi *Realidad*, Clara.

No dijo ni una palabra más. Salió del habitáculo y yo, desconcertada, miré arriba, a la pantalla. Las cortinas empezaron a abrirse con inquietante lentitud.



—¿Qué más sabes de lo que ocurrió allí, aparte de la versión oficial? —Hojeo el catálogo con la garganta seca. Ya no hay más fotos más, por suerte. Berta ladea la cabeza y suspira.

—Mi hermano Camilo también fue invitado a participar. Su acción consistió en realizar una pintura en directo. Puedes ver la foto del resultado casi en las últimas páginas.

Paso deprisa las páginas del catálogo y, en efecto, veo la foto de Camilo Sarén, con los

pómulos más marcados, la mirada cansada y el cabello recogido como siempre en la descuidada coleta de la que nacía ya alguna cana. Pienso que, sin duda, estaría atormentado por la enfermedad que le llevaría a la tumba y de ahí el cuadro repulsivo que pintó ante el público y que aparece en la página derecha: una siniestra cabeza de toro ensangrentado y por encima un número dos gigante que chorrea, deshecho, hacia la parte inferior del papel. Título: *Juicio al arte* (100x65 cm).

—Al parecer y, según dice el catálogo —comenta—, todos los artistas concurrían con dos acciones. Pero Jorge Vitoro solo presentó una acción y Camilo fue obligado por los comisarios de la muestra a retirar su segunda *performance*. Esa cuyo resultado tengo aquí. —Se levanta y va hacia un rincón donde hay un cuadro no colgado, sino vuelto contra la pared—. En palabras de la organización, el segundo cuadro que Camilo pintó allí, ante el público, resultaba ofensivo.

—No entiendo... —digo totalmente desconcertada.

Da la vuelta al lienzo, despacio, lo presenta ante mí y yo contengo una exclamación. Una fotografía, a modo de *collage*, ocupa la parte superior del cuadro: es la cara de Jorge Vitoro, sonriente, a tamaño real. El resto del cuerpo ha sido completado en blanco y negro a trazos duros y el conjunto, con los pies colgando, transmite una apariencia de cadáver. En torno al cuello, hay una horca dibujada con patético realismo.

—Te presento... *Juicio al artista* —dice con voz apagada. Una soterrada angustia empieza a recorrerme toda la garganta—. ¿Aún no entiendes, Clara, que también mi hermano pide venganza? —Me mira con dolorosa intensidad, como si quisiera despertarme de un largo sueño.

Y sí, ahora entiendo. Me doy cuenta de que Camilo pintó en vivo algo que le reconcomía por dentro. Que *Juicio al arte*, o sea, el toro ensangrentado, deshecho y envuelto en un número dos gigante no es una crítica a la tauromaquia sino un horrible jeroglífico: que el número dos y el toro es el propio Vitoro, pero que así, simbolizado por un animal, resulta políticamente correcto, colgable y aceptable. No como el otro, *Juicio al artista*, que pide, a cara descubierta, la muerte del creador, la horca para el diablo desprovisto de sentimientos, a lo mejor capaz de jugar con los sentimientos de Camilo Sarén, como acababa de hacer con los de una chica de apenas veinte años.





Capítulo 10: Lo que escondía la realidad

Hemos bajado, de común acuerdo, a comer a una *trattoria*, sin mediar una palabra más.

Nos hemos dado una tregua en forma de pizza *bolognesa* y ella me habla, ante su copa de vino, de cómo Cinque Terre se ha ido adaptando a su nuevo estatus de paraíso turístico. Hay gente en las mesas y un poco de ruido, pero su voz me llega ahora, clara y serena.

—Mi hermano decía que la costa de Liguria es un diálogo de tierra y agua. Aquí hasta los viñedos acaban en el mar —dice mientras mordisquea su porción, repleta de carne y tomate—. Y el vino sabe especial, te lo aseguro, es... no sé, distinto, anacrónico, quizá.

La escucho hablar, sin comentar demasiado, y me dedico a masticar esta masa tierna y esponjosa, muy diferente a la que suelo sacar del microondas en mi apartamento. La verdad es que me traen un poco sin cuidado Manarola y su producción vinícola. Ansío ver los últimos restos de queso en su plato para que podamos ir a la playa, como me ha prometido, a relajarnos y a charlar. Aún estoy impactada por el cuadro que he visto arriba. Pero ella no parece tener prisa.

—Hay gente joven aquí, a cargo de los viñedos, con ganas de sacar adelante nuevos proyectos. No todo el mundo quiere trabajar en el *Arsenale*, aunque el turismo les da muchos ingresos. —Traga al fin su último trozo y se limpia la servilleta—. Camilo empezó vendiendo pinturas aquí, ya sabes.

Una vez acabado el almuerzo, camino junto a ella con el corazón algo acelerado. Bajamos a la playa, que tal como dijo Pietro, es minúscula, pero de un turquesa cegador. Agua engarzada en roca, como una inmensa y fresca joya.

Nos colocamos en un rincón, al abrigo de las piedras. No hay demasiada gente y escucho solo hablar en alemán. Berta ha extendido una amplia toalla estampada y me invita a sentarme a su lado. Así, descalza, con sus pantalones sueltos y ya sin nada de maquillaje, su rostro se me aparece delicado y redondo, casi infantil, en contraste con su mirada siempre triste y, a veces, incluso trágica.

No me mira a mí, sino a la orilla, cuando me habla.

—Camilo trató con personas que le marcaron mucho, y de todas ellas he encontrado vestigios: algún apunte de Wanda, en pleno baile... Es bellissimo, ya te lo enseñaré. También de una chica mulata, muy sensual, con la que vivió unos meses aquí en Manarola hasta que ella se marchó. Todo eso me lo ha corroborado siempre Mona, la mujer de Pietro, la que regenta la galería. Pero de Jorge Vitoro...

—¿Hay más aparte de esos dos cuadros? —pregunto intrigada. Ella da un largo suspiro y acaricia la arena con las manos.

—Si lo hubo, lo destruyó. Lo que pasó entre ellos debió ser a nivel emocional, muy doloroso, muy fuerte.

¿Emociones, sentimientos? ¿Quizá una relación homosexual? Me abstengo de plantear esta posibilidad en voz alta por si a ella le incomoda, a juzgar por cómo idealiza al hermano fallecido. Nunca hubiera imaginado a Jorge Vitoro, tan deseoso de mujeres, en la cama con otro hombre, pero tampoco ahora me sorprendería. Y si lo hizo para encumbrarse en el mundo del arte, aún me parece más que probable. Camilo Sarén triunfaba en Milán y estar con él debía suponer un paso arriba en el escalafón artístico.

—¿Jorge y tu hermano se conocían de antes?

—Por lo visto, sí; pero fue en Venecia, durante la celebración de esa muestra de 2005, cuando volvieron a encontrarse cara a cara. ¿No lo sabías?

Mis cejas se elevan, en plena ignorancia. *Realidad* se representó el primer día del festival y yo me marché esa misma tarde. Recuerdo con frío mortal el momento en el que, al acabar la acción, se cerraron las cortinas y el vigilante entró con la llave a quitar las esposas de mis manos sangrantes. Mi cuerpo y mi mente seguían en *shock*.

—¿Camilo estaba entonces allí presente, viéndome tras la vitrina? —Aspiro con fuerza el aire marino, me quito la chaqueta y dejo que el calor del sol se pasee, compasivo, por mi piel.

—Es muy probable que sí. —Su mirada me busca y su mano toma la mía con delicadeza inesperada. Nos hemos quedado solas y la playa se nos entrega, confidente, entre el rumor de las olas. El cielo me acaricia con su luz radiante y la espuma se hace transparente ahí en la orilla—. Cuéntame, Clara. —Su voz se ha hecho casi un arrullo—. ¿Qué te pasó en verdad, en Venecia?



Realidad.

O sea, la acción definitiva. Lo que sería la *performance* cumbre, el éxtasis y la apoteosis del mediático y genial Vitoro.

Y supongo que, en efecto, los críticos la entendieron así. El público miraba, hambriento de emoción, con caras curiosas, alucinadas, sorprendidas... Y en medio, yo, el animal enjaulado, preso de la ira, golpeando el cristal de aquella cárcel transparente. Un animal que rompía, una tras otra, la botella de champán y las copas, que destrozaba los cuadros entre cuchillos y cristales, sin el consuelo de poder restañar siquiera su propia sangre.

Y si yo era la furia, la gorgona de cabello derramado, la terrible realidad golpeando al incauto artista, él, a ojos de los espectadores, era la víctima que veía masacrado todo su esfuerzo.

Pero el golpeado no era el artista, sino yo.

Aquel vídeo que tuve que visionar, con las manos esposadas, durante los primeros minutos de la puesta en escena, aquellas imágenes que el público no vio pero yo sí, me mostraron con toda su crudeza, un engaño y una traición.

El protagonista absoluto de aquella película pérfida era él: él mismo, pero con Susana, y en esa misma cama inconfundible de barrotes anticuados y colcha de raso granate y oro, arrugada, a los pies. En nuestra cama del hotel veneciano, en esa habitación decadente y horrorosa que él se había empeñado en alquilar. Él amándola en todas las poses y posturas, poseyéndola impetuoso, libre. Y ella... su cuerpo archisabido, dibujado al milímetro por los estudiantes de la facultad, apetecible pero sin expresión; su piel convertida en objeto de deseo, no de arte, no de pretexto, sino fin en sí mismo de una lujuria a dos, más auténtica que cualquier pedazo de lienzo. Ellos

dos, engañándome allí mismo, en Venecia, mientras aquella tarde yo esperaba en el embarcadero de San Marco una góndola en la que nunca me iba a montar. Ella riéndose, tomando prestada mi ropa íntima, luciendo a ratos mi máscara de plumas rosas, esa de la que yo me había encaprichado con patética ilusión a los pies del *Campanile*, la que él me había regalado como gesto de amor en nuestra Venecia particular.

El vídeo era la realidad de un engaño cruel, cimentado en una trayectoria premeditada y bien urdida. Un veneno que se me obligaba a tragar sin siquiera el lenitivo de la privacidad. La impotencia me ahogó la garganta, me puso en carne viva el corazón. Y enloquecí.

Semanas después recibí de boca de la propia Susana una explicación en tono culpable. Supe que estaban juntos desde poco antes que Vitoro y yo, que ella había sido informada de lo que él iba a hacer conmigo y que incluso le había pagado hasta el viaje a Venecia. Entonces, solo entonces, entendí el porqué de toda aquella estúpida puesta en escena.

Yo había sido llevada al límite, paso a paso, durante meses, en la cama y en la tarima. Yo había sido adulada en lo más secreto de mi intimidad, follada y forzada a ser musa, para que todo culminara en ese instante. Él había jugado a enamorarme durante meses para estampar mi reacción ante el público, contra aquel cristal, frente a multitud de ojos vacíos de sentimiento y para mayor gloria de su propio ego.



Berta me mira con cariño o, al menos, así me parece mientras mis ojos se pierden en el mar turquesa. Por la escalera descienden varios turistas obesos, con sombrero y bañador.

Siento que he hablado, aunque quizá no tanto como mis recuerdos. Y siento que ella me entiende.

—¿Por qué tanta crueldad? —me pregunta en voz baja, casi con pudor.

Aún tengo un nudo en la garganta. Ahora me doy cuenta de que he estado jugueteando con los pliegues de la toalla, resiguiendo con los dedos su tejido esponjoso. Estoy presa en su interior. O quizá más bien protegida, a mi modo y en mi territorio, de la realidad que me rodea.

—La obra de arte debía ser genuina. La realidad debía hacerse una fuerza demoledora, intensa, destructiva, atacando el proceso del artista... —repito como una autómatas.

Y también la botella, como potencial arma arrojadiza, los cuadros que con toda seguridad yo destrozaría y el albornoz que dejaría entrever apenas mi desnudez sin que yo, maniatada y rabiosa, hiciera nada por evitarlo. La impotencia absoluta de querer romper aquel cristal y gritarle, en medio del público sediento de morbo, que él era un cerdo traidor, malnacido, desagradecido y sin entrañas.

—Pero podrías haber saboteado su puesta en escena. —Mueve la cabeza como si no diera crédito—. ¿Y si te hubieras limitado a callar o a fingir?

—Él me conocía demasiado.

No me bloqueé. Exploté. Grité tras la vitrina insonorizada. Me hice sangre con los cristales rotos. Y mientras, él siguió ante el público, ajeno a todo, exhibiendo su cuerpo musculoso y dibujándose en pleno movimiento. Hasta que no sé en qué momento la cortina empezó a cerrarse. Yo, la *performance*, había sido dada por concluida.

—¿Volviste a verle? —pregunta Berta, inquisitiva.

El cielo se nubla por un instante y el mar, como gigantesca paleta, se tiñe de plata y nácar.

—Solo recuerdo que el vigilante me miró con cara extraña mientras me abría las esposas.

Parecía sentirse sorprendido o quizá culpable. Me acompañó adonde había dejado mi ropa, me dijo que el señor Vitoro también había ido a vestirse y a atender una entrevista. Que había dejado recado de que me vería en el hotel y que si deseaba ir al centro de salud a que me vieran las manos. Espiaba cada uno de mis movimientos, como si tuviera orden de no dejarme salir a buscar al artista. —Trago saliva con dificultad. Hago una pausa, sigo recordando—. Los espectáculos del resto de participantes continuaron pero ya no volví a la sala. Sé que me cambié y me marché deprisa, destrozada, que alguien me abordó ya casi fuera del *palazzo*: «Señorita, ¿esto ha sido... realidad?», me habló con voz muy ronca, o afónica.

Noto que Berta se tensa.

—¿Sería Camilo? Desde que le operaron de la garganta, le costaba mucho hablar.

—Nunca supe quién me abordó, no le hice caso. Pensé que me preguntaba por el nombre de aquella muestra artística y no por la autenticidad de mi propio dolor. En cuanto salí de allí, corrí al hotel. La cama estaba algo deshecha y sobre la mesa había botellas de alcohol, algún vaso de plástico y un mapa de Venecia con señales a bolígrafo. Reconocí la maleta de Susana, «ya no pintas nada aquí», parecía decirme. Pero ella no estaba. Estrellé la máscara de plumas rosas contra el suelo y la pisé hasta hacerla añicos Y ese día decidí que ya había tenido bastante de realidad para toda mi vida.





Capítulo 11.

Entrevistas

Nuestro momento de confidencias acaba de quebrarse. Justo cuando la tarde se desvanece, a trazos de naranja y rosa, color de sorbete y de helado infantil, una voz de hombre, jovial y despreocupada, nos interrumpe.

—¡Cariño, sabía que te encontraría aquí!

El olor a salitre se ha impregnado de colonia masculina. Me vuelvo y le reconozco. Es el prometido de Berta, tan fuera de lugar como un Lamborghini en un arrabal, con su chaqueta impecable y sus impolutos zapatos deportivos. A la luz del día me parece más joven que cuando le vi en el museo. Quizá incluso más joven que Berta. Más bien alto, de frente despejada y mirada aguda y penetrante.

—¡Adolfo, qué sorpresa, no te esperaba! —Ella se levanta, sorprendida y creo que incómoda.

—Es sábado, corazón. Te dije que podría dedicarte el resto del fin de semana.

«No sé por qué pero no me cuadran como pareja», pienso mientras le veo estrecharla entre sus brazos. Él, demasiado abierto, ella un poco fría.

—Recuerdas a Clara, ¿verdad? La restauradora del museo.

—¡Por supuesto! —asiente él—. ¿Qué tal?

Nos damos la mano, intercambiamos dos o tres formalismos y, con resignación y consciente de que sobro, me encamino a la orilla llena de piedras para dejarlos hablar. A lo lejos veo pequeñas barcas pesqueras. Me remango los pantalones y me adentro un poco en el agua. El mar cubre mis pies. Me quito el sombrero, y me mojo las manos y el pelo.

Necesito que esta agua transparente suture, que lama lo que queda de herida en mi frente y quizá en mi alma. En el contraluz dorado de esta tarde que se retira, pienso que hoy todo fueron contrastes: el blanco y negro del cuadro terrible, el limón y el azúcar del Limoncino derramado, el ácido insoportable de mis recuerdos y la delicadeza de ella con su mirada húmeda.

Jamás había hablado de esto. Ni siquiera a mis antiguas parejas. Hoy he roto, como una ola en plena arena, y un peso se me ha aliviado por dentro. Pero también la he visto estallar antes a ella, como el temporal contra las rocas y ahora siento como si entre las dos fluyera una intimidad nueva. Daría cualquier cosa por tener una pareja que tan solo fuera capaz de eso: de mirarme con esa dulzura con la que Berta lo ha hecho hace un momento.

Nunca he sabido cuándo me enamoro. Solo sé que ahora ya no me atraen los maremotos, sino el agua salada y a la vez dulce, lamiendo mis pasos en la arena.



¿No es surrealista? Se marchan a un hotel, a Monterosso, a pasar la noche del sábado y parte del domingo, y me dejan sola en la vivienda de Manarola, entre los cuadros de Camilo Sarén.

—La habitación es pequeña, y además, a Adolfo no le gusta esto. Se siente incómodo entre tantos recuerdos —me dice a modo de excusa.

La miro comprensiva mientras ya en la casa, mete un pequeño neceser y alguna prenda de ropa en su amplio bolso de marca. El novio espera en la terraza fumando un cigarro.

—No tienes por qué darme explicaciones, Berta. Quizá sea yo la que deba irme a un hotel y dejaros vuestro espacio —digo resignada. De nuevo, en medio de este soplo de aire fresco que ha sido la aparición de ella, se dibuja la sombra de un hipotético triángulo en el que, desde luego, no quiero ser vértice. No creo tampoco, y por fin soy consciente, tener ninguna posibilidad con una chica que parece muy definida en sus tendencias íntimas.

—¡De ninguna manera! Eres mi invitada y quiero que sigas aquí. Solo será esta noche. —Mientras se dirige a la puerta, ya con el bolso al hombro, la observo: ha cambiado los pantalones anchos por un vestido burdeos ligero, de flores diminutas y una *blazer* rosa palo que le da un aire mucho más urbanita—. Siéntete como en casa. Hay comida en el frigorífico. —Rebusca en la chaqueta y me alarga una tarjeta—. Ahí están los datos de Mona, si necesitas cualquier cosa, ella o su asistente te la traerán. Le pasaré a ella también tu número para que estéis en contacto.

—Me siento una intrusa...

—¡En absoluto! Mañana estaré de vuelta y te juro que seguiremos hablando, perdona las prisas, Adolfo no quiere esperar al último tren.

De forma impulsiva me besa en la mejilla y me aprieta el brazo dejándome un calor especial. Desde la puerta que da a la terraza, los veo decirme adiós y desvanecerse, en una nube de buganvillas, vides y limoneros.

Suspiro. Con gesto maquinal, como siempre hago en mi propia casa, pongo el televisor, supongo que para exorcizar mis propios pensamientos. Echo un vistazo por la minúscula cocina, por el suelo desgastado y ennegrecido en los rincones. Los cristales también parecen algo empañados. No parece que la asistente de la tal Mona se mate a trabajar.

Dos pedazos de queso gouda, un pequeño bocadillo de salami y un yogur desnatado: esta va a ser mi cena en la casa de esta extraña millonaria llamada Berta Sarén. Pienso que si yo tuviera su dinero, quizá no vestiría de marca pero al menos adecentaría un poco más este refugio de verano al que en algunos puntos del techo acompañan las telarañas.

Aunque, pensándolo bien, quizá sea que ella prefiere mantenerlo casi intocado, aprisionando aún los recuerdos ya lejanos de su hermano muerto. Aquí, Camilo Sarén debió de pintar sus últimas obras, aquí debió de ver renacer su último arrebato de plástica espiritualidad y de aquí se lo llevarían al hospital de Génova, donde falleció.

Un escalofrío me recorre la columna y me arrellano en el sofá mientras cambio una y otra vez de canal buscando algo que no me haga pensar demasiado. Programas en alemán, inglés, noticias locales... De manera aleatoria aparece la imagen de la galería Rota, en Milán y la voz de una locutora francesa. Están entrevistando a los artistas participantes. No puedo evitar buscar los subtítulos en español para saber de qué hablan.

Y de nuevo, esta cochina sincronicidad que me trae todo aquello de lo que huyo. «Maldita sea mi suerte», pienso al contemplar quién aparece en la pantalla.

Me arropo, resignada, con la manta rústica en el sofá. Ni siquiera, aunque me esconda en este mar acogedor que baña nada menos que cinco tierras, voy a librarme de él. Sí, ahí está de nuevo, ocupando toda la pantalla, el famoso artista, pero ahora entrevistado por una maquilladísima presentadora cuarentañera, contestando en español y traducido de forma simultánea. A Jorge Vitoro, como a mí, nunca se le dieron los idiomas.

Por encima de los subtítulos, el tono de la locutora suena musical y reposado, pero incisivo:

—Cuando vemos estas obras de gran formato, ¿cuántas horas hay detrás?

—¡No puede imaginar cuántas! Inspiración pero también paciencia, mucho trabajo duro y, por supuesto, innumerables pensamientos que acompañan y enriquecen el paso a paso hasta llegar al acabado definitivo. El trabajo del artista es similar al de un dios en un Olimpo oscuro: perseverar en una soledad, en cierto modo dolorosa.

«¿Se puede ser más imbécil?», me digo a mí misma. ¿Se compara con Dios, nada menos? Pero en fin, creo que ya puedo escucharle sin estallar. Esto de desahogarme ante Berta parece que me ha valido de terapia.

—En sus inicios usted se decantó por el arte como acción, pero ahora triunfa como retratista en gran formato. ¿Qué marcó esa transición?

—Todos evolucionamos. Mira, yo cuando tenía veinte años hacía de todo. He posado desnudo en las clases de la facultad, he servido copas en un bar nocturno para pagarme los estudios... Mi familia era muy humilde, mi padre se ganaba la vida como ilustrador en un periódico, a veces incluso sorteando a la censura en mi país, y mi madre era ama de casa. He querido, desde mi inmenso amor hacia ellos, forjar mi propio camino, mi propio lenguaje. Primero a través de la *performance*, como sacudida emocional, y luego, a través de la figuración hiperrealista.

«¿Pero cómo puedes ser tan cínico al hablar de tus padres, impresentable?», pienso perpleja. Me encaro con él a través del televisor como si pudiera oírme: ¿¡Amor hacia ellos, dices!? ¡Cuántas veces, en el estudio, no te dignabas ni a cogerles el teléfono por no perder el tiempo!

La presentadora entorna sus ojos verdes de gruesas pestañas postizas.

—Perdóneme si insisto. Es sabido que a causa de su grave enfrentamiento con Camilo Sarén en el festival Venezia 2005, usted abandonó la *performance*.

—Eso es falso. Mi elección fue personal.

—Pero ustedes tuvieron una relación...

—Eso es algo de lo que no quiero hablar, por respeto a la figura de un gran creador que ya no está entre nosotros.

Fijo los ojos en la pantalla y percibo que se mueve incómodo en la silla. Berta debe estar en lo cierto, algo fuerte pasó ahí. No obstante, tengo que reconocer que es discreto.

También me doy cuenta de que ya no sabe por dónde escabullirse.

—Usted y Camilo Sarén convivieron un tiempo en Manarola. ¿Qué le aportó su relación con él?

—Todos nos influimos y es una suerte, por mi trabajo, poder acceder a figuras relevantes del arte, pero yo también me nutro de otros mundos. Aprendo de los personajes a los que retrato: política, cine...

Encontró un filón, claro que sí. En cuanto la esposa de cierto duque, pocos años después, le encargó un retrato, la fama de Jorge Vitoro como artista rompedor pasó a convertirse en brillo hortera de revistas del corazón.

—¿Cómo era el día a día en Manarola, en el estudio de Camilo Sarén?

—Pues... Muy parecido a lo que es ahora mi vida. Arte, siempre arte. Como sabes, en la actualidad compagino mi trabajo artístico con las clases en la universidad, soy catedrático de anatomía, labor que me apasiona. Ello me deja poco tiempo libre y por eso he...

—*Always Susana*, la obra que cuelga estos días en la exposición de la Galería Rota sugiere una declaración de amor. ¿Quizá, aparte de ser su única obra premiada, es la que más aprecia?

De nuevo, agudizo el oído. Lo de «única obra premiada», creo que dicho con cierto énfasis, ha debido de escocerle. Pero es cierto, nunca han vuelto a concederle ni siquiera una mención.

—Yo recibí un premio por ese cuadro, un premio que marcó mi carrera, sí. En ese momento decidí que lo mío era la figura, el ...

—¿Y por qué ya no la *performance*, como en *Veneziart*?

Juro que me estoy divirtiendo con esa entrevistadora que parece una experta en esgrima. ¡Como lo está haciendo revolverse!

—... como le decía, fui consciente de que yo tenía una capacidad innata para captar el sentimiento del modelo o la modelo, y mi deber era darle cauce. Y contestando a su pregunta anterior, mi obra *Always Susana* marcó una etapa en mi vida, claro, pero... ¿cómo decirlo? No puedo enamorarme de mis creaciones, debo estar por encima. Si no lo hiciera, mi arte sucumbiría.

Mientras la locutora pone fin a la incisiva entrevista, pienso que no necesito oír más. Susana, cómplice y artífice de mi humillación, fue, a su vez, usada y engañada durante los años que vinieron después. A ella también le haría creer que era la musa ideal, la necesaria, la única, para luego acabar sustituyéndola por cualquier otra, en aras del arte.

Pero quiero pensar que el artista ha salido escaldado de esta entrevista tan directa. También quiero creer que, actualmente, al gran Jorge Vitoro le repele hablar tanto de sus *performances* como de Camilo Sarén, fuera o no lo suyo una relación sentimental.

Y quiero recordar cuántas veces ha pronunciado la palabra «yo» o «mi» en el transcurso de la entrevista. Pero he perdido la cuenta.





Capítulo 12: Chismes y una siniestra bilogía

Mona existe. Y se ha materializado en la puerta de la casa a las diez de la mañana. A lo mejor Berta está intranquila por haber dejado a una desconocida en su propiedad y manda a su *alter ego* en Manarola para vigilarle. Pero no me molesta. Debería tener cuidado con quién mete en casa, aunque no sé por qué, creo que es la primera vez que lo hace.

He pasado un poco de frío. Algo debe tener esta casa que contradice a la hospitalidad. Y no por sus vistas de locura azul y viñedos gloriosos, sino más bien por esta humedad que destila, como si el espacio aún llorara por su antiguo inquilino.

La tal Mona es una mujer algo entrada en carnes, en torno a los sesenta, de cabello corto rubio con mechas rosa, y afables ojos pardos. Viste un caftán suelto de suave estampado de margaritas y, sin parecerse a Berta, pienso que bien puede ser su madre postiza en esta tierra perdida. Me da la mano, me cuenta que es española pero que lleva mil años aquí, de ahí su acento peculiar. Se interesa por cómo he pasado la noche y luego me invita a su galería a desayunar.

—No está lejos, aunque habrá que bajar la escalera y andar un poco.

—No quisiera molestarla...

—¡Ah, *Dio*, claro que no!

Bajamos a la vía Belvedere, que es el ampuloso nombre de la calle principal. Caminamos entre el colorido festivo de este pueblo que remolonea en la mañana de domingo, a pesar de estar ya bien despierto. Y allí, presidida por la tosca escultura de una barca junto a la puerta, aparece la galería, de fachada blanca e interior del mismo color, con alguna pared en ladrillo visto.

Pietro está adentro leyendo el periódico. Se levanta al vernos y se besan con el cálido descuido de quienes, se supone, llevan años de feliz convivencia.

—¿Un *cappuccino*? Hay una cafetería aquí al lado, Pietro nos lo traerá y también unos *croissants* recién hechos estupendos. —Le hace un gesto cariñoso al que él corresponde con menos efusividad—. *Grazie, caro!*

—¿Pietro no habla nada de español? —Me intereso cuando ya nos quedamos a solas.

—Oh, sí, un poco. —Aparta un par de folletos y me invita a sentarme en la pequeña mesita blanca—. ¿Has visto qué preciosa es Manarola? Antes Pietro organizaba viajes en barco, mira qué fotos más lindas...

Y aunque los ojos se me quieren ir a las obras gráficas que cuelgan abigarradas por las paredes como en un mercadillo, he de mirar las fotos que se muestran tras la mesa, ajenas a la

exposición: Pietro y Mona en altamar, Mona y Pietro en el puerto...

—Siempre digo que son nuestro único álbum de bodas, ¿sabes? Nos casamos tan tarde... pero bien está. Las cosas se hacen cuando se pueden hacer.

Los *croissants* huelen de maravilla y el desayuno, a pesar de que hubiera sido más luminoso en la terraza de Berta, junto a las buganvillas, me resulta agradable. Ella me escruta con la mirada y me sonríe.

—Así que has querido quedarte con Berta, ¿eh? —Al oírla, mis cejas se elevan con sorpresa. ¿No será al revés?—. Pues sí, Berta es una cría preciosa, muy maja, te lo aseguro; si no fuera por esos... achaques de nervios.

Y ahora son mis ojos los que se abren, curiosos. ¿Ese estallido de llanto exagerado que presencié, esconde algo más?

—¡Oh, pero no es nada de particular, no te asustes! —me lo dice con ese tono ambivalente de quien no quiere hablar pero se muere por contar un secreto.

—¿Pasa algo con sus nervios? —Está claro que necesita un empujón para lanzarse.

—Bueno... De vez en cuando tiene ratos en los que se encierra y no quiere ver a nadie, ni siquiera a Adolfo. Porque Adolfo es su prometido, ¿sabes? Pero ella tiene sus caprichos y sus manías, por eso ha retrasado la boda ya dos veces. Es que la vida, a nivel familiar, no la ha tratado bien a la *pobrecica*...

Siento una punzada de tristeza cuando escucho esto. ¡Cómo lloraba ayer...! Pero enseguida vuelvo la vista a Mona, que come ahora a dos carrillos. No me resulta en absoluto la típica empleada de la típica galería de pueblo costero, y no porque venda postales e imanes para frigorífico además de pinturas chillonas, sino porque esta señora tiene toda la pinta de haber salido de un pueblo de la meseta española.

—Pero Berta no recuerda nada de sus padres... —Sigo insistiendo con la conversación, a ver de qué me puedo enterar.

—Ya... y desde luego, mejor así. El padre murió en el acto y la madre llegando al hospital. Pero a esa pobre cría la persigue el destino. Lo de Camilo fue en realidad, la gota que colmó el vaso.

—¿Tan unidos estaban? —pregunto dando un sorbo al *cappuccino*.

—Pues sí... aunque en realidad Berta le debe mucho a Adolfo y su familia, que la quieren a rabiar y se han preocupado mucho por apoyarla. Que se case con Adolfo es lo mejor que le puede pasar, un verdadero regalo del cielo.

Supongo que para él también. Porque el regalo viene envuelto en dinero; Berta maneja una cierta fortuna, por lo que me cuenta Mona, que habla como pudiera hacerlo la criada metomentodo de una familia de postín.

—Don Huberto, el padre, procedía de una buena familia española, de arraigo en Castellón, ¿sabes? Negocios inmobiliarios, textiles... gente de mucho dinero. El señor solo tenía una hermana mayor, Celia, una solterona con esa misma ansia por el arte que ha sacado Berta. —Baja la voz, divertida—. ¡Menuda mujer! Tenía pinta de muerta de hambre, con perdón, siempre vestida de trapillo, hombruna incluso, a pesar de tener millones, y siempre mandando en la vida de los demás. Al sobrino, a Camilito, lo asfixiaba.

Me ratifico en mis sospechas. Esta tal Mona tiene que haber conocido a la familia de Berta desde la cuna.

—Pero la verdad es que andando el tiempo, cuando Don Huberto se separó porque se encaprichó de esa «señorita» venezolana que fue la madre de Berta, doña Celia lo sintió en el

alma, era muy tradicional. —No se me escapa el retintín de su voz y me resulta curioso que se refiera con ese desprecio a la madre de Berta—. María Violeta se llamaba la otra, la venezolana. Muy vistosa, sí, pero sin clase. Apenas la vi una vez pero era de esas que se echan encima medio bote de colonia. Te saludaba y te dejaba la mano apestando durante horas. Y fíjate que Berta ni la recuerda, pero tiene la misma manía. En eso y en la cara salió a la madre.

Siento una extraña tristeza al escuchar esos detalles. ¿Será acaso su perfume de violetas una manera de volver al paraíso de esa infancia olvidada? Pero Mona continúa con su verborrea.

—Para resumir, que al morir doña Celia, don Huberto se encontró dueño de todo y de paso, con un puñado de cuadros de colección, o sea, todo lo que ahora ha pasado a esta cría.

—¿Y sobre esos «nervios» de Berta? ¿No tendrá algo que ver el haberse educado apartada de su única familia, en un internado? —Espío su reacción mientras se llena la boca de *croissant* y mueve las manos, evasiva.

—¡Oh, no, no! Si tuvo problemas allá en Irlanda fue porque se puso pesadísima con una muchachita, una compañera de clase. —Una luz se me enciende en el cerebro.

—¿Me hablas de algo... sexual?

—¡Ay, no, *Dio!*—Me mira de reojo, nerviosa, dándose cuenta de mi interés—. A Berta no le gustan las mujeres, ¿qué locura es esa?

—¿Entonces?

—Pues miedo a estar sola... Es comprensible. Por eso le vendrá muy bien casarse y tener una vida estable. Este último año anda de los nervios... Ha vuelto a fumar, a pesar de que lo había dejado. Y, por cierto, si no has pasado ninguna noche aún en la casa con ella, no te asustes porque es sonámbula.

Ahora entiendo por qué me sugirió dormir en el sofá. ¿Se levanta dormida? ¿Y qué hace? Empiezo a preocuparme. No puedo imaginarme despertar en medio de la noche y verla con el cuadro de Vitoro ahorcado, entre las manos.

Mona me sonríe y da un sorbo a su café.

—¡Tranquila, maja, que no muerde! —Me guiña un ojo, como si el asunto fuera digno de tomarse a broma—. Te lo digo yo, que la he visto. Nunca sale de la habitación, lo más que hace es pasear. Y luego coge un lápiz, un papel y dibuja. Cuando se case seguro que se le pasa todo. Es que siempre anda obsesionada: cuadros por aquí, su galería por allá...

—Lo normal cuando se es responsable de Marketing y Relaciones Públicas, ¿no? —contesto un poco tirante y ella vuelve a reír.

—¡Oh, claro! —Se limpia la boca con gesto ampuloso y me mira divertida—. Me ha dicho Berta que tú te dedicas a esto, ¿verdad? ¿Quieres echar un vistazo por nuestra tienda? Hay cosas muy bonitas.

Me siento cada vez más incómoda con esta señora, pero le digo que sí.



Mona ha querido enseñarme todo el espacio. Es una planta baja dedicada a exposición, con serigrafías abstractas muy baratas, acuarelas naíf, de tema marino, y horribles acrílicos de aficionado con fallos de perspectiva. Si Camilo Sarén empezó vendiendo su obra por aquí, desde luego debía destacar como el oro entre el latón.

Pietro ha vuelto mientras tanto. Ha regado las dos macetas de la esquina, que aportan vida a tanta naturaleza muerta, y se dispone a devolver los restos del desayuno a la cafetería.

—*Grazie, caro!*

—*Ciao, mi bella.* —Se dan un beso ahora más cariñoso y me hacen sentir que ya estoy de sobra. Cuando él se marcha, la miro con curiosidad.

—Tu marido no es muy hablador, ¿verdad?

—Con desconocidos, lo justo. —Ríe ella—. Antes, cuando aquí se organizaban viajes en lancha además de vender *souvenirs*, él llevaba los números y su socio, que sabía idiomas, el resto. Ahora es casi igual, solo que los paseos en barco son para nosotros dos y, en vez de socios irresponsables, con el público me entiendo yo.

Me dispongo a despedirme. Quizá hoy pueda bajar otra vez a la playa mientras espero el regreso de esa chica cada vez más extraña que me atrae pero, a la vez, casi me asusta. Mona me mira burlona, parece leer mi pensamiento.

—Anda, ven arriba, que voy a mostrarte algo para que te quedes tranquila.

Me hace subir la estrecha escalera de un pulcro blanco mate. Arriba, frente a un sofá cama y unas sábanas arrugadas, se apilan cajas, estanterías y algunos cuadros pequeños, embalados.

—¡Ah, *Dio*, cuando se queda a dormir Aldo, el exsocio, todo lo deja patas arriba! —me dice con ligero fastidio—. Disculpa el desorden, es que, para colmo, hoy hay que enviar unos lienzos.

«¿Desorden?», pienso disimulando la risa. Todo lo que veo es un rollo de plástico de burbujas, una grapadora de madera y unas tenazas de pintor sobre la mesa. No creo que tengan mucho volumen de ventas y, desde luego, tampoco parece que estén muy acostumbrados a bregar con obras de arte.

Mona va hacia una estantería y entresaca de varias carpetas de contabilidad, una muy pequeña, tamaño A8, algo ajada.

—Estos garabatos los hizo Berta en una de esas noches. Yo me había quedado a dormir allí para que no estuviera solita porque Camilo había ido a Milán. Vi cómo se levantaba a dibujar y me dio pena y lo guardé. Ella tendría unos diez años.

Hojeo con curiosidad aquellos papeles antiguos y veo trazos de niña muy sencillos que, sin embargo, definen montañas; en otro, un coche; en otro, la cara de una niña; en otro la misma niña, repetida, pero ahora llorando. De pronto, contengo la respiración: ¿un caballo con la niña? No hay duda, este dibujo es un boceto del cuadro de Camilo Sarén que ahora cuelga en la galería Rota. Ella lo ha dibujado en sueños, quizá por eso se emocionó al verme también dibujarlo en el museo.

—¿Camilo se aprovechaba de las ideas de su hermana para sus cuadros? —pregunto con un vago presentimiento.

—¡Pero qué intensa eres, bonita! ¡No, no! —Sonríe, empieza a manotear, quizá con demasiada amplitud, y recoge de mis manos la pequeña carpeta—. Camilo tenía demasiado dentro como para andar copiando dibujos de niña. Aquí nos queda un último cuadro de él que, por cierto, Berta no lo ha querido llevar a la casa porque dice que le da mucha tristeza. ¿Quieres verlo?

—Me gustaría, sí.

Sin soltar la carpeta, va hacia uno de los expositores pero se interrumpe ante el sonido del timbre y deja el cuadro a medio sacar.

—Hay clientes, disculpa, ahora vuelvo.

Me da la espalda y baja apresurada, así que me quedo sola ante este cuadro del enigmático Camilo Sarén. Lo coloco frente a mí. Está firmado, fechado el mismo año que *Caballo que espera* y con las mismas dimensiones. Lo llevo a la luz de la ventana y lo examino con atención.

«¿Pudiera ser otra bilogía?», pienso sin apartar la vista. Es sabido que Sarén se aficionó al díptico en su última etapa intimista. Hay similitud en el trazo, en la gama de color, pero, en esta ocasión, el caballo, lejano, se pierde en un mar y un hombre con la garganta roja domina todo el centro del lienzo en actitud de penitente.

De pronto siento un extraño impulso. ¿Quizá, al igual que *Caballo que espera*, este cuadro lleva dentro un mensaje?

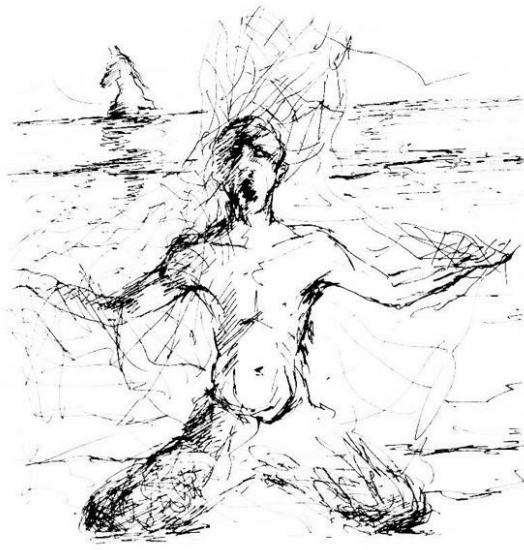
Oigo ruido de voces y me acerco al hueco de la escalera. Son más turistas alemanes interesados en comprar *souvenirs*.

Con la culpabilidad de un ladrón tomo las tijeras y las tenazas, quito un par de grapas del extremo izquierdo superior hasta despegar el lienzo de la madera del bastidor. Y sí, allí, como en el otro cuadro, hay unas palabras escritas: *El castigo*, Cinque Terre, 2006. Leo estupefacta y vuelvo a grapar intentando hacer el menor ruido posible. Después, recoloco el cuadro en su sitio y desciendo deprisa. Mona está atendiendo sonriente al numeroso grupo.

—¡Ay, maja, perdona, que me olvidé de ti! —se disculpa apurada.

—No importa, muchas gracias por todo.

Salgo al aire, a la luz de Manarola, con la sensación de haber hurgado en un secreto que no está destinado a mí. Nerviosa, pronuncio a media voz las palabras escondidas en los dos cuadros. Veo el doloroso castigo en la figura del hombre con la garganta roja; pero, ¿cuál fue el delito que cometió Camilo Sarén?





Capítulo 13: Dibujos dormidos

Berta ha vuelto ya casi de noche y ha ido directa arriba a cambiarse. Sola, tensa y con la cara incluso desencajada.

—¿Qué tal el día? —me pregunta, ya de nuevo en la terraza. Enciende un cigarro con manos nerviosas y apenas me mira, como si yo fuera una especie de presencia habitual en su casa. Sopla una brisa leve, perfumada, que agita apenas las buganvillas.

—Mi día bien. ¿Y el tuyo?

No me contesta. Sigue allí, apenas envuelta en una manta ligera, sentada en la silla de teca y con los pies en la mesa. Se ha puesto un pijama corto que deja a la vista sus muslos algo llenos y sus pies pequeños, muy bien dibujados, de uñas pintadas en carmín.

He imaginado esta tarde todo tipo de cosas sobre ella. Y, al final, he vuelto a pensar en el cuadro que he visto hoy. Quizá ella sea la niña que aparece en *Caballo que espera*, también llamado *El delito*, pero, desde luego, en este nuevo cuadro titulado *El castigo* ella ya no está: no hay ninguna niña desvaída, perdida en el vaho de grises y magentas, sino ese caballo junto a un hombre con la garganta lacerada por el cáncer. ¿Camilo sentía que debía ser castigado? ¿Por qué? ¿Ese caballo es quizá el símbolo de un deseo desbocado, ilícito, culpable...?

Siento cada vez más necesidad de acariciarla, o de consolarla, o de amarla, no sé por qué. Quiero ver una sonrisa no húmeda, solo feliz, una sonrisa que jamás se haya pintado hasta ahora en su cara.

En silencio voy a la cocina y regreso bien provista. He comprado una nueva botella de Limoncino para compensarla por la pérdida del día anterior.

—¡Oh, Clara! ¡Muchas gracias, qué detalle tan bonito!

Y de nuevo esa humedad solitaria en sus ojos, esa tristeza que cada vez me inquieta más.

—No hay de qué. —Mientras hablo, sirvo las copas—. Oye, Berta, ¿crees que tu hermano tenía algo por lo que disculparse contigo?

—Claro que no, ¿por qué? —Me mira a su vez entre volutas de humo, interrogante. Apoyo en la mesa la botella de licor y le cuento con brevedad. Noto sorpresa y casi emoción en sus ojos, pero al fin se encoge de hombros, como si desistiera en sus recuerdos. Bebe despacio un sorbo de Limoncino—. No entiendo a qué puede referirse ese título, Camilo no tenía por qué castigarse.

—Tú eras muy niña cuando él te traía a su casa. —Tengo que tragar saliva, temo lo que voy a decir—. ¿Quizá en algún momento hizo algo impropio contigo?

Un ramalazo de incredulidad, incluso de indignación, se refleja en su mirada. Por un momento temo que se enfade conmigo y que estalle, pero, por suerte para mí, se contiene. Un resoplido escapa al fin de sus labios y mueve la cabeza, casi despreciativa.

—¿Esa es tu conclusión? ¡Pues menuda estupidez! Camilo era un artista, jugaba con la

imagen y con las palabras. Para mí, toda la tragedia que le llevó a la tumba tenía otro nombre.

—Ya... Jorge Vitorio, ¿no? Sin embargo, Mona ni siquiera me lo ha nombrado.

—Mona, siempre Mona. ¿Qué sabe ella? También esa mujer debería darse cuenta de que entre Adolfo y yo tampoco hay nada. O si lo hay, no tiene futuro.

—¿Ha pasado algo? —pregunto poniéndome en guardia de inmediato.

Ya ha anochecido. Ella se muerde los labios y mira hacia las buganvillas, que siguen agitando en la leve brisa, como una fiesta de olvidados carmines.

—He vuelto a romper nuestro compromiso, Adolfo es muy eficiente y amable conmigo, pero no me veo casada con él.

Me acerco con suavidad. Le rodeo los hombros con mi brazo, en silencio. Siento en mi piel las cosquillas de su cabello, ahora dulce y desordenado. Ella me hace un amago de sonrisa.

—Eres tan buena conmigo, Clara. Casi no me conoces y sin embargo me siento tan afín a ti...

Y ahora no me importaría nada que se me acercara aún más, que me besara, besarla a ella, que convirtiera nuestra amistad en obsesión, como contaba Mona que le pasó con esa chica en el internado. Porque, en el fondo, sé que ahí debajo hay una soledad extraña, desequilibrada, lastrada por demasiadas pérdidas. Porque creo que, en realidad, la niña rica parece muy pobre y yo quisiera colmarla de todo eso que no se compra con dinero.

—¿Te cuento una cosa? —me dice casi en susurros.

La noche está en silencio. Es un momento tan especial, tan íntimo, las dos aquí a solas en la terraza, que mi corazón se desboca... ¿Qué quiere decirme?

—Camilo estableció una cláusula en el testamento respecto a sus cuadros. —La desilusión me recorre el cuerpo. Me aparto. Definitivamente no estamos en la misma onda. Pero ella prosigue—. Las obras que él dejase en la galería de Manarola no podrían ser vendidas. Tendrían que permanecer ahí hasta diez años después de su muerte y luego ser destruidas en presencia de su albacea. El plazo está a punto de cumplirse, por eso me las he traído ya aquí, a casa, salvo ese cuadro del penitente, me resulta horrible tenerlo cerca. Deseo despedirme de ellas y sacarles su último secreto.

—Pues no tiene mucho sentido que ordenara destruirlas, es un material muy valioso.

—Para mí hay una explicación. Más o menos un año antes de irse, Camilo se mostraba extraño conmigo, era como si quisiera decirme algo y no se atreviera. Pasamos ese verano juntos en Manarola y me llevó a varios lugares de Cinque Terre que para él tenían un sentido especial. «Cinque Terre, cinco pistas para tu vida», me dijo —asiente con la cabeza, despacio, con la vista clavada en los dibujos de su hermano—. Siento que Camilo pretendía concederme estos diez años para averiguar algo sobre lo que no me he atrevido a investigar.

—¿A qué te refieres? —pregunto. Ella me mira con dolor.

—*Caballo que espera* formaba una bilogía con *El penitente* y, a su vez, ambos pertenecían a ese lote que no podía venderse y que debía estar durante diez años en mi poder para luego destruirse. Sin embargo, poco antes de morir, Camilo ordenó que uno de ellos, *Caballo que espera*, saliera a subasta. Fue tu fundación, Clara, quien lo adquirió. —Su mirada es casi reprobatoria, como si yo fuera la responsable—. Mi hermano lo salvó pero, a la vez, lo apartó de mí; me quitó el cuadro que yo más quería.

Pienso en aquellas palabras grabadas en la madera: *El delito*. ¿El cuadro era su confesión y por eso se arrepentía de haber sido tan explícito?

—Al menos te dejó el dinero de su venta...

—O se arrepintió de darme pistas y me quitó la más importante. Recuerdo que sus últimos días fueron muy rápidos. Ingresó una mañana en el hospital y murió aquella misma noche sin que pudiera llegar a despedirme. El último mensaje que me mandó fue: «Suelta, olvida y vive, hermana. Te quiero». —Las lágrimas la embargan, pero de una forma mansa, resignada. Saca el pañuelo para limpiarlas y se repone un poco—. ¿Cómo se puede olvidar lo que no sabe? —Me busca con los ojos, como si implorara comprensión—. Lloro cuando miro ese cuadro, Clara, y más tarde o más temprano sé que me hablará. Porque voy a volver a enfrentarme a las cinco pistas, y me hace falta que alguien especial me acompañe.

Deja la copa con gesto de cansancio. Luego me sonrío y me da un espontáneo abrazo.

—Siento esta noche tan aburrida. Hubiéramos salido a cenar, hacen un *carpaccio* maravilloso en la *trattoria* de Luigi.

Percibo su cuerpo, a pocos centímetros de mí, y su aroma a violetas. Quizá Mona tenga razón, está obsesionada, pero no por su trabajo. Le acaricio apenas el pelo, no me atrevo a pasar de ahí.

—Me da igual, podemos cenar aquí, en la terraza. —insinúa. Pero ella se separa y pone en orden su pelo y su pijama.

—Perdóname, pero voy a acostarme. Estoy agotadísima, siéntete como en casa y muchas gracias, de verdad.



He despertado en plena madrugada, sobresaltada, en el sofá. La escalera chirría. Todo está oscuro, pero escucho a alguien en el salón. Con manos temblorosas, atino al fin a encender el móvil y veo la hora: son las tres y treinta y cuatro. El corazón casi me estalla mientras trasteo hasta encender la linterna. Al fin lo consigo y enfoco alrededor. Un suspiro de alivio se me escapa de la boca.

—¡Por Dios, me has dado un susto de muerte! —Ella está frente a mí, en pijama, pero como si no me viera—. ¿Berta? —Sigue inmóvil, rígida, y lleva un papel en la mano—. ¿Berta, me escuchas?

Y un escalofrío me sacude la columna vertebral. Las palabras de Mona se me vienen rápido a la cabeza. Sí, está dormida, pero en pie, y sin duda ha salido de la habitación en pleno episodio de sonambulismo. No puedo explicarme cómo ha bajado la escalera sin caerse.

No sé qué hacer, nunca he tratado con un sonámbulo, tengo pavor a despertarla. Dicen que si se les despierta es mucho peor. Pero, ¿qué puede ser peor que esa mirada perdida sobre mí? Se acerca a la mesa, coge un papel. Esto ya parece una película de miedo, estoy aterrada. ¿Es lo que me contó Mona? ¿De verdad se pone a dibujar?

Habrán pasado tres o cuatro minutos, quizá cinco. Se levanta despacio. Quiero gritar pero no puedo, es como si estuviera viendo a un fantasma. Pero no, sigue siendo ella, Berta, con su pijama blanco, sin sufrimiento ni estrés, como si estuviera despierta y en su vida habitual. Al fin se levanta, viene hacia mí y deja caer el papel.

Alumbro con la linterna de mi teléfono: es el dibujo esquemático y simple de una niña en medio de un televisor, una niña con dos lágrimas. Ella se da la vuelta y se encamina hacia las escaleras. ¿Y si se cae? Está dormida, es un peligro. Me coloco detrás, subo iluminando con el móvil. Algo me roza la cara, suena en mi oído y me hace dar un respingo, pero solo es el tintineo de una campanita, un móvil decorativo o qué se yo.

«No hay nada extraño en todo esto, o por lo menos ya se ha acabado», me digo a mí misma. Sobre todo porque en medio de la penumbra, noto que se echa en la cama de matrimonio y coloca la cabeza en la almohada. Me acerco apenas para ver si ha cerrado los ojos y entonces noto que su mano tira casi sin fuerza de mi brazo. ¿Querrá que me acueste en su cama, a su lado? El corazón se me desboca otra vez. Me tumbo junto a ella, sin osar tocarla. Pero ella se abraza a mí, dormida, y acabo por abrazarla a ella.

Me tranquilizo al cabo de unos minutos y dejo de temblar. ¿Debería volverme abajo al sofá? Pero no, no quiero irme. Aspiro el perfume de su cabello, la delicia de su piel tibia y siento que quisiera prolongar este abrazo, este dulce sueño de amor sonámbulo y a la vez lúcido, para siempre.





Capítulo 14:

Monterosso para dos

—¿Eⁿ serio? Estamos en la playa, al sol, pero esta vez en la de Monterosso, justo donde al parecer Berta y su ya exprometido pasaron ayer la noche. El tren nos ha dejado casi en brazos del mar turquesa y de la arena, dominada por una inacabable fila de sombrillas a rayas: amarillos, azules, naranjas, todo un alegre ejército formando frente al mar. Hay muchas hamacas vacías, supongo que porque aún es primavera.

Berta me está mirando y ríe a mandíbula batiente. Es la primera vez que creo ver una ilusión de felicidad en sus ojos húmedos.

—¿De verdad que bajé las escaleras? ¡Nunca lo había hecho así, dormida! —Se incorpora y se apoya sobre un codo. Los tirantes flúor de su bikini de flores rosas se le confunden entre el pelo, alborotado hoy como nunca.

—¡No entiendo cómo puedes no recordarlo! Te juro que me asusté, creía que eras una especie de aparición maligna. —Ella se ríe aún más y vuelve a tumbarse boca arriba, flexionando las rodillas.

—¿Y te quedaste a dormir conmigo para que no hiciera más diabluras?

—Tú quisiste que me quedara, incluso tiraste de mi brazo. Al amanecer, volví al sofá por si te despertabas y te sorprendías de verme en tu cama.

—¿Ah, sí? —Su cuerpo se estira sobre la toalla, casi a juego con la sombrilla de amarillo anaranjado—. ¡Pues no me he enterado de nada! —Se recoloca los tirantes, aparta el cabello enredado en ellos y respira hondo—. He dormido como un bebé; demasiado bien para ser una pobre chica que acaba de anular su boda y ha destrozado, con su estupidez infantil, un futuro perfecto.

—¿Eso piensas?

—Eso me dijo él ayer.

Sigo sentada, de cara a ella, escrutando con ligera ansiedad su expresión. ¿Qué puede haber de desequilibrio nervioso en la dulzura de esos ojos que parecen estar siempre pidiéndome ayuda? Pero, por si acaso, he preferido no hablarle del papel que dibujó dormida, de esa niña, a modo de triste mensajera, en medio de un televisor.

—Ese chaval, tu ex, debe de quererte mucho.

—Adolfo es como un mecánico. —Flexiona las piernas y se sacude un poco la arena—. Va al grano, resuelve y tiene mucha paciencia conmigo. En estos tres años ha llegado incluso a interesarse por el arte, que es lo que a mí me gusta, pero en el fondo todo lo ve desde el punto de

vista económico.

—No me has contestado...

—Sí, me quiere, supongo que no miente; pero no será feliz conmigo. Es un buen chico y no tengo derecho a retenerlo más.

Apenas hay turistas en las hamacas pero un muchachito se acerca a nosotras exhibiendo un muestrario de baratijas. Mira, goloso, el cuerpo de Berta que se tapa los ojos con un brazo lánguido. Antes de que hable, niego con la cabeza y le veo marchar hacia una pareja que pasea por la orilla.

—Adolfo a lo mejor querrá tu dinero —murmuro al cabo de un rato.

—Es abogado y trabaja en un bufete de prestigio, te aseguro que no se muere de hambre.

Se muerde los labios y va a contestarme algo más cuando el muchachito regresa con su colección de bisutería. No ha habido suerte con la pareja y querrá intentarlo de nuevo.

—*Buongiorno, signora, tutto originale*. —Trata de ponerme ante los ojos un par de pulseras pero le atajo con un gesto—. *Cheap*, barato... —insiste.

Emito un «no» tan categórico que no se atreve a intentarlo más y se marcha murmurando una larga retahíla de la que solo entiendo algo así como *baffosaffo*. Escucho que Berta le responde a gritos, con dureza de arrabalera. Luego me mira, riéndose como si se hubiera quedado muy a gusto.

—¿Qué ha dicho ese enano? —le pregunto.

—Pues nada más que mentiras, porque ni eres lesbiana, ni fea, ni tienes un bigote de aspecto masculino. —Ante mi cara de sorpresa, Berta vuelve a reírse—. Pero ya le he pagado yo con su propia moneda, no te preocupes.

Me he quedado alucinada. No, no tengo bigote a pesar de tener el cabello oscuro. Tampoco mis cejas son tupidas en exceso. Salvo las axilas, voy depilada. No tengo aspecto andrógino, sino atlético, como cualquiera que de niña practicó atletismo y luego, pasados los años y los vicios, se recicló en *runner* metódica. Mi bikini negro, sencillo, muestra que soy mujer. ¿Qué habrá visto en mí? O más bien, ¿tan evidente resulta que me gusta esta chica y me insulta por eso?

—Algunos, cuando no venden, se vengán hiriendo.

Supongo que Berta tiene razón. Que diga lo que quiera, si a fin de cuentas ni yo misma sé lo que soy. ¿Mujer hetero, homo, demisexual? No sé nada, sino que me enamoro de lo que hay dentro, sea cual sea su envoltorio. Y también sé que me pasa pocas veces y que luego el amor se esfuma. Que quizá no quedó nada tras aquel primer novio anodino, tras el amor falso de Jorge Vitoro, tras aquel par de años en que busqué, desesperada y en cualquier cama, como en los cuentos, el amor verdadero y a la vez el compromiso de otro cuerpo que me quisiera por mí y no como proyección de su ego.

Cierro los ojos y levanto la cara hacia el sol. Supongo que no quepo en una etiqueta pero no sé si ella podrá entenderlo. ¿Aprovecho el comentario del niño imbecil y se lo digo? ¿Acaso importa el envoltorio cuando el sentimiento es fiel y sincero?

—Me apetece un baño ¿y a ti? —propone Berta. Se incorpora sacudiéndose la arena del bikini.

—No sé, depende de cómo esté el agua.

Ya en la orilla, no me decido. Está fría, demasiado. Hay olas pequeñas y rizadas que rodean una inmensa roca partida en dos, junto a la que chapotean dos o tres niños. Sus cabezas brillan húmedas y me hacen recordar el último cuadro de Sorolla que restauré. ¡Todo parece tan lejano ahora en este paraíso azul donde he sido trasplantada de forma tan imprevista! «¿Cuántos días

me quedan en este extraño idilio?», me pregunto.

Berta me salpica entre risas y se mete hasta las rodillas. Me quedo en el rompeolas, observando su espalda perlada de pequeñas gotitas; mis ojos resbalan por su piel clara y su talle algo corto, por sus muslos, que dejan entrever una ligera celulitis. Por un momento, me la imagino ahí desnuda, dibujada, quizá parecida en proporciones a Susana, pero menos rotunda, más frágil, como si buscara unos brazos que la rodeen.

—Adoro esta playa, es como un gran acuario, ¿verdad? —me dice señalando el agua limpia, los kayaks y las pequeñas lanchas que salpican con su blancura la costa—. El *lido* de Fegina es especial y guarda una sorpresa. Es una de esas pistas de que te hablé.

¿Al fin va a mostrarme el motivo por el que estamos aquí? Me invade la curiosidad. Miro alrededor, a las hamacas que ya van llenándose de ocupantes. ¿Qué pista puede haber en una sencilla playa de Cinque Terre?



La pista que tanto se ha demorado, no ha sido nada más o nada menos que una bella escultura de Neptuno casi destrozada, que se enfrenta a las aguas, poco más allá de donde estamos. Berta ha querido llevarme después de tomar una lasaña en un restaurante y saborear un helado, de limón para ella y de avellana para mí. Ha sido un día lánguido, perezoso, donde me ha hablado sobre temas de la galería y del ambiente artístico de Milán. Intercambios de información más propios de despachos y de trabajo, pero que se han deslizado aquí, con ella, radiantes de luz.

El Gigante, como dice Berta que llaman a este dios de hormigón, se encuentra al final de la playa, admirado entre turistas y móviles.

—Era parte de la Villa Pastine y propiedad de una familia muy pudiente, pero entre la guerra y las mareas, ya no le quedan ni brazos, solo el tridente y una pierna —asiento y escucho en silencio ante el coloso casi derruido que aún insiste en enfrentarse al mar. Está claro que ni el hierro ni el cemento armado han sido defensa para un dios que se precipita de manera inevitable, día tras día, desde su antiguo pedestal—. Mi hermano hizo una serie de dibujos a tinta sobre esta figura, tengo que enseñártelos —apunta al absurdo tridente, aún enhiesto—. Nadie es tan fuerte, ¿verdad?

—Supongo que no.

El viento revuelve su cabello, a pesar de haberlo sujetado con un pañuelo, y también el ligero vestido blanco de playa, que se cuelga entre sus muslos de manera caprichosa. Su voz se ha vuelto oscura.

—No es difícil destruir a un gigante. A veces basta con ahogarlo en su propia gloria. — Sigue hablando, sin mirarme—. Eso me dijo Camilo y eso es lo que le ocurrirá a él.

—¿A quién te refieres? —pregunto tras dar un respingo.

—¿A quién va a ser? A Vitoro, por supuesto. —Trago saliva. Ella me mira y sonrío compasiva—. Pero no te asustes, no vamos a matarlo... creo.

Las dudas que había albergado sobre su estabilidad mental, se habían desvanecido pero me vuelven a asustar en este instante. Se ríe al ver mi expresión.

—¡Estaba de broma, tranquila! Pero es cierto que tú y yo necesitamos algo de él.

—Berta, no sé qué pretendes, pero te aseguro que por mi parte no quiero problemas, que lo que pasó está ya enterrado y... —El sonido del móvil me corta insistente. No le he echado cuenta en todo el día. Ni tampoco a los mensajes del trabajo.

—¿No atiendes la llamada?

Es Juan. ¿Qué tripa se le habrá roto? Lo cojo impaciente, deseando cortar cuanto antes. Me aparto unos pasos por la arena y doy la espalda al casi derruido Neptuno.

—¿Algún problema, compañero?

—Vaya, Clara ¿qué te pasa, que estás tan brusca? —La voz de Juan suena entre sarcástica y burlona—. Disculpe, su señoría, si interrumpo esas vacaciones maravillosas que podíamos haber disfrutado otros. Te he llamado unas cuantas veces y Garrido también.

Está un poco resentido, claro está. He ignorado sus mensajes mientras él sigue allí, lidiando con disolventes y barnices amarillentos.

—¿Pero qué ocurre? —quiero saber.

—Pues que un canal internacional ha entrevistado a las instituciones y a los artistas que exponen en la galería Rota y se ha hablado de todos los cuadros menos del nuestro. Gran fallo el tuyo por no haber estado ahí.

Berta se acerca y bisbisea casi en mi oído.

—Dile que se puede arreglar, la directora de la galería, Francesca, lo tiene todo controlado y te pueden entrevistar durante la inauguración.

—Ya veré qué hacer —carraspeo. No sé si me apetece hacer algo que, desde luego, excede de mi contrato—. Pero que sepa Garrido que mis servicios no incluyen el ser simpática y mediática.

—¡Ay, Clara, qué mal te sientan las vacaciones! —contesta Juan con ironía—. Cuídate, anda. Y no te olvides de lo de la máscara que te encargué, si no es molestia.

Mientras compramos los billetes para el tren de vuelta en la pintoresca estación, siento que el cuerpo me pica bajo la camiseta. Será la sal, la arena y el calor. O más bien la sensación incómoda de que por más que haga, tanto ella como el mundo se confabula en contra de mi olvido o de nuestra intimidad. El tipo que despacha nos mira con una insistencia molesta, pero Berta no parece darse cuenta, solo está pendiente de mí.

—Estás muy callada, Clara...

—Solo es cansancio, no estoy acostumbrada a tanto sol.

Es verdad. Corro temprano, antes de trabajar, apenas si veo otro sol que no sea el que baña los paisajes que restauro.

—Y respecto a lo de la inauguración, en fin... —Recojo los dos billetes. De nuevo, no ha consentido que pague—. Si te soy sincera, Berta, no tengo ganas de volver a ver *Always Susana* ni a su autor.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Inténtalo... —Ella se aclara la garganta.

—¿No gustaría verle sufrir de verdad y pagarle con la misma moneda lo que te hizo?

—Me conformo con pensar que ya no existe en mi vida —contesto lacónica—. Hablar de él incluso es darle poder.



Al final sí me he quemado la piel después de este largo día de playa y ahora, ya en la casa de Manarola, embadurnada de la cabeza a los pies con el *aftersun* que me ha pasado Berta, reviso con cuidado extremo y bolsas de plástico a modo de guantes, la serie *Nettuno* de Camilo Sarén. Me ha traído la carpeta, excusándose por no habérmelo enseñado antes.

—He pasado unos días tan confusos con lo de Adolfo y nuestro compromiso... Los tenía arriba porque son muy preciados para mí.

Mientras la escucho, miro la serie. Después de restaurar tanto, he acabado por convertirme en maestra de la crítica y, a simple vista, ya aprecio los puntos fuertes de cada artista y su forma de trabajar. Son unos diez esbozos en papel amarillento, todos a tinta negra y con trazos de lápiz debajo. Es evidente el buen oficio, el dominio del dibujo.

Y el dibujo, como me repetían hasta la machaconería en la facultad, es el pilar, por mucho que luego practiques cualquier modo de abstracción. El dibujo es el primer diálogo con el modelo, la forma en que llamas a su puerta y te introduces en él. Sin ser modesta, a mí se me daba bien. Es verdad que captaba deprisa, aunque sin buscar precisión, pero comunicaba mucho más que mis compañeros de clase; quizá eso fue lo que percibió Berta en el boceto que le regalé.

Jorge Vitoro, en cambio, tenía un perfecto dominio de las proporciones y una facilidad enorme para verter al papel la más intrincada de las poses. Pero esa misma técnica de artesano convertía aquel dibujo acabado en materia vacía, sin emoción. Y sé que hubiera vendido parte de su alma por tener además esa chispa de genio, esa que luego ha sustituido por un hiperrealismo frío que provoca la admiración en el espectador poco entendido. Oficio, simple y duro, no genialidad.

Y Camilo Sarén tenía oficio, pero a la vez chispa. Y en esta serie de *Neptuno* veo al dios exagerado, retorcido y desgarrado al más puro estilo del Laocoonte, y con los ojos desquiciados, como el *Saturno* de Goya. Pero, a diferencia de esas obras, no hay serpientes, ni niños a los que devorar. Es como si en plena desesperación, el desgraciado dios ansiara amputarse, él mismo, el resto de los miembros.

Siento un escalofrío mientras paso uno a uno cada dibujo.

—Son muy buenos, Berta. Es una locura que tengas toda esta obra así, en esta casa, es más, no entiendo por qué tienes que destruirlos. ¿Quién va a saber que no lo haces?

—Estoy obligada a entregarlos, ya han sido inventariados.

—¿Hay más? —pregunto mientras ella los mira, reflexiva.

—Arriba hay otros dos, son los que más me gustan. Les puse un pequeño marco para colgarlos, aunque solo fuera estos últimos días. Voy a traértelos.

Se levanta y va hacia la escalera mientras mi móvil vibra, esta vez con un mensaje. ¿Será ahora el propio Garrido quien me va a echar la bronca? Pero no. Es un número desconocido y un largo párrafo que leo extrañada.

✉: Buenas tardes, Clara, Mona me facilitó su número. Soy Adolfo, el prometido de Berta.

Pues vaya con esa Mona... ¿Con qué derecho comparte mis datos? ¿Y por qué no ha dicho exprometido?

✉: Quería decirle que Berta no está nada bien. Tengo paciencia, pero lo de ayer ya colmó el vaso.

Orgullo de macho herido al que han plantado poco antes de la boda, imagino. Es comprensible.

✉: Supongo que ella le habrá contado lo ocurrido, para mí fue una situación muy desagradable e injusta, todo el pueblo gritándome a mí y hasta un policía a punto de detenerme.

Mis ojos se abren con sorpresa.

✉: ¿Puedo llamarla, Clara?

Berta baja feliz, trae dos pequeños bocetos enmarcados entre sus manos.

—Faltaban estos dos, son los más acabados. En uno de ellos garabateó esa frase: «no es difícil destruir...», ¿a quién escribías? —pregunta curiosa.

—Asuntos de trabajo —miento y apago el móvil tras teclear un rápido wasap:

✉: Le llamo yo en cuanto me encuentre a solas.





Capítulo 15: El

prometido

Está amaneciendo. Huele a pescado, a sal, a aire fresco y estimulante.

Le dije a Berta, como excusa, que iría a caminar, o más bien a subir y bajar cuestras. Me recomendaron, tras la caída, que no hiciera deporte durante un par de semanas.

Esta noche no ha habido episodios de sonambulismo. Tampoco abrazos dulces y dormidos, ni siquiera su olor a violetas. Me he quedado en el sofá. A ella no le importaba compartir cama, pero yo no he querido. Me atrae cada vez más y, sin embargo, me empieza a dar miedo.

Salir a pasear ha sido la excusa para bajar al puerto y llamar a Adolfo, que me habla, no como un novio despechado, sino más bien muy preocupado. Me pregunta si puede tutearme y luego me explica con ligera aceleración.

—Ocurrió ayer a mediodía en un restaurante de la playa de Monterosso y de la manera más inesperada. Habíamos ido a pasear y ya estábamos almorzando cuando, de pronto, apartó su *lasagna* y me dijo que me dejaba, algo así como que ella tenía una misión que debía cumplir por encima de todo.

«Me resulta todo tan extraño», pienso mientras veo a los pescadores bregar entre las barcas. ¿Me llevó al día siguiente al mismo restaurante? Recuerdo que el camarero nos miraba en exceso. Y, por cierto, también Berta comió lasaña, aunque no la aliñó con ninguna declaración vivencial. ¿Conducta psicótica? ¿O más bien se está dando cuenta de que no le gustan los hombres?

—Como comprenderás, no la dejé irse, traté de cogerla del brazo y, cuando ella se soltó y abandonó el restaurante, fui corriendo detrás. Ya puedes entender la que se armó: el camarero creyendo que me iba sin pagar, los clientes pensando que estaba acosándola... —resopla, molesto—. La seguí hasta la estación y allí fue aún peor. Empezó a llorar, a gritarme que la dejara en paz y comenzó a hiperventilar a la vista de todo el mundo, así que las culpas recayeron en mí. Vino incluso el jefe de estación, que la apremió para que subiera al tren mientras me impedía el acceso.

Está claro, hizo conmigo el mismo camino que había hecho un día antes con él. Recuerdo al empleado ferroviario que nos miraba con tanta insistencia. ¿Quizá ella quería borrar aquella desagradable escena repitiéndola conmigo? ¿O demostrar a la sociedad que su vida es mejor al lado de una mujer?

—A lo mejor estaba nerviosa, Adolfo —comento tratando de quitarle hierro al asunto—. Casarse es un paso demasiado importante y ella tal vez dude de tus sentimientos... o de los suyos.

—A ver, Clara, no te conozco, pero te aseguro que adoro a Berta y a veces se comporta como una niña caprichosa y malcriada. Y no me importa, no es la primera vez que rompe conmigo sin que yo haya hecho nada. Tengo mucha paciencia, sé que me quiere y volverá otra vez a buscarme, pero creo que ella debería visitar al médico ya.

Recuerdo mi conversación con Mona, para quien los problemas de Berta se solucionarían casándose.

—Regularse, medicarse, en fin, no sé, buscar una forma de lograr el equilibrio y no vivir a merced de esos arrebatos.

Otra vez la sombra de esos nervios patológicos que insinuaba Mona pero que yo no veo claro.

—¿Estás preocupado por sus episodios de sonambulismo?

—Bueno, eso no es peligroso, nunca sale del cuarto. Una campanita en la puerta por si acaso y poco más. Pero el resto... —Hace una pausa, como si recordara—. Mira, la conozco y la trato desde que éramos niños y siempre ha tenido problemas. Soy un año menor que ella y ya recuerdo, aunque de forma muy vaga, sus ataques de llanto y su forma de encerrarse sola de repente. Ah, y antes de eso lo de la amiga invisible. Que si veía a una niña, que si le hablaba...

—¿Qué tipo de niña? —pregunto asombrada por lo que acabo de escuchar.

—No sé, creo que su edad.

—¿Y cuánto duró eso? —Todo me resulta cada vez más extraño.

—Pues quizá hasta los ocho o nueve años, pero era exagerado. Decía que jugaba con ella, pedía que le sirvieran un plato para su amiga y, si no lo hacían, cogía una rabieta y se tiraba al suelo, aunque yo por entonces no echaba mucha cuenta a sus manías. Después, parece que se le quitó la obsesión pero la sustituyó por jugar sola, encerrada en su cuarto, con una cámara de fotos y un trípode, como si se estuviera grabando. Supongo que por eso se la mandó al internado, para que saliera un poco de su mundo.

Una cámara, y ella delante. ¿No es parecido a ese dibujo que hizo cuando estaba sonámbula? ¿Un televisor y una niña dentro?

—En fin, te lo comento para que lo sepas. Yo la quiero y puedo esperar, pero no soporto esas escenas en público, quedo como un maltratador cuando no lo soy. Ya me montó una escena parecida en la casa de Manarola, aunque sin testigos, por suerte. Dile... o mejor no le digas nada, no le digas que hemos hablado. Solo quiero que sigamos juntos, tampoco tengo prisa por casarme mañana mismo.

Nos despedimos. Él, afable, como durante toda la conversación, y yo, correcta, aunque sin saber bien qué pensar.





Capítulo 16: El secreto de

Corniglia

Una nueva jornada en esta puerta cerrada al mundo. Mi estancia en Manarola y mi relación con Berta transcurren, como estas coloridas callejuelas, en una pendiente suave, accesible y atravesada de cuando en cuando por la sospecha. ¿Habrá algún tramo de escalones trampa que no me convenga subir?

El tiempo fluye entre nosotras sin aristas. Es olor a sal y silencio acompañado, pero en el fondo, no sé por qué, presagio de tormenta emocional que imagino capaz de devastar mi deseado idilio entre mar y viñas.

Sin embargo, estoy disfrutando al minuto. Estas tierras me fascinan. «Podría trabajar aquí, vivir incluso», pienso mientras bajamos de nuevo del tren que en esta ocasión nos deja en la estación de Corniglia.

Berta lleva hoy unos *shorts* vaqueros, camiseta blanca y zapatillas deportivas. Seguimos en este circuito particular durante el cual quiere mostrarme los cinco lugares de las cinco tierras que siempre lleva en la memoria, y que están ligadas al recuerdo más profundo de su hermano. Primero fue la casa de Manarola, luego el gigante de Monterosso, y ahora le toca el turno a la playa de Guvano, que en sus palabras es muy diferente.

—Está un poco más allá de Corniglia, en el camino a Vernazza, y no tiene acceso fácil. Pero, como tú ya estás recuperada —dice señalando ese moratón cubierto por el cabello, del que ya ni me acuerdo—, es el día perfecto para que la conozcas. —Y mientras habla se cuelga la mochila a la espalda y aprieta la gomilla de la coleta.

Seguimos caminando entre piedras por el sendero. Una pareja, chico y chica, ambos llenos de tatuajes y rastas, han bajado del tren a la vez que nosotros pero avanzan deprisa y enseguida toman distancia. En un momento, el camino pedregoso se hace escalera.

—Nosotras iremos para abajo, hacia el túnel abandonado; es la tercera pista. No te dan miedo los espacios cerrados, ¿verdad? Porque tendremos que recorrer uno muy largo hasta llegar al mar. —Sonríe entre sus recuerdos y su voz adquiere un matiz de dulce nostalgia—. Mi hermano me llevaba a esa playa, al menos una vez, en verano. Mientras me bañaba, él dibujaba lo que le pasara por delante, era el lugar ideal para hacer apuntes rápidos.

—¿Tan especial resulta?

—Es que... —Baja la voz con picardía—. Aparte de ser preciosa, es una playa nudista. —Ante mi cara de sorpresa, ella ríe—. Pero puedes ir con traje de baño, por supuesto. Ni Camilo ni yo nos quitábamos la ropa nunca. Una vez entablamos conversación con una pareja que se acercó a verle dibujar. Él les hizo un apunte rápido, sin firmar, y después se lo regaló. Camilo era así.

Mira, ya estamos llegando al túnel.

El paisaje, con sus colinas repletas de vides y olivos da paso a varias casas, sin encanto y de aspecto funcional, que desembocan en una entrada angosta, cuajada de grafitis. Al parecer, vamos a entrar en un oscuro túnel ferroviario abandonado que cruza las tripas de la montaña. Estoy confusa y, a la vez, expectante. Todo cobra para mí una dimensión nueva. ¿Y si fuera el momento de confesarme? ¿Aunque no importe y mis sentimientos sean irrelevantes para ella? ¿Aun a riesgo de romper para siempre esta ilusión de paraíso?

La puerta de metal que da paso al túnel está entornada. Berta empuja y, como en un cuento de fantasía, se abre.

—Camilo me llevaba de la mano cuando era pequeña porque me daba mucho miedo. Recuerdo que le llamábamos el túnel de los secretos. —Busca algo en su mochila mientras habla—. Íbamos a paso rápido con una buena linterna y por el camino jugábamos a contarnos cosas que no solíamos decir a nadie. Tonterías de niña, ya sabes... ¿Lista para entrar?

Y de pronto, soy consciente de que va a ser un camino largo. Las dudas me asaltan. ¿Es fiable que me interne en este lugar a solas con ella? ¿Y si, de repente, pierde el norte, tal y como me contó Adolfo?

Ha sacado la linterna, en efecto. A la pareja de las rastas, que debieron de entrar hace rato, ni se la ve ni se la escucha. Nos internamos en el pasadizo poco iluminado entre un fuerte olor a humedad, y empezamos el camino. La luz del día, a nuestra espalda, pronto desaparece.

Mientras nuestros pasos resuenan leves en el fango, me va invadiendo una angustia claustrofóbica. Casi me resbalo. De las paredes cuelgan bombillas ínfimas que apenas iluminan una oscuridad tétrica y amenazadora. ¿Quince minutos así, pisando en esta negrura? Pero ella parece tranquila, casi divertida.

—¿Qué tal? —pregunta. Ante mi falta de respuesta, me habla animosa—. Venga, juguemos a los secretos, así se te hará más corto.

Sigo sin decir nada. ¿A solas, ella y yo, y encima con nuestros secretos, ignorantes la una de la reacción de la otra, en esta intimidad oscura y rocosa de ferrocarril abandonado?

Creo que caminamos cada vez más deprisa. Quizá le estoy contagiando el miedo que empiezo a sentir. De repente, la oigo reír.

—Ay, lo siento, me parece que no ha sido buena idea. Te agobia tanta oscuridad, ¿a que sí?

Y ese «a que sí» tan habitual en ella, rebota como una amenaza de ultratumba en el eco de las paredes que parecen sudar agua. Pero su voz prosigue, tan serena, tan comprensiva, que casi me avergüenzo de haber dudado de su cordura. Me doy cuenta de que busca llenar el silencio para animarme.

—A Adolfo también le pareció muy agobiante la única vez que vinimos, ¿sabes? Decía que era un despropósito en medio de la ingeniería del siglo XXI. Pero la verdad es que Adolfo casi siempre critica todo lo que se sale de su zona de confort. Es bastante urbanita. Y yo también, no creas, aunque en Cinque Terre me siento como en casa. —La oigo saltar por un charco—. No te preocupes, que llegamos enseguida. Estoy corriendo todo lo que puedo.

Sigo sin hablar. Me siento, de forma inexplicable, al borde del sollozo, agradecida de escuchar su voz, de verla correr por mi causa, y a la vez necesitada, quizá, de la luz de sus ojos húmedos. Mi mente se dispersa en absurdos pensamientos existenciales. ¿Y si no saliéramos nunca de aquí? A lo mejor yo también soy una especie de túnel a ninguna parte, una soledad en compañía, un intento de vida en canal de parto terrorífico e inacabable...

Toso para escuchar mi propia voz. La negrura de estas paredes va, de un momento a otro, a

tragarse mi equilibrio.

—Cuéntame tus secretos... —murmuro para romper, como sea, el silencio.

—Ah, ¿quieres que juguemos? —De nuevo ríe—. ¡Venga, vale! —Baja la voz y continúa en tono cómico—: Odio el helado de vainilla, me hace vomitar. ¡Ahora te toca a ti!

Respiro, nerviosa. No, no va a pasar nada malo y vamos a salir de aquí a la luz del día, a una playa nueva y maravillosa.

—Denunciaría a quien inventó la horchata —digo en el mismo tono. Ella ríe, a su vez. Seguimos andando, ella jadeando casi. Creo que nunca debe haber caminado tan rápido en su vida—. Venga, otro —propongo. Ya me siento mejor, el juego empieza a gustarme.

—Pues... —Creo que duda—. Soy un pelín... teatrera y manipuladora, lo reconozco. Aunque bueno, eso no es un secreto. Adolfo siempre me lo dice.

Quisiera que no pronunciara más ese nombre. Contraataco.

—Mi expareja decía que yo era apática y desordenada, así que te gano. —Ella titubea.

—A veces, cuando estoy con gente, me escapo al baño y me encierro... a llorar.

La ternura me invade. Es lo mismo que me contó Adolfo, solo que en palabras de ella cobra una tristeza indefinible.

—¿Y por qué? —pregunto tratando de escudriñar su expresión, pero es imposible en medio de esta negrura. Berta tarda en contestar.

—No sé... supongo que, en el fondo y a pesar de tener todo lo que tengo, siento como si no tuviera nada.

Guardo silencio. Sin darnos cuenta, hemos aminorado el paso y la oscuridad ya no pesa, sino que envuelve.

—He ganado yo, ¿a que sí? —Lo ha dicho con tal melancolía que en este instante quisiera abrazarla con todas mis fuerzas.

—No, no has ganado —le contesto.

—¿Por qué?

—Porque mi secreto es más fuerte que el tuyo.—Tomo aire y ralentizo aún más el paso—. He estado con hombres, pero también con mujeres. Mi última pareja, con la que conviví durante dos años, se llamaba Nora. Y, a estas alturas, creo que prefiero estar con una chica antes que con un chico —confieso tragando saliva con rapidez—, sobre todo, cuando esa chica me hace sentirme comprendida... y querida.

Un silencio absoluto acoge mi secreto. Ya está, ya se lo he dicho. Quizá no se haya dado cuenta de que es una declaración por mi parte, o quizá ahora todo cambie y me mande a paseo en cuanto salgamos de este túnel. Quizá se sienta muy ofendida o muy halagada, pero no dice ni una palabra.

La luz brilla al fin, el túnel está acabando. El camino se ensancha poco a poco y, como en un sueño, guiñamos los ojos y salimos a la luz de un azul limpio y a la caricia del sol que nos recibe en toda su plenitud. El mar centellea un poco más abajo, custodiado por un ejército de rocas. La miro a los ojos, ansiosa por comprobar su reacción. Ella parpadea deprisa, guarda la linterna en la mochila y manosea varias veces la cremallera hasta conseguir cerrarla de nuevo. Supongo que no sabe cómo reaccionar. En este concurso de secretos, de momento, he quedado finalista.

Al fin me dedica una sonrisa muy dulce, casi ingenua. Me mira de la misma forma que me miró aquel día en el museo, cuando le regalé el boceto. Siento un abrazo indefinible muy adentro, en ese sitio recóndito donde quizá habite el alma.

—¿Bajamos a la playa? —me propone.

Yo le sonrío y le digo que sí.





Capítulo 17 : El mar que se

desnudaba

Guvano ha resultado ser una deliciosa cala flanqueada por acantilados y a la que hemos accedido, entre resbalones y carcajadas, a través de un último sendero de piedras. El mar, de limpio turquesa, rompe sin grandes olas.

—No hay peligro —me asegura—. A veces hay mareas fuertes, pero hoy no.

Veo varios yates, alguna vela mar adentro y dos o tres bañistas diseminados a lo largo de la cala, en total intimidad. La pareja con el cabello a rastas se ha instalado un poco más lejos, y han montado una especie de chamizo con varios palos y un pareo marrón.

—Ahí estaremos bien. —Berta me señala la sombra de una roca pero se interrumpe.

Hay un hombre de unos setenta años toma el sol boca arriba, desnudo, justo al otro lado. El tono flácido, las arrugas de la piel curtida y cetrina, todo me recuerda a los cuadros de Fortuny, a sus viejos al sol y, de paso, a mi trabajo. Por un momento pienso que ya queda poco para volver, pero que quizá ahora, sin secretos por mi parte, pueda exprimir al máximo la dulzura de estos días de mar y viñedos. Porque ella no ha vuelto a sacar el tema. Pero al menos, no le importa y eso me basta para disfrutar, aunque solo sea de estar juntas.

La pareja *hippie* se está desnudando por completo. Él, moreno, flaco hasta notársele las costillas, con el brazo derecho recorrido por un largo tatuaje. Ella, también muy bronceada y delgadísima, de senos breves y caderas estrechas. Dejan la ropa junto a sus mochilas y caminan por la orilla con la vista baja, buscando quizá piedras exóticas. Pienso que tienen suerte de ser tal para cual, de compartir rastas y vida, de ser uno ahora, en este instante, una pareja plena, libre, ausente de cualquier opinión en esta naturaleza perdida.

Ninguna de las pocas personas que hay en la playa lleva ropa. Miro a Berta, que les contempla de reojo mientras coloca la toalla.

—¿Te atreves? —le pregunto.

—¿A estar como ellos? ¡Oh, no, nunca! ¿Y tú?

—A mí me da igual —respondo encogiéndome de hombros.

Varios años de modelo de pintor me han curtido para toda la vida. Después de tantas miradas analizando como lupas cada proporción de mi cuerpo, bañarme sin ropa en un lugar apartado me resulta fácil y quizá hasta agradable.

Ella contempla, creo que sorprendida, cómo me desprendo de todo lo que llevo puesto y luego mira a ambos lados de la orilla. Parece incómoda. Quizá aquí, en el siena tostado y el gris de las piedras, el tono cálido de mi piel empasta, como los colores quebrados en la paleta, mucho mejor que su dos piezas floreado en tonos flúor.

—Yo... prefiero seguir así —dice casi en tono de disculpa.

—No te preocupes, dentro de un rato me hartaré de sol y haré igual que tú.

No quiero que se sienta presionada y menos después de haberme sincerado antes en el túnel, así que voy a dejarle espacio. Me aparto, camino hacia el rompeolas y, al igual que la pareja *hippie*, paseo sin rumbo. De reojo veo que me observa.

La mañana se desliza, suave, y a cada minuto me fascina más esta playa diminuta, de rocas engarzadas en el cielo limpio. Al fin, dejo las chanclas al pie de la orilla y me sumerjo, libre, en sus aguas salvajes que no saben de muchedumbre y algarabías veraniegas. El abrazo del mar, entrándome por los poros de la piel, me inunda de una felicidad intensa, tanto o más por cuanto la supongo próxima a acabar. No, no quisiera irme nunca de este instante. Miro a la orilla, a Berta medio reclinada en su toalla con el cabello revuelto por la brisa; observo todas esas piedras brillantes de agua, como plácidos lomos de animales en reposo y me sumerjo entera buceando por el fondo límpido, casi transparente. Tomo aire y vuelvo abajo una y otra vez. Y, de repente, oigo como en sordina, su voz lejana, y adivino sus pies viniendo hacia mí y agitando el agua. Emerjo, jadeando. Al final, casi se ha atrevido a desnudarse.

—Pero en cuanto salga me lo vuelvo a poner —dice riendo, ya a mi altura y señalando a la orilla donde ha dejado sobre la toalla la parte superior de su bikini—. ¿Buceamos más adentro? Puede que haya hasta peces.

No veo ninguno cuando volvemos a sumergirnos; pero sí sus manos impulsándose hábiles por debajo del agua, su cabello como una enigmática medusa a cámara lenta y sus pechos libres, como juguetonas gotas cimbreadose a cada brazada. Siento la punzada de mi propio deseo y pienso en sirenas, en besos con sabor a sal, pero, a la vez, en la niña del cuadro y ese enigmático caballo en espera, que ahora mismo podría ser yo misma, aquí, en mi particular onírica.



Hemos devorado los bocadillos, la fruta y hasta echamos de menos un helado. Pero aquí, en esta playa olvidada, no hay ningún vestigio de tienda. Y luego hemos hablado de todo y de nada, medio echadas en la arena, como si nos conociéramos de muchas vidas. Ella está algo sonrojada por el sol, pero preciosa. Ha vuelto a ponerse el bikini en cuanto ha salido del agua y yo, por no hacerla sentir incómoda, la he imitado.

De forma muy cauta, y creo que avergonzada por su propia curiosidad, me ha preguntado por mis parejas femeninas y por la primera vez que probé a estar con otra mujer.

—Hace ya mucho de eso. Después también estuve con hombres. —Tampoco he querido darle demasiados detalles de aquella época ni de los dos años locos en que pasé por tantos brazos sin sentir ningún abrazo real.

—¿Y tu relación más larga después de aquel primer novio?

—Esa sí fue con una mujer.

Con Nora, claro está. La relación más civilizada, más estable pero, a la vez, la que tampoco iba a ninguna parte, a no ser que me desenchufara el corazón. Ella me ha contado, a su vez, un par de historias sin importancia con tipos de su entorno que solo iban por dinero. Y luego, la estabilidad y los planes de futuro, ya truncados, con Adolfo.

—A veces he pensado, no te lo niego, que él me cree una loca y que en el fondo está conmigo por interés. —Callo. Recuerdo las palabras de Adolfo cuando hablamos por teléfono—. ¿Te parezco loca, quizá? —pregunta con esa sonrisa tan triste, tan suya, que me desarma.

—No he dicho eso en ningún momento.

Juguetea con las puntas de su pelo, se las mira y arruga la nariz. Ya la voy conociendo, supongo que me va a desviar el tema, que me va a hablar de que necesita con urgencia una mascarilla capilar o algo así. Me doy cuenta de que tiene una facilidad asombrosa para dar un golpe de timón a cualquier conversación comprometida.

Siento su mirada, inquisitiva, sobre mí.

—¿Y si te digo que me diagnosticaron epilepsia cuando era niña? ¿Aún pensarías que estoy mal de la cabeza? —Me quedo muda. Adolfo no me dijo nada de eso.

—¿Pero es... grave? —La palabra asusta, desde luego. Alguna vez he visto reportajes sobre el tema: gente tragándose la lengua, convulsionando.

—¡Oh, no en mi caso! Tampoco está claro, en realidad. Entre mi sonambulismo y las ausencias, los médicos siempre andan hechos un lío conmigo, en lo único en que coinciden es en que debo evitar el estrés. Pero tomo una medicación desde hace siglos y todo está controlado. Y a veces ... —Me hace un guiño cómplice—. Algún día se me olvida en la mesita de noche y tampoco pasa nada.

—¿A qué te refieres con ausencias? —pregunto preocupada y ella se encoge de hombros.

—Dicen que me quedo con la mirada fija durante unos pocos segundos, como ida. —Me mira, supongo que divertida ante mi gesto serio—. ¡Pero no es nada malo, tonta, me recupero enseguida! En el colegio, al principio pensaban que yo era torpe, que tardaba en entender, así que aprendí a aprovecharme. —De nuevo esa sonrisa pícaro con la que quita hierro a las cosas que parecen dolerle de verdad—. Lo bueno es que cuando me diagnosticaron, me dejaron en paz. Además, tan solo tres veces en mi vida he llegado a perder la conciencia y a caer al suelo, que yo recuerde. La primera, con siete años en una juguetería, cuando me encapriché de un peluche que llevaba otra cría. —Sonríe de nuevo, ahora melancólica, y ladea la cabeza—. Por lo visto, mi hermano se creyó que era una rabieta hasta que me vio con los ojos vueltos. La segunda vez, ya de jovencita, en aquel internado de Irlanda, porque me empeñé en ser normal y dejar la medicación. Me acuerdo de que, por entonces y después de meses, había hecho, al fin, amistad con una chica de allí. Ella era distinta al resto: inteligente, sensible...

Escucho, intranquila. No me parece asunto como para tomarlo a broma. Ahora ya no ríe, todo lo contrario, y además lo ha dicho con tal tristeza que me pone en guardia. ¿Es ilusión mía o ha bajado los ojos y esa confesión esconde su primer amor adolescente? De pronto recuerdo esa mirada, como de cariño dolido, la misma que me dedicó en el museo cuando la conocí.

—Se llamaba Amy. —Sus ojos se pierden en el mar, soñadores—. A veces discutíamos, pero éramos inseparables; yo... me sentía muy a gusto a su lado, ¿sabes? Pero tuve la mala suerte de que todo ocurriera en la habitación que compartía con ella. Dijeron que caí al suelo haciendo espasmos con la boca y los brazos, y que me oriné encima. Cuando pasó la crisis, aquella chica me cogió miedo. —Sus labios se contraen, amargos—. Iba diciendo que yo estaba loca, que me apartaran de su lado.

Mira a su alrededor como si echara en falta un cigarro, pero al final desiste.

—¿Y no recordaste nada cuando se te pasó?

—No, pero en cambio sí sentí que algo iba a pasar. He leído sobre el tema, hay quien lo vive como un estado de euforia, pero para mí fue diferente, como entrar en otra dimensión. De repente parecía que iba a desmaterializarme, que era yo pero con otro cuerpo, no sé...

—¿Y la tercera crisis? —pregunto con interés.

—Prefiero no contarte, fue muy vergonzoso. Además hace ya muchísimos años que ocurrió.

Me resulta alucinante que hable de esto de manera tan asumida.

—Deberían hacerte más análisis, más estudios.

—¡Oh, no ha vuelto a pasar, en serio! En teoría, podría incluso conducir un coche sin ser un peligro público, pero prefiero no ponerme en riesgo. —Sus manos hurgan en la arena, como si buscaran algo inexistente—. ¿Sabes? El maestro espiritual que trató a mi hermano en sus últimos días me dijo que esas crisis representan una huida de la realidad y mucho miedo a la pérdida. Puede que estuviera en lo cierto. He perdido mucho...

Escruto sus ojos castaños, ahora húmedos. No voy a soportar verla llorar, quisiera abrazarla pero no sé cómo lo recibiría. La tarde sigue deslizándose lenta, como una caricia. Deja de escarbar en la arena y endereza la espalda.

—De todas formas, y volviendo a lo de Adolfo, creo que me he pasado un poco. Ni me cree loca ni va a por mi dinero. El pobre tiene una paciencia enorme conmigo y es muy cariñoso.

—Hablas de él como si fuerais a volver.

—No, no.

Hay amargura en sus labios cuando me contesta. Evita mirarme a los ojos. Después de mi confesión en el túnel, quizá ahora se siente asustada de que yo hurgue en su vida sentimental.

Guardamos silencio por unos minutos hasta que ella lo rompe.

—¿Sabes? A veces siento que mi vida es una gran estafa, que tengo y no tengo. Que la muerte de mi hermano Camilo, por ejemplo, también fue otro engaño.

—No entiendo...

Se incorpora y busca hasta dar con la camiseta. Durante unos segundos se recoge con las manos el cabello, siempre suelto, para desenredarlo de entre los tirantes del bikini, anudados al cuello. Y, por primera vez, veo su nuca y un pequeñísimo caballito de mar allí tatuado, justo en el nacimiento del pelo.

—Una enfermedad no mata —explica mientras mete la cabeza por el hueco de la camiseta—. Más bien, remata el trabajo de otra herida mucho más mortal.

Me sorprende esta profundidad repentina y me molesta mucho este viraje drástico. Hemos pasado de su exnovio a su hermano otra vez.

Salvo la pareja *hippie*, estamos ya solas en esta playa perdida.

—¿Cuál era la herida de tu hermano? —pregunto con cierto fastidio.

—Eso quiero saber desde hace tiempo. Camilo callaba algo que le dolía hasta el punto de destrozar su garganta. —Por un momento recuerdo el cuadro de la galería, el cuello pintado en rojo y aquel caballo perdiéndose en el horizonte. También me incorporo y, ya vestida, la miro. El delito, el castigo...—. Por eso tengo que hablar con Jorge Vitoro.

De nuevo me deja noqueada. Cuando creía que iba a desvelarme algo del hermano, ¿me sorprende con otro giro?

—¿Sabes que me las arreglé para amañar su entrevista en televisión? —Me mira como si se sintiera orgullosa—. Convencí a la periodista para que cambiara las preguntas.

—¿En serio? —Recuerdo por un momento aquella insistencia de la presentadora en hablar sobre las *performances* y a él escabulléndose de manera patética. Me alucina su capacidad de manipulación.

—Sí, pero no sirvió de mucho. —Acaricia con mimo una piedra y baja el tono—. ¿Sabes? El último verano que pasamos juntos Camilo y yo, cuando me parecía que iba a recuperarse... —La voz se le quiebra pero se rehace—. Ese verano sentí muy dentro de mí esas pistas que él me quería dar: en Monterosso me habló de la falsa gloria, en Manarola de sus últimas obras...

«Pero se deshizo de una, justo del cuadro donde confesaba el delito», pienso yo. Empieza a resultarme muy sospechosa la actitud de su hermano. Ella hace un amago de llorar de nuevo.

—En Corniglia, justo ahí, en nuestro túnel de los secretos, jugamos a confesarnos cosas por última vez. Recuerdo que le conté lo sola que me había sentido en el internado, lo mal que me trataron después de aquella crisis, lo de aquella chica... —Trago saliva. La voz se le ha enronquecido—. Porque yo no tengo amigas de verdad, ¿sabes? El dinero no compra el cariño, aunque la gente piense lo contrario.

Me emociono, no puedo evitar apretarle con fuerza el brazo.

—Connmigo puedes contar siempre. —Veo que asiente, supongo que agradecida, pero no me mira a los ojos. Creo que no es momento de decirle que yo quisiera ir hasta donde ella me permitiera—. ¿Y él? ¿Te contó, a cambio, algún secreto?

—Solo me abrazó, muy fuerte, allí, en medio del túnel a oscuras, emocionado. Me dijo que de haberlo sabido hubiera hecho todo lo posible porque no me mandaran a ese lugar. Y que no estaba sola, que allá arriba había quienes me acompañaban, que los túneles eran dolor para quien los recorre sin nadie al lado, pero que siempre hay que buscar la luz.

No sé por qué me estremezco. Ni siquiera el calor de este sol puede hacerme olvidar la inexplicable angustia, la soledad que he sentido hace unas horas y lo reconfortante que ha sido la compañía de ella a mi lado. Quisiera besarla aquí, a solas. Quizá fuera el lugar... Pero sus ojos están más húmedos que nunca y ofuscados por los recuerdos. No, tampoco es el momento.

—¿Y las otras dos pistas? —suspira y ahora sí se vuelve para mirarme.

—En Vernazza, la torre Belforte sobre el castillo Doria, y en Riomaggiore, el santuario de Montenero. Mañana iremos allí.

Me muerdo los labios. El momento que tanto ansiaba no ha llegado. Creo que es hora de volver al túnel, aunque ya quizá no haya ya secretos que contar.





Capítulo 18: Las

sorpresas de un túnel

Emprendemos el camino de vuelta a media tarde, dejando allí a la pareja *hippie*, abrazados, en espera de la puesta de sol y su rayo verde, o quizá de un hechizo que les haga enraizar en piedra y convertirse en señores de ese reino vivo al que quizá yo no vuelva ya nunca. Los miro por última vez, con infinita nostalgia. Luego observo a Berta, que camina junto a mí.

La boca del túnel se nos abre de nuevo llena de carteles de advertencia y latas de refresco vacías. Hemos pasado un día delicioso y me encuentro lista para enfrentarme a una oscuridad que ya no se me antoja tenebrosa, quizá porque las dos olemos a mar y llevamos el sol en el cuerpo. Tampoco creo que quiera acelerar el paso ni hurtar al tiempo esa sensación especial de playa a oscuras, de cueva íntima y solitaria. Llevo tantos recuerdos agradables de este día que ninguna nebrura podría ensombrecer mi cabeza con neuras existenciales.

Caminamos sin prisa, Quizá hayamos acordado de manera tácita este silencio, este dejar ir.

—Ha sido un día precioso —percibo una nota extraña, vibrante pero a la vez tímida, en su tono. Y ante mi silencio, insiste—. A lo mejor no lo crees, pero todos estos días, contigo, han sido una especie de regalo.

¿Qué voy a decirle si para mí ha sido aún más? ¿Acaso vale la pena mancillar esta jornada perfecta con la tristeza del rechazo que recibiría de ir más lejos? ¿No le ha quedado ya claro lo que siento sin necesidad de más palabras?

La boca del túnel se pierde a nuestra espalda. Caminamos ya en plena oscuridad, tan solo con el pequeño haz de luz que nos da la linterna.

—Clara, me has ayudado tanto... —Su voz me ha parecido una súplica aunque sin nada que pedir.

—No he hecho demasiado, Berta. Solo escucharte y entenderte.

—Ha sido mucho más que eso. Quisiera darte las gracias por tu compañía.

—Soy yo quien debe agradecer que me hayas invitado a tu casa.

Seguimos caminando en silencio. El haz de la linterna se derrama por delante de nosotras, tembloroso pero alentador. Se aproxima un tramo un poco más estrecho. De repente, siento que ella para. La luz desciende al suelo y me sobresalto. No ha caído, la ha dejado en el suelo de manera deliberada y la ha apagado.

—¿Berta? ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

El corazón se me desboca. Apenas hay un pequeñísimo foco en el túnel, pero unos metros más allá. En medio de este lugar perdido, casi a ciegas, sin nadie que nos oiga, entro en soterrado pánico. La siento acercarse a mí y temo un ataque epiléptico, un arranque de llanto, un estallido

de locura...

¿Qué le está pasando? ¿Es eso? ¿Todo a la vez? De pronto noto su aliento acelerado, su cara mojada de lágrimas, pegada a mis mejillas, sus brazos rodeando mi cuello.

—¿¡Qué... qué ocurre Berta!?

Está recordando, sin duda, a su hermano, aquí en este túnel, casi despidiéndose de ella. Respira con angustia. ¡Va a entrar en una crisis y no tengo ni idea de qué hacer! Las manos me tiemblan.

—¡Berta, por Dios, tranquila! Recuerda lo que me contaste antes. Tu propio hermano te lo dijo: fuera siempre hay luz.

—¡¡No, no!! —exclama. Me siento estúpida, incapaz de entenderla, no se me ocurre cómo actuar ni qué decir. Yo misma soy ahora un túnel a oscuras, por el que ella escarba con manos torpes y con los dedos casi helados.

—¡Respira despacio, puedes controlarlo!

—¡¡¡No es eso!!!

Y, de pronto, entiendo.

No es un ataque de nervios... ¡Se me está ofreciendo, se está entregando! Quiere lo que afuera le está vedado, pero que aquí, en esta oscuridad, es posible; lo que no se atreve a la luz del día pero que aquí, sin verme siquiera, solo tocándome, va a atreverse a hacer. Siento su respiración agitada y sus manos, presas de un temblor extraño, que me guían hacia sus senos. Noto ahora el calor, la humedad y la presión apremiante de su intimidad en mi propia piel.

Mi corazón se pone a mil. Me siento caer en la excitación y el deseo más vivo que he sentido nunca. No veo nada pero mi piel ve por mí y al fin comprende.

Ella quiere. Debe de ser su boca, cálida, derrochadora, como una fuente de fluir perpetuo, la que me recorre los labios y el cuello. Debe de ser la mía la que se desliza por la suavidad exquisita de este cabello que es una isla de violetas, flor de mar oscuro y salitre de escondidas cuevas. La beso una vez, otra... La recorro a ciegas, palpo por debajo de la ropa hasta sentir sus pezones cálidos de gota de agua, y su piel que me sabe a arena. Mi mano desciende en caída libre a cámara lenta, esclava de mi propia gravedad, hasta el húmedo secreto de su cuerpo.

No sé si están transcurriendo milésimas, minutos o eternidades. El tiempo se me dilata dentro de su cuerpo, se me queda prendido en una maraña de gozo sublime y exquisito.

Gime, grita casi, se retuerce... Siento el abandono de su cabeza en mi hombro, las sacudidas de su intimidad que oscila rendida, entre mis dedos. Soy ahora la misma cueva, el mismo fluir desatado, loco, rabioso de deseo que se abre a esta locura de inexperta desconocida que casi me araña en medio de su propio éxtasis. Un túnel dentro de otro túnel, una oscuridad infinita donde dirijo, ciega, el ardor de su mano, donde estallo en el borde de mi propio límite y exploro, al fin, abrazada al invisible objeto de mi deseo.

La oigo respirar aún, en medio de una excitación desbocada. Resbalamos ardiendo, sin separarnos, hasta el suelo mojado de fango. Siento vibrar su cuerpo, que se tensa todavía, igual que el mío, como sacudido por ráfagas eléctricas. El frío inabarcable de esta cueva parece haber perdido su razón de ser.

Se agita aún, durante unos minutos y poco a poco escucho cómo su respiración, igual que la mía, se serena. La rodeo con delicadeza de un brazo, percibo en medio de la dureza del suelo, su piel dúctil, desnuda, pegada a mí y trato de cubrirla, de asumir yo toda esta hosquedad de la piedra. Tanteo en busca de la linterna.

—No, aún no... —susurra.

Tampoco luz entonces, tampoco tiempo para este instante sin retorno, donde nuestros cuerpos han gritado palabras de tierra y agua.

—¿Tienes frío? —le pregunto en el mismo tono que ella.

Sin esperar respuesta busco y alcanzo la toalla que ha caído al suelo. Acaricio la curva tibia de su espalda, siento la presión delicada de su pechos desnudos, acurrucados junto a mi costado. No habrá prisa en concluir este boceto de amor, tan contundente como abierto a finales insospechados. *Performance* inédita, intensa, hurtada al público e incluso a nuestra propia vista, pero que quizá por eso me ha sabido a sensualidad pura, a arte con mayúsculas, más que a acto experimental.

El tiempo debe de estar transcurriendo. En la lejanía, mucho más atrás, oigo un rumor de pasos.

—¡Corre, la linterna! —pide apurada.

La oigo trastear hasta que el haz de luz me deslumbra en plena cara. Cuando mis ojos se acostumbran al resplandor veo su pubis desnudo, depilado. La dulce curvatura de sus senos, en duro contraste de luz y sombra, cobra ahora el impacto de una escena tenebrista.

—Date prisa, que se acercan —me apremia nerviosa, mientras se sube los *shorts*.

«Debe de ser la pareja *hippie*», pienso. Quizá ya el sol se puso y nada les queda que hacer en la playa, tal vez al final decidieron no acampar y prefieren insertarse en el mundo real en vez de pasar una noche al raso.

Me pongo la camiseta y recojo la toalla que ha acabado por empaparse y que está tirada en el suelo. Ella alza la mochila del suelo y echamos a andar, a paso rápido.

—Mejor que no nos vean —dice azorada—, les parecería muy raro que estuviéramos todavía en el túnel.

Pero aun así, me da la mano y se la aprieto. Hacemos deprisa este larguísimo tramo final, casi en patética huida, y manchadas de barro, pero juntas.

Las luces del túnel empiezan a hacerse más frecuentes. La boca se abre ante nosotras y parece que el camino acaba. Salimos y nos miramos a la luz del día. El cabello de Berta está en total desorden y supongo que mi melena corta, también. Llevamos fango por todas partes.

—¿Cómo estoy? —pregunta mientras trata de recogerse el pelo.

—Hecha un desastre. —Río mientras le limpio la cara de arena mojada—. Pero muy guapa.

Ella se enciende, mira hacia abajo y sonríe. Luego vuelve a buscarme la mirada y noto cómo los labios le tiemblan.

—Yo... —Sus ojos vacilan, como una niña traviesa, entre la vergüenza y la complicidad—. Creo que necesito tiempo para procesar todo esto, ¿sabes?

—Todo el que quieras. —Sonrío.





Capítulo 19: El gurú de

Montenero

¿Alguien ha virado mi vida a rosa, como si se tratara de una fotografía? Si es así, debería aterrizar en mi verdadero mundo. Pasado mañana será el día de la vuelta a Milán, y supongo que también el jaleo de la inauguración en la galería Rota, la obligada entrevista, y aparte, el encuentro de Berta con el maldito Vitoro en su búsqueda de respuestas.

Pero ahora mi centro es ella. Me dedico a mirarla, a enamorarme de su voz cantarina, de esos ojos deliciosos que me miran entre cómplices y avergonzados. No quiero pensar en otra cosa, y menos en el plan que maquina y que tiene por objeto sacar información al artista. A estas alturas reconozco que todo me da igual salvo ella y su sonrisa, por momentos, más fresca y más feliz.

Tras ese paso maravilloso por el túnel, el tiempo baila a nuestro alrededor y nosotras le seguimos el ritmo. La más mínima tontería nos hace reír como bobas, como cuando hace un rato se sirvió sal y no azúcar en el café, o cuando nos tropezamos corriendo para alcanzar el tren a Riomaggiore.

Cualquier roce imprevisto va seguido de miradas cómplices. Vivo minuto a minuto, fascinada, orgullosa de ser yo quien ha restaurado la vivacidad de sus pupilas. ¿Acaso no me dicen que soy buena en mi trabajo? Quizá estén en lo cierto. Empiezo a imaginar a Berta como un delicado óleo, una *madonnina* quizá, de algún desconocido artista italiano, abandonada a su suerte en cualquier ermita y a la que yo podría devolver su esplendor natural. Empiezo a imaginar la maravillosa locura que sería seguir adelante con esta chica que al fin ha se atrevido a descubrirse. Y creo que ella empieza a imaginarlo también.

Riomaggiore, nuestra siguiente visita, ha resultado ser una perla más de este collar que vamos ensartando día tras día. Muy turística también, pero a estas horas de la mañana, aún tranquila.

Berta ha querido llevarme al malecón desde donde las casas se ordenan en amor y compañía a través de la montaña. Es curioso verlas así, aferradas, abrazadas, compartiendo viga y osadía como compañeras fieles en plena ladera de la montaña. Cual turista de a pie, me he puesto a hacerle fotos a ella, ahí en medio, como la princesa de mi paisaje. El mar lame el camino y las barcas parecen charlar entre ellas a pocos metros de sus pies.

—Foto, *insieme*? —Se ofrece un pescador de tez curtida. De pie, frente a nosotras, biega entre los amarres de las barcas y ríe ante mis esfuerzos por lograr el mejor *selfie* que lo recoja todo: ella, yo, la montaña, las casas de amarillo pálido y el mar risueño.

—¡Oh, sí, por favor...! —exclamo entusiasmada.

Le tiendo el móvil con una sonrisa de agradecimiento. La felicidad no cabe en una pantalla,

pero quizá sí una parte de ella, y nos brota al abrazarnos, sin necesidad de forzar las comisuras de los labios. Pienso que en algún momento del día vendrá ese *selfie* de beso y pasión en primer plano. Sé que hoy todo va a fluir, como este mar que se acerca curioso hasta casi mojarnos los talones.

Doy las gracias al pescador y miro la foto. Es perfecta: la catarata de casas a nuestra espalda, y nosotras en primer plano, enmarcadas por un pedacito de agua verdosa. Berta hoy lleva sus vaqueros cortos y ese jersey blanco que resbala dejándole un hombro a la vista. ¡Está tan bonita! Su atuendo claro, incluso su cabello platino de rotundas raíces castañas contrasta con mis pantalones azul oscuro y el top a rayas marineras que me ha prestado para la ocasión. Luz y sombra, repartidas por igual.

Provistas de agua y tras comer una *focaccia* de tomate, nos hemos atrevido al siguiente plan de Berta: el santuario de Montenero, que se eleva, tras un largo camino, por encima de los encantos de Riomaggiore.

La vereda está concurrida, parece que los turistas hoy prefieren hacer senderismo a primera hora de la mañana y dejar para luego el baño refrescante en la playa. En cualquier caso, nada ver que con la intimidad del túnel de ayer, cuyo recuerdo me excita como una vibrante promesa.

Caminamos oyendo risas y voces de quienes van por delante.

—¿Y qué hay de particular en este santuario? —Trato de sacar cualquier tema aunque nada me importe sino escuchar su voz, saber qué piensa, qué siente después de lo que hicimos a oscuras. Porque no me esquiva, no pone distancia, e incluso me mira con una intimidad adorable, pero tampoco ha querido hablar del tema.

—Es uno más de los cinco dedicados a la Madonna en estos pueblos. —Como el calor aprieta, se pasa la mano por la frente, perlada de sudor—. Dicen que aquí había un antiguo icono escondido de la Virgen, y que brotó una fuente cuando se encontró. Por eso edificaron el santuario. —El camino se estrecha y se escarpa. Noto su respiración jadeante. Creo que a mí me cuesta menos que a ella esta larga caminata—. Camilo me trajo aquí ese último año, ya te conté.

Sí, ya sé que es la cuarta pista, pero hoy no quisiera que robara protagonismo a nuestro túnel de ayer. Y de nuevo lamento la terquedad de ese no pasar página. ¿Ha podido calar en ella lo que hicimos o siempre será más importante esa sombra propia a la que ella parece rendir homenaje continuo?

—¿Y qué te contó...? —pregunto, algo impaciente por pasar a otro tema.

—Fue más el hecho de estar allí arriba, mirando juntos el mar. Por entonces aún se encontraba con muchas fuerzas y recuerdo que subimos a caballo. Me habló de su cambio espiritual, de que veía ya todo de forma diferente, de cómo tenía largas charlas con su guía de alma, Aldo, que por entonces se encontraba por allí.

—Yo no soy muy espiritual, si te soy sincera.

—Oh, yo tampoco, supongo. Creo que es más por tradición, como le pasa a Adolfo.

Esta vez no se me ha escapado esa ligera vacilación al pronunciar el nombre de su ya expareja. Quizá ella misma, al menos en ese aspecto, sí quiere dejar ese tema atrás.

Y, como suele ser habitual, me hace un viraje en la conversación y me empieza a contar cosas de la galería. Supongo que Mona tiene razón: de entre todas las inversiones que, supongo, delega en asesores, ese trabajo en la galería Rota, curiosamente como subordinada, es en lo que más se implica.

—A ver, no soy una simple empleada, digamos que más bien... un poco socia —me dice sonriendo.

—¿Y por qué no tu propia galería, ya que tanto te interesa el arte? ¿O el coleccionismo, como tu familia?

—Oh, está bien así, tiempo a tiempo... En la inauguración conocerás al fin a la directora de la galería Rota, seguro que te encantará.

La vista desde arriba, adonde llegamos acaloradas y tras un larguísimo rato de paseo, lo compensa todo. Nos sentamos en el banco del mirador, en silencio. La montaña cae rendida al azul vaporoso del mar, como si quisiera lavarse de cualquier preocupación.

—Dentro se expone una *madonna*, aunque no sé si hoy estará abierto, ojalá... —se interrumpe y me mira—. ¿Qué te pasa?

—Nada, solo que tengo mucha sed —contesto fastidiada, sacando la botella ya vacía.

Pero más bien sed de aire, no de paredes ni de iconos, sed de una conversación entre ella y yo que sea de verdad nuestra y no de historias ajenas. Ella y yo, y este mar azul. ¿Acaso no es bastante?

—Voy por agua —se ofrece—. Ahí, junto al santuario, venden refrescos.

—Genial, gracias...

Mientras la espero, me descalzo frente al mar, apoyo los pies en la baranda y cierro los ojos. Se está bien así, con la voz en *off* del resto de turistas diseminados por la amplia explanada. De repente, siento a alguien muy cerca y vuelvo a bajar los pies. Miro al lado.

Es un hombre de unos cincuenta y muchos años, con camisa blanca y arrugado pantalón claro, de complexión estrecha y pómulos muy definidos. Se sienta en el banco a una distancia prudencial.

—Española, ¿verdad? —pronuncia con suave acento italiano.

—Sí —contesto lacónica. No tengo ganas de entablar conversación.

—¿Y qué le parece? —me pregunta, señalando al frente.

«Que quieres ligar conmigo», pienso yo. Pero no se lo voy a decir.

—Vale la pena —contesto—. Merece el esfuerzo que nos ha costado subir. —Recalco el «nos» para ahuyentarlo, pero no parece darse por enterado.

—¿Sabe? Hay muchas formas de llegar a este punto.

—Pues yo creo que pocas, aparte de a pie...

Él no me mira pero sigue ahí, sentado, y empiezo a temer que no es el típico ligón, sino más bien esa clase de espécimen que juega a ser original. Habla con la soltura de un guía turístico y políglota y, a la vez, con la serenidad de un filósofo.

—A veces depende de donde se parta —insiste.

—Sí, hay rutas a caballo, al menos, eso me han dicho. —Me vuelvo hacia el santuario, impaciente. ¿Dónde se habrá metido Berta?

—Pero lo importante es llegar —prosigue—, ser capaz de descalzarse y soltar la mochila. —Y mira de reojo, creo que con morbo incluso, a mis pies desnudos ya apoyados en tierra. Un amago de risa me sube por la garganta. ¿Será fetichista?

—Claro, la mochila, sí... —No voy a enzarzarme en discusiones inútiles—. Por no traer peso, apenas metimos agua, eso es lo que ha ido a buscar mi... —¿Digo mi pareja a ver si se va? Pero él sigue ahí, apoyando ahora la espalda en el banco.

—El agua siempre brota. Quien tiene sed, acaba por encontrarla. Lo importante es soltar el peso para poder ponerse otra vez en pie. Muchos de los que vienen aquí lo hacen así. Yo mismo, sin ir más lejos, hace muchos años. —Hace una breve pausa y continúa—: Había caído, pero me desprendí de mi pasado, dejando aquí, como muchos otros, un símbolo de lo que me lastraba y, a

la vez, el testimonio de mi curación.

—No entiendo.

—¿No le han contado que hay exvotos en la iglesia? Colgantes, papeles escritos de puño y letra, ropa, incluso fotografías y cintas de vídeo antiguas.

Estoy ya harta, no sé qué decirle. Veo a Berta que viene hablando por el móvil y con un par de botellas de agua en la mano. Se interrumpe, me hace una seña y vuelve otra vez sobre sus pasos para seguir su conversación dando vueltas en círculo.

—Mire, a mí la verdad es que no me llaman estas cosas. He subido solo por acompañar a...

—A Berta, ¿verdad? —Elevo las cejas con sorpresa.

—¿La conoce?

—La he visto llegar. Me avisó de que vendría, así que la esperaba aquí para saludarla. Conocí mucho a Camilo, su hermano, fui su ayuda espiritual. —Se calla unos segundos mientras señala al recinto, cuyo viejo campanario ocre y siena se recorta sobre el cielo azul pálido—. Llegamos incluso a acampar durante varios días, un poco más allá —dice mirando hacia la vegetación, en dirección al horizonte—. De hecho, él me pidió que cuando llegara el momento, esparciera sus cenizas desde la colina de Riomaggiore.

Algo se me revuelve por dentro. Esta excursión no es en absoluto lo que yo esperaba, va a suponer ahondar en esa inacabable herida de la que parece imposible librarse. ¿Por qué tarda tanto Berta?

—Entonces... ¿usted es sacerdote católico?

—No soy católico, pero siento en mí todas las religiones.

Berta, al fin, se acerca a nosotros, ya sin el móvil, pero seria, y de nuevo con ese velo de tristeza en su mirada.

—¡Vaya! Iba a presentarte a Aldo, pero ya veo que os habéis conocido, ¿a que sí?

El chamán, cura, o lama, o comoquiera que se defina el tipo, le abre las manos y los dos se funden en un abrazo. De pronto, me siento casi estafada. ¿Me ha hecho venir hasta aquí para hablar de espiritualidad?

—Si no os importa, voy a dar una vuelta y a hacer unas fotos —intervengo casi ofendida.

— Como quieras —contesta ella—, ten el agua.

¿Pero es que a ninguno de los dos les importa que me aparte? Recuerdo que Berta llegó a autodefinirse como manipuladora. Sí, es propio de una persona así el no decirme nada, el hacerme subir para ponerme delante nada menos que el final de Camilo. ¿No significó nada lo de ayer?

El tiempo pasa mientras hago fotos de la ladera. Camino descalza, observo a otros turistas que llegan exhaustos. El santuario está cerrado. Cuando se topan con la puerta y su candado deben pensar que quizá no ha merecido la pena tomarse la molestia de subir.

Y, como siempre, acabo sacando mi pequeña libreta para hacer algún apunte a lápiz. Mi libreta, mi refugio; siempre logra que me evada cuando los pensamientos me agobian.

Al fin, tras un par de apuntes de la ermita y alrededores, veo a Berta venir a mi encuentro en compañía del tal Aldo. Sigue seria, pero mira con cariño mis bocetos y me dedica esa sonrisa triste que siempre me desarma.

—Aldo está acampando aquí arriba estos días.

—¿Y eso está permitido? —noto que él sonrío ante mi tono suspicaz.

—Las leyes italianas son comprensivas y sé cuidar el pequeño lugar que ocupo. Me quedo un poco más abajo, junto a una fuente natural. Vengo con la mochila casi vacía, y el agua no es

problema, siempre brota.

Los veo darse otro abrazo y despedirse con afecto, y yo me limito a tenderle la mano de manera educada. No sé por qué pero siento que este hombre guarda mucho más de lo que aparenta en su interior.

«¿Así que eso ha sido la cuarta pista?», me digo a mí misma con sorna. Menuda excursión más absurda.

Mientras emprendemos el camino de vuelta, no puedo evitar preguntarle, porque no me ha dado buena espina la mirada penetrante e incluso morbosa del gurú.

—¿Y de qué vive este tipo?

—Necesita muy poco. Subsiste con una pequeña renta y pasa la vida meditando y ayudando a otros a encontrar su camino.

—Un charlatán... —apunto con indiferencia.

—¡Oh, no! Aldo estuvo hasta el final con Camilo. Siempre me da consuelo hablar con él porque sé que con su apoyo tuvo mucha paz.

Ella continúa bajando a mi lado. Más bien nos dejamos ir con suavidad por la leve pendiente. Las palabras del gurú me resuenan todavía y no para bien. «Yo mismo he caído», creo que dijo. «Hay que soltar o el peso no te dejará volver a ponerte en pie».

—¿Y se puede saber cuál ha sido la caída de ese hombre?

—Es una historia un tanto complicada —me contesta algo titubeante—. Aldo y Pietro, el marido de Mona, fueron socios hace muchos años, cuando la galería de Manarola solo era una pequeña tienda de *souvenirs* que ofertaba excursiones en barco. Pietro despachaba en tierra y Aldo paseaba turistas por el mar, todo iba bien. Pero Aldo se metió en tema de drogas, tanto, que la cosa se complicó y él se internó lejos de aquí para desintoxicarse. Era joven, aún no había cumplido los treinta. Después de eso, viajó mucho, casi como un mendigo, con lo puesto, y luego apareció por el pueblo, decidido a establecerse en Cinque Terre. Desde que tengo uso de razón le recuerdo así, haciendo jornadas de meditación, de reconexión, ya sabes...

—¿Y eso te lo ha contado él?

—Sí, no lo oculta. Pero ya está todo bien con Pietro. A veces hasta se queda a dormir en las habitaciones de arriba, en la galería de Manarola.

—Seguro que si tu hermano Camilo no hubiera sido rico, Aldo no se habría tomado tanto interés en él. —Dejo caer con intención.

—¿Por qué eres tan mal pensada?

—A ver, ¿los gurús son seres de luz, no cobran? ¿Lo hacen todo por amor al universo? —Una sombra de duda parece haberse cruzado por los ojos de Berta. Nos sumimos en un largo silencio, que solo quiebra el ruido de la tierra en nuestros pies—. Perdona, Berta, solo era curiosidad, no te enfades.

—No me he enfadado. —Sonríe de nuevo con esa dulzura maravillosa—. Más bien tú deberías enfadarte conmigo por tanta caminata.

—Me siento muy bien contigo, sea donde sea. —Trago saliva y la miro de reojo esperando ansiosa su respuesta.

—A mí me ocurre igual. —Por un momento me devuelve la mirada, y luego torna los ojos hacia delante—. Pasar estos días, con alguien como tú, es tan increíble y desconcertante para mí... Jamás he estado así con una chica.

La miro con ojos brillantes. ¡Al fin! ¡Ya está destapando lo que le remueve por dentro!

Y, sin querer, recuerdo aquella primera vez mía, después de lo que me pasó en Venecia. Fue

con una muchacha a la que conocí, estando yo borrachísima, en una fiesta. Ella, adicta al alcohol y a la marihuana, abrió el portal de mis años más locos, pero, a pesar de todo, recuerdo las noches a su lado, el sentirme abrazada y no usada, complacida y no poseída. Y luego, siempre, en esa alternancia masculino-femenina que ha venido después, he acabado con el mismo regusto ácido. Los hombres quizá no me calman el hambre en el cuerpo, las mujeres quizá me dejan triste el alma.

Le sonrío con cariño.

—¿Te sientes rara después de lo de ayer? —me arriesgo a preguntar porque supongo que ahora también procesa lo del internado. Quizá se da cuenta de que no es algo nuevo.

—No hay nada comparable para mí a lo que siento ahora. —Noto que su voz vacila, emocionada—. Pero necesito más tiempo, para mí es un *shock*. Dame unos días, solo te pido un poco de paciencia.

—Soy muy paciente, ya te lo dije. —Sonrío. De pronto también me siento mucho mejor.

—Y te lo agradezco muchísimo. Para compensarte de la caminata, esta noche te invito al mejor restaurante de Manarola. No encontrarás otras vistas como esas, ni otro pulpo a la parrilla más rico.

Me aprieta el brazo, o más bien me lo acaricia, y mi corazón se acelera de placer. Sé que está confusa. Sé que mañana es nuestro último día, que Vernazza será el final de este periplo ligur, que nos queda la última pista y que espero que no sea tan insulsa como la de hoy. Porque de estos días que se deslizan como agua, solo atino a ver que cada día me siento más atraída por ella, más expectante. Empiezo a imaginar si podría visitarla en Milán con frecuencia, y si sería posible construir algo con esta imprevisible y deliciosa niña rica que oscila siempre un paso hacia delante y otro hacia atrás.





Capítulo 20: La trampa bella y

fuerte

A noche tampoco hubo ninguna novedad, salvo las pequeñas velas encendidas en nuestra mesa del restaurante y el sol casi escondido en el horizonte, mientras brindábamos la una por la otra con el mejor vino de Manarola.

Y hoy, al fin, la quinta visita a esta sorprendente acuarela de castillos en el aire que es Vernazza.

Nos hemos levantado tarde y no por ningún episodio de sonambulismo, sino por simple cansancio. Parece que ambas demoramos hacer nuestra esta coqueta y última joya de las cinco tierras.

Esta vez hemos llegado en ferry, entre turistas. El mar, de nuevo en todo, por todas partes, hasta reflejado por los ventanales en la oscura iglesia de Santa Margarita; bailando, rondando y tratando de enamorar a la roca. Y esta, confabulada con castillos y torres, resistiéndose y fortificándose en su propia piedra. ¿No es parecido a esto que siento? Cuando habla de paciencia, ¿a cuántos días se refiere si sabe que he de volver a casa? ¿O es que seguiremos este tira y afloja por videoconferencia?

Quizá deba forzar el ritmo. Hoy todo me sabe a excitante salitre, hasta el *brunch* que tomamos casi a mediodía en un restaurante que, desde arriba, parece precipitarse al azul del agua. Tándem de blanco y ultramar en las sombrillas, naranja vivo, casi lujurioso en esta copa de zumo que tomo a sorbos mientras la miro.

La veo tan radiante, tan linda. Lleva el pelo sujeto por un pañuelo negro y blanco, y remueve despacio su café, protegida tras unas gafas de sol. Ha olvidado cargar el móvil, me dice sonriendo apurada y con la boca llena, así que hoy va a disfrutar cada bocado de su crujiente napolitana y de las vistas.

De nuevo se ha vestido con colores claros y le sienta de maravilla. Yo repito *shorts* oscuros, pero esta vez con otra camiseta prestada por ella, granate y de amplias sisas, sobre el bikini negro. Mi melena oscura, corta y asimétrica parece estos días menos rebelde, más domada en la humedad del aire.

—Tienes un pelo precioso —comenta mientras me ve echarlo hacia atrás con los dedos.

—Tú también.

—¡Oh, no creas! El mío vive enganchado a la plancha, que lo mantiene a raya. Si no, se vuelve loco. ¿Qué tal vas, lista ya para los últimos escalones?

—Sí, lo estoy —asiento. Habrá que subir al castillo Doria, ese que parece haberse adueñado de todo el pueblo y brota hasta en las cuevas. Sobre él, como una advertencia fálica, la torre de

Belforte. «¿La masculinidad, bella y fuerte?», me pregunto a mí misma con aprensión.

—No será como ayer, te lo aseguro —bromea ante mis protestas por futuras cuestas—. Hoy todo va mucho más directo.

Mientras pago yo esta vez, pienso que ojalá sea así. La idea de la inauguración mañana en la galería Rota, el compromiso de la entrevista... todo esto me resulta ahora muy ajeno, casi lejano. Incluso el encuentro con Jorge Vitorio que, a estas alturas, ya ni me importa. Pero ella insiste, mientras coronamos, al fin, Belforte. La caminata ha resultado ser bastante llevadera y desde la explanada que sirve de base a la torre, la vista es increíble.

—Él acudirá temprano, por supuesto —me va contando muy convencida—, los cócteles de Francesca Rota implican publicidad, a cualquier autor le encanta. Y como ella, la directora, siempre llega casi al final, aprovecharé para hablar antes con el artista en privado.

Buscar la verdad en alguien como Jorge Vitorio me parece tan incongruente como borroso. Las dos apoyamos las manos en el muro y contemplamos, abajo, la bahía flanqueada por las coloridas callejuelas de Vernazza.

—¿Y acaso crees que va a ser sincero, o que va a tener ganas de hablar de algo que ocurrió hace tantos años?

—Escucharé lo que quiera decirme. Ya juzgaré si me parece o no verdad y seguiré investigando o no. Además, tú estarás allí conmigo. Me siento muy valiente con tu apoyo.

El viento sopla con fuerza cuando nos asomamos ahora al lado opuesto, donde el mar se abre. El ferry, allá lejos, abandona el puerto entre estelas de espuma.

—¿Y si lo que te dice te hace sentir mucho peor?

—Estoy preparada para lo que sea. Nada cambiará, pero quizá así deje de soñar cosas extrañas. —Sus palabras me dejan intrigada.

—¿Te refieres a tus episodios de sonambulismo?

—No, más bien a otro tipo de pesadillas y temas incomprensibles que me rondan por la mente. —Como siempre, hace un viraje en el momento más interesante—. ¿Quieres subir a la torre?

Vuelve la mirada hacia el tosco y grueso cilindro de piedra, y renuncio a insistir. No sé por qué, pero algo en el recuerdo del hermano perfecto me resulta cada vez más raro, y creo que ella misma es consciente.

—Pues habrá que ir arriba —contesto casi resignada—. A eso hemos venido, ¿no?

Me da igual ir más allá, lo que ella quiera. Todo ha pasado a ser secundario para mí, salvo su presencia. Mientras subíamos, pensaba que, en el fondo y tal como la propia Berta se definió, puede que sea una chica algo teatral en sus histerias, acostumbrada a que se haga lo que ella quiera. Supongo que ser rico, tener gente que trabaja para ti y tu dinero, debe propiciar esa forma de comportamiento. Aunque, por otra parte, pienso que tampoco puedo juzgarla. Sigue siendo, para mí, una desconocida aunque haya mostrado, sin ningún pudor, alguna de sus heridas ante mí.

Tengo agujetas en las piernas. ¿Valdrá la pena subir a esta torre? La vista desde arriba será igual, quizá más azul, más inmensa; supongo que cuando ya tienes toda la belleza en la retina, es difícil que pueda aumentar más.

Los dos turistas que hay ahora junto a nosotras se disponen a escalar hasta lo más alto de la atalaya y nos quedamos a solas. Creo que este mirador de lujo es el lugar especial que he estado esperando. Es el momento perfecto. Me pidió paciencia, pero me ha dado señales, me ha dicho cómo de especiales han sido estos días. Hoy necesito besarla, de verdad, desde dentro. No me

conformo con que esto le parezca una simple aventura.

—Berta, yo quisiera decirte que...

—Mira, mira aquí. —Parece no escucharme. Se agacha un poco y señala un punto del suelo, junto a la puerta de subida—. ¿Ves esto?

Me acerco a ella hasta casi rozar mi pecho con su hombro y siento una excitación cálida y maravillosa.

—Pues... no le cojo forma. —Me agacho y me inundo de aroma a violetas—. Parecen solo unas rayas.

—Ya está deteriorado, pero lo hizo Camilo.

Apenas veo nada, parece que alguien hubiera usado una navaja para escribir.

—Se entretuvo en grabar esto mientras yo subía aquel día a lo más alto de la torre. Él no quiso ir arriba, decía que le daba vértigo.

Atino a ver una letra «a» y una «B» muy toscas, envueltas en un corazón.

—No entiendo bien lo que significa.

—Está claro, «a Berta». —La voz se le quiebra un poco. Hay algo raro, o quizá insano, en el significado de ese corazón, a mi juicio. Pero ella me sonríe con los ojos húmedos—. Me estoy poniendo sentimental, disculpa. Sube tú sola a la torre, si quieres.

Se aparta un poco y veo que saca un pañuelo desechable. Con un suspiro, me rindo por enésima vez. De nuevo, el momento se ha chafado.

Subo con resignación, imagino que cuando baje estará repuesta. Pero estoy ya muy harta de tener a su hermano siempre en medio de nosotras dos, es más, creo que empiezo incluso a odiarle.

Arriba, en efecto, todo es igual, más azul, más inmenso. Hace mucho más viento, eso sí.

Saco el móvil con cuidado para hacer la consabida foto e irme. A pesar de la roca y la montaña, hay cobertura. Veo un mensaje de audio. Lo abro, me llevo el móvil a la oreja casi por inercia. Y, de pronto, la garganta se me seca.

☒: ¿Clara, qué tal? ¡Soy Adolfo, el novio de Berta! Oye, disculpa si te molesto, solo era para darte las gracias por todo lo que has hecho. ¡No sé qué cómo lo lograste, pero ha salido genial, tenía que decírtelo!! Ayer, desde Riomaggiore, Berta por fin contestó a mis llamadas y... ¡me dijo que se arrepentía de haber anulado nuestra boda!!

En medio del fuerte viento, sola, arriba, en la torre, el corazón se me congela.

☒: Así que parece que volvemos a pensar en fecha, me ha dicho que tenga paciencia con ella, pero que quizá para finales de año esté preparada para dar el paso. ¡Menos mal que ha entrado en razón!, ¿verdad?

Una lágrima estúpida se abre paso por mi mejilla. Es como si me estuvieran apretando los ojos por dentro hasta hacerme chorrear.

☒: Me ha dicho que no lo comunique aún, muy típico de ella; pero a ti quería decírtelo, está claro que tu compañía ha sido decisiva. No te conozco, pero está claro que eres una chica muy madura... ¡y maravillosa! Berta no tiene amigas que la aconsejen y tú, además de acompañarla en esas excursiones tan... tuyas, has puesto sensatez en su cabeza llena de pájaros.

Siento ganas de sollozar, no a gritos, sino de vaciarme en medio de este mar que ahora se ha vuelto azul helado. Una bofetada en plena cara no hubiera sido tan dolorosa.

☒: Ella es así, ¿sabes?, hay que saberla entender.

Me asomo a la baranda y la veo ahí abajo, en la explanada de la base, mirando al mar. Siento ganas de insultarla a gritos. ¡Hipócrita, mentirosa!

☒: En fin, Clara, lo dicho, un abrazo y gracias de nuevo.

Ahora la odio. Con todo mi corazón y mi alma. Por haberme hecho enamorarme como una estúpida, por hacerme concebir esperanzas absurdas, pero, sobre todo, por haberme engañado.

Sin embargo, el odio se desvanece casi al momento. Aquí, en lo alto de este maldito símbolo fálico erecto que apunta al cielo, yo soy la más triste de las paradojas. Al final, ha ganado él, el macho formal, o quizá las convenciones, o el miedo a darme y a darse la oportunidad. No fue una mentira lo que ocurrió en Guvano, ni su cuerpo estallando de placer entre mis dedos, no han sido mentira sus ojos dulces y húmedos dándome las gracias y colándose con la complicidad del amor, por cada poro de mi piel.

Ha estado a gusto conmigo, disfrutó incluso, solo bastaba con escuchar sus gemidos en el eco del túnel y verla aún encendida, como una amapola, al salir. Pero nunca dará el paso.

No voy a decirle nada. ¿Para qué? ¿Para que monte unos de sus números de llanto estrepitoso y me convenza de que su decisión ha sido la correcta?

Guardo el móvil y miro al mar de nuevo. «Todo eran ilusiones mías», me digo con infinita amargura.

Pero no le contaré que lo sé. Haré un esfuerzo gigante para disimular mi dolor y fingiré como sea. Dejaré que pasen las horas y, cuando lleguemos a Milán, no participaré en sus planes. Que se queden ahí Vitoro, la inauguración en la galería Rota, y la estúpida entrevista para mayor gloria de Garrido y la fundación Áureo Sastre que en estos momentos me importa un bledo.

—¿Bajas ya, Clara? —Oigo en la lejanía.

Tengo que morderme los labios mientras la brisa me azota la cara. Ahora soy consciente de que estoy repitiendo la historia. De nuevo he sido la muñeca de una estúpida *performance*, el títere usado y engañado, el tercer vértice de un triángulo imposible, o peor aún, ni siquiera un vértice, porque los triángulos en el fondo son solo rayas que tienen dos direcciones.

«No sé quién gana», pienso mientras bajo de la torre, tratando de ocultar mis lágrimas. Pero está claro que, como aquella vez en Venecia, yo he perdido.

Y también como aquella vez, voy a salir huyendo.





Capítulo 21: La herida

recurrente

«Mejor será que ni siquiera sospeche que me voy, ya está bien de escenas», pensé ayer al irme a la cama.

«Y ha sido fácil», me digo mientras espero en el aeropuerto, justo en la puerta de embarque e ignoro su enésimo wasap. Esta vez la he engañado yo.

Berta tenía previsto tomar el tren de las once de la mañana y coger el coche en Monterosso para volver en dirección a Milán; después, pasar por su apartamento, arreglarnos y asistir a la inauguración. Pero ya no habrá nada de eso.

Ha sido tan sencillo como dominar mi rabia y atribuir mi laconismo al cansancio; luego preparar el equipaje por la noche con la excusa de levantarme temprano para caminar un poco y por último adelantar mi propio despertador. Ella se quedó hasta tarde para mandar unos correos y no se ha enterado.

Supongo que se habrá dado cuenta en cuanto haya visto que mi maleta no está, por eso me ha llamado. Pero, para entonces, seguro que yo andaba ya fuera de Cinque Terre. Bendita red de trenes y bendita esta forma de viajar ligera de equipaje que me ha permitido alcanzar el primer vuelo disponible de vuelta, con facilidad pasmosa. Es la ventaja que tiene viajar sola.

Me está llamando una vez más. Por un momento imagino de qué sería capaz por evitar que me fuera. Alguien que amaña entrevistas y que contrata un coche con chófer para moverse por la costa de Liguria es capaz de tender sus tentáculos hasta aquí. ¿Quizá pueda plantarse en el aeropuerto, y sobornar a alguien para que la deje pasar?

Mejor contestar al teléfono, sí.

—Hola, Berta —saludo nada más descolgar.

—¿Clara? ¿¡Dónde estás!? ¿¡Me has dejado sola!?

—Verás...—Me muerdo el labio, puedo imaginar su cara en estos momentos. Trato de ganar tiempo. Ahora mismo estoy en la cola ante la azafata que revisa los billetes y no me apetece discutir—. ¿Dónde estás, Berta?

—En... en la terraza. —Escucho su respiración agitada—. ¿¡Y tú!? ¿¡Y nuestro plan!?

¿Plan? ¿Qué plan? ¿Sus eternas dudas sobre ese hermano idolatrado cuyo amor por ella me suena cada vez más raro?

Me quedo muda pero mis labios se aprietan como si quisieran estallar. ¿Me atrevo a decirte que yo no era ningún plan, sino mucho más que eso? ¿Que merecía ser tratada no como arma, sino como ser humano, no como pájaro cazado sino como alternativa en tu propia vida? ¿Cómo te digo, niña rica, que me has infligido otra vez el mismo navajazo por la espalda que ya me

dieron hace muchos años y que estoy harta de sufrir?

Respiro y encuentro una forma más serena de hablar.

—No quiero formar parte de esa historia, Berta. Quizá de otra sí. —Cierro los ojos y parpadeo para atajar una lágrima tonta—, pero no me has dado la oportunidad.

Falta un turno para que validen mi pasaje. Un grupo de alocados estudiantes adolescentes acaba de embarcar. Por delante de mí, una familia italiana con dos niños pequeños, muestra sus billetes. Los pequeños me miran con curiosidad.

—Es increíble. —La oigo respirar aún más agitada—. Creí que tú eras diferente, que podría contar contigo. ¡Eres tan egoísta!

—¿Egoísta yo? —Me duele mucho, muy adentro, lo que acaba de decir; más que si me hubiera clavado un cuchillo. Voy a estallar—. ¿Y tú, que has tratado mis sentimientos como si fueran un felpudo siendo consciente de cuánto me atraías? ¿Tú, que vas a volver con tu novio, grandísima hipócrita!?

Estoy elevando la voz sin darme cuenta, a juzgar por los ojos alucinados de los niños de delante. Quizá, en esta sala de embarque italiana nadie me entienda muy bien pero a pesar de todo, empiezo a sentirme blanco de miradas. Contemplo el avión, de asépticas e inmóviles alas que, a través del amplio ventanal, parece advertirme: «Prohibidos los enfados a bordo. Soluciona esto ¡ya...!»

Me salgo de la cola y de inmediato la pareja que me sigue, rueda hacia delante su pequeña maleta con visible satisfacción. Siento cómo mi mano tiembla, aferrada al móvil. Berta ha enmudecido.

—Así que era eso... —murmura al cabo de unos segundos. Ahora le toca a ella. Espero una explicación de cualquier tipo, burda, nerviosa, o incluso absurda, pero que al menos la obligue a quitarse su máscara de niña inocente—. ¿Con quién has hablado, con Mona o con Adolfo? —me pregunta con ansiedad.

—Te lo voy a poner fácil. —La voz se me quiebra—. ¿Estás enamorada de tu prometido? —No hay respuesta. Ni siquiera oigo su respiración—. Más fácil aún: ¿en algún momento has sentido algo por mí? —De nuevo me contesta un silencio gélido—. ¿Sigues ahí? —insisto con amargura.

—Sí... —Su contestación es lacónica, carente de fuerza, a lo mejor incluso avergonzada.

Quizá sus ojos ahora estén más húmedos que nunca, quizá esté llorando en silencio, pero está claro que no habrá más respuesta.

La cola se ha bifurcado. Han abierto otro mostrador y una azafata impaciente me hace señas para que me coloque. Sin duda, van con retraso.

—Me tengo que marchar, Berta. —Escucho mi propia voz, bañada de amargura—. Podría haberte ayudado, ¿sabes? Pero no puedo soportar más engaños. Te deseo mucha suerte.

Corto la comunicación con brusquedad y me coloco en la cola. Estoy a punto de llorar. Trato de no pensar en nada mientras me validan el billete. Con la cabeza alta agarro mi maleta y me dirijo al túnel de embarque. Soy la última pasajera.

Mientras camino hacia el avión restregándome los ojos, pienso que al menos este túnel de paredes prefabricadas no es ilusión, como quizá fue aquel rapto de amor y sexo en la playa de Guvano. Que, aunque sola, transito por él, abierta a la posibilidad de un futuro en compañía, al igual que Berta recorrerá el túnel que será su vida marital. Dudo que encuentre mucha luz, no parecía mentira ese silencio con el que ha contestado a mis últimas preguntas.

Acelero el paso. Siempre lo he dicho: las mujeres, cuando hieren, vuelven a llamar y te

preguntan cómo llevas el dolor que te han infligido. Berta me ha llamado, sí, pero más preocupada por su propia herida que por la mía. Así que quizá yo también esté equivocada incluso en eso. Mujeres, hombres... ¿qué más da si todo es la misma mierda?

Una azafata española me recibe al final del túnel, a la entrada de la cabina, como si se alegrara de verme.

—Gracias por volar con nosotros, bienvenida a bordo.

Mira mi billete, me señala el asiento, y sonríe. Ya sé que es una sonrisa de plástico, falsísima, pero me sabe a bálsamo, después de cómo me encuentro. Admiro a quien sonríe a un desconocido, no sé cómo esa chica es capaz, casi quisiera darle las gracias, abrazarla, porque me está dando junto lo que necesito en estos momentos, esa ilusión de calor y de amiga.

Avanzo por la cabina llena de pasajeros. Ahora caigo en que ni siquiera he dado las gracias a Berta por estos días en Cinque Terre. En eso no he sido justa, pero me da igual.

Aún hay gente de pie en el pasillo. Empujo la maleta hacia dentro del compartimento, estrujo los equipajes de al lado hasta meterla de una vez y me siento junto a la ventanilla, entre el grupo de estudiantes que parece no haber pisado nunca un avión. No les entiendo: ¿De qué se alegran tanto, de ir para volver otra vez a lo mismo?

Mientras me abrocho el cinturón pienso que, al menos, he mejorado en algo. Me marché de Venecia hace años, rota, llorando a lágrima viva sin ningún pudor y dejando a Jorge Vitoro en el cénit de su gloria. Me marchó ahora de Milán también engañada, comiéndome el llanto, pero segura, eso sí, de que esta vez, Berta y sus planes peregrinos se han quedado más rotos que yo.



PARTE II



Capítulo 22: Aroma a

nostalgia

«J Juan y yo casi empezamos a parecer uno de esos matrimonios previsibles, solo que a nivel laboral», me digo con una sonrisa irónica. Todos los días el mismo desayuno en el mismo bar, junto a nuestro trabajo en la fundación Áureo Sastre, y a la misma hora, por supuesto.

—¡Clara, por favor, tráete otra más! —me pide elevando un poco la voz.

Estoy en la barra, esperando mi tostada con sal y aceite en esta mañana que ya me sabe a rutinario otoño, aunque aún estemos a finales de agosto. Sí, ya sé que quiere doble ración de mermelada de albaricoque. No de fresa, ni de naranja, siempre albaricoque.

Él, por su parte, ya ha colocado los dos cafés en la mesa, se ha sentado y ahora unta con parsimonia su tostada con mantequilla.

—Tráete también otro azucarillo.

—Que sí, pesado, que ya voy...

Me siento al fin, frente a él. Las hojas de los fresnos que veo por el ventanal, todavía se aferran al verano.

—¿Y qué tal fueron las vacaciones, compañero? —le pregunto—. ¿Y tu mujer y los niños?

—Bien, apurando la playa hasta el último minuto, ya sabes —responde extendiendo ahora la mermelada—. Ellos se han quedado todavía allí. Mis suegros con los chicos y ella aprovechando para salir con las amigas.

—¿Al final no pudo ser esa escapada fuera de España?

—¡Uf, no nos daba el presupuesto! En fin, solo queda soñar con Italia ya que ni siquiera —señala recalcando las palabras— alguien a quien se lo encargué me trajo una máscara.

¿Cuántas veces me lo habrá dicho ya? No, no se la traje, no estaba yo en ese momento como para pensar en máscaras venecianas.

—¿Y tú, qué tal, compañera?

—Nada de particular, visita a mis padres y algún fin de semana por ahí.

—Pues te hubiera venido bien algo exótico, qué se yo, Marrakech o algo así. Porque desde luego, ese viaje a Milán hace tres meses te sentó fatal. No, no me mires así, volviste muy cambiada... y hasta antipática, Clara.

No quiero que me saque el tema. No le he contado nada aunque a veces he estado a punto. Juan resulta para mí una especie de confesor, y así fue cuando rompí con Nora, aunque en verdad no fuera un acto traumático sino la consecuencia inevitable de la falta de amor.

—Necesitas amigos, Clara; mi mujer me lo dice, hay que salir y entrar o te encuentras un día asqueado de la rutina.

—¿Y qué tengo yo que ver con tu mujer? —Él ríe y sopla su café.

—¿No salías con aquel grupo de dibujantes, con los *Urban sketchers*?

—De vez en cuando.

Fueron mi tabla de salvación en una época, ¿por qué no iba a reconocerlo? Aficionados al dibujo, de diferentes edades, que recorrían las calles de forma discreta, anónima, plasmando en la libreta cualquier rincón, hasta los bidones de basura. Sin pretensiones, sin perspectiva, a veces sentados en una banqueta portátil o sobre un bordillo, y dejando que el ojo y la mano se pusieran de acuerdo.

—¿Qué bohemia eres, Clara!

—A ver, si llamas bohemia a dibujar un rato y luego irte a una tasca de copas...

Cuando pasó mi convalecencia por la herida de Jorge Vitoro, aquel grupo variopinto, siempre cambiante fue el brazo sobre el que apoyarme. Dejé de maltratarme a mí misma entre alcohol y excesos. Volví a mirar a la realidad cara a cara; no a la propuesta en la *performance* sino a la realidad simple, sencilla, artesanal e incluso naif. Aquello me resultó como una especie de Meetic artístico-social

—Pero, ¿estás con ellos o no?

—Ese tipo de grupo cambia mucho. Ya sabes, la gente va y viene. Algunos se hicieron pareja al cabo de los años, otros dejaron de salir.

—¿No estuviste con uno de ellos después de lo de Nora?

—¿Te refieres a Martín? Sí, pero ese, en realidad, no iba a dibujar.

Me quedo callada y recuerdo que lo que más me divirtió de Martín fue esa fascinación sobre mi pasado. Cuando le comenté que había sido modelo, ocurrió lo que era de esperar. Suele repetirse el patrón: si mi interlocutor es chico, de inmediato viene la mirada morbosa recorriéndome de arriba abajo, imaginándome desnuda en una tarima frente a una multitud masculina excitada y lasciva. «¡Ah, qué interesante!», me dicen. Y, por supuesto, piden más detalles. Si mi ligue es chica, es más común que se avergüence, quizá porque se imagina a sí misma en la misma situación y no como espectadora. «Yo no podría», suelen decir.

Si la relación acaba, también suele pasar que me pongan a parir en ambos casos. «¿Modelo esa? Tampoco es para tanto... ¿qué se habrá creído?»...

Martín por supuesto, reaccionó igual al principio, era un tipo muy visual.

—¿Y te lo quitabas todo? —me preguntó en aquella primera cita, delante de una copa y con los ojos brillantes.

—Era mi trabajo, sí —le contesté, casi divertida al verlo tan nervioso. Ya no quise hablarle de las sesiones de composición pictórica en las que compartía estrado con más modelos, no fuera a provocarle un subidón de difícil marcha atrás en pleno bar.

Hombre y mujer, o mujer y mujer, dos proporciones, dos misterios... Para los alumnos, las sesiones a dos suponían doble dificultad. Para mí, las sesiones que siguieron tras el trauma con Jorge Vitoro, necesarias porque me hacía falta el dinero, fueron tiempo para pensar qué era yo y dónde estaba mi sitio: una dicotomía más imposible de descifrar que cualquier roja e informe mancha de sanguina.

A veces me he molestado en explicar que no había nada de morbo y mucho de calambres, de mareo incluso, cuando estaba haciendo poses largas. Y mucha frustración para el alumno que de ninguna manera conseguía encajarte en el anodino papel gris. Y también que, en absoluta democracia de cuerpos, todos los tipos humanos, desde el ejemplar más rollizo hasta el más escuálido, tienen mucho de belleza. Y que el perfecto cuerpo estándar, el que se impone en los

cánones de moda, a lo mejor resulta hasta aburrido porque la modelo 90-60-90 no sabe qué expresar cuando pierde el escudo de la ropa.

—¿Y no habéis vuelto a quedar? —insiste Juan.

—Ese tío no me interesa, ¿para qué insistir?

No me ha quedado nada de aquella relación heterosexual de poco más de cinco meses. Martín, arquitecto, divorciado, desubicado, llegó al grupo porque le convenció un amigo aficionado al dibujo. Era, y lo seguirá siendo, un tipo interesado más que nada en llenar de alguna manera el vacío en que se había convertido su vida. Y no, el dibujar la verdad de la calle, no le interesaba lo más mínimo, era tan solo un pretexto para llenar los interminables fines de semana. Aunque sí, era visual. Demasiado, quizá.

—¿Te das cuenta de que siempre estás alternando? Chico, chica...

—Eso es una tontería; solo busco querer y que me quieran, así de sencillo.

Pero es cierto, después de Nora le tocó a él, a Martín, pasar por mi vida. Me usaba en la cama y luego, cuando me quedaba dormida, coronaba sus madrugadas en el salón con ginebra y pornografía dura. Me di cuenta pronto de que aquello no iría a ninguna parte.

—Pues no sé, Clara, pero yo ahora te imagino con una chica.

«Yo también me he imaginado», pienso mientras apuro mi café. Pero no le he contado nada de lo que ocurrió en Cinque Terre. Solo sé que me arrepiento de no haberla dibujado, a ella, en mi libreta; y no una vez, sino muchas, en cualquier pose, a lo mejor dando esos saltitos ridículos ante el roce de una ola, o contrayendo el torso como una gaviota asustada al contacto con el frío del agua.

Ahora dibujo su cuerpo de memoria, pero no es obsesión, solo melancolía. ¿No dijo alguien que se crea lo que no se tiene? Pues yo la recreo en mi libreta, en aquella playa perdida de Guvano, a veces desnuda, a veces cubierta con aquel bikini de horribles flores fucsias que, sin embargo, en mi tristeza, llevan el color de las violetas.

Y todos los días, cuando paso por el hueco que ha dejado en la pared *Caballo que espera* la veo a ella, como aquel primer día, y sueño que me habla, que me dice que su compromiso se ha roto para siempre. La última sala del museo no es la misma sin ese cuadro, aunque hayan colocado una minúscula fotografía y un letrero donde dice que está en préstamo hasta octubre.

Creo que yo también me hubiera ofrecido en préstamo sin devolución, incluso; le hubiera hipotecado mi hombro, mis besos, mi corazón. Pero a ella no le interesaba ese tipo de regalo. Fantaseo con que, cuando el cuadro vuelva, ella volverá también y me dirá que quiere intentarlo conmigo. Pero solo es un sueño y aunque fuera realidad, quizá tampoco me la creería.





Capítulo 23: La sorpresa

Parece que la historia se repite. De nuevo, un mensaje de Susana:

☒: Clara, me gustaría hablar contigo de un asunto.

Esta vez voy a ignorarla por completo. Busca algo de mí, es evidente, dudo que no tenga nadie más a quien contar sus penas. Pero se va a quedar con las ganas. Estoy en modo introspectivo y no me apetece en absoluto verla. Capítulo cerrado por mi parte.

Aún hace demasiado calor, pero he empezado a recuperar mis hábitos. Correr al atardecer por el parque de al lado me es tan necesario como respirar. Cuando vuelvo, me doy una ducha larga, me hidrato la piel y el sofá ya no me resulta tan solitario. Aunque también el televisor tiene su parte de mérito: ahí está, encendido, como una especie de ruido blanco, desde que entro en casa.

¿Qué ceno hoy, lomos de atún o pechuga de pollo campero a la plancha?

¿Y qué veo, un capítulo repetido de CSI o la segunda parte de ese documental sobre lenguaje no verbal que me hizo llorar ayer?

¿Alguna vez alguien rodará un documental sobre una chica que se enamoró de otra a través de un cuadro?

La crema no acaba de absorberse hoy sobre mi cuerpo. Hace un calor húmedo a pesar de estar ya en la primera semana de septiembre. La siento untuosa aún, bajo la camiseta. Pero sobre todo siento el olor que emana, por eso me la compré: Violet Whipped Body Butter.

No deja de ser una ilusión estúpida, un modo de anclarme al pasado, pero no me importa. Adoro esta crema que me cubre como un velo y me trae su recuerdo. Y también el jabón de la misma gama, y la bruma para el pelo. No pude comprarla a ella, pero tengo su olor. Me baño, a oscuras, en su fragancia. Me deleito en su recuerdo, día tras día.

Que no, que no es obsesión. Sé que se me pasará, nada dura para siempre. Quizá pronto venga ya a mi vida alguien que me haga olvidar aquel inexistente romance en Cinque Terre.

Aunque, en realidad, el idilio existió. «Falso para ella, pero no para mí», pienso mientras me seco el cabello con una toalla.

¿Es ilusión mía o ha sonado el timbre justo cuando pongo a calentar los lomos de atún? Pues sí, están llamando, y con insistencia. Joder... ¿Quién será ahora? Abro la puerta de mi ático, sorprendida ante lo que veo por la mirilla. Es Juan.

—¿Qué hay, compañero? ¿Pasa algo?

Pero lo que aparece ante mis ojos, como un lienzo enmarcado por el quicio de la puerta, no es el Juan de la bata embadurnada de pintura que trabaja codo a codo conmigo cada mañana; tampoco el animoso consejero que me impulsa a salir más y conocer gente. En estos momentos, tiene la cara desencajada y parece una versión moderna de *El grito* de Munch, o más bien un transeúnte al que le hubiera pasado por encima un camión.

—No sabía adónde ir, Clara. Estoy... ¡destrozado! ¡He roto con mi mujer!

Mi mente debe de estar alucinando. ¿El matrimonio perfecto, el marido cariñoso, la esposa modelo?

Mi compañero se revuelve, muy nervioso. Le tiembla el labio inferior y parpadea deprisa, como si se le hubiera metido algo en los ojos.

—¡Déjame que pase, maldita sea...!

Tampoco es normal esta impaciencia. Algo muy gordo tiene que haber ocurrido. Lo dejo sentado en el sofá y vuelvo muy preocupada con una copa que él se bebe de un trago, cosa extraña porque tampoco es muy bebedor.

—¡Un asco, Clara, el amor es una cochina mentira!

No le asoma ninguna lágrima, es más bien un nerviosismo interno que le hace rebotar como una canica en el sofá. Ni siquiera me mira a los ojos.

—A ver, cuéntame desde el principio —le pido comprensiva.

Se aturulla, se acelera, pero al fin consigo entender que su mujer ha regresado de la playa con los niños, y de la noche a la mañana le ha pedido la separación.

—¡Que se aburre, me dice! ¿Te lo puedes creer? ¡Que ha vivido poco, que tantos años de novios y de casados han acabado con la chispa, que necesita espacio! ¿¡Pero qué chispa ni qué cojones!?! ¿Qué quiere, que le prenda fuego a la cama?

—¿Hay una tercera persona? —insinúo con suavidad. En esos temas ya me siento casi experta.

—¡¡Pues claro que no!! ¿Me crees capaz de algo así?

—Habla de ella. —Se queda por un momento, inmóvil, casi noqueado. Cruza los brazos.

—No me mentaría, creo yo. Me ha dicho que es algo vital, suyo, que no tiene que ver con nadie.

Miro por un momento a Juan, hombre de rutina, asomándose a los cuarenta y, por supuesto, amable, cariñoso, pero quizá a nivel íntimo tan excitante como Mickey Mouse en calcetines. ¿Me equivoco al sospechar?

—Bueno, no te preocupes, a lo mejor será depresión postvacacional. Volver a casa, a lo de siempre, y a ese trabajo de administrativa que dices que tanto le aburre... Dale tiempo. —Él me mira, casi implorante.

—¿Sabes lo que me ha dicho, Clara? ¡Que o me iba yo del piso o se iba ella! —Se muerde los labios con desesperación—. ¿Qué le ha entrado por el cuerpo? Soy un buen marido, no me merezco esto.

No lo dice por hacerse la víctima. En realidad es un hombre algo aburrido, pero atento, de esos que se preocupan por los demás. Sé que cuando tenía unos dieciséis años, su padre tuvo un accidente grave de trabajo, allá en Alicante, supervisando una obra. Le prescribieron terapia en piscina y Juan, el único de los hijos que quedaba en casa, asumió el papel de acompañante. Con el paso del tiempo, se ha hecho voluntario en terapias acuáticas para niños discapacitados. No es que sea un manojo de músculos, pero tampoco creo que en la piscina municipal busquen a cuadrados vigilantes de playa, sino más bien a tipos de fiar, constantes y solidarios, justo lo que es Juan.

—¿Te importa si me quedo esta noche? Mis hermanos viven en Alicante, ya sabes.

Me mira suplicante, y a la vez azorado, tratando de centrarse en mis ojos. La camiseta que llevo puesta, la que uso para dormir y que se impregna cada noche de aroma a violetas, quizá tenga las sisas demasiado amplias. Y aunque yo no sea una *sex symbol*, estamos a solas y ni

siquiera llevo ropa interior.

—Claro, el tiempo que necesites.



No me he equivocado. Había otro rondando a su mujer, por supuesto. Se ha enterado después de dos días de llamadas telefónicas y de dos noches durmiendo en mi sofá.

—Put a y cien veces puta.

Lo ha repetido qué se yo cuantas veces esta mañana en el trabajo, mientras se retuerce en el taburete por enésima vez. De vez en cuando aparto la mirada de mi cuadro de Solana, el que ahora tengo entre manos, y le miro ahí, enfrascado en su lienzo de Zubiaurre. Ese cuadro que está restaurando él, a mi entender, no es auténtico, sino más bien una copia excelente; pero en fin, en esos temas no me meto, es parte de nuestra colección y sin duda tiene oficio. Representa a dos campesinos con boina, de ojillos pícaros y caras agrietadas, casi tanto como la imprimación del lienzo. Sin duda la humedad y el estar guardado tantos años le han hecho mella.

—Y me he tenido que enterar por Samanta, una amiga de mi mujer. ¡Ríete tú de la amistad en este mundo!

—Pero, ¿acaso te quejas de que la tal Samanta te lo haya dicho?

—Es que mi mujer se ha liado nada menos que con el marido de la propia Samanta. ¡Ver para creer, con las cervezas que nos hemos tomado! ¡Y lo felices que parecían y lo bien montada que tenían la vida! —Hace una mueca despectiva, casi de asco—. La pobre Samanta se ha enterado porque le ha pillado el móvil al muy sinvergüenza. ¡Todo les ha venido de perlas! Yo aquí, de vuelta y trabajando. Samanta, que parece tonta, aquí también, cuidando de su propia madre que por lo visto se ha partido una pierna. Y ellos, mi mujer y el marido de Samanta, allí, solos, en la playa, con todo el tiempo del mundo... Claro, como Samanta y ese gilipollas no tienen niños, han tenido donde montarse el nido de amor... Mira, es que lo pienso y no sé lo que hago, me da ganas de cualquier locura. Y encima, estos dos viejos de mierda —señala al cuadro — ¡carcajeándose de mí, también!!

Tengo que contener la risa a pesar de la situación. La verdad es que los dos campesinos vascos, a pesar de tener solo dos dimensiones, parecen mirarle de reojo.

Pero entiendo cómo se encuentra. Y a la tal Samanta, también. No hay motivos para que nadie se lo tome a broma: el engaño duele, y bien lo sé. Más quizá que la propia infidelidad en sí.

—¿Hacemos un descanso, compañero? —le propongo—. Hoy no has querido ni desayunar.

—No, no tengo hambre; a la mierda todo. Y descuida que mañana mismo me busco una pensión, no voy a estar colgado de tu sofá hasta el fin de los tiempos. —Le miro de reojo. La que ha faltado al acuerdo es ella, tampoco entiendo por qué Juan ha tenido que irse. Pero supongo que su mujer es la que lleva a los niños al colegio, la que hace la comida, la que tiene reducción de jornada... Y él no soportaría romper la rutina de sus hijos.

—Todo va a ir mejor —le digo por aliviarlo.

—¿Mejor? ¿Con quién, con esa estúpida? Puta, mil veces puta, inmadura, egoísta... —Sus manos se mueven con nerviosismo por la hoy desordenada mesa auxiliar—. ¡¿Dónde cojones está el dióxido de titanio!?

Suspiro y sigo con lo mío. Nunca le he visto así pero, ¿qué más puedo hacer? Quizá él es mejor consejero que yo.

La mañana se me pasa enfrascada en mi trabajo, aunque esta vez en silencio sepulcral, ya

que a Juan se le han atragantado hasta los Beatles, al parecer. Ya retiré ese barniz a la cera tan falso y denso que opacaba mi cuadro, y ahí tengo, limpias, desnudas y descarnadas todas las áreas que debo rellenar con masilla.

Trato de concentrarme, a pesar de las quejas intermitentes de mi compañero. Cuando estoy en esta etapa debo ser meticulosa. Se trata de la parte más aburrida, desde luego, pero sin duda la más necesaria. Hay que levantar la autoestima de la obra con paciencia, dotarla de cuerpo, como si se tratara de una criatura viva pero herida; y a partir de ahí, devolverle el color... o la felicidad.



La puerta se ha abierto de repente. Garrido siempre entra así, sin llamar y como si se fuera a hundir el mundo. Esta vez lleva puesta una chaqueta de verano, sin corbata y actitud avinagrada. Por si fuera poco el mal humor de Juan, ahora parece que llega el segundo acto.

—¡Inadmisible, intolerable! —Su cara, enmarcada por dos patillas canosas, parece estallarle en rojo. —No sé qué les pasa a los hombres hoy. ¿Será cuestión de la luna llena, como decía mi abuela ante cualquier griterío?—. ¡Y me he tenido que enterar por las noticias! —Garrido enarbola el móvil como si el aparato fuera culpable—. ¡Desde luego no se puede tolerar tal falta de vergüenza! —Por un momento desbarro. «¿Será que también le han puesto los cuernos?», me digo perpleja. Pero es evidente que no. Garrido no va a entrar aquí a llorar por su vida personal que, según creo, es muy tranquila—. Escuchadlo vosotros mismos, ¡así es como están tratando a nuestro cuadro en Italia! —Y, furibundo, pone su móvil en altavoz.

Ambos hemos interrumpido el trabajo y le miramos sorprendidos. La típica voz impersonal de los vídeos de YouTube resuena entre nuestros caballetes.

—...lo ocurrido en el Palazzo Almagia, en Venecia, en la exposición organizada por la galería Rota. Un grupo de feministas extremas fue detenido junto a un cuadro del artista Camilo Sarén tras escribir con aerosol rojo, en la pared, la frase: *Uccidere l'arte*, «matar al arte». El suceso abre el debate sobre hasta qué punto el arte está seguro en los museos y por qué el vandalismo se ensaña con la cultura en unos tiempos en que...

Mis ojos se abren con estupor. ¿Matar al arte? ¿Por qué me sobresalta tanto esa frase?

—Y tenía que ser nuestra obra, no cualquier otra —se lamenta Garrido—. ¡Pero en vez de informármeme, se me oculta! Ni Francesca Rota, la directora, ni la señorita Sarén han dado la cara. ¿Y si hubieran llegado a destrozarlo? ¿Qué clase de vigilancia ha contratado esa galería de aficionados?

Busco deprisa en el móvil y sí, ahí está la noticia en un canal internacional: varias chicas desnudas de cintura para arriba gritando como posesas delante de *Caballo que espera*, pero señalando a *Always Susana*, que cuelga, tal como ocurría en Milán, justo enfrente.

El corazón me late con fuerza. El ataque no es hacia Sarén. Más bien creo que alguien más clama venganza sobre Jorge Vitoro

—Tienes que pedir una explicación de inmediato —contesta Juan, sorprendido, moviendo la cabeza. En estos momentos parece que su vida personal ha pasado a segundo plano.

—¡Desde luego que lo haré! —resopla Garrido—. Voy a exigir ahora mismo que la propia Francesca Rota se ponga al teléfono. Esto es indignante. ¿Cuándo acaba esa exposición?

—Dentro de dos semanas —apunto con un hilo de voz.

Llevo clavada esa fecha desde hace meses. Nadie ha hablado en todo este tiempo de ir a recoger el cuadro, por lo que supongo que Garrido no cuenta con que ninguno de nosotros viaje a

hacerse cargo. Y aunque me lo ofreciera, yo me negaría, por supuesto.

—Es absurdo ¿para qué quieren las feministas insultar a Camilo Sarén? —comenta Juan mirándonos, pasmado—. ¿No será más bien un tema político? Aunque también es raro, siendo Sarén un artista antisistema.

Incapaz de permanecer quieto, Garrido se dirige hacia la puerta, carcajeándose.

—¿¡Sarén, antisistema!? ¿¡Con el capital que tenía ese niño!? No me hagas reír, Juan, por favor...

Yo me callo. Ellos no lo ven pero para mí está claro que el insulto no va dirigido a *Caballo que espera* sino a *Always Susana* y que el aerosol rojo no escupe a Sarén sino a Vitoro.

Pero, paradojas de la vida, a ojos del mundo mediático, nuestro cuadro del malogrado Camilo Sarén acaba de cobrar aún mayor fama.





Capítulo 24: Mentiras de

contraataque

«E cho de menos, ahora más que nunca, que me diga algo», pienso mientras camino bajo este sol pegajoso de septiembre.

Debería llamar, es la responsable de Marketing, la mano derecha de la tal Francesca Rota, cuya cara nunca tuve el gusto de ver.

Y en verdad yo recibiría esa llamada como agua de lluvia y a la vez como bálsamo. Oír de nuevo su voz e incluso sus lamentos de niña perdida. Pero no lo ha hecho; ni a mí ni a Garrido, ni a nuestra fundación.

No hay ni un hueco en los repletos veladores del restaurante donde voy a almorzar sola. Gente para todos los gustos, para todos los colores, exhibiéndose en alegrías de verano y pieles bronceadas. Un gigantesco escaparate, un muestrario succulento. Y más me valdría echar cuenta, sé que ya me toca buscar de nuevo, que ella no va a volver.

Me siento dentro, con un bol lleno de ensalada de pasta. Los macarrones me saben hoy insulsos, aburridos, entre pequeñas rodajas de tomate y pedacitos de queso feta que se me pega a los dientes. En mi mesa no hay sal, ni aceite, ni tampoco vinagre. Está el servicio desbordado, supongo. Pero no tengo ganas de levantarme a buscar.

Mientras mastico, doy vueltas al tema. Está claro que alguien más pide venganza ante el cuadro *Always Susana* y no se trata de un arrebato feminista. ¿Quién habrá mandado garabatear esas letras, que se parecen tanto a los títulos de Camilo Sarén? ¿Aquel *Juicio al arte* ha pasado a ser *Muerte al arte*? ¿El autor del grafiti será otro más en este extraño club de anti-fans de Jorge Vitoro?

—Perdona, ¿está ocupada esta silla?

Levanto la vista. Por un momento he pensado que sería Juan. Pero solo se trata de un chico con gafas.

—Sí, está ocupada, espero a alguien.

Se va con una mueca de fastidio a buscar otro asiento, mientras su amiga le espera sentada en la mesa de al lado.

Me da igual que se enfade. Sé que Juan no va a venir a comer, anda inmerso en una especie de victimista huelga de almuerzo mientras sigue enlazando pelea tras pelea con su mujer. No vendrá nadie. Pero al menos quiero conmigo esa silla.

Y, al pensar esto, trago con dificultad la bola de macarrones secos porque la garganta se me contrae en un amago de sollozo. Estoy harta de ceder el puesto, estoy harta de comer sola. Quiero esa maldita silla, ¿es que nadie lo entiende?

El mantel de papel blanco se me hace borroso. Pero no voy a romper a llorar aquí en medio de este bar sofocante, así que voy a coger el móvil para disimular. Haré como que contacto con mi inexistente acompañante y de paso me ilustraré sobre el trabajo que tengo entre manos: el pintor Solana y esa obra esperpéntica de finales del XIX que estoy restaurando ahora.

Hay mucho ruido en el bar y mucho camarero nervioso pasando delante de mí, apenas me entero de lo que leo. Aunque lo cierto es que poco me queda qué buscar porque ya indagué antes y sé todo lo que puede saberse sobre ese cuadro: representa una escena de carnaval llena de borrachos, pero por debajo de la capa de pintura, hay una sorpresa, tal como me revelaron esas alcahuetas llamadas radiografía y ultravioleta.

Pues sí, el artista pintó encima, tapó su primera idea —algo común en la historia de la pintura—, y lo que ha pasado a la posteridad es esa pandilla de indecentes caricaturas en plena fiesta. Nadie sabrá nunca que debajo había una especie de virgen, una figura femenina, angelical y truncada en pleno crecimiento.

No sé por qué, la imagen de *Caballo que espera* con esa figura de niña desvaída, se me vino a la mente cuando descubrí la capa interna en el cuadro de Solana.

¿Qué quiso representar Camilo Sarén con esa chiquilla casi borrada, traslúcida? ¿Quizá a Berta al borde del abismo, anulada, frenada, y al caballo azul, como símbolo de un acto grave del hermano contra la hermana? *El delito* debía de ser el nombre original, tal y como se leía en el bastidor.

¿Pero qué más me da ya Berta, si no la voy a volver a ver? Miro, sin ganas, mi plato de macarrones. El camarero acaba de pasar y me ha dejado un salero y la aceitera.

—Perdona, es que hay tanto trabajo... —se disculpa con prisa.

—Da igual, ¿me traes la cuenta, por favor?

Se me ha quitado el apetito. Siempre estoy dispuesta a esperar, pero mi paciencia tiene un límite.

El mismo que tuve con ella y su gran mentira.



En cuanto entro por las puertas del museo, me dirijo al despacho de Garrido, que acaba de mandarme un mensaje requiriendo mi presencia. Juan ya está allí, con los brazos cruzados y cara de preocupación.

—Señores —nos comunica Garrido con el gesto de quien va a accionar el botón rojo y desencadenar una guerra nuclear—, hay que tomar una decisión y me temo que será cancelar nuestra colaboración con la galería Rota y traer de vuelta el cuadro a casa. Ni a la fundación ni a mi propia persona se las trata como vulgar basura.

No sé por qué nos lo comunica a nosotros, no somos propietarios ni accionistas. Pero supongo que ese enfado mayúsculo que le enrojece la cara tiene que desahogarlo en alguien.

—Yo sugeriría hablar con la galería... —intervengo con suavidad.

—Es que ya lo ha hecho —me contesta Juan, en vez de Garrido, y además con gesto adusto—. Pero claro, como te has pasado más de una hora comiendo...

—¿Acaso no tengo derecho? —De repente, también me indigno. No soporto que pague conmigo los platos rotos de su vida personal, ni tampoco ese estúpido orgullo de empleado que Juan siempre ostenta mucho más que yo.

—No nos apartemos del tema —Garrido ataja, con gesto firme de sus manos—. Se han

incumplido las condiciones del préstamo, diga lo que diga esa señora Rota que desde luego carece de la más mínima educación. La actuación de la galería en este asunto y para con nosotros, ha sido negligente.

«Ego contra ego», pienso.

—¿Pero has conseguido hablar con Francesca Rota? —pregunto seria.

—¡Por supuesto que sí! Exigí a la señorita Sarén entrevistarme con la directora en persona y al fin logré contactar por videoconferencia con ella, con la propia Francesca Rota. Muy elegante, muy bien peinada, pero ¡una auténtica impresentable! ¿de qué le vale tanto canal YouTube y tanto *marketing* si luego es maleducada como una arrabalera? —Sus ojos se entornan y aprieta la boca rabioso—. Me hablaba deprisa, como si deseara acabar cuanto antes: que solo había sido un acto puntual, y que nuestra desconfianza era un insulto grave y una ofensa para su galería. Y que si quería más detalles, me entendiera con su encargada de Marketing y Relaciones Públicas. ¡Y al final, con total desvergüenza, me colgó el teléfono! Lo grabé todo, por supuesto, os lo voy a reenviar ahora mismo.

Me quedo alucinada, y la vez expectante, mientras él teclea en su móvil. Al principio de toda esa parrafada, la ha nombrado... a ella.

—¿Quieres que... llame yo a Berta Sarén? —La voz se me quiebra un poco, no sé si de pena por mí misma o de ansia por hablar con ella. ¿Se acordará de nuestros días en Manarola, al menos de aquel Limoncino esparcido el primer día en su casa? ¿Habrá olvidado lo que pasó más allá de las confidencias y las lágrimas?

—Pues mejor será —Garrido parece convencido—. Empiezo a estar harto de estas malditas italianas engreídas. Está claro que el dinero no da educación.

—¡Llámala! —me anima Juan, sin saber lo que se me despierta por dentro—. Tú trataste con Berta en Milán, seguro que os entenderéis mejor.

Me muerdo los labios, mientras los dos esperan que marque.

Así no, por favor, había soñado tanto este momento... ¿Tengo que hablar con Berta delante de ellos? Esa llamada cargada de intimidad, el sonido ansiado de su voz, ¿va a tener público?

—¿Mejor la llamo luego, cuando acabe de...?

—Ahora, Clara. —ordena Garrido cruzando de nuevo los brazos, tajante, y espera. Con dedos temblorosos, vacilantes, marco el número. No es lo que yo quería hacer.

—Ponlo en altavoz —bisbisea Juan.

Declino con un gesto. Siento las miradas de ellos sobre mí y me aparto un poco.

—*Pronto?* —Al fin oigo su voz. ¿Quizás me haya borrado de sus contactos, a lo mejor ya ni recuerda?

—Buenas tardes, Berta, soy...

—¡Clara, qué sorpresa!

Hay un punto de calidez, casi risueño en el timbre de su voz. Por supuesto que me recuerda. Pero esa brizna de alegría desaparece, como flor cortada, en cuanto le explico el motivo de mi llamada.

—En fin, Berta, que nuestra fundación exige al menos una disculpa y una garantía de seguridad... —Se me van las palabras, estoy nerviosa.

—¿Me está escuchando tu jefe? —Siento su voz tensa y rígida al contestarme. Me aparto aún más. Ellos me miran intrigados y desorientados al escucharme hablar tan bajo—. No cortes, Clara —insiste ella con tono susurrante—, solo sal de esa habitación y escúchame.

Su tono es tan cauteloso que siento un escalofrío y salgo a la sala de exposiciones. A esta

hora está vacía, salvo la presencia del vigilante que hasta hoy sustituye a Nora. Con insólita angustia miro el vacío que ha dejado el cuadro de Sarén en la pared.

—Clara, no temas por la seguridad de *Caballo que espera*, todo está controlado. Es cierto que las feministas han amenazado con volver cuando se descuelguen los cuadros, pero el *palazzo* ha aumentado hasta el extremo la vigilancia, y Francesca es una gran profesional, aparte de que... —baja la voz aún más— entre tú y yo: con el asunto del grafiti, la galería está cobrando aún más fama mediática y a Francesca eso le encanta. —Carraspea y su voz adquiere un matiz de confidencia—. Pero creo que sí deberías venir al acto de clausura, dentro de una semana. Hay algo más que te atañe. A ti y a Jorge Vitorio.

De repente, siento unas ganas absurdas de llorar, y un dolor sibilino, como si me estuvieran salpicando espinas por todo el cuerpo.

—¿No te dejé claro que para mí ya es pasado? ¿Otra vez quieres remover mierda, Berta?

—No es lo que piensas. —Su tono se hace más grave—. A la galería de Francesca ha llegado un paquete anónimo con unas cintas de vídeo, copias, al parecer. Y unos nombres. Se trata de vídeos sexuales caseros, de Jorge Vitorio con... compañía. Y tú apareces.

Una oleada de rubor me sube a la cara. Pueden ser grabaciones hechas en el estudio de él, por aquellos tiempos en que yo, como una maldita ingenua, le dejaba hacer cuanto quisiera con mi imagen y mis sentimientos.

Siento cómo se me revuelve el estómago.

—No entiendo el propósito de esos anónimos. ¿Alguien quiere chantajear a Vitorio y a la galería que expone su obra?

—Supongo que sí, pero de momento no se nos comunica nada.

—¿Él sabe algo de todo esto? —pronuncio con dificultad. Me da todo tanto asco que siento la necesidad de vomitar.

—¿De las cintas? La galería se ha puesto en contacto con él, por supuesto. Vendrá a la clausura de la exposición en Venecia, y al cóctel, que será en los salones del *palazzo*. Mientras tanto, en presencia de quien compete, se van a tomar medidas para investigar el asunto y recuperar los originales, Francesca Rota no tolera este tipo de asuntos que vulneren la privacidad de nadie. Pero deberías de estar presente para declarar que son auténticas y no un montaje.

Se hace el silencio. La sala de exposiciones sigue vacía y los maestros del siglo XX, erigidos en la pared como vigilantes de mi emoción, me transmiten un frío nunca vivido.

—Clara... —Quizá en esa inflexión de su voz haya ahora una nota de arrepentimiento, un giro a un tono más íntimo. O quizá, pienso con amarga ironía, ahora vaya a invitarme a su próxima boda—. Sé que te marchaste de Manarola porque no fui sincera.

Me muerdo los labios para no llorar porque a mi espalda percibo la presencia de Garrido o Juan, o los dos juntos, supongo que ávidos de noticias, pero no sobre mi vida, claro.

—Sé lo que sentías... y sé que te hice daño, pero tenías que entenderme.

Ya no puedo más. Me vuelvo. Garrido manotea, nervioso, incapaz de asumir el segundo puesto al que ha sido relegado. Me hace señas de que quiere hablar, que le ceda el móvil.

Y yo siento que soy basura, que nada ha cambiado desde que era niña, que todo sigue siendo la misma y maldita farsa en la que un hombre pretende ordenar mi vida y una mujer me manipula a costa del chantaje emocional. Que así fueron mi madre y mi padre, que así fue mi primer novio, el que se obstinaba en decirme cómo debía entrenar, y Vitorio, el que me quería como semilla de su elevadísimo y profundísimo arte. Que soy una puta marioneta de guiñol a la que se le hace levantar brazos y piernas a la orden de otro, hasta enredarse de dolor en sus propios hilos.

Me aparto otra vez ante el ya visible enfado de Garrido. Ella sigue hablando, ajena.

—También sé que será muy difícil para ti volver a Venecia, por lo que pasó hace años en aquella *performance* y que, por supuesto, te será violento verme con Adolfo. —¿Y ese tono protector que está tomando su voz? ¿A qué viene? ¿Encima quiere hacerme confesar, humillarme acaso?—. Pero por tu propio interés, deberías venir. Y también por el de tu fundación, porque el día de la clausura habrá un homenaje muy especial, por parte del Instituto de las Artes a la trayectoria de Francesca Rota y estarán todos los medios. Tendréis esa entrevista que no pudo ser en la inauguración y comprobarás que ninguna grafitera daña vuestro cuadro.

Apenas si puedo contenerme las ganas de decirle que me siento chantajeada por partida doble, por el dueño de los vídeos, sea quien sea, y a la vez, por ella. Pero una luz se ha encendido en mi cabeza. No le voy a dar más poder sobre mí.

—Tranquila, Berta. A nivel personal, mi pasado es pasado, en todos los sentidos —miento y aprieto los labios con amargura. La sala sigue vacía de público. Juan se ha asomado también y espera noticias en compañía de Garrido, que farfulla quejas a media voz.

—¿Entonces vendrás? —Un ramalazo de dolor me ciega. Miro a Juan, como a una tabla salvadora. Bajo la voz.

—Si te soy sincera, no me van a quitar el sueño esos vídeos, no soy importante y desde luego no creo que nadie me reconozca. Y en cuanto al tema del cuadro, se hará cargo de todo mi compañero. El viajará a Venecia.

—¡Oh, no, por favor...! —exclama, sobresaltada—. Sé cómo valoras ese cuadro...

—Él es muy eficiente y lo hará mejor que yo.

—¿Por qué estás tan segura? —Noto una inflexión, casi dolida, en su tono. Sigo mirando las facciones mustias de Juan y muevo la boca sin saber qué decir.

—Porque le conozco demasiado bien. —Quiero hacer daño a esa muñeca presuntuosa, como ella me lo ha hecho, y despojarla del poder que cree tener sobre mí—. Porque... ahora es mi pareja.

Improvisación total. Pero sé que le ha sorprendido o incluso a lo mejor, dolido. Se ha quedado muda.

—En ese caso, ¿por qué no venís los dos juntos? —La oigo decir con un hilo de voz. No me esperaba esa respuesta, desde luego—. Por cuenta nuestra, por supuesto. Serán solo un par de días. ¿Estás de acuerdo, Clara? —Trago saliva. Me doy cuenta de la estupidez que voy a decir.

—Lo pensaré.





Capítulo 25: Carne que

tapona grietas

—¿A Venecia yo, ahora? ¿Pero tú estás loca? ¿Loca de remate? —Fue la contestación de Juan, ayer, en cuanto se enteró de la propuesta. Y sí, supongo que lo estaba cuando se me ocurrió.

Sí, estoy loca; por eso y por lo que he hecho luego. Ha pasado una tarde desde que Berta y yo hablamos. Después, ha pasado media noche y otras cosas que no tendrían que haber ocurrido.

Miro la hora, van a dar las cuatro de la mañana. En estos momentos estoy sentada, aquí, casi a oscuras, en la sala de restauración. Los campesinos vascos del cuadro de Zubiaurre en el que trabaja mi compañero, me miran acusadores, desde su lienzo deteriorado.

Pobre Juan... él sí que debió de sentirse como una marioneta con la propuesta de viaje; echaba fuego cuando nos despedimos ayer a las seis de la tarde. Garrido, en cambio, parecía muy contento con la idea de Berta: el cuadro al fin de vuelta en unos días, bien supervisado en su traslado y la fundación, desagraviada y representada en la clausura por partida doble.

—¿Te crees que esa mierda de viaje me va a alegrar la vida justo ahora? —se me quejó Juan mientras ya a solas recogíamos los pinceles.

—Como hablabas siempre de ir a Venecia... —me defendí.

Pero mientras volvía a pie, a casa, daba vueltas al tema y le entendía, después de todo. A Juan el sueño ya se le había desteñido y hasta lavado de aquella pátina dorada que hubiera sido viajar a la perla del Adriático. El estuco veneciano había quedado reducido a madera insulsa, casi corroída por la carcoma del engaño.

«Y él tiene razón, has cometido un error garrafal, Clara», me dije cuando ya en casa, acabé de ducharme y me dispuse a cenar, «tu amigo quiere una Venecia de cuento, luminosa, con los niños y su mujer del pasado, no una película neorrealista que le enfrente a su soledad, a la máscara rota que es su esposa y a un canal sin ganas de góndolas».

Suspiro, tengo un poco de frío ahora. Lógico, es de madrugada y no tendría por qué estar aquí en el museo. El vigilante ronda por la planta baja; le dije que como nos vamos de viaje en breve, nos apetecía seguir trabajando esta noche para no acumular retraso. Pero supongo que no se lo ha creído.

Aunque no dirá nada.

Además fue él, el vigilante, quien llamó ayer tarde a Nora, que acababa de volver de sus vacaciones y la propia Nora me llamó muy preocupada. Al parecer, Juan, después de rebotarse conmigo, se marchó del museo como todos los días pasadas las seis de la tarde, para volver sobre las once de la noche —¡oh, sorpresa!—, con una bolsa de plástico tintineante y la cara

desencajada. Dijo que se iba a poner a trabajar arriba y que ni un vigilante ni una puta empresa de seguridad iban a convencerle de lo contrario.

Me asusté en cuanto me enteré. Algo le había pasado, estaba claro. Llegué al museo ya pasada la medianoche, subí y me lo encontré borracho, llorando a mares. Que lo había intentado arreglar esa misma tarde con su mujer y que había acabado a gritos, para colmo delante de los niños; que estaba harto de su vida y que no soportaba dormir solo en la pensión.

Me bebí algo del *whisky* que él había dejado y le abracé. ¿Qué iba a hacer si le compadecía con todo mi corazón?

Yo no pretendía ir más allá. Pero algo hay en el despecho que incita a la locura, que convierte en hermanos a quienes han sido víctimas de un engaño. Y ese hambre de venganza se desató de pronto en mi interior. Eran ya casi la una de la madrugada, estábamos solos... «¿Por qué no?», pensé. Y mis dedos se encaminaron decididos a los botones de su camisa.

Mi boca quería decirle: «te entiendo, chaval, sé fuerte, es ella quien no te merece», pero mi cuerpo solo decía: «véngate»

Estaba tan borracho que ni siquiera paró mis manos en su pecho ni en su cinturón. Me miró asustado mientras le bajaba la cremallera de los pantalones, y luego, casi temblando, se sentó en la silla ergonómica y me entreabrió la blusa con bastante torpeza...

Creo que los dos campesinos vascos de Zubiaurre y los títeres del carnaval de Solana chismorrearán durante días de esta falta de ética hacia sus personas. Lo ocurrido debe de haberles resultado tan irrespetuoso como dos médicos fornicando, egoístas, delante de sus pacientes.

¿Y si hubiera una cámara de seguridad aquí arriba? ¿Nos habrán visto? Yo, con los ojos cerrados, abrazada a él como un madero que buscaba con desespero a otro para formar una balsa. Él dentro de mí, cansino, mecánico, sus manos blandas rozando con nerviosismo mis pechos, como si les tuvieran miedo.

Quizá el vigilante, aunque no haya cámara, nos haya oído; quizás hablará con Nora y se lo cuente. Me da igual. Más me preocupa lo que piense Juan o que se haga ilusiones.

Porque solo ha sido compasión, taponamiento urgente de una herida, torniquete para una masculinidad desangrada a borbotones.

Porque a mí este polvo cutre no me ha dejado nada más que amargura y la sensación de estar restaurando las grietas de un hombre con mi propia carne.

Porque mientras Juan entraba sin arte ni artesanía dentro de mi propio daño, yo solo podía pensar en aquel túnel a una playa de luz y el día que compartí con Berta en Guvano. En que sea como sea, aunque esta vez la engañe yo, haciéndola creer que tengo pareja, la tendré cerca. Que la Venecia que voy a ver, a pesar de todo, no olerá a aguarrás, sino a perfume de violetas.

Espero impaciente nuestro encuentro. Quizá Berta esté inmersa en los preparativos de su boda y ya no le importe lo que provoca en mí.

O quizá sí. Pero al menos esta vez no iré sola ni cargada de expectativas. Me contentaré con disfrutar de su presencia, seré ese amor generoso que se resigna a entregar a quien más quiere. Y nadie podrá engañarme ya, por la sencilla razón de que no hay nadie que pueda hacerlo. No he disfrutado, no me plantearía nada con Juan, más allá de nuestros «matrimoniales» desayunos de trabajo o de nuestras charlas confidentes. Mi compañero, restaurador de pinturas perdidas, no dejará de ser ese hermano cómplice que pude haber tenido si no hubiera muerto al nacer. Me he confesado, me he agarrado a Juan en alguna ocasión para no hundirme, pero no hay ni habrá amor de pareja.

En cambio, bastó un cruce de miradas aquella primera vez con Berta, un boceto a dos, para

saberme comprendida y atraída de forma irresistible a ese equilibrio tan bello como frágil. Aunque tampoco me engaño: ella se queda con otro.

Me he puesto la bata que uso para pintar. No sé por qué siento escalofríos.

¿Y qué hay de mí? ¿Qué me espera en la clausura de esa exposición? ¿Soy la que aparece en esos vídeos teniendo sexo con Vitoro o será un error de la propia Berta? ¿Por qué la maleducada Francesca Rota, a la que hasta ahora no he tenido el gusto de conocer, resta importancia a ese asalto a su exposición, en forma de grafiti?

Pongo el móvil en silencio. En medio de esta noche en la que solo oigo los pasos aburridos del vigilante, me invade, de pronto, la curiosidad. ¿No dijo Garrido que la galería Rota ha estrenado hace poco canal en YouTube? Pues voy a ver cómo es en persona esa Francesca.

Navego por la pantalla. En efecto, hay un canal y varios vídeos de inauguraciones y visitas virtuales. Veo con ternura a Berta en segundo plano, en compañía de artistas, pero ninguna imagen de la señora Rota.

¿Y esa videollamada que tanto enfadó a Garrido? ¿Ese intercambio de insultos de director a directora? Debo de tenerla en el móvil, él mismo nos la envió, indignadísimo. Enciendo la pantalla y busco. Sí, ahí está, al fin.

El móvil me muestra una imagen oscura de una mujer de edad indefinida. Gesticula de forma exagerada bajo sus gafas de pasta y se toca con exceso el cabello caoba, ondulado con artificio.

Amplío. Hay algo en ella que me resulta familiar. Ese gesto, esa forma de torcer la cabeza hacia la izquierda... Mis ojos se abren con estupor. ¿Estoy soñando?

Por encima de esos labios hipermaquillados y ese cutis demasiado estirado para una mujer de edad madura, alcanzo a ver unas facciones que me resultan familiares. ¿Será una pariente de Berta? O peor aún... ¿estaré acaso ante un engaño? ¿Quizá ante una de esas aplicaciones de vídeo que cambian a la persona hasta hacerla aparecer con otro cabello o incluso más mayor?.

¿Es la imagen de Berta o mi obsesión por ella me está jugando una mala pasada? Estoy desvariando, está claro, no es que esa chica esté desequilibrada, es que me está desequilibrando a mí.

Son más las cuatro de la mañana. Juan ronca, a medio vestir, casi grotesco, enroscado sobre los embalajes de un cuadro de Rusiñol que regresó ayer. Caigo en la cuenta de que tengo sueño, aunque dudo que pueda dormir. Y creo que es mejor que me vaya del museo.

Ignoro qué va a pasar mañana entre mi compañero y yo, pero espero de corazón que nada cambie. Solo he restaurado a mi modo algo que estaba amenazando con romperse del todo. Ha sido una obra limpia, de caridad, y tan pulcra que ni siquiera me ha manchado las manos.

Los dos campesinos vascos del cuadro falso atribuido a Zubiaurre siguen mirándome, pero creo que ahora con comprensión. También ellos tienen cosas que ocultar, no van a delatarme.





Capítulo 26: El viaje no soñado

El tiempo ha volado para mí en estos días de septiembre; justo como nuestro avión, que ahora cruza una nube tras otra, en pleno derroche lumínico. Aún faltan tres cuartos de hora para llegar al aeropuerto Marco Polo y algunos pasajeros bromean sobre la última turbulencia que acabamos de pasar. Aterrizaremos a primera hora de la tarde.

—¿Y entonces, qué hacemos? —le pregunto, impaciente, a mi acompañante, desde mi asiento en la ventanilla del avión—. ¿Taxi o bus?

—Iremos en bus a través del Gran Canal, ya me he informado bien, lo pillamos en el mismo aeropuerto y nos deja justo en el hotel. —Juan no tiene ninguna gana de hablar. No la ha tenido desde aquella noche fatídica.

—Berta me ha escrito diciendo que podríamos coger un taxi acuático —comento con ilusión.

—¡A la mierda con Berta! En bus público, como todo hijo de vecino...

A Juan no le gusta eso de volar, se le suelta la barriga, pero no lo he sabido hasta hoy. Acaba de volver por tercera vez del servicio. Y está claro que en su estado actual tampoco le gusta nada que huela a romanticismo. O quizá sea que se ha propuesto sabotear esta locura, desde el principio al fin.

—Hay que joderse, Clara... —me dijo en cuanto subimos al avión—. Años de casado soñando con esto y ahora tengo que viajar solo.

—Gracias por el cumplido.

—A ver, entiéndeme, no quería ofender.

A estas alturas me da igual si lo hace. Prefiero que sea así. Todo antes que verle como le vi a la mañana siguiente de nuestro encuentro, avergonzadísimo, pidiéndome perdón por aquel polvo urgente y anodino que a ninguno dejó buen sabor de boca. Nunca le había tenido frente a frente tan abochornado, ni siquiera cuando rajó un boceto en papel del cotizadísimo Joaquín Mir, al desprenderlo de su marco.

Yo también me he arrepentido en estos dos días que han pasado desde entonces. Habría tenido que tragarme mis recuerdos con Berta y no delegar mi amargura ni mi compasión en las manos de un Juan desorientado, que no atinaba apenas a hurgar por los rincones de mi cuerpo. E igual de dura conmigo fue Nora, cuando a la mañana siguiente me cogió aparte y me echó una bronca descomunal, poniéndome de indecente y de depravada. El vigilante debió oírnos esa noche, supongo.

Juan y yo quisimos evitarnos después de lo ocurrido, algo muy difícil teniendo que trabajar juntos pero a las veinticuatro horas todo volvió a ser como siempre. Nos disculpamos el uno con el otro y quitamos importancia al acto, del que él se acordaba menos que yo porque estaba mucho más borracho. Después, se resignó sin rechistar a su pensión sin ascensor y en pleno

ataque de victimismo aceptó el castigo de viajar a Venecia.

—Pero te lo pido por favor, Clara, nada de turismo, ni de máscaras venecianas ni de imbecilidades por el estilo...

—Dalo por hecho.

¿Qué le iba a decir si yo pensaba y pienso igual? No me apetece entregarme a ningún síndrome de Stendhal y enfermar al contemplar la belleza a mi alrededor. Habré de aguantar el ver a Berta en manos de otro, como años antes tuve que soportar la humillación de ser relegada por Susana ante Jorge Vitoro. Pero al menos saldré con honra de esa relación que nunca fue.

—Ya sabes lo que hemos hablado... a ver si haces bien tu papel de novio. —Le miro, intranquila.

—Sí, descuida.

Ya está al tanto de lo que pasó en Cinque Terre, al fin tuve que explicarle cómo me siento, y ha accedido a hacerse pasar por mi pareja. Es lo único que necesito para mantener mi dignidad y despedirme al fin del sueño de verano y mi reina de las hadas.

Mi emoción, no obstante, ha ido en aumento hasta que hemos atracado justo en la puerta del hotel. La vista es increíble, y creo que me ha entrado toda la luz del Gran Canal en los ojos, confundida con mis recuerdos de la humilde Manarola. Hemos fluido por la arteria gigante de esta ciudad hecha de agua, que late, en modo corazón, constante y expectante.

Y es que por mucho que me empeñe en parecer cínica, soy una sentimental, no puedo evitarlo. Mientras nos acercábamos al destino, me han entrado ganas de llorar ante esta indiscutible belleza azul que incluso pintaría con mis propios labios, si es que tuviera alguien a quien usar de lienzo. De nuevo me estoy ilusionando pero a la vez me asusto. En unos minutos voy a verla y ahora dudo de mí, de que pueda soportar este segundo capítulo de un idilio falso que se me pone delante de la boca y se me prohíbe paladear.

—No puedo imaginar el pastizal que cuesta esto... —murmura Juan, extasiado a su pesar, en cuanto desembarcamos justo ante el hotel.

—¿Y qué más da si tú no pagas? Relájate y disfruta.

Hablo sin pensar, solo por disimular mi impaciencia. Pensaba que el corazón no me latiría como un potro desbocado al soñar que voy a verla. Pero sí, por más que lo intente hay algo en ella que me vuelve inerme y estúpida.

El hotel se encuentra a pocos minutos del famoso Rialto, del puente *dell'Accademia*. Sin duda, Berta ha escogido bien donde alojarnos. El edificio tiene su propio embarcadero que desemboca en un bar moderno y funcional, así que cual cenicienta y ratón cómplice, hemos cruzado esta pasarela de lujo, desde la decadencia vibrante de las casas en el canal hasta la exquisitez de un hotel funcional y casi vanguardista.

—¡Caray, me siento como un actor de Hollywood! —exclama mi compañero como si fuera un niño y yo me río.

Un amable conserje nos saluda mientras atiende a una pareja que está inscribiéndose en el mostrador. Durante la espera, Juan parece recobrar su buen humor y hace bromas sobre lo mal que encajan aquí sus vaqueros raídos.

Pero mis ojos se han quedado prendidos de ella en cuanto ha traspasado la puerta del *hall*, en contraluz con el agua del Gran Canal. Dijo que vendría a recibirnos y así es; acaba de desembarcar, puntualísima... y sola, por fortuna.

—¡Clara, al fin! —exclama en cuanto me ve.

El corazón me late aún más deprisa. Está preciosa, aunque quizá algo más delgada que

cuatro meses atrás. Lleva un vestido de flores, apenas escotado, sandalias de tacón, el cabello platino brillante, supongo que recién teñido... Y los ojos, con esa humedad perenne que se licúa sobre mí como un manto de rocío.

—¿Qué... tal, Berta? —Me he colgado, como una estúpida, de su mirada. ¿Cómo voy a poder disimular?

Ella avanza hacia mí, me abraza cariñosa y me captura aún más con su hechizo de violetas. Luego retrocede un poco.

—¿Habéis tenido buen viaje?

No se me escapa el punto de ansiedad en su voz mientras mira a Juan de reajo. Sí, ha adelgazado, la cara se le afila un poco más hacia la barbilla y su modo de girar la cabeza hacia la izquierda me resulta casi el deseo de ser acunada. Ese gesto que también hacía Francesca Rota en el vídeo... Sí, apuesto a que son parientes.

Vuelvo a la realidad.

—¡Oh, sí, ha sido un viaje perfecto! Mira, te presento a Juan, mi...

Juan cumple a la perfección. Me pone la mano en el hombro y saluda con la elegancia de un *lord*. La verdad es que, salvo los momentos en que se ha desahogado conmigo durante estos días y las peleas que haya habido con su mujer, sigue siendo un maestro de las buenas formas.

Berta le corresponde con un par de besos, quizá algo desorientada.

—¿Os gusta el alojamiento y el sitio? He pedido que vuestra habitación dé al canal.

—¡Todo maravilloso, perfecto, un sueño! —se explaya Juan, efusivo—. Se lo decía antes a Clara, «cariño, tienes que hacer unos apuntes ahí en el embarcadero, con esos palos blancos y rojos...», porque mi chica es una auténtica maestra del dibujo rápido, ¿sabes?

—Lo sé —Berta responde con sequedad. Creo que sus labios, maquillados de bermellón, se pliegan incómodos—. Y sí, los *paline* son un motivo precioso para pintar, aparte de servir de amarre. Aunque si Clara quiere, también podrá ver *damas*, que es como se llama a los postes que tienen luz. Son incluso más bonitos. —Espero que eso no haya sido un doble sentido. Doy un leve tirón de la camisa a Juan, para que se calle ya—. En fin, chicos —prosigue Berta, como si también ella quisiera zanjar la conversación—, no quisiera molestaros, la clausura será mañana por la tarde; ya os daré más detalles sobre trámites con la empresa de transporte y demás. —Me mira interrogante, casi temerosa—. Porque hoy supongo que estaréis deseando hacer un poco de turismo, ¿sí?

—¡Oh, no, no...! —respondemos a la vez, con la sintonía de una pareja bien avenida.

—Ante todo, venimos a cumplir con nuestro trabajo —corrobor a Juan mientras me mira y me hace una ligera caricia en el cuello—. Ya lo tenemos asumido, ¿verdad, cielo?

¿¡Cielo!? Creo que empieza a sobreactuar y no sé dónde meterme.

—Vamos a dejar las cosas en la habitación. —Le aparto la mano, con sonrisa de plástico—. Si quieres en un rato hablamos, ¿te parece, Berta?

—Oh, sí... —Ella parece respirar aliviada—. Podemos tomar un café aquí en el hotel, los tres... o tú y yo, si te apetece.

Por la forma en que me mira, sé que confía en hablar conmigo a solas. Quizá una disculpa tardía, saber por qué ahora estoy con un hombre, a saber... Berta es imprevisible. Pero quizás eso es lo que me arrastra, como en Manarola, siempre hacia ella.



No sé por qué esperaba una habitación teatral, con doseles y espejos recargados, como aquella vez hace años, con Vitoro. Pero nuestra *suite* se nos presenta, funcional y moderna, decorada en limpios *beiges* y con reproducciones fotográficas en blanco y negro del Gran Canal. Eso sí, con, un río de pétalos rojos sobre la cama, que me apresuro a apartar con la mano mientras mira a la mesilla.

—¡Vaya como se cuidan los ricos, bombones y una botella de vino! —comenta Juan con gesto reprobatorio. Pero enseguida desenvuelve uno de los chocolates y se lo lleva a la boca. Desde que almorzamos en el mismo aeropuerto, antes de emprender el viaje, ya han pasado unas horas y supongo que no está por decir que no a nada que sea gratis—. En fin, sea o no cursilería, están muy buenos. —Paladea satisfecho—. ¿Quieres uno?

Yo acepto, asiento a todo. Mientras muerdo esta delicia de praliné, me extasio en el ventanal que más bien parece el palco de un teatro inmenso. Tenemos entrada vip a un escenario de agua y casas color siena, a un abrazo entre el Barroco y el Renacimiento y a un sinfín de figurantes montados en *vaporetti*, seguidos de puntuales secundarios en góndola. Todo parece representado, en espera de esa protagonista con la que he quedado en un rato, abajo en el bar.

—¿Se supone que debo tomar café con vosotras? —pregunta Juan mientras coloca con mucho orden su escasa ropa en el amplio armario de puertas correderas.

—¡Ni se te ocurra! Inventaré una excusa cualquiera para disculpar que no estés: que te han llamado del trabajo, que estás hablando con Garrido, qué se yo.

Le veo acercarse al ventanal, con los brazos en jarras, como cuando se enfrenta a un nuevo cuadro que restaurar. Solo que ahora tiene la mirada triste, como perdida.

—¿Sabes, Clara? Esta vida es tan estúpida... Los sueños se cumplen cuando se te han quitado las ganas de disfrutarlos.

Me da mucha pena oírle hablar así pero, ¿qué lo voy a decir que le anime? Sé que cuando yo esté abajo tomando café, él no tardará ni un minuto en coger el móvil para llamar por enésima vez a los niños, sobre todo para hablar con el mayor, que a sus seis años, le echa de menos demasiado. Y también sé que en estos momentos él daría media vida por tener aquí, esta noche, a pesar de todo, a su mujer.





Capítulo 27: Cuando el

engaño se confiesa

Berta sigue abajo, en el bar del hotel. Me dice que ha aprovechado la espera para hacer unas llamadas de trabajo. Nos sentamos una al lado de la otra, ella de perfil y yo de cara al Gran Canal, que se va tiñendo con ese velo de suavidad que siempre, sea donde sea, lleva incluido el mes de septiembre.

—¿Todo bien? —me pregunta con esa voz suya de timbre adolescente, entre ansiosa e ilusionada.

—Oh, sí, perfecto.

Y, sin poder evitarlo, mis ojos se dirigen, como atraídos por un imán, a sus pupilas brillantes bajo el rímel espeso y a sus manos intranquilas que juegan con las puntas rubias del cabello. Se ha pintado las uñas del mismo tono que los labios y entre las hebras doradas, el color asoma, como gotas de rojo cadmio que hubieran salpicado de un nervioso pincel.

—¿Ya os dieron la información en recepción a ti y a Juan? —pregunta.

—No ha habido tiempo aún.

Hay en nosotras esa especie de contención que precede al desborde, al deslizamiento, ya sea por un insignificante tobogán o un brusco terraplén. Nos observamos la una a la otra y hablamos de cosas intrascendentes, de las paradas de los *vaporetti*, de la conveniencia de que Juan y yo visitemos al menos la Catedral, la Piazza, el Rialto... Pero en medio de la palabrería no tarda en aparecer su curiosidad, quizá incluso ansiosa.

—¿Y entonces, Juan y tú, desde cuándo...?

—Poco tiempo, en realidad. —Doy un sorbo al *cappuccino*, cuidando mucho lo que voy a decir y espiando su reacción—. Pero nos conocemos de siempre, es ese tipo de amistad que de pronto un día va a más. Ha sido un poco inesperado —miento como una bellaca.

—¿Va a bajar a tomar café también?

—La verdad es que hay un asunto del trabajo que nos tiene preocupados. —Carraspeo. Ya hemos acordado que no vendrá, bajo ningún concepto—. Está arriba, gestionando, me dice que le disculpes... Pero hágale de ti. —Mi voz adquiere la firmeza de un hacha—. ¿Cuándo es la boda?

—Bueno, aún no hay fecha clara. —Los ojos de ella se pierden en el marco suntuoso que dibuja la salida del hotel al Gran Canal, justo por donde un par de pasajeros entran con su equipaje—. Tengo muchos compromisos de representación con la galería y no quisiera incumplir.

—¿Y todo bien entre vosotros? —Sigo con el mismo tema y noto que se revuelve,

incómoda, en su butaca tapizada de rojo.

—Verás, Clara... yo quisiera hablarte de...

Y, de pronto, como de la nada, Juan se materializa a mi izquierda, nervioso y con el móvil en la mano.

—¡Clara, no te lo vas a creer! ¡Me acaba de llamar Samanta!

En este momento quisiera estrujar la cabeza de Juan, meterlo en su propia maleta y mandarlo a unas clases de arte dramático, ya que parece haberle cogido el gusto a esto de representar papeles secundarios.

—¿Samanta? —murmuro con una mueca estúpida. Siento sobre mí los ojos de Berta y no sé cómo decirle a él que está de sobra.

—¡Sí, Samanta, aquella señora de nuestra fundación que... se quedó sin el cuadro que tanto quería... en esa subasta tan difícil! —Estira el cuello como si tuviera un tic nervioso—. La nueva dueña, esa tal Paula, sabes de quién hablo, ¿verdad?, pues ¡¡ya no lo quiere y lo ha puesto en el mercado otra vez!! ¡Así, después de un mes! ¿De qué va esa desgraciada? ¡Con la cantidad de problemas que ha causado!

Empiezo a pensar que se le ha ido la cabeza, porque Paula es el nombre de su mujer.

—¿De qué casa de subastas estáis hablando? —Se interesa Berta.

Esto ya es el colmo.

—Mira, Juan, no es el momento... —Levanto las cejas con la mayor de las sutilezas—. A Berta no le interesan nuestros asuntos.

—¡Oh, por supuesto que sí, todo lo que sea arte me interesa! ¿De qué cuadro habláis?

—¡De una mierda! —farfulla él—. ¡Un bodrio, un cuadro contemporáneo sobrevalorado y chillón, de esos que encandilan con la vista pero que se caen a pedazos, podrido y sin nada dentro, sin mensaje, sin alma...!

Y, de pronto, me doy cuenta. No estamos hablando de un cuadro, sino del marido de Samanta, el seductor casado que le ha robado la mujer a Juan.

—¿Entonces la nueva dueña ya se quiere desprender de él? —alcanzo a preguntar.

Ahora estoy a cuadros con lo que creo entenderle. ¿¡La mujer de Juan se ha cansado de su tórrida aventura de verano!?

—¡Así, como lo oyes!

—Pero a ver... —Berta está obstinada en meterse en la conversación—. ¿Esa señora, Samanta, es coleccionista?

—Juan... —Atajo la conversación con un gesto rotundo de mis manos—. Vete arriba y vuelve a hablar con Samanta. A veces las cosas se entienden al revés.

Berta apura su café y mueve la cabeza, despectiva, mientras se dirige a mi alucinado compañero.

—Dile a esa señora, Samanta, que se asesore bien antes de pujar de nuevo por esa obra. A veces no merece la pena invertir en ciertas pinturas. Y en cuanto a la dueña actual, está claro que está hecha un lío.

—¿A vosotras os queda mucho? —pregunta Juan, que no parece querer irse.

—Sí, un rato —afirmo con la cabeza—. Anda, vete arriba y luego me cuentas.

Veo a Juan marcharse muy nervioso, hacia el ascensor. Berta me mira con cara preocupada.

—¿Sabes, Clara? Me da un poco de apuro lo que te voy a decir, pero... ¿conoces bien a tu novio?

Temo que me acaba de pillar.

—No entiendo.

—Yo creo que está claro, ¿no? —Miro hacia otro lado mientras revuelvo el café, ya frío, con la cucharilla.

—¿Qué es lo que está claro? —Berta me contempla con tristeza, como si me compadeciera.

—Solo hay que fijarse en su tono de voz. Lo tuyo con Juan no es auténtico.

—¿Por qué? —Me siento palidecer.

—Porque tu novio, en el fondo, me da la sensación de que está... o un poco desequilibrado o incluso enamorado de esa tal Samanta. ¿A qué viene toda esa preocupación por ella, estando contigo ahora en Venecia? —Tengo que contener la risa y creo que ella se ofende—. ¡Clara, me da igual que te haga gracia! Yo solo te advierto. Tú buscas algo que él no da.

¿Da por sentado que la busco a ella, que sigo cada movimiento de sus labios como si de ellos fluyera un sortilegio? Tan ingenua, en apariencia y, sin embargo tan poderosa, e incluso lúcida... ¿Cómo no iba a serlo esta chica que aun sonámbula es capaz de dibujar trazos coherentes en un papel?

—De todas formas, Clara, yo quería hablarte de otra cosa. —Me mira con una tristeza infinita, con sus ojos castaños brillando agua.

—De los vídeos sexuales, supongo. —Me resigno a revolver esa porquería que tanto debería de preocuparme y que, sin embargo, aquí con ella, pasa para mí a un segundo lugar.

—No, ese asunto está en vías de solución y no tienes que preocuparte de nada, ya te contaré. Es más bien de Francesca Rota, de su galería y del homenaje de mañana... ¿Pedimos otro café?

Es muy propio de Berta el lanzar el anzuelo y luego dejarme con la curiosidad. Se hace el silencio mientras hace señas al camarero. Luego aprovecha para ir al servicio y yo espero a que regrese, mirando cómo la luz cambia sobre los postes blancos y rojos del embarcadero, en un silencio casi teatral.

Al fin el camarero coloca sobre la mesa dos tazas blancas humeantes. Berta vuelve casi a la vez; recoloca la silla, de espaldas al canal, y queda ahora frente a mí. Su cabello se recorta, como un halo rubio, en el contraluz del embarcadero. Se me asemeja así, con su cabeza apenas ladeada, a una linda *madonna* de Perugino, a la que hubieran insertado, de polizón, en un paisaje veneciano de esos que bordaba Canaletto.

—Quiero pedirte perdón, Clara. —Me observa seria, pero con deliciosa dulzura.

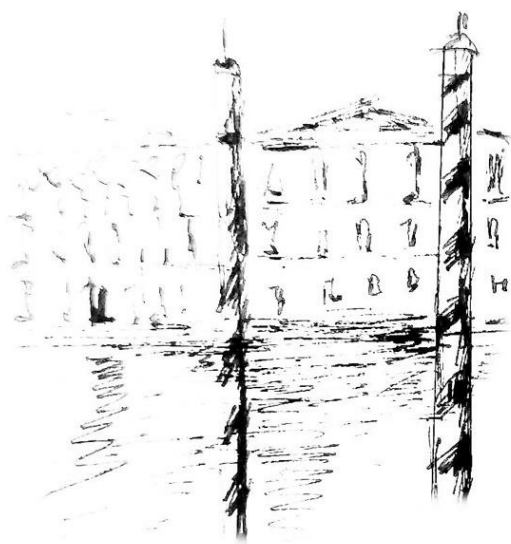
Hacía tiempo que esperaba esta frase, pero no se lo voy a decir.

—Sin embargo, no me arrepiento —continúa—, era necesario todo lo que he hecho. Sé que quizá me odies, pero he obrado como debía. Eres muy especial para mí y tengo mucho miedo de que pienses que te he usado, porque no es cierto. Eres la compañera que necesito, la fuerza que me hace falta y esa mitad que no tengo, la que preciso para afrontar lo que debo hacer.

—Creo que me estoy perdiendo —contesto confusa.

—En primer lugar, quiero decirte que todo es mentira. Todo por lo que estás aquí es, en realidad, mentira.

Y de pronto, siento como si los violines que suenan con suavidad en el bar del hotel, hubieran virado a inquietante música de terror.





Capítulo 28: La

verdadera dueña

El camarero va y viene, atendiendo a otra pareja de turistas. Berta me mira a los ojos, con fijeza extraña y, por un momento, me siento como si estuviera sentada ante una loca.

—¿Qué es mentira, Berta? —El corazón se me encoge con aprensión. No solo porque me hable de engaño sino porque creo que está en medio de una de esas ausencias que me contó que sufre. Se ha quedado como congelada. Me muerdo los labios e insisto—: ¿Me escuchas, Berta? Contéstame, por favor. ¿Me estás usando otra vez?

Ella me sigue mirando, pero ahora ya como si hubiera vuelto al presente, y con expresión triste.

—Perdona, me he distraído... No, Clara, ni te uso, ni te haría daño nunca, esa es la única verdad de todo —murmura con un hilo de voz, como si de pronto fuera a quebrarse. Ahora parece insegura, como si no supiera cómo empezar.

—¿Cuál es la mentira, entonces? —Toma aire, manosea el mango de la cucharilla del café y luego, con firmeza, la deja en el plato.

—Debo contarte varias cosas, pero empezaré por la más sencilla. Mañana, el homenaje a la trayectoria de Francesca Rota no se llevará a cabo porque ella no asistirá. La exposición se clausurará sin ningún acto.

—¿Está enferma? —pregunto mientras sus ojos se entornan hasta convertirse casi en dos finas líneas, de una forma inusual en ella.

—Francesca Rota ya no existe para el mundo desde hace varios años, es decir, desde el momento en que yo compré su galería. He ocupado su lugar, he inventado que dirige la galería desde el extranjero gracias a su considerable fortuna. Pero nada es real en ella, ni siquiera su nombre. Francesca Rota es, en realidad, una señora llamada María del Amparo Verdugo Ladrón de Guevara. Ya ves, tan española como tú, aunque con escudo heráldico a todo color.

—¿Y dónde está? ¿Acaso ha muerto? —Todo se me revuelve por dentro: los episodios de sonambulismo, la ansiedad... La imagen de una Berta psicópata asesinando a la galerista me cruza la cabeza de forma estúpida, como un rayo.

—¡Oh, no! Está afincada en Andorra, pero con muchos frentes abiertos a nivel económico. —Esboza apenas una sonrisa que se me antoja sarcástica y su tono vira a confidencia—. La verdad es que Francesca, como siempre la he llamado yo, podría vivir bien si se quedara quieta. Y ya de paso recuperar su verdadero nombre. Más le valdría seguir siendo Amparo, y no hacer triste honor a sus apellidos Verdugo y Ladrón. —La sonrisa se le ha vuelto tan amarga que imagino mucho conflicto por ahí debajo—. Pero se empeña en hacer malas inversiones que le

restan cada vez más liquidez —prosigue con voz firme—, por no hablar de algún tema con Hacienda que está en manos de abogados. Nunca supo gestionar el dinero, es una verdadera lástima.

Mueve la cabeza como si fuera una experta en bolsa y con una credibilidad que me sorprende. Es lo que más me desconcierta de ella, su aparente fragilidad o incluso desequilibrio, y de pronto, esa fuerza que se adivina escondida.

—Así que cuando Francesca me dijo que iba a cerrar la galería, yo quise comprar su parte y quedarme como única propietaria. La otra mitad pertenecía a mi hermano y ya era mía, como es lógico. ¿Sabes? A Adolfo no le hizo mucha gracia. Ni a la misma Francesca tampoco le gustó eso de que me quedara con su nombre. Pero le venía bien ese dinero y aceptó. Para mí era un deber necesario.

—¿Y por qué tanto compromiso con esa mujer?

Los labios de Berta se contraen con fuerza, como si no se atrevieran a hablar.

—Porque es la madre de mi hermano Camilo. Ella fue quien se hizo cargo de mí cuando me quedé huérfana. —Me quedo sorprendida, muda—. Era la primera esposa de mi padre: él y Francesca se separaron mucho antes de que yo naciera, cuando Camilo andaba por los quince años. Por lo visto, mi padre no la soportaba y el divorcio fue toda una batalla monetaria. Enseguida, él se casó por lo civil con mi madre y nací yo. —Hace una pausa tensa, inquietante y mi sorpresa da paso a la curiosidad—. Pero debo estarle agradecida, por supuesto. No deja de tener mérito que tras el accidente mortal, se hiciera cargo de mí, siendo yo la hija que su ya exmarido tuvo con la nueva y joven esposa. Al menos, eso me ha dicho siempre Mona.

—¿Mona, la de Manarola? —Ahora recuerdo las palabras despreciativas de la confianzuda señora hacia la «chica venezolana», o sea, la madre de Berta.

—Sí, Mona, su criada de toda la vida, o más bien Ramona, para hablar con propiedad. La ha seguido a todas partes como un perro fiel, hasta que Francesca decidió afincarse en Andorra. Mona entonces se jubiló y se casó al fin con Pietro.—Una sonrisa pícaro le vaga por la cara—. Mona y Pietro mantenían un curioso romance otoñal, a fuerza de verse verano tras verano. Mona era la que me acompañaba a pasar las vacaciones en Manarola y nos hacía la comida; por cierto, guisa muy bien.

La luz del sol de la tarde reverbera allá en el embarcadero. Los turistas que estaban junto a nosotras se marchan y otros ocupan su lugar entre risas y bromas. Yo sigo sin saber qué decir.

—Pero, ¿quién habló entonces por videollamada con mi jefe? Si Francesca no es la dueña, ¿quién era esa mujer de pelo rojizo?

—Yo, claro. Las aplicaciones para cambiar el aspecto físico no son ningún misterio para mí. Tan solo hay que meterse en el papel: ropa diferente, peluca, filtros, evitar movimientos bruscos... —Berta me mira ahora como si yo fuera esa cámara ante la que posa y ella una actriz consumada, y me estremezco al recordar mi presentimiento: mi intuición no andaba desencaminada—. Pero a Francesca no hay que mostrarla demasiado —continúa Berta, convencida—. Solo en ocasiones muy puntuales y siempre *online*.

—¿Y por qué tanto misterio, por qué no decir la verdad?

—El prestigio de la galería residía en ella. Yo soy demasiado joven y mi credibilidad es nula.

No doy crédito. Además me parece triste oírla hablar así de sí misma, con lo capaz que es.

—Eso es una tontería, Berta. Poco a poco, una se va abriendo paso. —Me interrumpe con un gesto seco de su mano.

—Cuando mucha gente te ve en el suelo convulsionando y orinándote encima de tu propia ropa, te aseguro que no pareces de fiar. A ojos de mi mundo, solo soy la hermana loca de Camilo Sarén, la jovencita histérica que se negaba a que *Caballo que espera* fuera vendido; la que, cuando lo adjudicaron a tu fundación en aquella subasta horrible en Milán, ofreció aquel ridículo e histriónico número ante quienes acababan de pujar. Adolfo me grabó y pude verme. Fue bochornoso.

Ahora me encaja todo. Esa debió ser su última crisis epiléptica, de la que me dijo que preferiría no hablar, por vergüenza.

—¿Y la verdadera Francesca sabe que juegas con su identidad? —No hay reprobación en mi mirada, solo compasión.

—Ella aceptó el trato cuando me vendió su parte. La otra mitad de la galería pertenecía a Camilo y, por testamento, a mí; de modo que ya soy la única propietaria. Francesca, tras la muerte de su hijo, fue perdiendo el interés en el negocio e incluso pretendió litigar conmigo por otros asuntos de herencia, por supuesto, sin éxito.

Hace otra pausa y me mira directa, a los ojos, como si yo entendiera de estos temas cuando me suena tan enigmático como la vida en Marte ya que nunca he heredado nada. El silencio se prolonga de manera preocupante, acompañada de un ligero tic nervioso en el ojo, pero al fin, prosigue.

—¿Me dejas que te diga algo? —Hay en su voz un punto de dignidad ofendida o de reina despojada—. Quizá te parezca que amo el arte por ser la hermana del famoso Camilo Sarén y haberme criado con Francesca Rota. —Un resentimiento que no le conocía se abre paso en sus palabras, como si el hermano perfecto empezara a perder su halo de ídolo. La voz se le atropella—: Pero no... no es verdad, ya había tradición en mi familia paterna y estoy orgullosa de ello. Berta Sarén no es ninguna estúpida a la que se pueda engañar, sino alguien... ¡alguien con cerebro! ¡¡¡y que decide cómo gestionar su vida y su dinero!!!

Su voz se ha elevado de manera excesiva, como si mantuviera una discusión con alguien inexistente; las lágrimas arrasan sus ojos castaños.

De pronto se interrumpe, casi avergonzada de su exaltación. Respira hondo y hace una seña al camarero, con la autoridad de quien está acostumbrado a que todo el mundo satisfaga cualquiera de sus caprichos.

—Pero entonces, ¿el homenaje de mañana, en la clausura? —pregunto casi asustada.

—Nunca he tenido intención de hacer ningún homenaje a Francesca. Aunque sí se celebrará un acto especial. —Mira ese café abandonado, como a una mínima barricada entre ella y yo. El camarero se acerca y ella pasa la tarjeta por el datáfono—. Pero eso es otro capítulo que te contaré mañana. Será un día largo... —Hace otra pausa, da las gracias al empleado y luego me observa con una mueca que se me antoja irónica—. Porque supongo que tú y ese novio tuyo querréis pasear cogidos de la mano por el *ponte dell'Accademia*, ¿no? Dicen que no hay otro lugar mejor en Venecia para ver ponerse o salir el sol.

No contesto. Miro el móvil, algo abochornada, Juan no ha parado de ponerme mensajes.

Un silencio tenso se abre paso entre nosotras. Sí, ha cambiado mucho desde la otra vez. Está como más mayor, o mucho más herida, no lo sé. En Manarola me parecía insegura pero ahora, extraña paradoja, la veo más fuerte a pesar de su cara enflaquecida.

Al fin, vuelve a hablarme con un tono vibrante, casi dolorido.

—¿Sabes, Clara? A mí también me duele que me engañen. Siento que toda mi vida ha sido una estafa y ya no soporto que no me digan la verdad. Nos vemos mañana.

Veo cómo se levanta, ya recuperada su sonrisa triste, y camina hacia la salida. Pienso que además de adorable, es muy lista, que sospecha o sabe que lo mío con Juan es una patraña y que me he equivocado al querer provocar sus celos, yo, que sé lo que escuece un engaño.

Presiento que hay algo muy profundo en ella que la reconcome por dentro, algo que antes no había y que está a punto de salir a la luz. Pero, sobre todo, pienso que me gustaría tomar ahora ese *vaporetto* con ella y pasear juntas, toda la noche, por un infinito Gran Canal.



Juan ha consentido en salir a cenar, al fin, y como es incapaz de pensar en otra cosa que en su tema, he decidido por él. Le he arrastrado al Canareggio, que tiene fama de ser el menos turístico de los barrios de Venecia.

El abundante *risotto*, en una *osteria* poblada de autóctonos, me está sentando bien. Será porque tengo tiempo de masticar a conciencia mientras Juan, cada vez más sulfurado, no para de hablar por el móvil, ya no sé si con Samanta, con sus suegros o con los niños. Desde luego, no con su mujer, por lo que he creído entender. Su teléfono bulle ahora como un corral de vecinos donde el último chisme está pasando de boca en boca sin que la afectada dé señales de vida.

Al fin, Juan olvida su comida y sin soltar el aparato, acaba por levantarse de la mesa para salir a la noche silenciosa de este *sestiere*, o barrio, o como se llame, donde los turistas aún parecen ser una novedad. Me limpio con la servilleta, cada vez más observada por tres ancianos mudos que apuran su vino en la mesa contigua. Meto en el bolso el mapa que nos dieron como cortesía en la recepción del hotel y me levanto a pagar. El maduro camarero, quizá dueño del local, me mira con sorna y me suelta una parrafada de la que apenas entiendo palabra.

—No hablo italiano, lo siento.

—*Miracoli, miracoli!* —repite, despacio, señalando fuera.

¿Habrá dicho «milagro»? Y por un momento me río conmigo misma. Llevo toda la noche sin despegar los labios y aguantando a Juan y su móvil. ¿Me animo a conversar con el hostelero aunque sea como hablar a una pared? Porque está claro que este italiano de piel cetrina no va a pillar ni una de mis quejas.

—¡Oh sí, estoy muy de acuerdo con usted! —contesto con una risita educada—. Hará falta un milagro para que después de semejantes cuernos, ese amigo mío, que ve usted ahí, tenga ganas siquiera de dirigirle la palabra a su mujer. Y hará falta otro milagro, de paso, para mí, para que los sueños no se me crucen, sino que se me queden.

El dueño me devuelve el cambio, creo que molesto por sentirse incomprendido.

—*Molto vicino* —silabea y señala con exageración.

«Muy cerca», creo que ha dicho. Pues sí, ojalá esté cerca ese milagro que Juan espera y que espero yo.

Salgo a la noche veneciana y hago señas a Juan para que me siga porque, por supuesto, sigue hablando por el móvil. Los callejones malolientes, un canal estrecho y turbio hasta la negrura, todo se despliega ante nosotros como una historia fantasmal, maléfica e incluso vacía. ¿Estoy en las puertas de un averno y debo abandonar toda esperanza, como rezaba aquel retablo fúnebre que restauré en mi primer trabajo pagado? No lo sé, en verdad no sé ni qué hago aquí. Quizá solo dejo pasar el tiempo mientras Juan acaba su propia película surrealista, o me llega una llamada improbable de mi fantasía, un milagro donde el amor que yo pido se vuelva alguna vez realidad.

Me he sentado al borde del canal, sobre la piedra. Huele a humedad, a agua corrompida. A

mi izquierda un puente minúsculo que desemboca en los escalones de una casa. «¿No es entrañable esa manera de salir a la calle?», me digo a mí misma. Sí, sin duda, ese puente salvador merece un apunte. Saco la libreta y me pongo a dibujar.

—¡No lo vas a creer, Clara! —Juan se me acerca pero no se sienta—. Es que... ¡ni a mí me cabe en la cabeza! Los niños están con mis suegros, y mi mujer hecha un mar de lágrimas, en casa de su hermana. ¡Ahora se está dando cuenta esa tarada profunda de lo bueno que tenía la rutina y cómo ha destrozado su vida y la mía! ¡Que trague ahora las...! —Se revuelve sobresaltado y saca el móvil en su bolsillo—. Un momento, que me llama otra vez Samanta.

Me da tiempo a acabar este pequeño apunte: un puente a ninguna parte, a la luz de una luna triste, entre pálidas farolas.

Me levanto al fin, me sacudo el polvo y vuelvo a caminar sin rumbo, seguida de la voz de Juan, que se explaya en insultos por el móvil. En un recoveco del callejón solitario, un letrero y una flecha indican una dirección: *Chiesa di Santa Maria dei Miracoli*. Se me arruga la nariz en plena mueca de desilusión. ¿A este milagro se refería el dueño del bar?

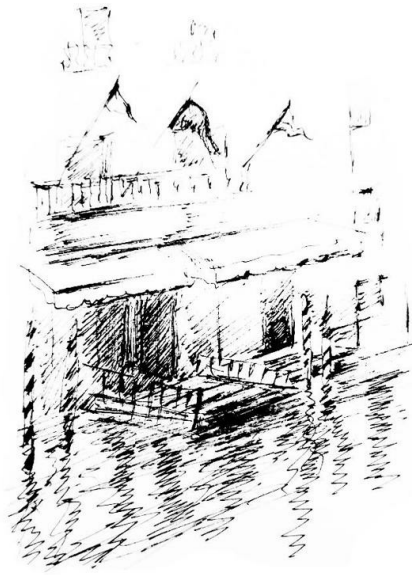
Y me recuerdo a mí misma, sintiendo igual. Justo en otra iglesia, en el santuario de Montenero, donde Berta me hizo subir para luego enredarse en conversaciones con aquel yogui iluminado llamado Aldo. ¿Por qué las iglesias me mienten, por qué me hacen creer lo que no es? ¿Por qué la vida no deja de ser una escalera hacia arriba en busca de deseos imposibles?

Mi móvil vibra en el bolso, es un mensaje. Lo abro. De repente, mi noche se ilumina:

Quiero regalarte un amanecer. A ti sola, por favor. A las 5 en el *ponte dell'Accademia*.

Es Berta. Los ojos se me humedecen. A estas horas, en su hotel, quizá acostada en la cama, está pensando en mí.

¿Será posible que existan los milagros?





Capítulo 29: Amanecer sincero

No sé lo que he hecho para que transcurran estas horas. O quizá sí.

Por lo pronto sentarme en la mullida y coqueta butaca, frente al ventanal, mientras Juan, ya en pijama, se tomaba una pastilla, apagaba el móvil y lo condenaba al destierro del cuarto de baño para evitar tentaciones.

Ha hecho bien en seguir mis consejos, solo así ha podido serenar esa jaula de grillos que es ahora su cabeza, y ha logrado conciliar el sueño. Por cierto, empieza a resultarme hasta familiar su manera de roncar.

Yo, en cambio, después de dormitar apenas en la cama gigante, me he levantado. Y aquí sigo, en el baño, pegada al móvil e inyectándole en vena su carga eléctrica para torturarlo sin piedad hasta sacarle toda la información que pueda darme.

Por lo pronto, he buscado información sobre la auténtica Francesca Rota, la presunta madre de Camilo Sarén y todo concuerda con lo que me ha dicho Berta. En antiguas biografías de la galerista se la describe de forma escueta: «Una mujer emprendedora, amante del arte desde muy joven...».

Cotejando fechas, parece fácil entresacar lo que esconde esta reseña. Al principio debió de ser una mujer oscura, a la sombra de su primer marido rico, el padre de Berta, al que sin duda encandilaría por su belleza y elegancia: viéndola en las escasas fotos donde ya regenta la galería, maquilladísima y con un vestido de estilo griego, se da incluso un aire a aquella mítica Ava Gardner, aunque sin tanta voluptuosidad.

«Muy celosa de su vida privada, poco se sabe de ella a nivel personal, tan solo que es coleccionista desde su juventud y milanesa de adopción, en su madurez», sigo leyendo.

¿Quizá fuera ella, recién casada e ilusionada, la que hizo comprar al marido rico esos primeros tres cuadros de que hablaba Berta: el Pissarro, el Berthe Morisot, el Alma-Tadema?

He seguido buscando información hasta que me ha empezado a doler la cabeza. Se habla de que la galería Rota fue un gran trampolín para algunos artistas, entre ellos, Camilo Sarén. Las fechas coinciden. En torno a 1995, Sarén, el jovencísimo artista callejero al que un documental había hecho famoso, el muchacho díscolo que pretendía ganarse el pan pintando por las calles de Manarola, volvió al redil del sistema y aceptó trabajar para la galería. A partir de ahí, su fama se triplicó.

Y es curioso: tras la muerte de Camilo Sarén, la galería empezó a languidecer tras años de éxitos. Supongo que la madre perdió al hijo y las exposiciones se hicieron esporádicas. Las fotos de Francesca ya son inexistentes y un par de subalternos cuarentones ocupan su lugar.

Sigo buscando y encuentro más datos. Hace dos años, la galería se reactiva. Francesca ya no aparece en ninguna foto, pero sí un nuevo equipo, gente muy joven, y entre ellos, la imagen de

Berta en segundo plano, pero en ningún momento su nombre como propietaria.

No me ha mentido en esto, al menos, es mi aliviada conclusión. Ha sido sincera y por lo que veo, fiel a su amor por el arte. No hay enfermedad mental en esa peluca roja y esa suplantación de identidad. La galería ha repuntado con su esfuerzo. Berta, a pesar de creerse perdida, pese a las opiniones de los demás, ha encontrado su camino. Y lo está recorriendo bien.



Me he ido a la calle, ya no podía esperar más.

Hace frío húmedo en esta madrugada, un frío que se me pega al pecho, a pesar de la chaqueta vaquera que me he abrochado hasta arriba. El móvil, mi compañero inseparable de esta larga noche, sigue en mi mano, casi ardiendo, indicándome por donde seguir: Ramo Narisi, San Marco, Locatelli, Campo Santo Stefano... Este camino, ahora tan lóbrego, no tiene nada de postal ni de souvenir romántico, sino que más bien se llena de intranquilidad e impaciencia. ¿Qué puedo esperar cuando la encuentre? ¿Y si no viene?

Estoy llegando al Ponte dell'Accademia y, tal como me temía, no hay nadie. Quizá sea demasiado pronto.

El agua se ve azul oscuro, casi negra, salpicada de tiosos *paline*, se revuelve bajo el puente vacío y la noche aún refulge entre irreales puntos de luz que lamen, como lenguas doradas, los embarcaderos de cada hotel. Miro a esas luces, chillonas, molestas, incluso. Pero la cúpula de La Salute brilla ante mí en total majestad, a modo de promesa.

Subo al puente, camino hasta el centro y me siento allí sola, en el suelo, a esperar. Hace aún más frío que cuando salí. O quizá sea que ya no estoy al abrigo de las callejuelas estrechas. Tirito un poco, me siento casi indefensa, a merced del agua y de mis sentimientos.

También este puente fue un capricho, me cuenta el móvil. Un capricho de los venecianos, que demolieron el antiguo, hecho de hierro, para construir uno de piedra. Mientras se votaba quién llevaría a cabo el proyecto se erigió un puente de madera provisional y a los ciudadanos les gustó tanto que así se quedó. «¡Mala suerte la del ganador del concurso público!», me digo a mí misma. Debí de frustrarse bastante al no ver construido su perfecto proyecto en piedra.

Y, por un instante, cierro los ojos, hundo la cabeza entre las rodillas y siento que amo este humilde puente de madera postizo, el que le quitó el sitio al esperado, al convencional, al políticamente correcto. Amo a este puente usurpador que ha unido las orillas de una ciudad que se hunde y lo envidio con todo mi corazón, porque al final se ha hecho con el corazón del agua.

—¿Te estás durmiendo, Clara?

Abro los ojos sobresaltada, no la he oído llegar. Me incorporo deprisa y me pongo en pie. Viene enfundada en vaqueros y chaqueta de cuero, sin maquillar, y me sonrío entre profundas ojeras. Quizá ella tampoco ha podido dormir.

—No, no... —me apresuro a responder, como si me hubiera pillado en falta—. Solo estaba pensando; dudaba si vendrías.

—¿Por qué no iba a venir? —Suelta una ligera carcajada—. Yo soy la anfitriona. —Me mira con tal dulzura que siento ganas de abrazarla pero me contengo—. Ya falta poco... —dice, cariñosa.

Y supongo que se refiere al amanecer. Pero yo interpreto que ya hemos iniciado la cuenta atrás, que esta noche será la clausura y que mañana embalaremos el cuadro y nos despediremos para siempre. De pronto, vuelvo a sentirme la Clara de hace tantos años, sola, abandonada,

cogiendo un maldito avión.

Se apoya sobre la baranda y la imito. Está muy cerca de mí, pero no dice nada. Ahora mismo no sé si espera el sol o a que yo me confiese.

—Berta, escúchame... —pronuncio su nombre despacio, sin mirarla. La siento aquí a mi lado, como cuando nos encontramos por primera vez, cuando yo miraba el cuadro y ella a mi apunte—. Quisiera decirte que... te he engañado.

—¿Sobre tú y Juan? ¿A que sí? —asiento, me vuelvo hacia ella avergonzada y recibo una sonrisa deliciosa, sin atisbo de rencor—. Ya me parecía. ¿Qué pareja enamorada puede venir a Venecia solo a trabajar?

Me muerdo los labios. El cielo, de forma sutil, está cambiando de color allá en el horizonte.

—Hay una razón por la que he mentido. Y es que hay algo que ya no podía hacer otra vez —musito.

—¿El qué?

—Viajar a Venecia y regresar sola... y herida.

Se me acerca aún más y me rodea con timidez por la cintura. La sigo mirando, me inundo, una vez más, de su fragancia de violetas y casi sin darme cuenta, le beso el cabello, dulce y suelto. Ella no se aparta.

—Tienes que creermelo, Clara —me susurra—, te juro que no quiero hacerte daño. Siento sí, para cerrar mi herida, tengo que abrir la tuya. —Un presagio oscuro me viene a la mente. Que no me hable de Vitoro, por Dios, ni de su hermano, que no rompa la magia de este amanecer—. Pero ahora todo da igual, ¿a que sí? Es nuestro momento.

Y me besa con una dulzura extrema en la mejilla. Le devuelvo, despacio, un beso en los labios, suave, largo, que recibe con los ojos entrecerrados. Luego le rodeo los hombros con mi brazo y la estrecho con la misma delicadeza con que la claridad está pintando el agua.

Suspira y señala a Santa Maria della Salute, que empieza a iluminarse como si alguien estuviera encendiendo tras ella una frágil vela.

—Mira allí. ¿Estás lista para desenvolver tu regalo?

Las lágrimas humedecen mis ojos. Todo es ahora un esbozo pálido de plata y nácares. Un reflejo anaranjado, como surgido de un truco de magia, va cubriendo con una finísima línea el contorno de cada edificio, envolviéndolo en oro puro. El canal, surcado apenas por un par de barcas, se tiñe de luz, como la primera aguada de una acuarela. Un sol de promesas, majestuoso e inmenso, asoma despacio y va ascendiendo por detrás de la cúpula.

Mi tiempo se ha parado. Y ella y yo, y también la baranda de este puente de humilde madera. Somos ahora dos figurantes invisibles dentro de un cuadro de Turner; parte de una pintura, parte de esta belleza que nada debe a nadie, que existe aunque nadie más que nosotras esté ahora contemplándola.

La miro de reojo. Veo sus ojos perlados de lágrimas, fijos en el sol naciente y me emociono también.

—Gracias por este regalo —digo conteniendo un suspiro—. Solo por estar aquí contigo, ahora, todo habría valido la pena.

Me aprieta la mano que tengo aún en su hombro. Sé que quiere hablar pero no puede. Al fin, despega los labios en un susurro que suena a súplica.

—Yo soy la que te da las gracias. Y te las voy a seguir dando durante todo este día, hasta que llegue el momento de la clausura. ¿Querrás acompañarme por unas horas?

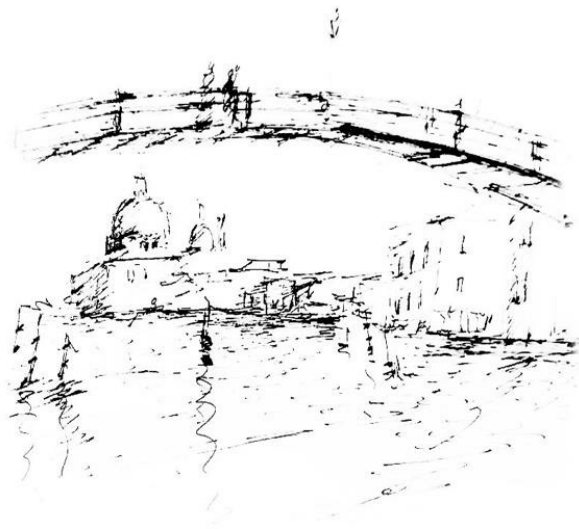
Sí... Ocho horas, diez, las que ella quiera, hablando o en silencio; pero a su lado, como

aquellos días mágicos en Cinque Terre, los que llevo guardados en mi corazón como la joya más real en medio de la falsa bisutería que han sido mis relaciones.

Pero, ¿y Juan? ¿Le importará pasar el día solo? Por un momento dejo de ser egoísta y pienso en él, ahí tirado, en medio de su batalla. Aunque la lógica se impone de inmediato: no sé cómo va a acabar la historia entre él y su mujer, pero está claro que hoy necesita más de su móvil que de mí. Quizá hasta sea capaz de decirme que se marcha de Venecia en el primer vuelo.

—Iré contigo a donde me lleves —le contesto.

La beso de nuevo. Mi mano vuelve a acariciar su pelo, se demora por su cuello, se cuela por su chaqueta de piel hasta hacerse con su cintura. Hay ya un par de turistas tomando fotos de La Salute ya amanecida, y compruebo con ternura, que ella se aparta un poco, avergonzada, pero me envuelve en una mirada de promesa y casi, de adoración.





Capítulo 30:

Escondido en el *palazzo*

Como en una nube de luz, cada vez más rotunda, me he dejado guiar por ella y hemos pasado por una plaza que se desdiseña en sombras larguísimas al primer sol de la mañana. Bajo el Campanile, recortado en el celeste pálido del cielo, ya hay gente trabajando para proveer las tiendas aún cerradas al público. Y muy pocos turistas en este mundo de cuento donde hoy quisiera ser, con ella, la única habitante.

Hemos convenido en desayunar en el hotel. Creo que necesito un café fuerte para convencerme de que no estoy en un sueño.

—¿Te espero en la azotea y tú le explicas a tu... Juan?

No he podido evitar una sonrisa ante su gesto cómplice. «Pero a Juan no le importará», vuelvo a decirme, a juzgar por la tarde y noche de ayer. Su cabeza seguirá navegando por los audios de su móvil, más que por los canales de Venecia.

Mientras ella sube a la azotea, donde al parecer sirven el desayuno, voy a mi habitación. Y... ¡sorpresa! Ahí está Juan, junto a la ventana, duchado, vestido y recién afeitado, haciéndose un *selfie*.

—¡Un segundo, Clara, que esta me va a salir perfecta! —Hace clic y me mira de pasada, aunque con reprobación—. Joder, si te vas a correr temprano, podías haber dejado una nota. ¿Es que no piensas nada más que en ti? —Ni siquiera repara en que no llevo ropa de deporte. Vuelve al móvil, contempla la pantalla y sonríe satisfecho—. Venga, hazte otra conmigo. —No sé qué mosca le ha picado pero, ¿para qué decirle que no? Acerco mi cara a la suya y pongo cara de foto, falsísima—. ¿Sabes qué he pensado mientras me duchaba? —me dice mientras se aparta y teclea, supongo que para subir la foto a sus redes sociales—. Que voy a disfrutar esta mañana, ya lo creo. Tú y yo nos vamos a ir a pasear por ese puente tan chulo que está ahí al lado y por la catedral, y hasta nos vamos a comprar una máscara bien hortera. Por nosotros mismos, porque lo valemos. ¿Cómo lo ves?

Entiendo que el objetivo no es ligar conmigo a estas alturas, sino vengarse al fin, hacer sufrir a su mujer, ahora que ella quizá está arrepintiéndose de su fugaz relación extramatrimonial; y demostrar a su pequeño mundo de familiares y amigos que él también sabe poner cuernos, y que todo lo ocurrido le resbala.

—Lo siento Juan, es que he quedado... —No tengo que decirle más, nos comprendemos demasiado bien.

—Ah, vaya... —Me mira de arriba abajo, ahora ya con más detenimiento—. En fin, me alegro por ti, aunque me parece que esa chica rica está un tanto tocada de la cabeza, ten cuidado.

—Guarda el móvil en el bolsillo y resopla—. Y no pasa nada, me iré solo, ¡qué remedio!

—Dijiste que no te apetecía siquiera salir del hotel —apunto con suavidad.

—Bueno, uno cambia, ¿sabes? —Eleva las cejas muy digno—. Por cierto, no me has preguntado, pero te lo diré. Paula está hecha polvo, al parecer han bastado unos días de convivencia real con su «principito» para poner los pies en la tierra y darse cuenta del rey que tenía al lado. Me han contado que está muy arrepentida.

—¿Y si te llama, qué vas a hacer?

—Mandarla a paseo, por supuesto. A mí no se me trata así. —Coge la cartera de la mesilla y revisa su interior—. ¿Desayunamos? Aunque supongo que la chica rica te estará esperando, claro. En fin, ten a mano el móvil por si llama Garrido, o la empresa de transportes. Mañana a primera hora el cuadro se marcha y nosotros también. No estamos de vacaciones indefinidas, tenlo presente.

—Que sí, pesado... —Le doy un beso en la mejilla y un rápido apretón en el brazo.

Berta ha planificado la mañana mientras desayunamos en la azotea, bajo la intimidad de un parasol color crema que filtra la luz sobre su cabello. Estamos casi a solas. Supongo que los huéspedes del hotel aparcan el romanticismo para las horas de la noche y no disfrutan como yo, de estos instantes de sol recién estrenado.

A pesar de las ojeras, la encuentro preciosa así, sin maquillar, inocente como una niña, o más vulnerable, incluso.

—¡Qué coraje, seguro que habrá colas de japoneses por cualquier parte! —se queja con autoridad, como si Venecia fuera suya, mientras mastica el último pedazo de su *brioche*. Acaba de quitarse la chaqueta y luce una camiseta de manga corta, de marca, pero sencilla—. Es el problema de esta ciudad en septiembre; a pesar de que ya acabó la *Mostra*, sigue a rebosar. La prefiero en invierno, desde luego.

—Si se trata de llevarme a ver algo, por mí no te preocupes. —Me acabo el zumo y dejo casi a la mitad el café. Es curioso, pero al estar junto a ella, me olvido del sueño, aun habiendo pasado la noche en blanco—. Soy de esas que valoran el viaje más por la compañía que por el paisaje.

—Pues tu compañía hoy tiene una cara horrible, ¿a que sí? —Me guiña un ojo y la envuelvo en una mirada llena de ternura mientras contemplo su cara de cansancio. Sin embargo, la voz le baila feliz, casi ilusionada—. Te voy a llevar a un lugar que no suele visitarse, pero que te encantará. Es otro de esos lugares, aparte de Manarola, donde yo adoraría vivir. —Se ríe, divertida con su propio secreto—. Pero, como es lógico, no está en venta. Voy a retocarme un poco y nos marchamos, ¿sí?

Mientras va al servicio, aspiro este aire húmedo, algo fresco que me trae hoy el Adriático. ¿Olerá así la felicidad? Pero la llamada de Juan irrumpe en mis oídos, robándome todo el encanto. Empiezo a temer que va a ser mi sombra durante todo el día.

—¿Qué pasa ahora, Juan? ¿Más novedades de tu mujer?

—Clara, te recuerdo que estamos trabajando, aunque a ti no te lo parezca. —Su voz suena molesta—. Y no, no es nada privado lo que voy a decirte. Solo que acabo de echar un vistazo a los folletos culturales que he cogido en la recepción del hotel. La exposición se celebraba en el Palazzo Almaviva, ¿verdad?

—Sí, eso nos dijeron.

—Pues según este folleto, se clausuró hace dos días. Nuestro *Caballo que espera* debe de estar galopando solo tras la puerta cerrada, o con las riendas colgadas de la pared y muerto de

risa. Oye, ¿de qué va esta Francesca Rota? ¿Qué homenaje ni qué leches hay esta noche? —Me pongo tensa.

—Juan, a lo mejor se trata de un acto aparte, la galería Rota puede hacer lo que quiera.

—¿incluyendo el engañar a nuestra fundación con las fechas? Entiéndeme, no me quejo de que se me invite a Venecia a gastos pagados, pero entre lo de las feministas grafiteras y esto de retener un cuadro... Mira, vamos a hacer una cosa. Ven aquí con Berta y aclaramos de una puta vez todo esto. Estoy esperando el *vaporetto*, en la parada de San Angelo.

Vuelven a asaltarme las dudas. Tiene razón, esto no es normal.

Berta regresa, feliz, con los labios pintados de color fresa, algo de rímel y un toque de colorete, quizá excesivo.

—¿Con quién hablas? —me pregunta, curiosa.

Y otra vez, la sombra de la mentira cruza por mi mente, como si un buitro nos acechara con sus alas negras, al otro lado del Gran Canal. La miro con tristeza y contesto a mi compañero.

—Bajamos en un momento, Juan. No te vayas.



La parada de Sant'Angelo bulle, en efecto, de turistas japoneses que suben ordenados al *vaporetto*. Nos hemos colocado a un lado para poder entendernos. Creo que Berta está rabiosa, pero trata por todos los medios de disimularlo.

—A ver... sí, es cierto. La exposición se clausuró de forma adelantada hace dos días, la mayoría de los cuadros se retiraron deprisa por el asunto del grafiti, pero aún están colgados *Caballo que espera* y *Always Susana*. A puerta cerrada, os lo juro.

—¿Por qué? —increpa Juan.

—Es que esta noche habrá una recepción exclusiva dedicada a...

—No mientas más, Berta —la corto tras un suspiro—, ya es hora de poner las cartas boca arriba. Me has dicho que no habrá ningún homenaje, que Francesca vive retirada y que tú eres la única dueña de la galería Rota.

Juan se vuelve hacia mí con cara ofendida.

—¿Ah, sí?

Los ojos de Berta me miran como los de un animal acorralado. Temo que vaya a montar un número histérico.

—Ven, siéntate. —Trato de cogerla de un brazo y llevarla hacia los asientos que acaban de dejar libres los japoneses, pero ella se zafa de mi agarre.

—No, no quiero. Tú... tú me ibas a ayudar, Clara.

—¿Pero a qué, joder?

—Que se vaya él y te lo cuento a ti —me pide apremiante.

—¡¡Esto ya es la leche!! —estalla Juan—. ¡Exijo que nos lleves de inmediato al Palazzo Acquaviva o como se llame, a gestionar la vuelta del cuadro!

Veo que Berta respira cada vez más deprisa. La cara se le contrae en un feo rictus, mezcla de desafío, rabia y llanto contenido. Me mira cada vez más nerviosa, como en espera de ayuda.

—No os podéis llevar el cuadro hasta mañana, por favor, Clara...

Los observo a los dos. Berta maquina algo para esta noche y no me lo quiere decir, pero tengo la intuición de que no es nada contra nuestros intereses. ¿Y si esa recepción fuera en el fondo una manera de alargar mi estancia para estar con ella una noche?

Pero vuelvo a la realidad de inmediato y me doy cuenta de que no soy tan importante para ella. He hecho kilómetros solo por volver a ver en directo sus ojos de muñeca triste. Pero, aparte de nuestro amanecer en el Ponte dell'Accademia, ¿qué me ha demostrado ella?

—A ver, Berta, si al menos nos enseñas ahora el estado en que se encuentra el cuadro... — sugiero.

—¡El cuadro está en perfecto estado!

—Pues llévanos a verlo —pido haciendo una seña a Juan, que mantiene la boca apretada para no desbordar de indignación—, y así, mi compañero no tendrá inconveniente en esperar al fin de la... recepción.

—¿No os fiais de mí, es eso? —Respira un poco más serena—. Pues os llevo ahora mismo, si es lo que tú quieres.

Sin mirarme pasa por delante y echa a andar, muy erguida, con la chaqueta en el brazo y segura de que la seguiremos.

—Menuda tarada impresentable... —farfulla Juan, caminando a mi lado.

Yo no digo nada. Tengo la vista fija en ella, en su bonita melena, hoy descuidada, en sus caderas algo desproporcionadas para su talle corto, pero que, sin embargo, le dan ese aire tan sensual al andar. ¿Por qué todo en esta chica tan adorable es un tira y afloja?

Nos lleva deprisa, quizá demasiado, a través de un dédalo de calles y casas hasta desembocar en una plaza. Miro el rótulo: Campo de Santo Stefano.

Y, de pronto, todas estas casas resuenan con nitidez en mi recuerdo, a la luz de la mañana. Porque yo he estado aquí, solo que hace casi trece años. Las imágenes de otra dolorosa visita a Venecia se despiertan dentro de mí como los rescoldos de un mal sueño.

Ella para ante las escalinatas. Dos columnas coronadas por sendas farolas dan acceso a una edificación de vegetación abundante en torno a la reja abierta.

—Este es el Palazzo Almaviva, remodelado hace una par de años hasta recuperar su estado original —explica ella con mirada casi retadora—. Ahora depende del Instituto de Artes, aunque hace años, era propiedad particular.

Trago saliva con trabajo. Aquí tuvo lugar aquella fastuosa muestra de la que fui parte crucial. Aquí se expusieron mis sentimientos, para mayor gloria de Jorge Vitoro.

—*Exposizione chiusa*. —Escucho la voz de Juan leyendo un cartel—. ¿Y por qué está abierta la reja?

—El espacio también tiene ahora otros usos —contesta Berta con voz impersonal—. Hay cafetería, biblioteca, incluso se celebran bodas.

—Muy bien, pues vamos dentro.

Carraspeo al escuchar las palabras de mi compañero. No tengo ninguna gana de entrar en este instante ni de reavivar antiguos recuerdos. Un vago presentimiento me ronda por la cabeza. Siento como si se me hubiera tendido una trampa.

—Entra tú, Juan, yo os espero aquí fuera.

Le convenzo con pocas palabras más. ¿Qué importa, qué importa todo? Ahora sé cuál es su plan. Temo que esta noche habrá una recepción, sí, pero muy pocos invitados. Quizá solo estemos nosotros, o incluso Berta se las apañe para apartar a Juan y dejarme sola, como compañera obligada de su juego. No lo sé.

Pero hay algo de lo que estoy casi segura: Jorge Vitoro asistirá dentro de unas horas a ese acto al que quizá solo estemos convocados por una parte, él, Berta y yo; y por otra, un cuadro con un caballo y una niña, que en verdad se titula *El delito*, y a lo mejor hasta un fantasma

llamado Camilo Sarén.

La sangre se me está helando por dentro, como si un escalofrío me recorriera la columna. Dejo de mirar el patio, el pozo y la reja de entrada, y me alejo para contemplar desde otra perspectiva esta fantasía neogótica de dos caras, que por un lado mira hacia mí y por otro, al abismo del Gran Canal.

Mi vista, sin saber por qué, se va detrás de un turista delgado, de pelo canoso peinado hacia atrás y mochila a la espalda. Contempla el *palazzo* con curiosidad. ¿Quizá se ha llevado, como nosotros, un chasco al ver la exposición cerrada?

Algo me resulta familiar en él. Le veo sacar el móvil, y llevárselo a la oreja. Luego titubea y empieza a caminar en círculo por la pequeña plaza. Pasa tan cerca de mí que alcanzo a oír su voz un tanto melosa, y algunas palabras sueltas.

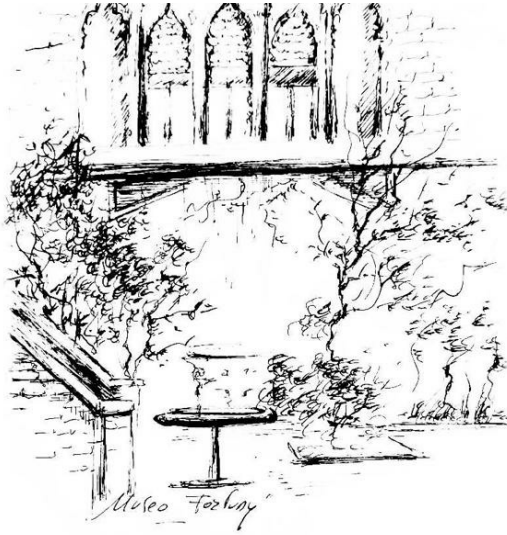
—Berta, tesoro! *Come stai?*

Y entonces me acuerdo de él. ¡Es Aldo, el gurú de Montenero! El yogui, chamán o lo que fuera aquel amigo de Berta que allá arriba, junto al santuario, me hablaba de soltar peso y miraba con morbo mis pies desnudos.

¿Qué hace aquí este tipo, tan lejos de Manarola y con una mochila? No es casualidad, desde luego. Agudizo el oído cuando pasa cerca, le escucho hablar y veo que asiente varias veces, despacio.

Ahora desearía con todas mis fuerzas saber algo más que tres o cuatro palabras en italiano.

No va a esperarla, según parece. Le veo irse aún con el móvil en la oreja y en dirección a una casa estrecha donde hay un cartel ennegrecido: Ostello. Debe de ser una pensión y, a juzgar por su aspecto, muy barata. Todo es cada vez más raro. Pero una luz se me enciende en la mente: quizá él también está invitado a la extraña recepción de esta noche.





Capítulo 31: Pacto

Juan ha quedado convencido. Solo había que mirar su cara de satisfacción en cuanto él y Berta asomaron por la reja del Palazzo Almaviva. El cuadro cuelga aún de la pared en la sala de exposiciones y se encuentra en perfecto estado.

Quizá por eso ha consentido en dejarnos solas en lo que queda de mañana. O también porque arde en deseos de volver a su tema: su mujer ya habrá visto las fotos de Venecia y estará perpleja e incluso celosa de esa compañera de trabajo a la que creía lesbiana y que en las fotos aparece acaramelada con su marido.

Pobre Paula... Recuerdo con qué desconfianza me miraba cuándo nos conocimos, hace años, a la salida de la piscina municipal. Juan me había convencido para que me apuntara, al igual que él, como ayudante voluntaria en las clases para discapacitados, algo en lo que no duré ni un mes. Aquella tarde, ella había ido a recogerle y nos vio salir bromeando. «Esta es Clara, la novia de Nora, ya sabes, la del museo», me presentó él, enseguida; y, al momento, el gesto adusto de su mujer dio paso al relax.

—Todo parece en orden —me susurra mi compañero mientras Berta se despide de un vigilante, justo a las puertas del palacio—. La sala estaba cerrada al público pero a esta pirada la respetan mucho por aquí. Como se puso a hablar por teléfono aproveché para preguntar al guarda de seguridad y más o menos le entendí que la *signora* tenía una *celebrazione* privada esta noche, algo dedicado a artistas españoles que trabajaron con la galería Rota. En cualquier caso, ha cerrado el edificio para su propio uso; debe de estar forrada de pasta la niñata.



Y ahora, de nuevo con Juan ya lejos ejerciendo de resignado turista, nos encontramos a solas Berta y yo. Otra vez se ha convertido en mi guía y me he dejado llevar tratando de escrutar cada mínimo gesto.

Ella llena el silencio hablando y gesticulando con exageración mientras avanzamos por la plaza. Los turistas desayunan bajo los parasoles y el sol avanza, feliz, por encima de nuestras cabezas.

—No me resulta simpático tu amigo, Clara. ¿Es de fiar?

—Depende de para qué —contesto con sequedad.

—Es que es tan simple... tan cuadriculado.

—A veces, tener los pies en la tierra y ser franco resulta una bella cualidad. —Se encoge de hombros, pero creo que eso le ha dolido.

—Ya veo. Te has acostado con él, ¿verdad?

—¿Te resulta un problema?

—Yo no te entiendo, Clara. —Aminora el paso y me mira de reojo. De pronto, se para y se

gira del todo hacia mí—. ¿De qué vas?

—¿De qué vas tú? ¿Primero con tus eternos planes de boda y luego con tantas mentiras?

—¿Y tú? —Se está poniendo tensa. Las lágrimas le asoman a los ojos mientras tartamudea —: ¿Y tu cariño de antes, tus besos en el puente, tu forma de mirarme? —Otra vez esa especie de tic nervioso le hace temblar el párpado derecho. Por un momento, he creído que está celosa, pero empiezo a pensar que no. Teme perder su poder sobre mí—. ¡Y al final harás como la otra vez! —grita muy por encima de su tono.

—Berta, tranquilízate o la gente va a empezar a mirar.

—¡No me tranquilizo! —Está temblando de la cabeza a los pies—. ¡Vas a dejarme sola!

Siento que algunos paseantes nos miran. La veo tan frágil, tan próxima a un ataque de nervios que, de repente, la abrazo con fuerza y ella rompe a llorar. ¿Qué voy a decirle? ¿Que me protejo de soñar con ella, que me contengo para no quererla más y acabar herida?

—Berta, mírame, por favor. —Se estremece cuando la aparto. Saco un pañuelo de papel, le limpio con suavidad el rímel corrido y luego giro la cabeza a uno y otro lado para ahuyentar dos o tres miradas de curiosos que cruzan la plaza. La voz se me entrecorta—. No te voy a dejar sola hoy, ¿me crees?

Toda la pintura ha huido de sus ojos, como un río. Las lágrimas le resbalan en silencio, como si un dolor demasiado profundo le impidiera siquiera articular palabra. Al fin despega los labios, pero aún respira agitada.

—Yo solo te pido esta noche.

¿Eso es todo lo que desea de mí? Me muerdo los labios hasta casi hacerme daño, pero pronto me invade algo parecido a la resignación. Yo la quiero, ella... ella solo me necesita. Tal vez mi destino sea ese, ser usada y tirada para el triunfo ajeno. Quizá mis viajes a la Venecia del amor se resuman en servir para algo, bien sea a los planes de una mujer, bien a la gloria de un hombre. Pero puede que ahora, frente a su cara contraída y mojada, todo me dé igual. Estoy segura de que los problemas de ella, al menos, no giran en torno a su ego. Que me use, si eso le devuelve la paz o a lo mejor, hasta la alegría.

—No te preocupes. —La beso en la mejilla con delicadeza extrema, discreta, sin apenas rozarla, y la veo cerrar los ojos—. Sea lo que sea eso que necesitas, no te fallaré.

—¿Por qué he de creerte?

Callo. ¿Digo la verdad? ¿Porque siento que algo muy fuerte me liga a ti, a pesar de que tú nunca seas capaz de dejar a tu novio y yo deba marcharme mañana, con tu recuerdo a cuestas?

No, no se lo digo.

—Soy de fiar, Berta. Cuando me comprometo a algo, llego hasta el final —contesto casi arrastrando las palabras.

La barbilla le tiembla. Me aprieta la mano, mira alrededor quizá abochornada porque los empleados de la *gelateria* no nos quitan ojo.

—Vámonos. —Me coge del brazo con suavidad y tira de mí casi sin fuerza.





Capítulo 32: La dama del vestido

Delphos

He aprendido a disfrutar del silencio a medida que he cumplido años. «Supongo que es un signo de madurez», pienso mientras espero aquí, en la entrada del museo Fortuny, a que Berta saque las entradas.

Y he aprendido, también, a no romper esas treguas de sonido. Hoy en día, evoco mis años de estudiante y me resultan absurdas aquellas horas de música a todo volumen, acabando trabajos a carboncillo a ritmo de *Baby one more time*, o proyectos de perspectiva cantando *I'm a slave*. Días y meses de trabajo duro con aquella Britney Spears en el cénit de su gloria. Pero no me pasaba solo a mí. La clase bullía de música, según el carácter de cada profesor. Pintábamos, esculpíamos al ritmo impuesto por el primero que llegaba y enchufaba el equipo. Luego, tras mi etapa con Jorge Vitoro, llegaron aquellos años oscuros, de los que no recuerdo sino una banda sonora confusa, sin ninguna voz en particular. Y luego *Me, myself and I* convertida casi en himno de supervivencia por mérito de Beyoncé, recordándome que yo iba a ser, para mí misma, la única tabla a la que agarrarme.

Me sonrío para mis adentros al pensar en Juan y ese infumable y manido hilo musical sesentero con que me machaca cada día en el trabajo. Supongo que no me estorba porque casi ni reparo en él. Al igual que mi carácter, las músicas que llevo en la cabeza se han ido aquietando cada vez más.

—*Visita guidata, per favore?* —un empleado del museo me interroga con la mirada y luego hace lo mismo con los escasos visitantes que ya llevan su entrada en mano junto a la taquilla.

No le hago caso. Supongo que Berta me guiará, como siempre hace, como hizo en Manarola, como ha hecho hace un momento cuando hemos subido las escalinatas de piedra. Quizá esto no sea como el regalo del Ponte dell'Accademia, pero siento que me va a mostrar también parte de su intimidad.

Vuelvo a mí y a mis silencios. Y aquí, en el vestíbulo de este nuevo palacio gótico, me maravillo de cómo hemos podido no decirnos una sola palabra mientras veníamos. Mutismo absoluto tras el estallido. Yo, a corazón abierto y como siempre, sin respuesta. Ella, en su mundo intrigante. Sin embargo, percibo en su forma de comportarse, una cercanía intensa. Cada roce inesperado de nuestras manos es ahora, mucho más que en Cinque Terre, una excitante descarga eléctrica.

La miro, de espaldas, sacando los tickets y pienso que es alucinante cómo puede romperse con tanta facilidad. ¿O quizá no lo hace tan a menudo? A lo mejor reserva sus histerias para Adolfo, para mí, o para cualquiera que cuestione algo de lo que hace.

—Ya podemos entrar —me dice viniendo hasta donde estoy, con su habitual sonrisa y sus ojos limpios de niña buena, como si nada hubiera pasado hace una rato. Le sonrío—. Este lugar impacta, ¿a que sí? Ahora verás los salones, ¡son enormes! —De nuevo señala y manotea con total desparpajo, muy animada—. ¿Sabes? Cuando Mariano Fortuny abrió aquí su estudio, ¡había por lo menos trescientos inquilinos viviendo! —Elevo las cejas para darme por enterada pero sigo pendiente de su tono de voz, ahora tan jovial y festivo y admiro su capacidad para cambiar de humor—. Pero Fortuny lo fue comprando poco a poco, restaurándolo hasta quedárselo al completo y hacerlo su casa y su taller. ¿No es maravilloso poder vivir así entre lo que te gusta? Él y su esposa recibían aquí a artistas, a poetas...

Hace una pausa, como si la satisfacción del maestro Fortuny fuera la suya, y pienso que así de feliz debió sentirse ella misma cuando compró la galería Rota. Creo que en el fondo, a pesar de ser joven y tener esos arranques de loca de atar, Berta ama el arte además de tener un gran olfato para los negocios, en contra de lo que piense su novio oficial. Estoy segura de que podría llegar a construirse un nombre sólido en su terreno si creyera en sí misma un poco más.

Nos adentramos en las primeras salas y el tono de su voz desciende, aunque no su entusiasmo.

—¿A qué resulta increíble? —comenta—. Fortuny no solo era pintor, también hacía fotografía, escenografía, textiles... incluso de pequeño, fue modelo de su padre, aunque no tengo que contarte, tú seguro que lo sabes.

Sonrío un poco. ¿No voy a saberlo? Nuestra fundación tiene un pequeño boceto preparatorio a lápiz del primer Fortuny de la saga, el padre, fallecido a los treinta y ocho años. Ese apunte, enmarcado en plata y colgado en nuestra sala IV representa precisamente al pequeño Mariano, de niño, con apenas dos años y aspecto de querubín de pelo rizado.

—Un pintor que fue modelo de pintor, como yo —contesto sonriendo al recordarlo—. Solo que a él le retrataron con más talento y con más cariño que a mí. —La miro con curiosidad—. ¿Has posado alguna vez para un artista, Berta?

—¡Oh, no...! —Ríe, quizá nerviosa—. Aunque mi hermano siempre decía al final que yo había sido su inspiración. Mira, mira cuántas maravillas...

Apenas hay dos personas. En silencio me dejo llevar por esta exquisitez de estucos, cenefas y murales, y siento como si Berta me hubiera trasladado en la máquina del tiempo a una mansión a la vez gótica y decimonónica; lujosa, sí, pero tan íntima como el hogar de un artista que trabaja duro y ha salido un rato a tomar un café.

—¿Sabes? Para mí, que soy un pelín teatrera, Fortuny es el escenario del... —se interrumpe, su entusiasmo da paso a una mueca de fastidio mientras el móvil suena en su bolso—. ¡Vaya, justo ahora! Son detalles de la recepción de esta noche, solo será un momento.

Se aparta, retrocede y casi se oculta de mí. La escucho hablar en italiano. Pero por el tono de voz, imagino que discrepa con su interlocutor y me temo que va para largo.

Deambulo, curiosa, por las salas vacías. En esta hay pinturas enmarcadas, pequeños formatos y espejos. Después, paso a un espacio amplio dedicado al trabajo textil del artista: varios maniqués exhiben vestidos que bien podrían colgarse en el armario de Audrey Hepburn.

Miro alrededor, tampoco hay nadie en esta sala. Desde luego el museo no es un foco turístico. O sí. Hay una mujer mayor, casi a punto de meter la nariz en uno de los vestidos de suave color anaranjado. Al verme se retira un poco, como si la hubiera pillado en falta, y me habla en un raptó de éxtasis.

—*Bello, vero?*

Supongo que habla del traje, claro, aunque no sé qué decir. Pero estamos solas y sería una grosería ignorarla.

—Sí, *molto*... —digo tratando de construir una frase coherente en italiano, pero no tengo ni idea— elegante, demasiado para mi gusto.

Se me queda mirando muy seria, bajando un poco sus gafas de pasta negra. La boca amarga se le tuerce hacia arriba con dificultad, como si quisiera mostrarme ahora todo su desdén.

—¿Para tu gusto? —me contesta en sorprendente y perfecto español—. ¡Qué inepta se ha vuelto la juventud de ahora! Esto, hija mía —explica señalando al modelo colocado con dignidad sobre un maniquí sin cabeza—, esta maravilla es una obra de arte, no un simple vestido de cóctel.

Por un momento me siento como si estuviera hablando con Nora, la más sarcástica y mandona de todas las parejas que he tenido. ¿Qué tripa se le ha roto a esta señora? ¿Es una vigilante camuflada, quizá una de las guías del museo? Aunque desde luego parece compatriota, a juzgar por su acento. Es más, su cara tiene algo que me resulta familiar.

—Se sorprendería usted de todo lo que sabe la juventud de ahora —le replico con otra risita tan educada como sibilina.

—Y además de ignorante, impertinente. Lo tienes todo, hija... —La oigo murmurar entre dientes.

Creo que o me contengo o me reiré en su cara. Me muerdo los labios para no alargar este cruce de inesperadas pullas y vuelvo la vista al vestido en cuestión, que es una especie de túnica griega plisada con suavidad. Entonces ella se me acerca hasta invadir mi espacio, para hablarme casi al oído.

—El vestido Delphos respeta al cuerpo, lo cubre, lo vela, pero no lo transforma —me susurra—. Llevarlo sobre la piel es como presentarse desnuda en una fiesta sin que nadie se escandalice.

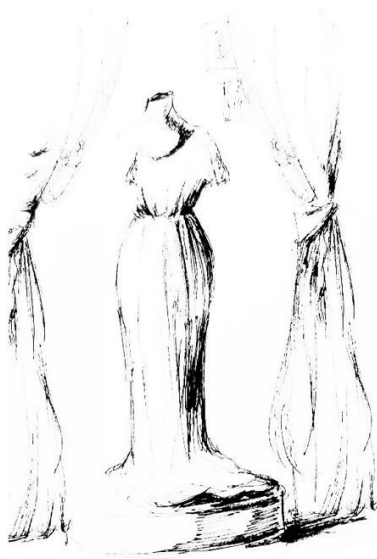
Siento su aliento a café, su penetrante perfume amaderado y me pregunto de dónde demonios se habrá escapado esta mujer. ¿Será una antigua diseñadora, una especie de Coco Chanel jubilada que pasea su nostalgia por museos de moda?

De pronto, a mi espalda, resuena la voz de Berta.

—¿¡Francesca!?

Me vuelvo, sorprendida, hacia mi amiga. Una mezcla de sobresalto y miedo se ha pintado en sus facciones.

Y entonces caigo en la cuenta. Estoy ante la famosa, la enigmática Francesca Rota, solo que con muchos años más que su foto en internet.





Capítulo 33: De cara a la

galería

Mis ojos ya no se detienen por las suntuosas sedas color marfil que llenan la sala. Más bien están volando una y otra vez, como si se tratara de un partido de tenis, desde las facciones de Berta a las de esta mujer de unos sesenta y largos, de rostro surcado por finas arrugas, y mirada aguda e incluso hermosa, bajo sus gafas de montura negra.

¿Cómo iba yo a reconocerla? La opulenta mata de cabello caoba que lucía en las fotos antiguas ahora es uniforme cabello blanco azulado, en perfecto corte a la altura de la mandíbula.

—¡Qué casualidades tiene la vida! ¡Berta, querida mía!

Los ojos, casi negros, le brillan como dos ópalos oscuros en la cara pálida. Pero, frente a ella, Berta parece incluso aún más blanca.

—Pues sí que es casualidad, Francesca. No esperaba verte... aquí.

—Yo tampoco esperaba saber que mi antigua galería, a la que tanto quise, acaba de clausurar una exposición nada menos que en el Palazzo Almaviva. He tenido que enterarme por un cartel.

—¿Y cuándo has...?

—Llegué ayer por la tarde. Viaje relámpago, de negocios, podría decirse —suspira con gesto melancólico—. El Palazzo Almaviva... ¡Ah, cuántos recuerdos de aquella muestra de 2005!

Berta abre y cierra la boca como si le faltara el aire, y a mí se me encienden las alarmas. Primero, porque temo un ataque de nervios por su parte, pero también por las palabras de Francesca. ¿La enigmática galerista también estuvo allí hace años, en aquella maldita *performance* de la que yo fui parte activa? ¿También ella, como el resto, aplaudió a Jorge Vitoro mientras destrozaba mi corazón en público?

—Porque tú no sabes de qué hablo. —Se vuelve a mí, con inesperada familiaridad—. Pero, en realidad, fui la comisaria en la sombra, una de las artífices de aquella muestra dedicada a artistas jóvenes de la *performance*, la más completa celebrada nunca hasta aquella fecha. —Su voz adquiere un punto reminiscente—. Por entonces, la galería Rota tenía un gran renombre, y yo también. Llevo muy adentro todo lo bueno... y todo lo malo de aquellos días de arte libre, rompedor, devastador incluso.

Se me revuelve el estómago al recordar. Pero, a pesar de todo, soy capaz de percibir en ella una amargura profunda además de la esperada nostalgia por los éxitos del pasado. Y entonces caigo en la cuenta de que esta es la madre de Camilo Sarén y que, por entonces, su hijo ya debía de estar enfermo.

Berta permanece muda, como paralizada frente a esta mujer altiva con modales de aristócrata.

—Pero no es momento de hurgar en pasados que no van a volver. —Se coloca las gafas y me enfila con los ojos entornados—. ¿Esta señorita es amiga tuya? —Berta afirma, como congelada, y sin decir palabra—. Le contaba a ella, porque parece que no lo sabe, que el vestido Delphos marcó un hito en la historia de la moda femenina. —Señala al traje y de nuevo se gira hacia mí—. Esos plisados únicos y el secreto de esos tintes se han perdido. La esposa de Fortuny los tiró al Gran Canal días después de la muerte de su marido, para que nadie pudiera saber su composición. Y no me parece mal, por cierto. El arte, a veces, debe sacrificarse para ser grande. —Hace una pausa y arruga el entrecejo, mirando a Berta—. Pero cuéntame, pequeña mía, ¿estás bien? ¿Por qué no dices una palabra?

—Siento... siento no haberte invitado, Francesca. Pero te imaginaba en Andorra y con pocas ganas de gastar en un viaje, ya me entiendes.

—Oh, todo va mejorando, cariño, aunque ya sin la compañía de mi cuadro de Pízarro y sin algunos de mis vestidos más apreciados. Ellos me van salvando de la quema, como ya sabes, o de vender un riñón. —Se ríe con una risa tan despectiva que me hace sentir incluso pena por ella.

—¿Y cuándo te marchas, Francesca? —La voz de Berta suena ya más encajada, más segura de sí pero, a pesar de todo, forzada.

—Muy pronto. Ya salieron a subasta varios de mis últimos vestidos Delphos, sabes que llegué a tener una linda colección, y necesitaba estar presente para despedirlos. Pero hay un coleccionista interesado en el resto y ese es el triste motivo por el que aún sigo en Venecia. Estoy citada para hablarlo en...

—Todo va y viene, Francesca, hasta lo que más apreciamos —la interrumpe Berta—. Lo importante es que tú estés bien. —Parece deseosa de acabar cuanto antes la conversación.

—Ya lo sé, querida, y supongo que encontrarán un buen hogar, quizá a lo mejor hasta en este museo. —Mira alrededor, creo que con ternura, a las columnas de la amplia sala, a los tapices que llenan de color pastel las paredes, a las gasas delicadas que hacen de este lugar una Venecia oriental, en plena ruta de la seda. Luego, me enfila con sus gafas de pasta negra, como si ella fuera la maestra y yo la más obtusa de sus alumnas—. ¿Sabes, muchacha? El arte lleva consigo, de un modo u otro, una dosis de sufrimiento.

No sé por qué me inspira asco esa frase lapidaria. Supongo que porque Jorge Vítoro decía algo parecido cuando me hacía retorcerme en poses insostenibles. Y mi mente ya no piensa en este lugar, ni en esta belleza, más bien viaja en el tiempo a aquella relación maldita.

—A veces el sufrimiento no puede ni debe convertirse en arte —contraataco y ella se yergue, orgullosa.

—El arte, querida mía, necesita de todo: del bien y el mal, del dolor y el amor. Así, el ser humano se eleva sobre sí mismo.

—¿Acaso el arte lo justifica todo?

Me resulta insoportable una grandilocuencia tan absurda. No se rinde y, ante mi ataque, insiste.

—Creo que no me entiendes. Me refería a que la obra de arte puede convertirse en un mundo paralelo, un auténtico todo. Y harías bien en estudiar un poco antes de hablar. Infórmate sobre el famoso músico Richard Wagner y sus óperas, por ejemplo. Esa concepción de imagen, luz, escena, dándose la mano —mastica cada sílaba, se exalta casi con sus propias palabras—, la conjunción de los sentidos, de los sentimientos, es lo que propicia la obra plena, excelsa y... —Un frío repentino se me enrosca a la garganta y la interrumpo con sequedad.

—¿Cuál es entonces su opinión sobre la *performance* titulada *Realidad* en aquella muestra

de 2005?

Un fulgor aún más inquisitivo brilla en sus ojos de ópalo. Me escudriña a través de las gafas, como si quisiera entrar en mi cerebro. Quizá ahora se ha dado cuenta de que, por desgracia, no soy tan ignorante.

—¿Eres periodista?

—Simple aficionada al arte —miento tranquila porque sé que aunque la propia Francesca hubiera asistido a aquella farsa, no me recordaría. Sin embargo, necesito saber si ella estuvo allí, viendo y aprobando cómo Vitoro humillaba mi dignidad de mujer ante un público sediento de carne.

—Todo lo que significó esa muestra está recogido en el catálogo recopilatorio. Lo encontrarás si buceas un poco por internet.

Ha eludido el tema, sin comprometerse. Pero sospecho que sí recuerda a Jorge Vitoro ofreciendo su trasero desnudo a la vista del público y, de paso, la sangre en mis manos heridas por los cristales rotos.

¿Y Berta? ¿Qué está haciendo? Me vuelvo incluso con preocupación pero parece ahora más serena que hace unos instantes.

—En fin, Francesca, me alegro mucho de verte. —Su voz suena firme—. Por cierto, te sienta muy bien el pelo blanco.

—¡Oh, lo cierto es que lo odio! —Se toca con coquetería las puntas de su cabello y lo ahueca—. Añoro mucho mi color caoba y he pensado en volver a teñírmelo pero salgo tan poco que ya no sé si...

—Si me disculpas —Berta la corta sin miramientos—, tenemos que marcharnos. Mi amiga está de paso y quiero enseñarle el resto del museo.

—¡Oh, claro! Haces bien en traerla aquí. Fortuny es una maravilla. ¡Un Leonardo nacido en Granada!, aunque en su día ese estúpido gobierno español no mostrara interés en comprar su legado. —La mira con interés, calándose de nuevo las gafas, como si no quisiera soltarla—. Te veo bien, cariño. Estás algo más delgada, pero no te hace mal. —Detiene la vista en sus caderas y frunce los labios—. ¡Ay, esos genes de tu padre y su familia, ¡cómo me acuerdo! Eran más rechonchos de cintura para abajo... Y heredaste esa altura, claro, porque tu madre, en cambio, era mucho más espigada que tú... —Observo como Berta de nuevo se pone en tensión mientras Francesca se vuelve a mí con ganas de extenderse en detalles—. ¿Te ha hablado de eso? La madre, que en paz descansa, era una linda jovencita, actriz secundaria de telenovelas. El padre de Berta se encandiló de ella en uno de sus viajes a Venezuela y la señorita lo abandonó todo enseguida para casarse, claro.

—En su día tú también te casaste muy joven con mi padre, Francesca —corta con sequedad—. Y eras tú la que decía que nunca os llevasteis bien.

—Oh, sí. —Ríe con gesto displicente—. Siempre tuve aspiraciones más altas.

—Pero no habrías podido hacerte un hueco como galerista de no ser por el dinero del divorcio.

Asisto, en silencio, a este repentino partido de esgrima o más bien de boxeo en que ambas han ido a donde más parece doler. Francesca tuerce el gesto y parece rendirse.

—Tenéis prisa, ¿verdad? Pues no os entretengo. Ya pasaré por Milán para ver a Adolfo. Que vaya todo bien, cariño...

Las veo darse dos besos envarados y despedirse muy formales. A mí me da la mano con una altiva inclinación de cabeza, como una reina obligada a posar la vista en su doncella. Luego, se

vuelve otra vez hacia los maniqués mientras Berta tira con disimulo de mí, hacia la salida.

—¿Ya nos vamos? —susurro.

—Sí.

—Pero, ¿y el resto del museo?

—No soporto estar a tan pocos metros de distancia de ella. Tiene el don de hacerme sentir como una vulgar fregona. Además se hace tarde.

La miro sin comprender. ¿Tarde para qué? ¿Para esa recepción para la que faltan casi seis horas?

Caminamos deprisa hacia la salida. Bajamos la escalinata y allí, junto al pozo ennegrecido por el paso del tiempo, se detiene un momento. De repente, parece agotada.

—Gracias por defenderme de ella.

—Pero si no he hecho nada

—Le has plantado cara. Y créeme que nunca me he sentido tan a gusto, ni tan querida por nadie, como en este momento.

Me da un avergonzado beso en los labios, tan fugaz que apenas si puedo corresponder. Le acaricio con disimulo el pelo, le recoloco uno de los mechones tras la oreja y descendo hasta rozarle la barbilla con mis dedos. He sentido, frente a Francesca, lo mismo que cuando hablé con Mona, una especie de desprecio disfrazado de cariño hacia su persona. ¿Esto fue lo que recibí en su infancia?

Y pienso que en este instante quisiera cubrirla a besos así, como las enredaderas que tejen en verde esta pared de piedra, y decirle que ella es la única reina de su propio palacio, que no tiene por qué sufrir los ataques de quienes la invalidan. Que debería sentirse orgullosa de sí misma, con sus virtudes y sus defectos. Que podría abrirse a mí de una maldita vez y contarme por qué está tan nerviosa y qué pretende hacer esta noche en el Palazzo Almaviva.

—Voy a marcharme al hotel a descansar un poco. Lo necesito. Y tú también, ¿a que sí? ¿Sabes llegar a tu alojamiento? —asiento y le sonrío. Ella es para mí, ahora, toda, como una preciosa violeta llena de luz en su propia fragilidad.

—Gracias por el amanecer, Berta. —Mira hacia abajo. Creo que sus ojos están más húmedos que nunca.

—Gracias a ti.

Me da un último beso en la mejilla y se marcha a paso rápido mientras cierro los ojos tratando de guardar para mí este aroma tan suyo, y a la vez tan fugaz.





Capítulo 34: El canal nunca

surcado

Juan parece una olla a punto de explotar de indignación cuando aparezco por la habitación del hotel, pero no creo que sea por mí. Veo sus manos pasando a velocidad de vértigo de la cabeza a la cintura, a los bolsillos, sin detenerse más allá de dos segundos.

—¿Se puede saber qué te pasa ahora?

—¡El colmo, Clara! ¡¡El colmo!! —Como siempre que se sulfura, pasea en círculo arriba y abajo, pero sin ir más allá de dos metros. Avanza, se interrumpe, vuelve...—. ¡No te lo vas a creer! ¡A mi mujer y a ese tarado se les perdió Alvarito... mi hijo pequeño, ya sabes! —Ante mi gesto de susto, se apresura a continuar—: Pero apareció, ¡gracias a Dios! Me lo ha contado todo mi cuñada hace un momento.

Se explaya en explicaciones. Por lo visto, hace una semana, a Paula y su aún pareja feliz se les ocurrió ir a un centro comercial todos juntos. Y mientras andaban eligiendo no sé qué capricho, Álvaro, que es tan inquieto como una canica, se fue detrás de una chiquilla que llevaba un cachorro en brazos. Cuando la familia de la cría se percató de que contaban con un niño añadido, ya estaban lejos, a las puertas de un *burger*.

—¡Vaya mal rato!

—Pero lo peor no es eso. Mi mujer se puso histérica, casi se desmayó, y ese indecente no sabía qué hacer. ¿¡En qué manos han estado mis hijos!? ¿¡Cómo me ha podido engañar la muy asquerosa también con eso!?

—No es engaño —respondo con tristeza. Mis pensamientos vuelven a Berta y a su extraño mundo interno de medias mentiras—. Solo te ha ocultado la verdad.

—A eso lo llaman engaño hasta en Matrix.

—Yo lo llamaría miedo.

Pánico, terror de la mujer de Juan a reconocer que se ha equivocado, y no solo en ese momento de despiste con el crío. Miedo a reconocer que el idilio de verano no tenía que ver con la realidad del otoño y que, como leí una vez por ahí, la convivencia es la lejíja de los príncipes azules, y cuanto más tiempo pasan en el tambor del día a día, peor acaban. Unos encogen hasta el patetismo y otros salen enteros, auténticos, aunque sin el brillo del primer color.

—Es que si se pudiera, la demandaba. Le he puesto un mensaje brutal ahora mismo, se va a enterar cuando lo lea.

—Bórralo, hazme caso. Bastante mal lo habrá pasado.

—¿Tú de qué parte estás, Clara? —Abre las manos y me dedica una fea mueca de desdén—. ¿Ves normal que ni siquiera me haya llamado para contármelo?

—En serio, bórralo, seguro que se siente fatal. Cuando vuelvas mañana, lo hablas de tú a tú.

«Mañana», repito para mis adentros. Intuyo que para Juan las cosas quizá mejoren o al menos se suavicen, pero para mí la vuelta a casa quizá sea un adiós definitivo. Y, al pensarlo, siento muy adentro, en la garganta, una angustia que casi me impide respirar.

Porque no la he conocido, no voy a llegar a ahondar en su interior. Y sé que ella no está bien porque hay algo que me inquieta en esa mirada. Como siempre, me ha atraído como una marea ansiosa, y luego me va a devolver, tras zarandearme, a la orilla.

—¿Me estás escuchando, Clara? Te decía que tú ganas, que sí, que lo he borrado. Pero desde luego, esto no quedará así.

—No le des más vueltas, a ver si tú también vas a acabar centrifugado. Y tampoco es que para ella tengas mucho color.

—¿De qué hablas? ¿Se te va la cabeza, como a esa Berta o qué?

Sonríó con tristeza. Supongo que ella pasará la tarde sola. Quizá durmiendo o imaginando los detalles de ese cóctel de clausura ante una exposición de solo dos cuadros.

—Anda, compañero, vamos a comer algo.



Insistí a Juan para dar un paseo en góndola, después de que engulléramos una buena ración de pizza margarita en una *trattoria*. Más que nada, por ver qué se siente a ras de agua, entre tanta belleza y porque quizá me debo a mí misma aquella góndola en la que no llegué a montarme con un amor de mentira y otra góndola imposible en la que no me montaré con Berta.

Juan debería acompañarme a disfrutar del paseo, sí. Él también merecería una nueva góndola en su vida, más que una engañosa máscara. ¿Qué más nos da, después de todo, nuestro manifiesto antirromántico, si mañana ya no habrá más canales ni más recuerdos?

Pero Juan ha preferido marcharse al hotel. Y como supongo que estoy condenada a seguir sola en medio de esta agua estancada que es mi vida, he decidido montarme yo, con quien el destino me depare.

La plaza rebosa de turistas. El sol aprieta ahora, se ensaña con los leones dorados y con los tapizados rojos de este ejército negro que surca el Gran Canal, a golpe de remo.

Hay demasiada gente. El gondolero al que pregunto, cincuentón, con camiseta a rayas y sombrero de paja, me mira con sorna. A lo mejor es inusual montarse sola. Después me recorre con la mirada de arriba abajo, me pide cien euros y me niego. Voy a hablar con otro.

—*Aspetta*, espera...! —Mezcla italiano y español—. *Quindici minuti*.

Van a embarcar varios grupos, se despejará pronto y me subirán donde sobre un sitio, creo que me dicen. A los turistas los montan de seis en seis, todos ordenados. A un tipo, demasiado corpulento, lo echan atrás pero no me llaman. Embarcan a un chaval en su lugar y a él en otra que solo lleva cuatro.

Y entonces suena mi móvil. El corazón me da un brinco. ¿Quizá es Berta?

Me desilusiono al verlo. Se trata de un número desconocido pero, sin saber por qué, descuelgo. El sol reverbera sobre el agua con crueldad cegadora.

—¿Clara? —pregunta un hombre desde el otro lado de la línea. No sé quién me llama. El chapoteo de las góndolas que parten difumina ahora cualquier sonido—. ¿Hola? ¿Eres Clara? —Aunque esa voz... ¿La mente me juega una mala pasada?—. Clara, soy Jorge, Jorge Vitorio.

Un golpe a la altura del estómago en medio de este embarcadero, me produciría el mismo

mordisco en las tripas que me provoca el oír su nombre. Podría, debería colgar.

—¿Quién te ha dado mi número? —Se me escapa sin querer, con la fuerza de un salivazo. Estoy perdida, ahora ya tendré que escucharle, no va a haber marcha atrás.

—Óyeme, Clara, supongo que estás bien, ¿verdad? Me dio tu número ese tal Garrido, el director de tu museo. Le llamé porque esto es una locura. Primero lo del grafiti amenazando a los cuadros y luego lo de... en fin, no sé ya qué pensar. Me dijo tu jefe que Francesca también os invitó a la clausura de la exposición. ¿Es así? —Mis labios no se despegan—. Clara, no te hagas de rogar; estás en Venecia, lo sé, y yo también. Necesito verte, por favor. ¿Puedo ir a tu hotel? Estoy aquí, en la Piazza, dando vueltas como un imbécil. Te he llamado varias veces. —Sigo callada, junto a una absurda góndola en la que nunca consigo montar, revolviéndome entre mis recuerdos—. Clara, por favor, de verdad que necesito hablarte. Es importante para ti y para mí. ¿Podemos encontrarnos?

No me reconozco. No sé qué espero. Y no sé por qué le digo donde estoy.





Capítulo 35: A ras de agua

Pensaba que moriría de asco, que incluso sentiría náuseas al verle, pero todo ha sido más fácil. Quizá encontrarme con él sea el antídoto para no sucumbir al veneno esta noche. Porque, aunque Berta no me lo haya confirmado, estoy segura de que él habrá sido invitado al acto. ¿Por qué si no la presencia de su cuadro y el de Camilo Sarén en duelo frente a frente, como me contó Juan que estaban colgados en la sala vacía?

Le he dado la mano como a un desconocido y he vuelto a fijarme en su papada, en el aspecto abotargado de sus ojeras y en la barriga que le cuelga por encima del cinturón. No hay mucho parecido entre aquel hombre alto y fuerte, con torso a lo *David* de Miguel Ángel y este cuarentón corpulento que ya no se esfuerza en cuidarse. Viene vestido con camisa a rayas y huele a una mezcla de sudor y colonia cara.

—¿Dónde podemos hablar tranquilos? —Me mira con desvergüenza a los pechos, a las caderas, como si quisiera reconocer, por debajo de la ropa, lo que queda de aquella modelo ingenua y enamorada, que se desnudaba ante él en cuerpo y alma.

—Depende de lo que quieras decirme. —Supongo que me nota tensa. Esboza una sonrisa que a lo mejor quiere parecer seductora.

—Estás igual, Clarita. El mismo cuerpo, la misma cara; si no fuera por esa melena tan corta, diría que ni te han rozado estos trece años.

—A ti sí —suelto, mordaz—. Él se encoge de hombros, pero la sonrisa se le borra. No se atreve a replicar, solo asiente despacio, una y otra vez, mirándome a los ojos. Quizá va a decirme que estoy resentida y que todo el dolor que me causó era arte.

—¿ibas a montar en góndola? ¿Sola?

Me cruzo de brazos. Veo que él mira al agua y se vuelve a un gondolero que acaba de llegar. Saca la cartera e intercambian alguna palabra. Enseguida, los dos me hacen señas rápidas para que me salte la cola y, ante el gesto enfurruñado de sus colegas, el tripulante me alarga la mano y tira de mí hacia dentro de la embarcación. Me siento en esta góndola negra de asiento rojo suntuoso, rodeada de dorados refulgentes, pero con la angustia de un remero al que fueran a condenar a galeras.

Jorge sube y se revuelve hasta acomodarse frente a mí. La góndola se abre paso entre el bullicio del embarcadero y cierro los ojos. Quisiera dejarme llevar por este agua en soledad. Pero él está aquí, mirándome.

—¿Sabes que antiguamente las góndolas se pintaban de colores, según la familia a la que pertenecieran? —De nuevo ríe, supongo que pretende entablar conversación—. ¿A que te sorprende? El Gran Canal debía de parecer un lienzo fauvista. —No me molesto en despegar los labios, aunque imagino aquel arcoíris festivo surcando aguas felices. ¿De qué color hubiera sido

la mía?—. Pero acabaron pintándolas de negro como luto, por una epidemia o algo parecido; una lástima...

Y me digo a mí misma que está bien así. Que hoy esta simbólica barca en la que nunca nos pudimos montar debe ir vestida de luto por la Clara del ayer y su amor estafado. Se me viene a la mente, no sé por qué, el cuadro *Caballo que espera* de Sarén. ¿El caballo esperaba, como mi góndola negra del pasado, a alguien que nunca vendría? Solo que mi góndola tenía el color de la pérdida y el caballo, un inocente y delicado azul.

El gondolero hace amago de cantar. Le interrumpo con un gesto seco, me resulta ridículo. Jorge calla también, supongo que consciente de mi estado de ánimo. La embarcación se desliza sinuosa, a flor de agua, y pronto abandona el Gran Canal para dirigirse a pequeños canales donde el bullicio desaparece.

—Voy a ir al grano porque creo que no tienes muchas ganas de hablar conmigo. Supongo que sabes que me separé de Susana, ¿no?

Asiento de nuevo y recuerdo ese último mensaje de ella, Susana, al que no me dio la gana de contestar. También cuando quedamos en la tetería y me contó que estaba harta de ser engañada con modelos y actrices de pacotilla. Jorge, a pesar de la papada y la barriga, debe de seguir teniendo éxito, con esa forma tan suya de abordaje, entre el piropo elegante y la chulería.

—¿Y qué tiene que ver conmigo tu situación matrimonial?

Siento el chapoteo del remo en el silencio del estrecho canal y el agua lamiendo las casas cerradas, envejecidas por la humedad de los siglos. Él sigue, como si no hubiera escuchado mi pregunta.

—Sabes también que he guardado vídeos desde hace tiempo. Vídeos de posados, artísticos... y de mis relaciones, ya me entiendes. —Ha bajado la voz, pero enrojeczo de asco y de vergüenza—. Para mí no es nada ilícito, sino expresión real y auténtica; pero no tolero que circule por ahí, ¿entiendes? Y cuando Susana se marchó de casa, desaparecieron cintas antiguas. Creo que rebuscó hasta encontrarlas en mi estudio. Se llevó las grabaciones en las que aparecía ella en la cama conmigo, aunque también las tuyas y las de... en fin, alguna amiga más.

Siento ganas de insultarle, pero me contengo. Berta ya me ha tranquilizado al respecto, supongo que el asunto está en manos de la policía y las cintas serán recuperadas al completo. Aparte de eso, no tengo nada que perder, pero supongo que él sí.

—¿Has hablado con Susana? —le pregunto.

—Esa mentirosa me lo ha negado todo, pero lo cierto es que las cintas han llegado a manos de Francesca Rota, la dueña de la galería. Hace unas pocas semanas, ella me escribió a mi web personal y me dijo que teníamos que hablar. —La cabeza empieza a darme vueltas. Francesca no existe ya como tal, pero parece que él no lo sabe. Será Berta quien le ha escrito—. ¿Y sabes, Clara? Creo entender lo que está pasando. Francesca va a chantajearme porque está resentida conmigo. La pantomima de invitarme a la inauguración y luego no aparecer, esos grafitis amenazantes que demuestran una desidia absoluta en la vigilancia de la sala, luego el *mail* diciéndome que tiene unas cintas privadas y que desearía verme. Y, a la vez y sin venir a cuento, esta recepción de clausura tan absurda.

Es Berta quien está detrás, está claro, pero no se lo voy a decir.

—¿Por qué piensas que Francesca está resentida contigo? —Me mira directo a los ojos y una especie de cáustica dulzura asoma a sus labios.

—Porque fuimos amantes.

La góndola cabecea y me aferro al borde para disimular mi impresión. La palabra duele,

incluso. Creo que él nunca hubiera hablado así para definir lo que fuimos nosotros. Amantes... así, tan rotundo, suena a auténtico, a profundo, a definitivo.

—¿Tú y Francesca Rota? Pero, ¿cuántos años te lleva de diferencia esa mujer? —Me mira con una sonrisa torva, cínica.

—Me sorprende que me preguntes eso, en vez de en qué época ocurrió.

Y, por un momento, me muerdo los labios y pienso que a lo mejor Jorge Vitoro no solo me engañó con Susana, sino también con ella, con la auténtica Francesca, en aquellos días de la fatídica *performance*. Que aquella Susana a la que grabó riendo en la cama de nuestro hotel, con mi máscara de plumas color rosa, puede que fuera otra víctima aún más ignorante que yo.

—Dímelo tú, ya que tienes tantas ganas de hablar —contesto cáustica.

—No tengo por qué ocultarlo —me explica casi con tono de satisfacción—. Mi relación con Francesca venía de muy atrás, de cuando yo era un estudiante becado, mucho antes de que tú y yo estuviéramos juntos, mucho antes de Susana. No puedes ni imaginar lo atractiva que me resultaba esa mujer, aunque me doblara la edad. Y era muy culta y emprendedora, pero estaba muy necesitada a otros niveles.

—¿Todo acabó cuando volviste a España?

Él vuelve los ojos al puente por el que estamos pasando ahora. Unos niños nos saludan desde arriba, con poca efusividad. Supongo que debemos de ser los pasajeros menos románticos que han visto hasta ahora en una góndola.

—Ella era lo bastante lista como para saber que aquello no tenía futuro, pero siguió apoyándose a nivel artístico. De hecho volvió a invitarme, unos años después, a presentar mi *performance* en Veneziart, en 2005. —Me hace un guiño que me resulta tan asqueroso como un tocamiento inesperado—. Por entonces yo ya estaba con... bueno, con Susana, ya sabes. Aunque lo tuyo fue muy especial, arte puro, en serio. —Vuelvo la cabeza para tratar de disimular el violento odio que siento en estos momentos.

—¿Volviste a acostarte con Francesca Rota en esos días de la *performance*? —esta vez le miro a los ojos y él sonríe, como si me ocultara algo confidencial.

—No tengo por qué contestarte a eso, Clara.

No, no tiene que hacerlo. Ya no me cabe duda de también me engañó por aquellos días con esa mujer, aunque a lo mejor solo fuera por recordar viejos tiempos. Ahora me explico que durante nuestra estancia en Venecia, no me llevara ni una vez a la cama. Tenía de sobra con las otras dos.

—Después de eso no volvimos a tener contacto, no la llamé, es cierto, y supongo que le molestaría. Aunque tampoco la he visto en reportajes ni entrevistas, creo que tras la muerte de Camilo no se prodiga mucho. —Me mira como si esperara alguna reacción y se revuelve, incómodo—. En fin, que mi carrera prosperó, pero al margen de Francesca Rota y su mundo de Milán.

Le enfrento, desafiante, sin pronunciar palabra. Su voz, que había adquirido un tinte de melosa justificación, ahora disminuye de intensidad.

—Hay cosas fuertes en esas cintas, Clara, no es ninguna tontería... Escenas de cama con una aristócrata muy famosa, otra con la mujer de un exministro... Por cierto, a él le gustaba experimentar en sí mismo el tema *bondage* mientras nosotros... ya me entiendes, y en algún momento también aparece ahí. Pero no sabe que fue grabado. —Traga saliva y carraspea—. Si te digo la verdad, me resultó muy sorprendente que Francesca quisiera exponer un cuadro mío a estas alturas. Luego, cuando recibí el correo hablándome de las cintas, entendí que todo había

sido un rebuscado pretexto para hacerme venir.

Apenas he despegado los labios y el viaje está acabando. Avanzamos de nuevo por el Gran Canal y poco a poco volvemos al embarcadero del que hemos partido.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—En el fondo, también estás implicada hasta las cejas. Tu intimidad aparece al descubierto en esas cintas, mucho más de lo que crees, y quisiera que estuvieras presente cuando hable con Francesca esta noche. Tenemos que recuperarlas como sea.

—¿Tenemos? —recalco el plural con ironía y contengo una sonrisa despectiva. Él confía en que va a encontrarse con Francesca Rota esta noche, pero yo sé que la artífice de todo esto es la siempre imprevisible y cada vez más sorprendente Berta

—Puedes pensar de mí lo que quieras, Clara, pero te digo algo. Si estoy aquí es porque, como sabes, tuve un hijo cuando estaba en el instituto, una relación casual y prematura. Pero, hoy en día, es un muchacho maravilloso, al que he ido recuperando poco a poco. Sé que lo hice muy mal con él y me siento feliz de que me haya perdonado e incluido en su vida, así que no quiero que se avergüence de mí si esas cintas llegan a manos inapropiadas.

Tengo ganas de decirle que más le hubiera valido tener cuidado con muchas de las cosas que ha hecho en su vida, que no tengo por qué ayudarle a recuperar las malditas cintas porque, a fin de cuentas, en ellas debo resultar casi irreconocible con la melena larga y que si debo aliarme con alguien no es con él. Que siento que su hijo haya tenido semejante padre egoísta y falso, y que no me preocupa nada sino el equilibrio de una mujer preciosa con la que quisiera compartir más que unos pocos días en Venecia.

—Vamos a llegar ya, nos vemos esta noche —contesto seca—. Si me disculpas...

No hay más palabras. Atracamos en el punto de partida, frente a riadas de turistas. Jorge parece esperar un compromiso por mi parte, pero no voy a dárselo. El gondolero busca con la mirada a nuevos clientes mientras me da la mano y me ayuda a salir. Las palomas vuelan en torno a la plaza. Echo a andar con dignidad, sin mirar atrás.





Capítulo 36:

Preparativos

Escoger vestido para el cóctel de esta noche no va a ser difícil por la sencilla razón de que solo he traído uno: un modelo azul marino largo con tirantes, de escote drapeado y espalda descubierta que habré usado tan solo una vez, aquella Nochevieja en la que salí de fiesta con esos perfectísimos y ordenados primos a los que nunca me he parecido, para tristeza de mi padre.

¿Todo en mi vida habría sido más fácil si yo hubiera sido menos bohemia, o más asentada? No sé por qué me da por pensar esto cada vez que llega una fiesta formal y sé que acudiré sola. Aunque esta vez vaya en compañía de Juan y su móvil.

—Muy guapa —dice al verme salir del cuarto de baño, a medio maquillar, en busca del neceser.

—Tú también.

Y no lo digo por compromiso. Juan es de esos tipos que gana con chaqueta. Sabe hacer un nudo perfecto de corbata y colocar el alfiler en el sitio exacto. Es de los que cambian incluso de vocabulario cuando se visten de gala: más ceremonioso, más sonriente, incluso exquisito en sus modales, diría yo. «Quizá si al llegar a casa no se pusiera pijama sino chaqueta, su mujer no se habría separado de él», pienso con ironía.

—Perdona que tarde tanto, es que no encuentro el corrector. Y con estas ojeras de oso panda que tengo hoy...

—Tranquila, no hay prisa.

Sigue enfrascado en su móvil, con expresión plácida, junto al ventanal y a lo poco que queda de día. Echo una mirada fugaz al cielo, cada vez más cálido de color. Anoecerá en una hora, imagino. Aunque esta vez nadie me llevará a ver cómo se pone el sol en el Ponte dell'Accademia.

Vuelvo al baño. Doy pequeños toques con los dedos para disimular las dichas ojeras y echo mano del colorete, en abundancia, como solía aconsejarme Nora, mucho más experta que yo en maquillaje. Labios brillantes, en *nude*, eso sí; no me gusta parecer una muñeca repintada. Miro a mi escasa bisutería, pero se me quitan las ganas de cadenas o pendientes. Me siento intranquila y hasta presa de la ansiedad.

—¿Voy demasiado sencilla? —Me planto delante de él, poniendo pose casi artística, y vuelve a mirarme de arriba abajo.

—A ver, somos quienes somos, Clara. No esperarán que los representantes de la fundación Áureo Sastre vayan vestidos de alta costura, como si nos hubiéramos gastado el sueldo en esa subasta textil que anunciaba el palacio.

—¿Ha habido una subasta textil en el Palazzo Almaviva?

—Sí, creo que ayer por la tarde, aún no habían quitado el cartel. Vestidos de Givenchy, antiguos modelos de Fortuny... —Levanto las cejas al oír el nombre. ¿Fue esa subasta a la que se refirió Francesca? ¿La de su adorada colección Delphos?—. Pero no te preocupes, Clara, estás guapísima. ¿Me dejas que te invite a una copa en el bar, antes de irnos? Es temprano.

Bajamos juntos, como un matrimonio perfecto que fuera a salir de fiesta por las calles de Venecia. El bar está casi vacío. Nos sentamos y Juan pide dos copas de champán.

—¿Qué mosca te ha picado? —pregunto con suspicacia—. Tú no bebes casi nunca.

—Ya, pero hoy es... especial. No me mates por lo que voy a decirte.

Champán, chaqueta, corbata... Por un momento podría temer que se le haya ido la cabeza y vaya a declararse, pero ya sé de sobra cómo es Juan.

—Tu mujer te ha llamado, ¿verdad?

—Sí, hemos hablado casi tres horas, me ha dicho cuanto siente todo lo que ha pasado.

—Y vais a volver, claro. —No sé por qué me pongo triste. No por él, al contrario, supongo que es lo mejor que le podía pasar.

—Pues creo que sí. ¿Por qué me miras tan seria? ¿Qué te ocurre?

—Nada, es solo que con tal cantidad de barbaridades que has escupido de ella, con lo que te ha hecho...

—Son muchos años y muchas cosas juntos, Clara, solo nos ha hecho falta escucharnos. —Esboza una sonrisa casi de disculpa, y sus dedos, cortos y chatos, se deslizan como una caricia sobre la copa, como si quisieran jugar con las burbujas rubias del champán.

¿Qué le voy a decir? Sí, ya sé que es mucho tiempo. Y también sé que lo que estoy sintiendo ahora es cochina y asquerosa envidia.

A estas horas el bar parece un lugar de paso, la antesala a ese embarcadero donde las parejas se disponen a disfrutar de barcos felices y noches mágicas. Me encojo de hombros como si nada fuera conmigo.

—Todo el mundo tiene suerte, menos yo.

—¡Uf! ¿Hoy estamos en modo víctima, compañera? Ten paciencia, aún está por ver qué pasará con esa Berta y su cabeza a pájaros.

—¿Qué va a pasar? Ya te digo que nada. —Sonrío con ironía—. Ella a su mundo y yo de vuelta al mío, con el corazón roto, como siempre. —Siento sobre mí sus ojos, reposados, como siempre que se pone en plan confidente.

—Necesitas madurar un poco, Clara.

—¿Acaso tú vas a hablarme de madurez, cuando a tu mujer la has puesto de puta para arriba estos días? —Mi lengua salta como si la hubieran pinchado como un alfiler. Lecciones ahora, no, por favor.

—Lo sé, y lo reconozco, he perdido los estribos. Pero no debería haberle echado la culpa solo a ella, sino también un poco a mí. ¿Sabes? Quizá fuera responsabilidad compartida el dejarnos arrastrar día a día en esta vida de rutina. Ha sido cosa de dos.

—No puedo oírte, en serio. —Me revuelvo en mi silla, casi ofendida, recoloco con nerviosismo los tirantes del vestido por no dejar que mis manos golpeen la mesa—. Te ha engañado, te ha puesto los cuernos, te ha...

—Vale, ya está —me corta—, no me lo recuerdes.

—Es como si yo ahora perdonara a aquel chulo indeseable que me rompió el corazón y hasta la dignidad. —La evocación de Vitoro me sulfura por dentro y le dedico una mirada furibunda.

—¿Acaso tú no dejaste rota a Nora? —me ataja con suavidad sibilina.

—¡No es lo mismo!

—Tienes razón; pero para Nora fue muy doloroso, y lo sé porque parece que ostento el cargo de confidente oficial del museo. —Me sonrío, cómplice, y deja de dar vueltas a la copa de champán a medias—. Ella se había hecho a la idea de envejecer a tu lado. Tú no eres siempre la víctima, Clara, con ella fuiste el verdugo.

Es verdad, yo tomé la decisión, pero me parece que ahora no viene a cuento.

—Es fácil ser tan filósofo cuando en unas horas volverás a tener pareja, hijos y una vida incluso feliz. Yo me quedo con mis engaños, con el corazón pisoteado y en mi piso de alquiler, viendo gilipolleces cada noche por la tele. Sola, claro.

—¿Y si Berta al final quisiera estar contigo, después de todo lo que te ha engañado? ¿La perdonarías?

Una sonrisa amarga asoma a mis labios. ¿Qué sé de Berta y su mundo? Solo que me adaptaría a todo. Me he enamorado de ella, hasta de su tristeza.

—Si eso pasara, que lo dudo, supongo que le diría que sí. Sus mentiras están provocadas por el miedo, necesita sentirse arropada en todo lo que emprende.

—No me refiero a eso. Se habrá acostado con su novio después de aquellos días contigo en Manarola, ¿no crees? —La imagen me agita el estómago. Ella en la cama, bajo el cuerpo de ese Adolfo, un buen chaval quizá, pero que de no tener ella la fortuna que tiene, no mostraría tanta paciencia—. ¿Sabes, Clara? A lo mejor la quieres tanto que le podrías perdonar una equivocación y eso es lo mismo que me pasa con mi mujer. A la vista está que has vuelto en cuanto Berta te lo ha pedido; la amas, sin condiciones. Pero te falta saber es si esa chica te quiere tanto como tú a ella, porque si no es así, y eso es lo que debes averiguar, entonces te aseguro que no vale la pena obstinarse. El amor es cosa de dos.

Doy un largo suspiro y rozo la copa con mis dedos. Supongo que Juan tiene razón. No en vano, es mi consejero en momentos difíciles y se le da de fábula. La noche va envolviendo el trozo de canal que se atisba tras la puerta de entrada. No quiero hablar más o me dejaré atrapar por una inoportuna melancolía. Tomo aire y levanto la copa.

—Tú ganas, compañero. Por ti y por el bendito olvido.

—Por el amor —dice con una sonrisa.

—Y por esta porquería de ciudad hundida que nunca vamos a volver a disfrutar —añado con un guiño sarcástico.

—Y por las máscaras... Por cierto, al final creo que no me voy a comprar ninguna.

Me río con él y apuro el champán. Pero siento un pellizco extraño en el estómago, como quien se encuentra ante la inminencia de un peligro. Es hora de irse.





Capítulo 37: El retorno de los

fantasmas

Recuerdo cómo me sentía hace trece años cuando atravesé estas rejas del Palazzo Almaviva, las mismas que ahora cruzo vestida de gala y en compañía de Juan. Ese día, ya tan lejano, la chica joven y entregada que era yo se sentía importante y mucho más poderosa que si me hubieran revestido de joyas, tacones de aguja y *glamour*. Aquella noche pensaba que, sin mi presencia, no podría haber espectáculo. Y desde luego no me equivoqué. Porque cuando volví a cruzar aquella reja en dirección al hotel, llorando destrozada, entendí que la *performance* había sido mi propio dolor.

Pero ahora, por suerte para mis sentimientos, retorno como actriz secundaria, sin arte ni parte en lo que quiera que sea este homenaje que Berta pretende hacer. A Juan, en cambio, todo esto le resulta nuevo y creo que hasta divertido.

—Ya podían habernos hecho entrar por el embarcadero del canal, ¿no te parece? Tú y yo, así en plan Brad Pitt y la Jolie... —dice mientras nos adentramos en el jardín.

Ha anochecido, huele a flores y todo está cuajado de pequeñas luces que salpican la vegetación oscura. El palacio se eleva ante nosotros con sus ventanas ojivales iluminadas y dentro se escucha ya rumor de voces.

Mi compañero, a quien siempre le gusta pedir permiso para todo y de paso saludar en italiano, se dirige a un vigilante de gesto adusto que no parece estar por la labor de hablar.

—*Buonasera*, ¿el acto de homenaje, *per favore*? —El tipo, uniformado, hace un gesto perentorio para que pasemos. No se ve a nadie más en el jardín y Juan se vuelve hacia mí, indeciso—. Quizá hemos llegado temprano...

—*La rappresentazione è all'interno* —nos indica el tipo mirando al frente con gesto de fastidio.

—¿Representación? No, no, venimos al cóctel de...

Se interrumpe ante la llegada de un ceremonioso encargado que corre a nosotros, vestido con un impecable traje negro y con una etiqueta distintiva colgada al cuello con una cinta. Hace un gesto al vigilante para que se retire y nos sonríe.

—*Spagnolo*?

Ambos asentimos a la vez y él inclina la cabeza con exceso como si fuéramos dos príncipes. Nos pregunta el nombre y, tras registrarnos en su móvil, se apresura a prendernos una etiqueta en la ropa. El singular cuento de hadas va a comenzar aunque no me quedan claros los papeles. Por lo pronto, alguien quiere castigar al falso príncipe, o sea, a Vitorio, y no sé si esta vez, princesa y madrastra, es decir, Berta y Francesca, se van a poner de acuerdo. En cuanto a Juan y a mí, creo

que, a fin de cuentas, no vamos a ser más que dos lacayos encargados de empujar algún que otro pretexto en forma de cuadro, a falta de calabaza.

—¿Así que ahora somos invitados vip? —Se ríe Juan tocándose la pegatina que brilla en su solapa—. Verás cuando le cuente a mi mujer, menudas estupideces se gasta la gente rica...

Toco con sorpresa y hasta con disgusto este nuevo complemento hortera que acaba de quedar adherido a mi vestido, justo por debajo del tirante izquierdo. No, no quisiera sentirme especial ni señalada en medio de una fiesta, sino más bien a ojos de una sola persona. Pero me temo que esta noche Berta se perderá entre invitados sin que apenas pueda estar con ella. ¿Soy invitada vip para esa chica impredecible? Lo dudo. Entonces, ¿para quién en ese caso?, ¿para los camareros? Un coraje profundo me rebota por dentro. Me lo quitaré en cuanto tenga ocasión y me da que Juan hará lo mismo.

El organizador, muy joven, moreno y demasiado sonriente, nos conduce al otro extremo de la zona ajardinada mientras nos va explicando con tono cantarín.

—Mi nombre es Guido y soy el encargado de mostrarles el *palazzo* a ustedes y al resto del grupo spagnolo vip. —No nos quita ojo a Juan y a mí, como si espicara todos nuestros gestos—. La *costruzione* ha sido remodelada y luce ahora en todo su esplendor.

Bordeamos el palacio. Apenas recuerdo estos jardines que aquella vez no llegué siquiera a pisar. No viví aquello como invitada y por eso mi visión fue una maraña de electricistas, montadores y pruebas de sonido. En el edificio se simultaneaban exposiciones plásticas, instalaciones artísticas, y por supuesto varias *performances* organizadas una tras otra, a golpe de reloj, para que nadie, ningún espectador pudiera perderse ni un segundo de su contenido.

Camino, por tanto, como si todo este sendero rodeado de mirtos fuera nuevo, recién estrenado. Al fin, el jardín se abre al canal en una espléndida balaustrada. Contemplo con emoción el Ponte dell'Accademia a la derecha, ya sumergido en una noche salpicada de pequeños puntos de luz y mecida entre los palines que se clavan en el agua. En este instante daría todo este *glamour* y este lujo solo por estar ahí, otra vez, esperando el amanecer con Berta sobre el humilde puente.

—*Signor, signora...* —Un camarero nos ofrece a Juan y a mí una copa de vino y es entonces cuando veo que no estamos solos. Un poco más allá, un grupo charla de forma distendida.

—*Il signor consigliere* de la embajada de España, y su hija... —Nuestro guía se apresura a presentarnos, pero apenas hago caso al señor de buen porte y barba canosa que me da la mano con gesto exquisito. Tampoco a la veinteañera monísima, de sonrisa radiante y cuerpo escultural envuelto en un escotado vestido blanco. Solo acierto a comprobar que él está ahí—. *Il signor* Jorge Vitoro, aclamado artista plástico *spagnolo*...

Jorge, enchaquetado y en apariencia más relajado que horas antes en la góndola, no me transmite nada nuevo cuando me da la mano. Quiero olvidarme de que los dos tenemos recuerdos compartidos de este lugar y estoy decidida a pasar la página del rencor, pero molesta tenerle tan cerca, tan orgulloso y más incluso ante los ojos de la jovencita, que parece derretida en su presencia.

Tras las presentaciones, Juan entabla fácil conversación con el secretario o consejero o lo que sea. Yo dejo a medias la copa en la bandeja ante la mirada del guía, que no se aparta de nuestro lado.

—¿Y dónde está Bert...? —Me calla con un gesto casi autosuficiente.

—En unos momentos iniciaremos la visita. *Prego*...

Empiezo a sentirme casi invisible. Veo a Jorge riendo a carcajadas con la hija del tipo de la

Embajada, que se pavonea cual actriz en plena alfombra roja. Es alucinante cómo pueden comportarse las chicas de veinte años, ¿de qué va? Se exhibe, echa atrás las melena morena, se retoca el escote palabra de honor como si quisiera atraer allí todas las miradas y, sobre todo, le escucha y le hace preguntas. Creo que Vitoro está ahora en lo más alto de su pedestal y al borde de un orgasmo de puro ego.

—No oí el nombre de la señorita... —susurro al guía, que ya no me mira a los ojos, y vacila por unas milésimas de segundo.

—Nadia, *signorina* Nadia. —Parece algo incómodo mientras se lleva el móvil a la oreja—. Pronto?

Empiezo a sentir que algo raro pasa. ¿La *signorina* no tiene apellido? ¿El guía tiene que hablar siempre con ese tono tan cantarín, como si fuera un tenor de ópera? ¿O más bien no quiere decirme más porque le han ordenado que no entable conversación con el grupo? Y, sobre todo, ¿por qué ni el padre ni la hija llevan pegatina vip? Solo Jorge Vitoro luce una en color amarillo, Juan en verde y yo en naranja.

Al fin, tras un rato de charlas intrascendentes, el guía reclama nuestra atención y nos dice que ha llegado el momento de contemplar las maravillas del palacio. Echo una última mirada al puente, apenas iluminado y me acerco a Juan mientras los demás pasan tras el organizador.

—¿De qué has hablado con el tipo de la embajada? —Juan se ríe.

—¡No te lo vas a creer! Todo el tiempo sobre mí mismo, de nuestro trabajo. Es de esas personas tan cordiales que te preguntan todo sobre tu vida y no cuentan ni una palabra de la suya. Supongo que es la mejor cualidad que puede tener un diplomático.

Observo a la jovencita, contoneándose junto a Vitoro. Él, mucho más alto que ella, continúa su animada charla, supongo que también sobre su propia carrera. No sé por qué pienso que, con permiso del padre, hoy acabarán en un hotel.

Flanqueamos la suntuosa puerta y el imponente recibidor se abre ante nosotros. No es como lo recordaba. Por entonces, casi todo estaba cubierto de paneles que cubrían los leones dorados y conducían la visita, como en cualquier exhibición de arte contemporáneo. Ahora, en cambio, el edificio prima sobre la exposición. En el centro, la escalera, revestida de mármol gris y rosado, serpentea hacia arriba bajo un techo de exquisita decoración mural y, al fondo a la derecha, se vislumbra un salón de celebraciones iluminado con profusión. Se oye bullicio y algunas risas. A través de la puerta abierta alcanzo a ver a dos o tres mujeres jóvenes vestidas de largo, copa en mano.

—Si son tan amables de pasar a la sala de exposición... —Nos invita el guía.

Una estancia rectangular, no demasiado grande, se abre a la izquierda. Lo primero que me choca al entrar es el exceso de pared blanca y vacía.

—¿Ves? —me susurra Juan con tono irónico—. Es lo que te dije, solo han dejado dos cuadros. Podrían patentar ese modo tan original de presentación, sobre todo si sobra dinero y espacio.

Y, en efecto, en pleno centro de la sala, frente a frente, solo cuelgan el monumental *Always Susana* y mi añorado *Caballo que espera*, el cuadro fetiche que siempre me recibe con un nuevo matiz, el aliado que hoy me ha conducido a Berta o más bien, a este lugar de mi pasado.

Todas las miradas se vuelven, no obstante, como atraídas por un imán hacia el cuadro de Vitoro. Me entretengo en observar las expresiones, en particular la boca entreabierta de la jovencita que se cuelga, de forma literal, del brazo del pintor. Hace gestos que oscilan entre la sorpresa y la admiración arrebatada.

La voz del guía resuena algo excesiva, frente al eco de violines y charlas en la sala de celebraciones. Nos explica con detalle que la exposición ha aglutinado a artistas de diversas galerías, entre ellas, la de Francesca Rota, cuyo vínculo con el palacio se remonta a años atrás; de ahí la prórroga en la exposición de sus cuadros.

—La *signora* Rota, por motivos particulares, ha debido declinar su asistencia, pero nos acompañará a través de un agradecimiento *online*.

No se me escapa la cara de extrañeza de Jorge Vitoro. ¿Venía deseoso de zanjar el tema y se ha quedado chafado? Me mira como si quisiera preguntarme algo pero rehúyo sus ojos. No quiero que sospeche que tengo información. Porque sé de sobra quién va a aparecer en ese vídeo: apuesto a que será la propia Berta escudada en una iluminación oscura y caracterizada con peluca de color caoba.

Mientras el guía realiza una breve reseña de Sarén y Vitoro y da paso a un fotógrafo que immortalizará al autor de *Always Susana*, me acerco a *Caballo que espera*. Al fin nos hemos vuelto a encontrar.

Está igual que siempre, aunque desde luego, luce más en nuestro museo, más arropado, aquí pierde la batalla, con claridad, frente al gigante mentiroso que tiene enfrente. En cuanto a *Always Susana*, no, no es cierto. Susana no ha sido para siempre; de hecho, dudo que quede algún vestigio de su amor o del deseo de ese cuerpo entonces en plenitud, en este hombre que solo puede estar enamorado de sí mismo.

Los flashes se multiplican ante el cuadro. Jorge es fotogénico, no cabe duda, a pesar de la papada y desde luego sabe encoger la tripa por unos segundos.

Quiero amargarle este momento pero no puedo. ¿Y si le pidiera al fotógrafo que me saque aquí, junto al cuadro de Camilo Sarén? ¿Y si llamo a Berta? ¿No sería una preciosa imagen la de ella y yo, una a cada lado de esta pintura que nunca acaba de desvelar su enigma?

—¿Una foto con el artista? —El guía se dirige a la jovencita que pone morros de sorpresa y satisfacción.

Estoy harta ya de tantas sandeces. Pregunto dónde están los aseos a una vigilante también muy joven que se encuentra en la puerta y me encamino unos pasos más adelante. Necesito saber qué hace Berta.

Entro en uno de los servicios, cierro la puerta y saco el móvil. Al menos un mensaje, que sepa que estoy aquí, que he venido por ella. Pero no hay suerte. Está en línea, pero no me contesta. Insisto mientras escucho ruido de tacones entrando y voces afuera, en el lavabo.

—¿La has visto? —Oigo que dicen—. Está increíble, ¿verdad?

—¡Para un premio Goya!

«¿Más españolas? Esto ya me parece una Venecia de mentira», pienso riéndome conmigo misma por primera vez en toda la noche.

—¿Premio Goya? ¡Qué va, chica! —Siguen hablando afuera entre risas. Supongo que se están retocando el maquillaje—. A Nadia hoy le deberían dar un Óscar.

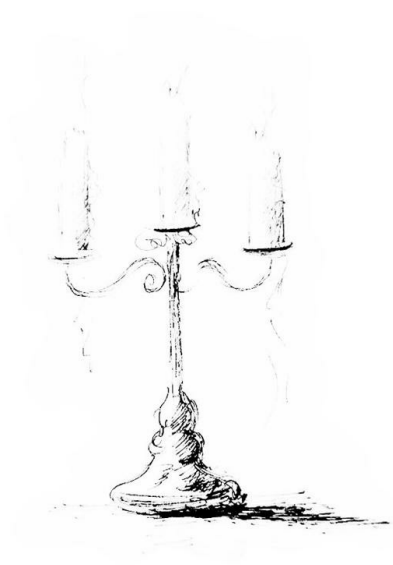
El móvil se me queda congelado en la mano. ¿Nadia? ¿Es casualidad o hablan de la jovencita, la chica que de un momento a otro va a desmayarse de amor en brazos de Vitoro? Una idea absurda me pasa por la cabeza. ¿Y si todo esto es irreal?

Salgo de repente, sin pensar. Las dos chicas, muy jóvenes, casi en edad de bachillerato, miran a mi ostentosa pegatina vip y vuelven a sus barras de labios y a su colorete. Camino deprisa, en busca de Juan, y le encuentro haciéndose la foto de rigor junto al cuadro de Sarén.

—¡Date prisa, Clara! ¿Dónde te metes, joder? Este señor quiere enseñarnos ya la segunda

planta del palacio.

Me hace señas para que me coloque ante el fotógrafo. Pienso en la otra vez, en la gran mentira de la cual fui víctima. ¿Qué engaño nos espera ahora, en la planta de arriba?





Capítulo 38: La gran

performance

E stoy subiendo los escalones, ajena a los mármoles y a las filigranas de la baranda. Juan, interesado en las explicaciones del guía, apenas me hace caso.

—Clara, cuéntamelo después... —me susurra.

—Es que es importante.

El consejero o lo que sea este señor, me mira de reojo, como si quisiera entrar en nuestra conversación y me muerdo los labios. La escalera palaciega y amplia se me está haciendo interminable.

Jorge Vitorio da el brazo a la jovencita, cuyos pies se traban entre el vestido y los altísimos escalones. Suben delante de nosotros, con una conversación salpicada de risas.

Al fin doblamos el recodo. Desde abajo, pese a la música de violines, me llega el eco de una voz femenina, madura, discutiendo airada con el vigilante.

El guía nos hace detener en pleno rellano y me doy cuenta ahora de que atiende al pinganillo que lleva en la oreja. Noto un extraño silencio, que solo interrumpe el consejero.

—Admirable esta escultura, ¿verdad, *signora*? —Me señala a un león dorado que no tiene nada de particular, pero supongo es una excusa para entablar conversación—. Señores, Venecia puede estar orgullosa de contar con *palazzi* restaurados con tanta profesionalidad. —Eleva la voz y apunta hacia la cubierta—. ¿Qué me dicen de esta maravilla de pinturas en la bóveda?

De forma automática Vitorio mira arriba, y Juan también. La chica, que no suelta al artista del brazo, bromea sobre lo incómodo de sus tacones. Pero acabo de tener la misma sensación que cuando alguien olvida una frase en el teatro y otro improvisa en su lugar. El guía carraspea y vuelve a sonreír.

—Sigamos, *signori, per favore*. Vamos a mostrarles en último lugar y antes de pasar al cóctel, la segunda planta de este bello edificio, dedicada a instalaciones y *performances*.

Trago saliva. Allí fue donde ocurrió todo, en aquella planta que recuerdo llena de paneles y dividida en microespacios. Por entonces, cada artista mostraba en su sitio asignado, una instalación, o como en el caso del joven y prometedor Vitorio de aquella época, una acción rompedora.

—¿Ha cambiado mucho todo esto desde aquella vez? —me pregunta Juan en un susurro, pero apenas puedo hablar. Siento una terrible opresión en el pecho.

—No me acuerdo...

Le diría que ya casi he olvidado aquel lugar forrado de tabloncillos, aséptico, blanco e impersonal. Solo persisten en mi memoria la existencia de tres espacios y la gente transitando

entre ellos como si fueran cuevas que descubrir y en cada uno de ellos se mostrara una fauna diferente. Y en el último, yo, encerrada como en una jaula de zoológico, solo que con cristal en vez de barrotes; y él, delante, exhibiendo su flamante trasero, decidido a llamar la atención hasta el límite y a acaparar todas las miradas sobre sí y su ego. Él, el artista inerme, a juicio del público, y yo, el animal desencajado, colérico y peligroso.

—El *palazzo* fue sede de anteriores muestras artísticas. —Oigo la voz del guía como en un sueño—. Hoy, como pueden ver, ha recuperado su decoración y aspecto original.

Y, en efecto, ante mis ojos aparece un suntuoso salón forrado con damascos rojos, espejos dorados y cuadros antiguos. También algunos maniqués sin cabeza y desprovistos de ropa, como si hubieran servido de soporte a selectos vestidos de un modisto. Pero algo me hiela la sangre. Al fondo, ocultando los ventanales que deben dar al Gran Canal, veo un inmenso panel como preparado para una proyección gigante. Delante de la pantalla, un par de filas de sillas y en un rincón de la sala, una amplia vitrina acristalada, sin cubierta superior, conteniendo tan solo una butaca tapizada en terciopelo carmesí.

—¿Por qué esa silla en una vitrina? —pregunto desconfiada—. ¿Tiene algo especial?

—Mobiliario recién restaurado, claro —interviene el consejero antes de que el guía pueda decir nada—. ¡Exquisito, fantástico!

El guía se acerca a abrir la vitrina alta de planta rectangular, tras coger de encima de un cofre, un artilugio de hierro. Nos sonríe como si tratara de mostrar picardía.

—Justo en esa butaca se dice que tomó asiento el famoso Giacomo Casanova en una visita a este lugar. El cepo que pueden ver en mis manos se supone que proviene de las cárceles del Palazzo Ducale donde como saben, estuvo preso. —Se dirige, con un guiño, a Jorge Vitoro—. ¿Alguno de ustedes quiere fotografiarse emulando al gran seductor?

Todo me resulta forzado. La sonrisa del guía y hasta los gestos de la jovencita, que tira de Vitoro hacia dentro de la vitrina con risas de niña pequeña.

—¿Te apetece un *selfie* aquí sentado, Jorge? ¡Quedará ideal!

—¡Claro! ¿por qué no?

Llevan toda la visita inmortalizándose uno a otro en cada escalón. Ella le toma de la mano y lo hace sentar en la butaca roja, mientras le coloca el escote casi a la altura de su cuello. Después, aproxima su cabeza a la suya. *Flashes*. Una foto, otra, otra... El primer plano debe ser espectacular a juzgar por la mirada sonriente y lasciva de Vitoro. Le veo desenfundar su propio móvil con presteza, estoy segura de que quiere guardar al menos un recuerdo de ese escote memorable.

—¿Otra más con tu móvil, Jorge? —Me da la sensación de estar ante alguien que le ofrece gominolas a un niño.

La chica toma de manos del guía el cepo y se sienta en las piernas de Vitoro con ingenuidad de cría. Lo esposa con todo el morbo de una experta en *bondage*, luego coge el móvil de él y busca la pose. Se oye el chasquido de algo que cierra. A él le brilla la mirada, le oigo decir algo así como que se siente preso de amor o una estupidez parecida.

Miro a Juan, pero no puedo hablar. Mi pecho está a punto de desbordarse.

—¿Qué pasa, Clara?

—Esto no es normal...

—Por supuesto que no —susurra él—. Este tío se va a poner hasta cachondo con el jueguito de las esposas. Y nosotros, riéndole las gracias. A saber si al final, con tanta tontería, no nos van a dar de cenar.

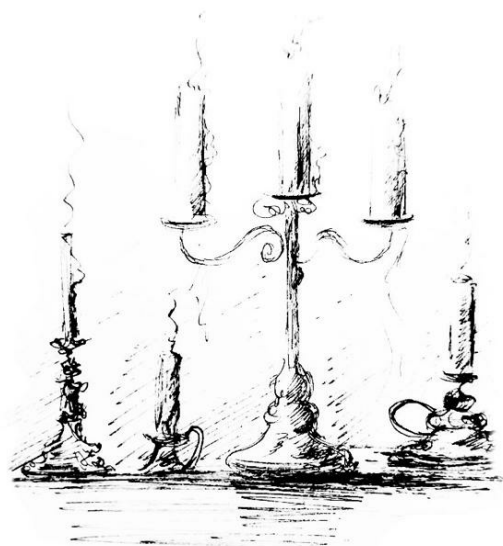
—No es eso... —La barbilla me tiembla. Quiero decirle que esta escena, este hombre esposado en una cabina de cristal no puede ser casualidad.

—A ver, Clara, ¿qué te...? —Se interrumpe. De repente se hace una oscuridad absoluta. Todo se ha vuelto negro.

Escucho un grito horrible. Yo misma chilló aterrada, me agarro al brazo de Juan, palpo el lugar donde su pegatina vip brilla ahora, con claridad cegadora. Ha habido un apagón general en todo el edificio.

—*Signori*, tranquilidad *per favore*! Les ruego que no se muevan de donde están. Será un problema de suministro. La luz volverá en unos instantes.

Oigo las protestas de Jorge Vitoro y rumor de pasos en torno a mí. No sé qué ocurre, solo que un extraño pánico se apodera de mi cuerpo. De repente, salvo las luces piloto de la escalera, todo el espacio ha quedado a oscuras. El palacio es ahora una gigantesca cárcel negra.





Capítulo 39: A la luz de una vela

Todo está pasando muy deprisa. La chica grita como una posesa que le da miedo la oscuridad. Vitoro grita que le devuelvan el móvil y el consejero grita a su hija que se calme. Juan, junto a mí, enciende a toda prisa su teléfono y el guía se acerca a nosotros con apremio. Abajo también se oyen algunas voces.

—*Prego, signor*, si puede ayudarme, iluminar allá, intentaré ver el cuadro de luz. Venga conmigo, *per favore*.

Toma a Juan del brazo, se lo lleva a otra estancia y de nuevo la negrura me rodea. Siento que el consejero se acerca a mí llevando a su hija histérica.

—¡Tiene fobia a la oscuridad! —me dice muy agobiado—. Ayúdeme a llevarla a la salida.

—¿Pero no es mejor esperar? ¡Seguro que la luz va a volver!

Vitoro sigue gritando que se ha quedado encerrado, no sabe cómo, y da fuertes golpes a la vitrina mientras el consejero me apremia. Le hago caso y empezamos a bajar la escalera siguiendo las luces piloto. Temo que la chica, en pleno ataque de ansiedad y con los tacones en la mano, vaya a rodar cabeza abajo.

La escalera se me hace interminable y la electricidad no vuelve. Al doblar el rellano, veo abajo la luz de varios móviles y dos o tres figuras junto a la puerta de entrada, ahora entreabierta; deben de ser los invitados que estaban en el salón del cóctel. Se han encendido más luces piloto. La chica ha dejado de gritar y apresura la bajada como si, a la vista de la ansiada salida, de pronto hubiera recobrado el dominio de sus nervios. En cambio, a mí, la angustia me invade.

—¿Y Berta? ¿Saben dónde está Berta Sarén? —pregunto en cuanto piso el recibidor.

Alguien tira de mí con suavidad, ¿quizá es una de esas chicas a las que vi en el servicio? Recuerdo su exagerado perfume. Me introduce en una pequeña estancia que parece la garita de seguridad. Y allí, sentada en una butaca, frente a los monitores y entre dos velas encendidas, está ella, al fin.

—¡Berta, por Dios! ¿Qué ocurre?

La veo levantarse a la frágil e inestable luz de las velas. Va vestida de fiesta y el cabello suelto, flota en torno a su cuello de manera fantasmagórica. Viene a mí, despacio, me acaricia la mejilla de un modo que me hiela la sangre y se asoma al *hall*.

—Muchas gracias a todos —dice con voz casi emocionada—. Sois fantásticos, lo habéis hecho fenomenal.

Trago saliva y me asomo también detrás de ella. Un grupo de unas siete personas se encuentra esperando junto a la puerta entreabierta. Nadia, la jovencita, está ya enfundada en una chaqueta vaquera que no casa para nada con su vestido palabra de honor y sonríe a la luz de la linterna, como si la oscuridad ahora le importara un bledo.

—¿Esperamos a Guido? —susurra el consejero.

—No es necesario, él aún tardará un poco. De momento está encendiendo las velas. —Se vuelve por un momento hacia mí y me aprieta el brazo como para infundirme ánimos—. Además, Juan, nuestro invitado añadido, se está portando muy bien.

Veo con estupor como van marchándose, sonrientes, y miro con incredulidad a Berta, cuyo vestido de fiesta, clavado a aquellos modelos de la casa Fortuny, se confunde casi con la oscuridad de la estancia.

—¿Qué es esta locura, Berta? ¿¡Tú has apagado las luces!? —Ella me sonríe y me hace sentar en una de las dos butacas, luego va hacia la caja de luces, acciona alguna palanca y vuelve a sentarse frente a mí, como si no pasara nada.

—*All'ascensore*, Guido! —ordena, mientras se lleva la mano a la oreja. Después, ante mi gesto alucinado, me guiña un ojo—. Un grupo fantástico, ¿verdad? Son estudiantes de teatro, han venido a un encuentro internacional de escuelas de arte dramático. Hay mucha más cultura aparte de cine aquí en Venecia, ¿a que sí? —Ríe con una naturalidad pasmosa—. Escogí a una compañía española para que os sintierais más a gusto. Pero como uno de ellos, Guido, tiene familia italiana, hemos aumentado la credibilidad. —Me mira complacida, de una manera que se me antoja desequilibrada—. Y el profesor, el que hacía de consejero, ¡es alucinante! Me ha dado sugerencias buenísimas para el tema del cuadro eléctrico, para crear atmósfera...

¿Estoy soñando? Desearía con todas mis fuerzas una pesadilla y no la lúcida pantomima en que estoy inmersa. La veo tocarse de nuevo en la oreja, supongo que lleva un intercomunicador.

—¿Pero y... la gente que está en el salón? —tartamudeo—. Se oían muchas voces.

—Era una grabación. Y la música de violines, también, claro. No había más de nueve personas. Solo el vigilante es verdad. Nos conocemos desde hace tiempo y accedió a pedir hoy el turno de noche. Sin él todo habría sido más complicado. Aunque pensándolo bien, nadie en este lugar me hubiera negado nada. —Se acomoda en el sillón y apoya un dedo en la barbilla, como si reflexionara—. Aparte de concertar exposiciones con ellos, les hago donaciones con cierta regularidad. Por cierto que les convencí también para que la tradicional subasta de moda del hotel Royale se trasladara aquí. ¡Ah!, ¿y sabes otra cosa? La vitrina donde han encerrado a Jorge Vitoro está pagada por mí y donada a este *palazzo*.

Mi perplejidad aumenta por segundos.

—Tengo que hablar con Juan —balbuceo y trato de sacar el móvil pero ahora recuerdo que está en el guardarropa, con mi bolso.

—Tranquila, está haciéndolo muy bien. Incluso ha conseguido serenar a Jorge, por lo que me ha contado Guido hace un momento. En diez minutos subiremos y la verdadera *performance* comenzará al fin. —Me aterra la mirada decidida de esas pupilas, que bailan con las velas. ¡Que se rompa, por favor, que estalle! Prefiero eso antes que esta seguridad de psicópata que muestra conmigo—. Ya sé que estás asustada, Clara, cariño. Pero no tienes por qué. En cierto modo hoy también puede ser una venganza para ti.

—¡¡Berta, por el amor de Dios, estás reteniendo a un hombre ahí arriba en contra de su voluntad!!

—Oh, nadie pensaría eso. Entró por su propio pie. Ninguno de los que estamos aquí tiene la culpa de que quisiera ponerse las esposas y de que ahora no aparezca la llave. Y tampoco de que la vitrina se haya cerrado... por casualidad.

—¡¡Pero puede denunciarte a ti, a los actores...!! —Las manos se me crispan. Esto es un disparate.

—He firmado un papel donde les libero de toda responsabilidad. Para ellos se ha tratado de un juego de rol entre ricos, una experiencia límite que le he querido regalar a un amigo, así se lo he explicado.

—¿Pero qué pretendes hacer hoy con Vitorio?

—No le deseo nada grave, tranquila. Quizá se humille o tenga que arrastrar el ego, pero saldrá por su propio pie. Y créeme, no me denunciará. —Hace una pausa y por primera vez veo que le tiembla la barbilla. Ahora sí, ahora va a volver a ser la chica insegura que conozco.

—¿Esto lo haces por tu hermano? —susurro y creo que una lágrima está a punto de rodar por su mejilla. Niega con la cabeza.

—Mi hermano va a morir hoy, Clara.

Y de nuevo me invaden las ganas de llorar. Está mucho peor de lo que pienso. Creo que definitivamente ha perdido la cordura.

—¿Has dejado esa medicación que tomabas? —Los labios me tiemblan mientras espero con ansiedad su respuesta, la única que puede explicar toda esta insensatez.

—No, no te preocupes. —Me mira con una ternura inaudita—. Hoy incluso he recurrido a alguna más para estar serena. —Respira con fuerza y suelta el aire de golpe—. Lo que queda en mí de Camilo morirá porque hoy voy a matar su fama, todo lo que en él he amado. Pero lo necesito porque ya no puedo seguir viviendo así, con estos sueños y estos recuerdos.

Mi boca está seca como estopa, pero me tranquilizo un poco. La observo sin parpadear siquiera, mientras se echa hacia atrás como si su cuerpo se rindiese. Apoya la cabeza en el respaldo. La luz de las velas desencaja sus facciones dándole un aspecto tenebrista y asumo que hay algo dentro de ella, muy poderoso, que lleva enfermándola demasiado tiempo.

—Es fácil meterlo todo en el mismo cajón, ¿sabes? —Su voz se ha impregnado de amargura—. Berta, la loca sonámbula, la adolescente acosadora, la prometida histérica... Pero en el fondo, la chica huérfana a la que siempre han dejado sola con sus preguntas.

Las lágrimas inundan sus ojos y la ternura los míos. Me olvido de lo que estará pasando arriba, pero confío en que Juan se haya dado cuenta de que algo no va bien.

—¿A qué preguntas te refieres, Berta?

—Es perfecta esta iluminación, ¿a que sí? —Ahora parece como si no me oyera. Sus ojos se pierden en la vela oscilante—. Se presta a confidencias, a confesiones. A ella también le gustará.

—¿A quién? ¿Es que vas a encerrar a alguien más arriba aparte de a Jorge Vitorio? —pregunto alucinada. Pero ella no contesta, solo da un largo suspiro y se mece de un lado a otro en la butaca giratoria.

—Yo he adorado a mi hermano, te lo juro; a pesar de que delegara sus obligaciones conmigo, a pesar de que permitiera que me cuidara gente ajena—. Sigue balanceándose en la butaca, como si se acunara. —He venerado su recuerdo, pero eso ya no puede parar mi necesidad de respuestas. Esas que él estuvo a punto de darme cuando me llevó a los pueblos de Cinque Terre. —Sus labios emiten un leve suspiro—. ¿Recuerdas cuando me acompañaste? Cinco tierras, cinco pistas... Y sin embargo yo no era capaz de averiguar lo que me quería decir. ¡Qué ilusa fui! En lugar de eso, solo volví a tener más sueños y más oscuridad.

—¿Y qué esperas de mí en todo esto? —Sigue sin oírme, al parecer.

—Tu compañía me hizo tanto bien esos días, eras lo que necesitaba. Contigo procesé cinco cosas: en Manarola, que el arte o el artista pueden llegar a merecer la muerte, como decían los cuadros de Camilo; en Monterosso, que los ídolos, como Vitorio, como mi propio hermano, pueden tener los pies de barro; en Guvano... —Trago saliva. Aquel túnel, el miedo y el amor.

Noto que se interrumpe, se le quiebra la voz, me mira con ojos que parecen cristal húmedo a la luz de las velas—. En Guvano... —De nuevo, se detiene.

¿Qué quiere decir? ¿Que en aquel túnel, a oscuras, quizá se sintió por primera vez querida en plenitud, pero de una forma que le abochorna de cara a la sociedad? ¿Que ese día se olvidó de sus heridas y por primera vez fue ella? ¿Que salió del túnel, por primera vez, libre?

—En Guvano aprendí... que un túnel debe buscar la luz. —No lo ha dicho, pero estoy segura de que lo piensa—. En Riomaggiore, que todos arrastramos una carga y en Belforte, que la inscripción en la piedra hablaba de un amor extraño.

¿Cómo voy a olvidar aquella torre siniestra, donde fui consciente de cómo ella me estaba usando, para luego volver con su prometido? Y también las letras grabadas: «a B», con aquel corazón, para mí algo impropio en la relación entre dos hermanos.

—Recuerdo todo —le contesto deprisa, creo que hasta seca—, pero sigo sin entender dónde encaja Jorge.

—¿Sabes? Yo confiaba en ti, habías sido mi compañera en aquellos días y esperaba que lo fueras también en aquella inauguración en Milán. ¿Y entiendes por qué? Porque ese día, necesitaba alguien a mi lado para darme fuerza cuando los medios estuvieran allí. Yo había decidido dar al fin la cara, comunicar de forma oficial quién era la nueva propietaria de la galería: que Francesca Rota era pasado y Berta Sarén daba un paso adelante para ocupar su verdadero lugar en la vida. —Hace una pausa, casi teatral, victimista—. Pero tú te marchaste, me dejaste sola como siempre hacen todos.

—¿¡Cómo puedes ser tan cínica!? —Todo mi cuerpo se rebota ante su tono.

—Sí, Clara, sí; tú no querías entender que para mí era muy difícil dar la espalda a todo a la vez: cortar con Adolfo y hacer desaparecer a Francesca de mi vida en tan solo dos días. Me dolió mucho que te fueras así, sin una despedida, sin un agradecimiento. Y me dolió que después regresaras engañándome con esa estúpida historia de que tenías novio.

—Berta, yo... —No se me ocurre qué decir. Solo suspiro y quizá hasta la puedo entender.

—Así que aquel día, en la inauguración, no ocurrió nada —prosigue ella con gesto resignado—. Berta Sarén siguió siendo la propietaria en la sombra y mi imagen de falsa Francesca apareció *online*, dando a todos las gracias. Adolfo estuvo presente en el cóctel de bienvenida y, por supuesto, muy de acuerdo con que yo no me descubriera. Además, siempre dice que se muere de risa con mis tejemanejes y que jugar a los vídeos es mi verdadera vocación.

—¿Por qué sigues con un tipo que te considera tan incapaz? —me indigno al oírla, me da rabia. En cambio ella me sonrío. No hay forma de que muestre aversión por su eterno novio, parece intocable.

—Adolfo ha sido también mi abogado, mi gestor, mi asesor...

—¡Pero te considera una inepta! —Cambia de postura al notar mi enfado, se incorpora un poco y me mira a los ojos.

—¿Por qué crees que nos conocemos desde pequeños?

—No sé... ¿su familia era amiga de Francesca o de Camilo? —Ladea la cabeza pero sigue mirándome con fijeza.

—Adolfo y yo nos criamos bajo el mismo techo, Francesca le adoptó en el extranjero, cuando él era un bebé. —Ríe ante mi cara de estupefacción—. ¿No recuerdas lo que te dije? Lo único que hay de positivo en María Amparo Verdugo Ladrón de Guevara es su verdadero nombre de pila. Ser el amparo de niños huérfanos se le da bien, al menos. Aunque hubiera sido bueno que no hubiera hecho honor a sus apellidos...

Me he quedado muda.





Capítulo 40: El cómo y el por

qué

Aquí, en el cuartocho de la electricidad y a la luz de las velas, mi mente empieza a encajar un poco más la situación de Berta. Por una parte, Francesca y Adolfo deseando que la rica heredera contraiga matrimonio. Por otra parte, ese esfuerzo por demostrarla incapaz de gestionar su vida. No, aquí no hay locura, solo ansia desmedida de dinero; aunque, por desgracia, la actitud extraña de Berta les hace hasta un favor.

Ella sigue ahí, frente a mí, mirándome casi divertida ante mi creciente asombro.

—¡Qué pequeño resulta ser el mundo de las relaciones!, ¿verdad? Creces cerca de alguien y acabas emparejándote con él... Pero no nos desviemos otra vez del tema, Adolfo es un buen chico, después de todo. —Hace una mueca casi compasiva y se recoloca el escote del vestido, un poco grande para su cuerpo—. Nada que ver con su madre, créeme.

—¿Y por qué estás tan segura? —pregunto con desconfianza. Veo que su expresión se contrae. Abre las manos, categórica, como si quisiera zanjear la bondad del novio que a mí ya no me queda nada patente.

—Como te contaba, a la inauguración de Milán asistió también Jorge Vitoro, por supuesto. No nos conocíamos en persona. Cuando me presentaron a él como la hermana de Camilo Sarén y responsable de Marketing de la galería, pude ver como bajaba los ojos. Me evitó durante toda la noche y me fue imposible hablar con él y, cuando le abordé casi al final, dijo no recordar apenas nada de Camilo, que su enfrentamiento era una maligna exageración de la prensa y poco más. Entonces entendí que no habría forma de hacerle hablar de manera civilizada y que en esos ojos que me huían se escondía la vergüenza y la culpabilidad.

—¿Y por eso todo esto? —Voy atando cabos poco a poco.

—Esa misma noche, tras la inauguración, tuve otro episodio de sonambulismo. Adolfo y yo no vivimos juntos, pero se queda alguna vez a dormir. Y de madrugada me encontró en el salón dando golpes al televisor y rompiendo papeles. Yo nunca había hecho algo así, menos mal que la pantalla no llegó a dañarse—. Mueve la cabeza, pesarosa. —Adolfo se asustó y me hizo prometer que iría al médico que me trata los problemas del sueño. Insistió en que me fuera de una vez a vivir con él, o al menos que contratara a una interna para no estar sola por las noches. Pero te seré sincera, no hice nada. ¿Para qué? Esos papeles que yo había roto en pleno sueño eran la foto de Jorge Vitoro que aparecía en el catálogo. —La voz le tiembla—. Intuyo que ese hombre me hizo algo cuando era pequeña, algo que mi hermano sabía.

—¿Sospechas que abusó de ti? —pregunto tensa.

—Sospecho muchas cosas, en realidad.

Por un momento sus ojos se entornan y rehúyen el fulgor de las velas. Tomo aire. Eso no me cuadra.

—No sé, Berta, Jorge puede ser un cerdo con las mujeres pero no es un pederasta, no lo creería capaz.

—Vuelvo a la historia que nos ocupa —prosigue, rehecha—, el caso es que tú ya te habías vuelto a España y yo estaba sola otra vez. Seguí indagando. Necesitaba saberlo todo del artista así que contacté con la exmujer de Vitoro, haciéndome pasar por periodista de investigación, me gané su confianza y ¡oh, hallazgo! Descubrí que tenía unas cintas muy comprometidas y le ofrecí comprárselas.

—¿¡A Susana!? —me sorprende y ella sonríe con ironía.

—Oh, sí, la modelo del cuadro que ahora cuelga en la sala. Fue un placer hacer negocios con ella. —Se muerde apenas los labios como si disfrutara al recordarlo—. *Always Susana...* Gran título, por cierto, porque Jorge Vitoro siempre la recordará después de esto. Pregunté a la ya ex si había encontrado, además, material pedófilo, pero me juró que no. Eso sí, aparecen ciertas mujeres en la cama, en diferentes fechas, y a algunas se las reconoce bien. —Sus ojos vuelven a entornarse de manera inquietante, como si quisieran hacerse dos finas navajas dispuestas a herir—. Ella, Susana, no sale, se las habrá quedado o destruido, pero tú sí, por lo que pude comprobar.—A pesar de la oscuridad, creo que enrojeczo.

—¿Y lo del grafiti?

—Bueno, como tardé un poco en convencer a Susana para que me vendiera las cintas, se me ocurrió mientras tanto otra cosa: algo para ponerlo nervioso, que le incitara a venir y, de paso, algo para llamar tu atención y... atraerte hoy a mi lado. —Me mira de una manera tan amorosa que me emociono. ¿A lo mejor no solo quería mi apoyo sino algo más?—. Así que pensé: «Si te niegas a hablar, Jorge Vitoro, si al final falla el tema del chantaje, no te escabullirás ante un atentado contra tu obra». —Una sonrisa de desprecio se dibuja en sus labios—. El grafiti frente a su cuadro debió preocuparle bastante, porque desde luego ese grupo de chicas locas hizo muy buen trabajo.

—¿Tú les...? —La risa, cantarina y pícara de Berta me interrumpe.

—¡Fue buenísimo, Clara, no tuve ni que pagarles! Solo querían publicidad, así que me limité a proponerles la idea y a facilitarles el acceso en un día concurrido. Se desnudaron por arriba, jugaron con el *spray* y salieron en todos los medios de comunicación al día siguiente. —Mueve la cabeza, divertida—. ¡El ser humano en general es tan simple!

Recuerdo estupefacta, el revuelo que se montó en nuestro museo. Desde luego, ha jugado con todos nosotros.

—Esto es de locos —No sé ni lo que digo, estoy ya sin palabras.

—Pues resultó un éxito colosal. Jorge llamó a la galería hecho un energúmeno y dispuesto a denunciar a media Italia. Exigió medidas extra de seguridad y estar presente cuando se descolgara la obra. En cuanto a tu fundación, montó en cólera. ¡Ay, ese Garrido, cómo me reí haciendo de Francesca y peleándome con él! «Triste fundación y triste director el que debe hacer el trabajo de sus empleados», le dije en plan sutil, porque pretendía presentarse él a recoger el cuadro, ¿sabes?, y yo te quería a ti. —Me alucina cada vez más, no solo su poder de manipulación sino su capacidad imaginativa.

—¿Y crees que Vitoro hablará hoy?

—Oh, sí. Pero será mejor todavía. Hoy él mismo se convertirá en arte puro, genuino. Y alguien más también. —Doy un respingo. Su móvil vibra en la mesa y ella lo coge con

impaciencia.

—*Dieci minuti*, Guido. —La voz al otro lado, suena deprisa y ella chasquea los dedos—. Va bene... —Se vuelve a mí y me tiende el móvil—. Me dicen que tu Juan está ya algo nervioso, tranquilízalo, por favor, pero no le digas más. Hazlo por mí, Clara. —Con manos temblorosas agarro el aparato. Estoy confusa, no sé qué pensar.

—¿Clara, eres tú? —Escucho la voz acelerada de mi compañero—. ¿Sigues ahí abajo?

—Sí, sí. ¿Estás bien, Juan? —Veo el gesto ofendido de Berta, como si le molestara mi pregunta. La voz de Juan suena susurrante pero rápida.

—Clara, todo lo que está ocurriendo es un despropósito, parece una comedia ridícula. Este hombre está ahí en la vitrina, como una foca en un zoo. El guía me hizo encender velas y me aseguró que iba a encontrar la forma de hacer volver la luz, pero que por favor no dejara solo al artista y que me dedicara a buscar la llave por el suelo, y luego ¡se largó no sé por dónde!

—Es que el ascensor funciona aparte —me bisbisea Berta—. Está camuflado tras un estuco, en la sala de las porcelanas.

—Y ahora acaba de volver con una señora canosa muy enfadada, que parece una aristócrata y un tipo vestido de blanco con pinta de yogui. —Mis cejas se elevan con sorpresa y recuerdo las voces airadas de hace un rato en el recibidor. ¿Francesca está aquí? ¿Y quizá, como yo intuía, también Aldo, el gurú?—. El tipo de blanco parece asustado y no habla ni una palabra, pero la señora está indignadísima, dice que a Francesca Rota no se la trata así, que ella solo ha venido a finiquitar el tema de la subasta tal y como la citaron, y que va a hacer una queja formal. ¿Me estás escuchando, Clara?

—Sí, Juan, sí —acierto a pronunciar. De nuevo, la maestra del engaño que es Berta se ha superado a sí misma. Francesca nos contó que un coleccionista quería hacerle una oferta para el resto de sus vestidos Delphos, pero, ¿tampoco es verdad?

—Clara, esto es de locos... Y lo peor, desde luego, es lo que te dije: me da que aquí no se cena hoy... —Miro a Berta con estupor y me hace un gesto de súplica para que corte.

—Se está solucionando todo, compañero —casi tartamudeo—. Ya subimos.

Corto la comunicación y vuelvo la vista hacia ella con angustia. Pienso que en unos minutos algo muy fuerte va a pasar; y el arte va a ser el todo, como siempre me dijo Vitorio, como desde niña aprendió Berta de manos de la propia Francesca.





Capítulo 41: Ante el tribunal

Pero quizá no sea arte lo que ahora se extiende a la luz de las velas, ante mis ojos. Quizá más bien sea un juicio sumarísimo esta inquietante *performance* que se nos muestra, flanqueada por candelabros chorreantes en cuanto subimos la escalera.

Tengo miedo. No es que dude ya de la estabilidad mental de Berta, pero sí, esto es un proceso en toda regla. Un juicio a oscuras, teatral, surrealista, con un acusado que se presenta ante nosotros sobre una butaca de terciopelo, esposado y encerrado en una cárcel de cristal. Un juicio que tiene, al parecer, a Francesca presente en calidad de testigo y, por lo visto, a mí también.

Berta, erguida, con ese delicado vestido que le arrastra, a pesar de los tacones, ha subido unos pasos por delante de mí y ha hecho su entrada en la sala como jueza triunfal. Todas las miradas se han vuelto hacia ella, en silencio. Me pregunto qué papel hará Aldo, que la mira con fijeza asustada entre las dos filas de butacas, ante la gran pantalla de proyección. ¿Quizá sea testigo sorpresa? ¿O público casual, como Juan?

Guido, el guía, sonríe a Berta y se marcha escaleras abajo. Parece que su misión ha acabado. La atmósfera es densa y agobiante en estos segundos en los que ella camina hacia la pantalla.

—Todo está bien. Tomad asiento, por favor. —Mira uno a uno a todos los que estamos aquí y en especial a Vitoro que parece haber enmudecido—. Por fortuna, la luz solo ha fallado en varios puntos del edificio y nos queda el lujo de la pantalla para hablar de arte, así que aprovecharemos las circunstancias mientras los técnicos de mantenimiento solucionan la cuestión.

A la luz de las velas veo que la cara de sorpresa de Francesca vira a mueca de incredulidad.

—¿Eso que llevas puesto es... uno de mis vestidos Delphos? —murmura con voz entrecortada—. ¿Uno de los que se subastaron ayer?

—En efecto. Siéntate, Francesca, por favor. —Algo debe de notar en Berta que le hace respirar con agitación.

—Mira, querida, no sé qué es esto y no sé qué hace aquí Aldo, pero no voy a quedarme ni un minuto más. —Se yergue, digna, embutida en su sencillo vestido negro de manga larga, que casi la camufla en la oscuridad—. Exijo que me acompañen al guardarropa y me entreguen mi bolso y mi móvil.

—Francesca, ten paciencia, por favor. —Berta toma el mando a distancia de la pantalla con una mano y con la otra resigue los tirantes de su vestido de seda—. Si me pongo nerviosa, quizá podría dañar este valiosísimo traje que tanto amabas, ¿a que sí? Aparte de cepos trucados, a lo mejor el propio Casanova olvidó por aquí algún cuchillo... o alguna navaja.

Mis ojos se desorbitan y miro a Juan que me hace una mueca de incredulidad.

—¿Ha perdido aún más la cabeza esa chica? —me susurra.

Oigo que Vitoro tira sin éxito de las esposas y farfulla insultos mientras nos mira a Berta y a mí. Le hago seña a Juan para que calle y nos sentamos juntos, en un extremo de la fila. Aldo permanece, con la mirada huidiza, en la otra punta. Francesca, a instancias de Berta toma asiento en una butaca junto a la vitrina y queda delante de nosotros, de perfil, aunque mirando de reojo a Jorge Vitoro. La pantalla se ilumina y la foto de Camilo Sarén se despliega en toda la inmensidad del espacio.

—¿Qué es el arte? —comienza Berta—. ¿Qué definición hay para esto que hoy va a ser juzgado aquí? ¿Cuál es la base que late tras la obra sublime creada por la mente del genio?

Lo ha dicho con voz clara, serena, de conferenciante casi. Quizá es así cuando se dirige al público representando a Francesca Rota, o más bien que las pastillas extra que dice haber tomado en estas horas le están dando una tranquilidad nunca manifiesta ante mí.

El silencio es absoluto. El resto del palacio está en penumbra y el fulgor de las velas nos sume en un claroscuro fantasmal.

—¿Qué es el arte? —repite con parsimonia mientras mira a Jorge y a Francesca, como si estuvieran en el banquillo de los acusados—. Cuéntenme...

Nadie abre la boca. De pronto oigo a Juan a mi lado, con voz firme.

—¿Una recreación con finalidad estética, por ejemplo? —Le tiro de la manga, furiosa.

—No te está preguntando a ti —bisbiseo.

—Pero si nadie contesta, la chica igual se molesta —replica con naturalidad en el mismo tono de voz que yo—. En la facultad me pasaba lo mismo, no puedo estar callado cuando...

—Pues ahora sí vas a cerrar la boca, ¿ok? —le susurro con otro tirón. Los aplausos solitarios de Berta resuenan en el eco de la sala.

—¡Bien, muy bien, Juan, gracias por querer participar! —Sus manos accionan el mando y un vídeo recopilatorio de la obra de Camilo Sarén, sin sonido, pasa ante nuestros ojos. Es un montaje, supongo que ensamblado a partir de registros antiguos. Reportajes de diferentes exposiciones, detalles de algunos cuadros, todo hasta dejar la imagen congelada en un primer plano de *Caballo que espera*. La angustia invade mi pecho—. Pero quizá el arte también puede ser un mensaje. Una manera de gritar lo que ningún oído podría escuchar, lo que el ojo es incapaz de ver. —¿Es suposición mía o la voz casi se le está quebrando? ¿Va a romper a llorar? Espío cada uno de sus movimientos, sus hombros parecen encogerse—. El arte puede ser un secreto indescifrable, un gran enigma que solo ha de desvelarse a través de la vida. Y ello nos conduce... —dice alargando el brazo y accionando el mando de nuevo— a la *performance*.

Un Jorge Vitoro muy joven aparece hablando en lo que parece ser una entrevista en un entorno expositivo. El vídeo, silenciado, permite verle exultante de ego, sonriente, mediático, con su barba de dos días y el cuerpo erguido y musculoso bajo una camisa de botones a punto de reventar. ¿Cuánto le duraría aquella fase de figura de Miguel Ángel? Quizá, como Dorian Gray, por entonces ya estaba podrido, pero el tiempo aún pactaba con él y ocultaba, bajo un físico atractivo, toda la suciedad de su alma. En cualquier caso, nada que ver con el tipo hinchado que ahora permanece preso y, cosa curiosa, mudo dentro de la vitrina.

—Definamos ahora este nuevo concepto: ¿Qué es una *performance*? —Berta para el vídeo, ya con gesto firme y de nuevo enfila los ojos hacia Jorge y Francesca. Juan me mira, como si me pidiera permiso para abrir la boca y le hago un gesto tajante.

—Esto no va contigo ni conmigo, así que cállate —musito. El silencio vuelve a imperar en el palacio. Las velas oscilan con suavidad.

—¿Nadie contesta? Sigamos un poco, en ese caso... Repito: ¿qué es una *performance*?

Las nuevas imágenes, ya en movimiento, me abofetean con crueldad. El vídeo me exhibe a mí en aquella maldita muestra; soy yo, muy joven, desatada, con el albornoz entreabierto, aporreando el cristal como un animal enjaulado y pisoteando cuadros ante el impasible Jorge Vitoro que dibuja desnudo en una tarima.

—¡¡¡Un engaño!!! —grito fuera de mí y me levanto decidida a parar ese vídeo aunque sea arañándola.

—¡Bien, bien! —exclama Berta asintiendo—. ¡Clara, tranquila, cariño, siéntate, que adelanto la imagen! —El vídeo avanza hasta quedar congelado en otra imagen intrascendente de la muestra. Vuelvo a tomar asiento, a instancias de Juan, hirviendo por dentro, rabiosa.

—¿¡Qué coño pretende!? ¿¡Humillarme!? —susurro a mi compañero, que es quien me manda callar ahora.

—¡Muy acertada la definición! —me felicita Berta mirando alrededor de manera inquisitiva—. Gracias por contribuir, preciosa, gracias de corazón, aunque me gustaría que hablaran no solo los testigos.

¿Testigos? Sí, esto cada vez se asemeja más, como intuía, a un juicio sumarísimo, y yo y mi recuerdos hemos venido a declarar. Pero, ¿hasta dónde va a llegar, qué busca con todo esto?

Veo que dirige el mando a la pantalla, con teatralidad ampulosa.

—Recopilemos, por tanto. El arte es recreación, imitación o búsqueda de la expresión mediante el engaño. ¿Alguien da más? —Mira con ojos de hielo a Francesca y luego a Jorge Vitoro, que siguen callados como muertos—. ¿Puede ser el arte un trofeo, un saqueo a la auténtica realidad?

De reojo noto que Juan asiente muy serio, como si estuviera en una conferencia. Se vuelve a mí y me susurra en la oreja:

—Pues no deja de tener razón y me gusta su planteamiento. Esta chica es buena, a pesar de estar como una cabra, valdría como ponente para...

Y, de pronto, la imagen se descongela y avanza hasta estallar en un vídeo sexual, pornográfico, a tamaño gigantesco. Oigo que Juan contiene una exclamación soez. Mis nervios se ponen en tensión.





Capítulo 42: El registro

insospechado

Ante nosotros, el vídeo muestra, en total impudicia, una cama suntuosa con una especie de baldaquino y sobre ella a un hombre y una mujer sin ropa, cara a cara, y de perfil al espectador.

Él, con el cabello lacio y rubio embistiéndola con ímpetu, bajando el ritmo solo para mirar de manera furtiva a cámara. Ella, más mayor que él, con una corta melena castaña, una gargantilla de perlas y el torso semiincorporado sobre un almohadón gigante; la pelvis de él se acelera, frenética, como si quisiera clavar a la mujer sin piedad, sobre la cama, y ella se abandona, con los brazos extendidos sobre las sábanas de encaje, los senos agitándose desnudos y los muslos abiertos en pleno paroxismo de deseo.

Contengo la respiración. Él es sin duda, Jorge Vitorio. Pero, ¿y ella?, ¿a lo mejor está siendo grabada sin su consentimiento? La cara se le ve algo borrosa, pero podría ser la propia Francesca.

Al instante escucho a Vitorio levantarse como una furia enloquecida y aporrear con las dos manos la vitrina, como si quisiera hacerla añicos.

—¡¡Para ese vídeo ahora mismo, maldita hija de perra, infame loca de mierda!! —A la luz de las velas, su figura aterra tanto como la de un peligroso desequilibrado y la voz me llega algo atenuada por el cristal, pero con espantosa claridad—. ¡¡Eras tú y no Francesca, eras tú la del chantaje!! ¡¡Pagarás por esto, grandísima puta!! —El corazón se me desboca. Estoy tan impactada que no me puedo mover—. ¡¡Te va a caer una denuncia, te voy a joder viva hasta que te mueras, desgraciada!! ¡¡Tú no sabes quién soy yo!!

Parece al borde de la locura, temo incluso que rompa el cristal y se abalance sobre Berta que, de forma increíble, mantiene la calma. Juan se levanta como un resorte y va hacia la vitrina en un intento de poner paz. Francesca adelanta la cabeza hacia la pantalla, como si no viera y enseguida, muy despacio, se pone de pie. A mi derecha, Aldo mira al suelo, ensimismado, como si nada fuera con su persona. Mientras, en el vídeo, la pareja de amantes cambia de postura y se retuerce hasta la locura en un plano aún más explícito.

—¡Tú y esa furcia os habéis puesto de acuerdo!, ¿¡verdad!?! —me escupe casi Vitorio.

—¡¡Vamos a tranquilizarnos todos!! —interrumpe Juan. Su voz, aun no siendo muy potente, parece imponerse y serenar los ánimos—. ¿Podemos empezar por parar ese vídeo, por favor? —Berta sonríe y la cámara, obediente, se apaga. Sin su luz y los golpes de Jorge, la sala aterra aún más—. ¡Y usted, caballero! —Juan se dirige a Vitorio, que resopla como un buey herido—. ¡Tranquilícese y pare de aporrear o va a sufrir algún daño!

Sigo sin poder moverme, no puedo hablar. Solo atino a pensar que el artista hoy está

recibiendo su propia medicina, la misma que me hizo tragar a mí hace tantos años. Yo me hice sangre a fuerza de golpes. Pero, ¿qué pasará con él?

—No hay de qué preocuparse —interviene Berta con una tranquilidad pasmosa cuando el artista interrumpe sus puñetazos—. La vitrina lo resiste todo, yo misma la hice encargar a prueba de impactos antes de donarla al *palazzo*. Además está anclada de forma especial.

Vitoro estalla de nuevo en golpes, como si quisiera machacar la cabeza de Berta en lugar de su propia jaula.

—¡No te imaginas la que te va a caer, niñata de mierda! —Le escucho, presa del miedo, mientras unas lágrimas estúpidas resbalan por mi cara—. ¡¡No sabes a cuánta gente conozco yo!!

—Mucha, sí. He visionado todos los vídeos que me vendió su mujer.

—¿¡La zorra de Susana se ha entendido contigo!? ¡¡¡Putas de mierda, os voy a matar, os juro que os voy a joder hasta...!!!

—¡Basta! —La voz de Juan resuena firme por encima de los gritos.

Veo que Vitoro se deja caer en el asiento rococó, que de pronto cede a su peso hasta quebrarse. El cuerpo del artista afamado y aclamado se desploma de manera ridícula hasta chocar con el suelo. Berta sonríe de manera fugaz en medio del estrépito. No sé cómo puede estar tan serena. Esa butaca, desde luego, debe de ser otra falsificación.

—¿Está usted bien? —Juan trata inútilmente de abrir por enésima vez la vitrina cuando veo que Berta se le acerca por la espalda.

No puedo creerlo. ¿Eso que le está dando es la llave? ¿Va a soltar a ese animal?

Ahora siento, más que nunca, que debo estar al lado de ella. Avanzo y me coloco a su lado. Noto su mirada sobre mí, llena de gratitud y poco a poco experimento esa conexión inefable, dulce, bonita, la misma que sentí la primera vez que la vi, hace ya tantos meses.

«Te he vengado y lo he hecho bien, ¿a que sí?», parecen decirme sus ojos. ¿Acaso no vale más el modelo que su copia, y la realidad frente a la ficción? ¿Puede el arte sacrificar, en una especie de pacto transhumano, a la verdad que le hizo nacer? ¿Pueden pisotearse los sentimientos de una persona y en cambio convertirse en objeto de culto de cara a un público sediento de autenticidad?

«Porque quizá, incluso, su reflexión vaya más lejos», pienso presa de la emoción. Yo también me lo he preguntado muchas veces. ¿Es justo que el verdugo sea encumbrado en ocasiones, hasta figurar en los libros de historia del arte, y la víctima sea ninguneada y hasta reducida en su credibilidad emocional?

Los ojos se me llenan de lágrimas al mirarla. Sí, ella siempre ha entendido lo que dolía en mi pasado. Pero quisiera decirle que no hacía falta, que yo la hubiera querido sin venganzas, sin teatros. Que la hubiera apoyado en esa búsqueda de justicia que aún no entiendo, pero que, por lo visto, lleva tanto tiempo exigiendo. Porque, para colmo, creo que el juicio al arte solo acaba de empezar y esto ha sido la primera prueba de otras que, por desgracia, quizá la tengan ya a ella como protagonista.

La vitrina se abre en medio de un silencio sepulcral. Veo que Juan tiende la mano al artista que se levanta con trabajo de su pedestal caído. Se escucha el chirriar del cepo, que al parecer es bastante moderno y se abre con un sencillo gesto. Supongo que lo habrá suministrado la propia compañía de teatro. Berta no ha dejado cabo suelto.

Los ojos de Vitoro me devoran con ira, primero a mí y luego a ella. Debe de creerme ahora un ente diabólico que también se ha unido a esta sórdida venganza urdiendo un plan rocambolesco para humillarle. Me mira de arriba abajo otra vez.

—Estáis todas de acuerdo, claro. —Me escruta con ojos envenenados—. Por eso callabas como una zorra cuando nos montamos en la góndola, ¿verdad? Pues tú también saldrás perdiendo, Clara, te lo advierto. No te creía tan estúpida.

—Ni yo a ti un coleccionista de porno barato y cutre — le espeto. Esta vez le ha tocado a Francesca, pero la escena de cama conmigo existe. No una, sino varias, y también deben de estar en poder de Berta.

—Nos vamos a tranquilizar todos, caballero... Jorge, por favor, siéntate. —Mi compañero se ha crecido. Supongo que ha asumido el puesto que el invisible Aldo a lo mejor debía desempeñar. Y, cosa curiosa, sus órdenes parecen ser tenidas en cuenta por el artista.

—Mira, amigo... Juan o como te llames, esto es un chantaje en toda regla y tú estás siendo testigo de cómo se me ha retenido en contra de mi voluntad. —Vitoro se frota las muñecas, pero parece más sereno—. Yo he venido aquí, engañado, pero me conformo con recuperar lo que es mío. Quiero llevarme mis vídeos y mi cuadro, y olvidarme para siempre de toda esta locura. — Mira de reojo a Francesca, que está blanca como un fantasma—. ¿Tú tienes algo que decir?

—Ingrata... —murmura la aludida mientras observa a Berta con una intensidad que me sobrecoge. Creo que está en *shock*.

Coloco mi brazo sobre los hombros de Berta. Yo misma estoy temblando pero, aun así, noto los músculos de ella en tensión. Ahora ya me siento capaz de hablar.

—Tal vez no sea momento de insultos sino de preguntas. Creo que deberíamos escuchar lo que nuestra anfitriona quiere decir.

Me enfrento por ella, como ocurrió en el museo Fortuny, ante Francesca, y quisiera librarla de más acusaciones por esta noche. Ella se ha vengado a su modo y ha dado a Vitoro lo que nadie se ha atrevido a darle. Y, por supuesto, ha vengado a Susana, aunque no se lo merezca, a mí, y en cierto modo a la propia Francesca que, a juzgar por su expresión desencajada, quizá nunca imaginó verse expuesta, en pleno éxtasis sexual con un hombre.

—¡Gracias, Clara! —Noto que Berta me mira casi con adoración—. Sí, sí, que todo el mundo vuelva a tomar asiento. Jorge, ahí, por favor —habla ahora como apresurada, con voz casi inocente. Se desprende de mi brazo y coloca una silla de perfil junto a Francesca—. Juan, ¿eres tan amable de acercar una bandeja que hay en la mesita, tras la pantalla? Son solo unos canapés que dejó preparados el camarero pero en fin, algo es algo.

«Esto ya es surrealista», parece decir la cara del yogui que, desde su esquina, se mantiene inmóvil, como una borrosa mancha blanca.

—Y Aldo, tú aquí, de juez. —Le hace señas para que se acerque mientras apunta a la única silla que está de cara a la zona del público, a la derecha de la pantalla. Este declina con la cabeza, obstinado en su mutismo. Parece ajeno por completo, o quizá está muy asustado—. ¿No? Pues entonces tú, Clara. Y tú, Juan, pasa los canapés, por favor. —Ríe con una carcajada fresca y ligera—. Juro que no están envenenados ni nada parecido. Son hojaldres de pesto y *costrini caprese*.

Sí, la escena es surrealista. Veo a Juan ofrecer una bandeja que todos rechazan, salvo él mismo, que al fin se sienta donde antes, comiéndose un par de hojaldres. Me mira con la misma serenidad que exhibiría en el cine ante una bolsa de palomitas y me hace señas como para que me tranquilice. «Vamos a ver qué pasa», parece decirme con el gesto de sus manos.

Me siento donde Berta me ha indicado, pero ella sigue en pie, supongo que se ha reservado el papel de fiscal y ahora entiendo que a Francesca le tocará hacer de defensora. ¿O no? Se aclara la voz y toma aire.

—Ha llegado el momento de escuchar los cargos. —Carraspea de nuevo y al fin pronuncia con serenidad de abogada penalista—: Acuso al arte de haber marcado, arruinado y condicionado vidas. Le acuso de ser frío, indiferente, insincero. —Entorna con dureza los ojos en dirección a Francesca y a Jorge Vitoro—. Acuso al arte de impudicia, lascivia y codicia. Pero, sobre todo, le acuso de engañarme durante años a mí, a Berta Sarén. —La mano le tiembla cuando toma unos papeles que hay en la mesa—. Y hoy tengo pruebas. —Francesca mira adonde está el ascensor y hace amago de levantarse pero la voz de Berta resuena autoritaria y quizá más aguda de lo normal—. ¡¡Quieta!!

—¡No te atrevas a darme órdenes, niña!

—¿Por qué? ¿No tengo derecho? —increpa Berta con repentina furia—. ¿No he mantenido con mi dinero a Francesca Rota hasta el punto de hacerme cargo de su propia galería y ser su dueña en la sombra desde hace años? ¿Tal vez no te das cuenta de que en mi nombre se ha pujado por esa colección de vestidos Delphos que tanto adoras y que hoy hasta te la regalaría a cambio de la verdad? Estoy luciendo uno, como me merezco, pero esa no es la principal cuestión. —Sus manos agitan febriles el papel que tiene en la mano—. ¿Acaso no se me ha ocultado el antiguo testamento de mi padre y solo cuando he cambiado de abogado he podido saber que...? —Las lágrimas pugnan por inundar sus ojos.

—¿¡Has cambiado de abogado!?

—¡¡Sí!! ¿A que te molesta? ¡Ahora tengo dos! Por una parte, ese bufete a tu servicio, como lo estuvo al servicio de mi hermano Camilo; y, por otra, un equipo nuevo que trabaja de verdad para mí. ¡Como los nuevos empleados de la galería, como la gente de la que me estoy rodeando recientemente y que no se dejan manipular ni por ti ni por los consejos de tu hijo!

—Me estoy perdiendo. ¿Cómo que del hijo? ¿Qué consejos, si Camilo Sarén lleva ya muchos años muerto? —bisbisea Juan en mi oído.

—¡Los consejos de tu hijo Adolfo, mi prometido! —estalla Berta como si le hubiera oído

«Esto es la leche», parece pensar Juan mientras me mira y ahoga una exclamación de sorpresa. Por un momento, yo también había olvidado esa curiosa realidad que me confesaba Berta hace un rato: Francesca o más bien Amparo, a pesar de sus defectos, tuvo la generosidad de adoptar un hijo, tras su separación. Un hijo que ahora es letrado y que con toda seguridad, hace lo que conviene a su madre.

—No te atrevas a hablar mal de Adolfo, que es un hombre ejemplar —interviene la aludida, irguiéndose como una tigresa atacada—. Y en cuanto a mí, desgraciada, ¿vas a condenarme por cuidarte en tu infancia? ¿¡Qué culpa tengo yo de que mi hijo adoptivo se haya enamorado de ti!?

No hay respuesta a su pregunta. Clavamos la mirada en Berta que, curiosamente, no contraataca. El nombre de Adolfo parece ser siempre un muro de contención.

—Ya está, Francesca, *cara*... —De pronto, la voz de Aldo, con su deje italiano, ha rasgado el aire. Parece incluso, dolido. —No más mentiras, *per favore*.

Nos hemos vuelto todos como un resorte hacia él. Es la primera vez que abre la boca.

—Cállate, Aldo, por favor. —También es la primera vez que la voz de Francesca tiembla.

—No, *cara*...

Una expectación extraña hace aún más densa las sombras agitadas de las velas. El ceño de Francesca se frunce, sus labios se aprietan.

—Aldo, no es momento... —replica con voz ronca.

—Ya es tiempo de que Berta sepa eso al menos, *cara*. —El yogui abre las manos en señal de rendición—. Adolfo no es adoptado: es nuestro hijo de sangre, tuyo y mío, aunque a ti y a él

mismo os avergüence. Aunque hace veintiséis años te las arreglaras para pasar el embarazo en Suiza y simular a la vuelta una adopción.

¡Increíble! Esto empieza a adquirir tintes de sorprendente folletín. ¿La sibarita Francesca también se acostó con el etéreo Aldo? Vuelvo con estupor la mirada a Berta, cuyos ojos se han desencajado. Esto es nuevo para ella, parece que la declaración de Aldo la ha dejado muda, como si le hubieran dado una bofetada y se le hubiera cortado la respiración.

—Miren señores, esta broma está llegando demasiado lejos y yo no tengo nada que ver. —Vitoro resopla y cruza los brazos mientras se frota aún las muñecas—. ¡Exijo que me devuelvan mi móvil y que me entreguen lo que es mío!

—Aún no ha llegado tu turno, Jorge Vitoro —responde Berta con una voz gélida y lenta, silabeando y masticando cada sonido. Una firmeza extraña parece haberse interpuesto sobre su primer instante de mayúscula sorpresa—. Y si quieres ver destruidas el resto de esas cintas sexuales que tengo a buen recaudo, harás mejor en quedarte, porque también vas a ser interrogado.

La cara de Juan oscila entre la mirada de acero de Berta y la palidez de Francesca, que parece al borde del desmayo. Mi compañero me mira como si de verdad yo fuera jueza de este absurdo.

—La señora no parece encontrarse bien —informa preocupado—. ¿Hacemos un breve descanso? —Francesca hace gestos como si fuera a vomitar—. ¿Quiere ir al lavabo, un poco de agua? —insiste Juan solícito con la voz que siempre emplea cuando ejerce de confidente.

Ella se gira hacia él como si no le hubiera visto hasta ahora e inclina la cabeza en señal de agradecimiento.



Capítulo 43:

Justificaciones

Berta ha consentido que usemos uno de los candelabros para ir al servicio que está camuflado tras un friso. Sigue lívida y tiene los labios apretados. Imagino que no acaba de digerir la última confesión.

—Id con ella. Que se refresque un poco, pero que no tarde. Mientras tanto, nos entretendremos con un nuevo e inesperado interrogatorio —arrastra las palabras y mira con odio a Aldo como si quisiera abrirlo en canal—. En cuanto a nuestro afamado artista, podrá seguir viendo el vídeo si le aburre la espera. —Se vuelve a Jorge, rápida como una víbora—. Y tengo copias, por cierto, no serviría de nada destruir esta.

Me ha hecho una seña para que me tranquilice. «No he incluido más imágenes tuyas, nunca te haría eso», parece decirme.

El cuarto de baño es tan lujoso como el resto del palacio. Un espejo con marco de plata multiplica las llamas del candelabro y rescata nuestros cuerpos de entre la sombra. Francesca se echa agua en la cara, bebe apenas unos sorbos y se sienta en el estrecho taburete patinado de color bronce que Juan ha acercado hasta ella.

—Esa chica está loca. Ustedes pueden... pueden creer lo que quieran —dice respirando agitada, incluso tiembla—, pero no soy la rica arpía que ella va a querer mostrarles. He sufrido mucho. Mi exmarido, Huberto Sarén era una máquina de hacer dinero, sí, pero también un déspota.

—No es necesario que se justifique, señora. —Juan rebusca en el bolsillo de su chaqueta. Al fin saca un folleto y la abanica mientras me mira.

Sé lo que está pensando: que él es el único que tiene móvil y que podría llamar incluso a la policía y acabar con toda esta farsa. Pero hay algo que nos ata, como si en esta extrañísima *performance*, una verdad necesitara salir a la luz.

—¿Saben cómo nació mi nombre? —Francesca respira hondo y nos mira con sus ojos de ópalo refulgente, decidida a iniciar su propia defensa—. Después de que Camilo viniera al mundo, cuando descubrí la mentira que era mi matrimonio... yo me reinventé. —La observo con detenimiento y veo cómo la tristeza se ensaña ahora con su cara, haciéndola más envejecida—. Esa muchacha desconoce que mi vida de casada no fue un paraíso, sino una farsa. Empecé a viajar con frecuencia para no tener que representar el papel de esposa feliz, también a visitar museos y a adquirir obras modestas en subastas. Yo era joven, atractiva y enseguida hacía contactos. Recuerdo que en los hoteles me registraba como Amparo Verdugo Ladrón de Guevara pero firmaba como Francesca Rota: un nombre que significa «liberada» y un apellido que

retrataba el estado deplorable de mi corazón.

—¿Y por qué se casó con un hombre tan difícil? —Ante la pregunta de Juan, los labios de ella esbozan una mueca despectiva y amarga.

—Por conveniencia, amigo mío. Mi familia tenía apellidos ilustres, aunque estaba arruinada. Y la jovencita que era yo, la que soñaba con estudiar Historia del Arte en Italia, conoció al millonario y creyó que en él encontraría la felicidad. ¡Qué inocente! Todo se truncó en cuanto quedé en estado. Tuve un embarazo difícil, reposo absoluto por orden de los médicos. Recuerdo que cuando Camilo estaba a pocas semanas de nacer, Huberto me preguntó: «¿Qué querrás de regalo por este hijo?». Supongo que me veía depresiva, gorda, atada todo el día a la cama y quería compensarme por tantas infidelidades durante mi embarazo, por todas esas aventuras que mi fiel Mona descubría y que mi cuñada Celia, en el fondo de mi parte, trataba de disculpar ante mis ojos, como desahogos de hombre. «¿Qué te haría ilusión que te comprara?», insistió el muy indecente, y yo le dije, sarcástica: «el cuadro más caro que se subaste ahora mismo en Sotheby». Y, curiosamente, Huberto me lo compró. Así conseguí mi Pissarro y di a mi hijo Camilo, el nombre del pintor.

—Pudo haberse divorciado si le iba tan mal —intervengo con voz dura.

—Pude, sí —contesta con una sonrisa despreciativa—, pero no me atreví. En los años siguientes, nuestra relación fue una mera pantomima. Soporté la humillación de sus continuos engaños solo por mi pequeño Camilo, por no hacerle sufrir. —Una lágrima brilla en sus ojos—. Porque el cielo me había concedido el regalo de un niño creativo, casi hiperactivo, o eso me decían, pero yo sabía que apuntaba a genio.

La miro con frialdad, no me da buenas vibraciones esta señora que pretende personarse como víctima y que con toda seguridad sabe de qué va a acusarla Berta en cuanto vuelva a la sala.

—¿Y hasta cuándo estuvieron así? —Juan habla casi en susurros, supongo que para contrarrestar mi tirantez.

—Demasiado, lo confieso. Mi colección de arte, de joyas, de ropa, todo fue aumentando, y la mentira de mi matrimonio también. A Camilo, cuando ya había cumplido trece años, lo enviamos a estudiar a un internado, a Italia, al país donde yo había soñado titularme en Arte. Pero su talento y su carácter chocaban con cualquier sistema. —La voz le tiembla—. El año en que encontré para él un nuevo *college* especializado, el año en que mi marido conoció a esa actriz venezolana, la que sería la madre de Berta... ya no aguanté más y me separé. —Suspira y declina el esfuerzo de Juan por abanicarla.

—¿Y a dónde fue? —se interesa mi compañero.

—Me instalé en Italia, en Milán, donde siempre había soñado vivir. Y cerca de Camilo, aunque él ya tenía ideas de adulto a pesar de ser un adolescente. Mi niño ya soñaba con valerse por sus propios medios. «El sistema es un árbol podrido, mamá», me decía una y otra vez. Y yo le contestaba: «Pues sácale el fruto que le quede». Pero Camilo iba por otros caminos y, en cuanto llegó a la mayoría de edad, abandonó sus estudios y se refugió en Manarola. —Mueve la cabeza, busca la mirada de Juan, como si reclamara empatía por su parte—. ¡Se hizo artista callejero, qué horror! ¡Perseguía a los turistas para vender su obra, malgastaba su talento con la idea peregrina de establecerse en Cinque Terre y montar su propia galería! Era tan absurdo que yo no podía asumirlo. ¿Mi hijo vendiendo su arte en una tienda de *souvenirs*? —Vuelve la vista al espejo y se retoca el pelo—. Y en una de mis visitas a Manarola, a aquella casa decrepita que había alquilado, cuando yo trataba de convencerle de que volviera a Milán, él me presentó a

Aldo, un sanador espiritual que también vivía así, como de la nada y con quien había entablado muy buena relación.

—¿Aldo es el tipo vestido de blanco? —Francesca afirma y mira a Juan de nuevo. En todo este tiempo, parece como si yo no existiera ante sus ojos.

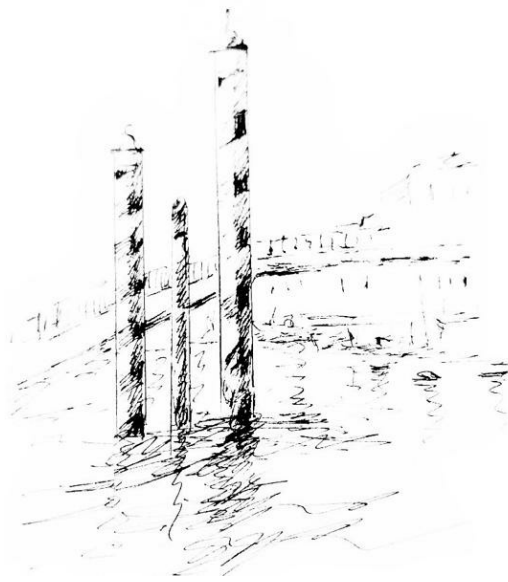
—No hubo nada especial con él. En el fondo éramos tan imposibles de mezclar como el agua y el aceite. Solo que por esos días supe que mi ya exmarido estaba a punto de ser padre con aquella nueva mujer. Y en medio de aquella rabia, consciente de que mi antiguo esposo iba a formar una familia con otra, desahogué mi dolor con aquel hombre tan elevado. Sabía escuchar, calmarme... y ocurrió que quedé embarazada.

«Debió desahogar mucho más que su dolor», pienso con ironía. Pero el fallo fue que aquel hombre no disponía de una abultada cartera.

—Me instalé con mi fiel Mona en Suiza durante un año, para ocultar la llegada de mi nuevo hijo. No hubiera soportado ser tratada como una vulgar madre soltera por mi familia tan tradicional, y menos por mi exmarido. Sin embargo, todo fue a pedir de boca. Adolfo, que hoy en día lo sabe todo, no se parece en nada a mi pobre Camilo, pero ha sido siempre una alegría para mí.

No, por mucho que se presente como víctima, no me engaña. Ha usado y ha tirado. Y ha tenido suerte de que Adolfo, hijo del despecho, esté de su parte.

Oigo la voz de Berta que me llama con apremio y de nuevo, el frío me acomete. ¿Qué más queda por desvelar esta noche?





Capítulo 44: El daño

invisible

Supongo que al gurú y al artista les habrá resultado incómodo el interrogatorio y el visionado de la cinta pornográfica bajo la mirada incisiva de Berta. En cualquier caso, cuando regresamos, la pantalla está apagada, hay nuevas velas encendidas y los tres guardan absoluto silencio.

—¿Todo bien, Francesca? —Se interesa Berta con voz que me suena a sorna—. Tomad asiento, por favor. —Nuestra imprevisible anfitriona, en cambio, se queda de pie, y restriega sus manos con nerviosismo—. ¿Estás dispuesto a ganarte las cintas, Jorge?

Él la mira con ira reconcentrada, pero a la vez con esa fijeza típica suya que parece desnudar y a la vez invadir el espacio.

—¿Sabes, cariñito? —Ahora la voz de él suena distinta, como si hubiera cambiado de actitud—. Creo que no soy quien más va a sufrir hoy aquí. Pero dispara, pregunta lo que quieras. ¿Qué te apetece saber? ¿Por ejemplo, por qué me acosté con Francesca?

La aludida se yergue, orgullosa. «Pero quizá no es lo que más teme oír» pienso. Después escucho la voz de Berta grave, casi resentida.

—Ve al grano, solo me interesa saber desde cuándo la conoces.

—Esa es una pregunta muy fácil. —El tono de él se hace más amable, adquiere casi un atisbo de dulzura, pero pienso que no por otra cosa sino por el recuerdo de años libres y locos, soñando estar en la cresta de una ola mucho más potente que la que surfea ahora.

—Pues contesta —apremia Berta.

—Yo empecé a tratar a Camilo Sarén siendo becario en Milán, durante un encuentro de artistas callejeros. Él tenía veintidós años, apenas un poco mayor que yo, y un hervidero de buenas ideas en la cabeza —asiente despacio, como si reviviera aquella época dorada—. Camilo andaba enamorado de una tal Wanda, una bailarina de ballet clásico que no le hacía mucho caso. Pero la historia no les dio para más allá de unos cuantos polvos. Al final ella le plantó y él, en pleno bajón de autoestima, se largó a su casa de Manarola, «su paraíso creativo», como le gustaba decir. Y para no pasar el mal trago solo, me invitó a quedarme ese verano allí. —Observo a Berta, pero ella no aparta la mirada de Vitorio. Francesca mira al suelo, Aldo al infinito y Juan asiente como si él fuera el propio entrevistador—. Fueron días curiosos, entre apuntes y noches de ginebra barata, viéndole pintar de memoria a su dichosa Wanda. Hasta que un día, al volver de la playa —se vuelve hacia Francesca y le sonríe con una dulzura que nunca he visto en su cara—, nos encontramos con una visita. La mujer de cuarenta y dos años más bella, sofisticada y culta que he visto jamás. Me la presentó como su madre: «la voz del

sistema», me dijo en broma. «Pero no temas, que viene en versión light. Hace poco adoptó un bebé y anda tan ocupada que ya ni me sermonea». —Vitorio hace una pausa y estira el torso como si fuera a desderezarse.

—No tenemos toda la noche, te he dicho que vayas al grano. —Se impacienta Berta.

—La atracción fue inmediata, ¿para qué mentir? —Continúa como si no la hubiera escuchado—. Ya pueden imaginar que el verano fue largo. Francesca y yo amamos el arte y, aunque prácticamente me doblaba la edad, encontramos mucho que hacer juntos por Cinque Terre y por...

—Ese vídeo sexual, ¿se grabó con su consentimiento? —intervengo sin pensar. La pregunta me brota rápida, pero va dirigida a ella, no a él. —Se hace el silencio. Todas las miradas se posan en Francesca, que tose apenas y me clava los ojos con odio.

—No soy ninguna estúpida, jovencita, si es lo que insinúas. En su día, Aldo me había dado paz pero ese chico, en cambio, me estaba elevando a mí, una mujer madura, a la categoría de arte. Me di cuenta, pero no se lo impedí. —Traga saliva y la voz se le acelera—. Y aquel verano, a pesar de haber dejado a mi pequeño Adolfo con la niñera en Milán, me sentí feliz y más viva que nunca. Pueden juzgarme como una mala madre o una mala mujer si lo desean, me da igual.

Sin duda, ella también sucumbió al artista guapo y seductor. Lo disfrutó incluso. Observo que Aldo carraspea y se hunde en su butaca.

—Nadie tiene derecho a juzgar a nadie, y menos un hombre a una mujer. — Juan eleva la voz, también, decidido a romper una lanza por ella.

Supongo que no lo dice por hacerse simpático. Imagino que a mi compañero aún le ronda lo vivido en los días pasados y quiere paz. No va a criticar a ninguna mujer porque ya todo le parece justificable.

—Nos estamos desviando del tema. —Berta salta como un resorte—. Mi propósito no es juzgar tu vida sexual, Francesca.

—¡Es que tampoco te lo permitiría, grandísima desagradecida!! ¡Te traté como a una hija cuando te quedaste huérfana!

—¡Oh, sí, claro! —contraataca ella, entre la ironía y la indignación—. ¡Qué gran muestra de caridad! ¿Por eso me mandaste a un internado tras otro, por eso hiciste lo que te dio la gana con mi herencia durante años, por eso... tú...? —Se interrumpe, de pronto parece como si le faltara el aire. ¿Qué le pasa? La miro con preocupación, ahora sí temo que va a hiperventilar. Me acerco a ella, pero me hace un gesto de contención. Tartamudea—. Clara... hazte cargo, necesito un poco de agua. ¡Que no se vaya nadie o...o... la fama de más de uno de los que están aquí saldrá herida de muerte!

La veo marchar rápida al lavabo. Le está empezando a fallar la lengua y parece trabársele. Quizá necesita medicación o se da cuenta de que esto se le está yendo de las manos.

Todos me miran como si asumieran que estoy al mando de este despropósito.

—¿Y qué pasó después? —Se interesa Juan, dirigiéndose de nuevo a Francesca.

—Todo se precipitó —contesta Francesca con los ojos entrecerrados. En realidad yo había acudido a Manarola ese verano para convencer a Camilo de que dejara de hacer estupideces. Una cadena de televisión le había grabado ese tonto documental, *El artista hambriento*. ¡Qué absurdo! ¡Como si yo fuera a permitir que mi hijo pasara necesidad! —Sacude la cabeza muy molesta—. Varios marchantes se interesaron por él. Pero yo ya tenía contactos relacionados con mi familia de origen, apoyos en el mundo artístico de Milán. Estaba decidida a emprender la aventura de la galería y a lanzar su talento. Me centraría en obras de artistas consolidados pero

también en emergentes con talento.

—Como yo... —La sonrisa de Vitoro, llena de ego, me asquea.

—Así es. Conseguí que Camilo por fin me diera la razón. Mi hijo aún suspiraba por aquella bailarina, la idea de trabajar como artista en Milán y dar más difusión a su obra empezaba a tentarle más que la bohemia de Manarola. Eso sí, necesitábamos mucho dinero. Y entonces, a finales de verano, ocurrió el terrible accidente en que murieron los padres de Berta.

—¿Cómo pasó? —pregunto, creo que con suspicacia.

—Una desgracia terrible. Camilo había citado a su padre en Manarola para reconciliarse al fin con él y contarle que volvía al redil de la sociedad. Pero Huberto, siempre tan egoísta, se presentó con su nueva familia, esa actriz venezolana y... la niña. Al regreso, el coche se salió de la carretera. La costa de Cinque Terre es muy peligrosa. —Hace una pausa y aprieta los labios. Supongo que esa noche ella estaría viviendo su amor con Jorge por Manarola o alrededores—. Camilo quedó destrozado como es lógico, y además nombrado tutor de la niña, ¿cómo iba a hacerse cargo de una criatura de cuatro años aunque así lo estableciera el testamento? La madre de Berta era nacida en Venezuela, y su familia unos muertos de hambre a los que Huberto había excluido por completo. Para mí fue un acto de caridad acogerla en casa. Y así me paga...

Un golpe seco, creo que un taconazo en el suelo, me hace volver la cabeza.

—¿¡Acaso no te lo has cobrado con creces!? —Berta ha regresado sin que la hayamos oído. Trae los puños apretados y los ojos le arden, no sé si de ira o de lágrimas. Siento la presión del peligro, la inminencia de una tragedia—. Dejémonos ya de rodeos, Francesca. —Su voz vibra, desgarrada y rota—. Mi abogado ha indagado en el primer testamento que me nombra, no en el de Camilo, sino en el de mi padre, ese que nunca se me ocurrió pedirlos —vacila, como si fuera a perder el equilibrio—. ¿Quién fue Alma Sarén?

A la luz de los candelabros, las facciones de Francesca se han tensado como si hubiera recibido un golpe imprevisto. Los labios le tiemblan pero no emite palabra.





Capítulo 45:

Estallido

Una densidad asfixiante, una especie de energía angustiosa, se ha extendido entre Berta y Francesca sin que ninguna de las dos hable. Están frente a frente, las dos, como tigresas a punto de atacarse.

—¿¡Quieres que te refresque la memoria!?! —grita Berta. Noto que Jorge y Aldo miran al suelo y un silencio de muerte reina en el *palazzo*. Berta exhibe con ostentación un puñado de papeles—. ¿Te suena que esa niña también fuera hija de mi padre y de mi madre? ¿Que en su partida de nacimiento conste el mismo día y la misma hora que yo? ¿Que su muerte está certificada cinco meses después del accidente en que mis padres perdieron la vida? —El silencio es espantoso—. ¿¡Alguien más sabe que tuve una hermana gemela!?!

De golpe asimilo un dolor agudísimo, ese que he visto siempre en sus ojos húmedos. La soledad horrorosa era aún más, si cabe. La cara desencajada de Francesca, el silencio cómplice de Aldo, la mirada obstinada al suelo de Jorge Vitorio, todo me hace pensar que la respuesta es sí, pero que ninguno va a darle una explicación.

Noto que va a sucumbir a un ataque de ansiedad, tiembla con violencia. Siento, en estos momentos, cuánto la quiero y cuánto deseo ayudarla. Trato de acercarme pero me para con un gesto brusco, casi me empuja.

—¡No quiero abrazos, solo la maldita verdad! ¿¡Por qué se me ha ocultado esto tantos años!?!

—Por amor hacia ti, querida... —La voz de Francesca trata de parecer empática pero tan solo se muestra aguda hasta el patetismo.

—¿¡Cómo puedes ser tan mentirosa, víbora!?! —Respira con trabajo, se acelera—. Pero yo... yo te voy a decir la razón. ¡¡El testamento dejaba muy claro que la fortuna de mi padre se dividiría entre sus tres hijos, Camilo, Berta y Alma!! ¡¡Una menos, más dinero!!, ¿verdad? ¿¡Qué hicisteis con mi hermana, malditos asesinos!?!

No sé cómo ayudarla, ha roto en llanto, un llanto abundante, silencioso, que le baña la cara y le agita el pecho hasta casi impedirle respirar. Lo intento de nuevo tomándola del brazo.

—Berta, tranquilízate...

—¡¡¡A la mierda!!! ¡Mírala! —Señala a Francesca con ira acusatoria—. ¿Ves como no contesta?

—Berta —dice Aldo poniéndose en pie—, te estás equivocando. No hagas falsas acusaciones, no ha sido como piensas.

—¿¡Tú!?! ¿¡Tú también!?!

Vitorio la mira ahora con los brazos cruzados, incómodo, sin decir una palabra y asisto

alucinada a este giro imprevisto que ha tomado el juicio al arte.

—Pero hoy vais a hablar, ya lo creo que sí... —Observo con horror que algo metálico brilla en su mano y que se lo lleva al cuello con celeridad.

Doy un grito. Juan corre hacia ella y forcejea apenas hasta que oigo caer al suelo algo, es una pequeña tijera. El vestido de Berta presenta ahora un corte a la altura del escote. Uno de sus hombros ha quedado al descubierto ante el horror de Francesca.

—¡No iba a hacerme daño, estúpido! —Se zafa de Juan con rabia y otra vez se enfrenta a Francesca mientras da tirones a la tela de su vestido—. Pero esto te duele, ¿verdad? ¡Pues más rajaré este trapo, a toda tu colección, a todo el arte que atesoras y que has antepuesto por delante de mí y de mi hermana, maldita!

—¿Cuándo te has enterado? —Francesca está cada vez más pálida.

—¡Oh, no hace mucho! Y, ¿sabes? El pedestal en el que te tenía a ti y a Camilo se ha caído, como caen los falsos dioses. —Me mira con dolor, y recuerdo, como en un *flash*, al gigante de Monterosso.

—No sabes lo que dices —replica Francesca.

—¡Pero Camilo al menos tuvo la decencia de dejarme cinco pistas! —prosigue con nerviosismo, levantando deprisa cada dedo de la mano—. Primera: los grandes están podridos; segunda: el artista, no sé si él o el cerdo que tenemos aquí, era culpable hasta merecer la muerte; tercera, que el túnel de su vida guardaba un secreto que debía saberse; cuarta: que había alguien más a mi lado... —Recuerdo aquella inscripción «a B» y me estremezco al recordar el tosco corazón. ¿La «a» de la pequeña Alma junto a la «B» de Berta?—. Solo que Camilo, por lo visto, encontró la paz dejando toda su mierda en la ermita de Montenero. ¡Pero yo no voy a encontrar mi paz hasta que no sepa la verdad!

—Berta, querida —interrumpe Francesca, vacilante—, tu hermana murió de muerte natural como consecuencia del accidente.

—¡Oh, cuánta casualidad! Primero mis padres, luego ella... ¡Un honor para mí estar viva!, ¿no?

Aldo se aproxima poco a poco a Berta y abre las manos en actitud conciliadora.

—Escúchame, por favor, tesoro, siempre te he aconsejado que dejes atrás lo que ya no está. Tu hermano quiso hablarte, pero fui yo quien se lo impedí. —Las manos del gurú se vuelven ahora hacia su propio pecho, como apoyando su propia decisión. No sé por qué siento que este hombre lleva tiempo jugando con ella como un títere—. Hace días, cuando me contaste lo que descubriste y esta reunión que querías hacer, supe que debía estar aquí para darte paz y apoyo. Conozco cosas que tú ignoras.

—Ahora lo sé todo, Aldo. —La angustia contrae los labios de Berta pero él no se inmuta.

—No, tesoro, escucha. Camilo te quería tanto, tanto... y por eso, por no hacerte infeliz, depositó todo la historia que le dolía entre los votos del santuario. —Su mano apunta a la pantalla con tranquilidad—. ¿Y sabes de qué manera? —Berta no contesta, pero sus ojos brillan como dos cristales encendidos—. Lo hizo como este señor. —Señala a Vitoro, que le mira impertérrito—. Solo que Camilo no grabó en un vídeo la expresión de su placer vital, sino la culpabilidad que le dañaba por dentro. Cuando se marchó de este mundo ya había dejado, a los pies de la Madonna, una cinta grabada con una confesión para ti.

—¿Y sabiéndolo me has tenido engañada todos estos años, asqueroso embustero!?

—Le convencí para que lo dejara estar. No te habría hecho ningún bien saber. —Las facciones de Berta enrojecen de ira, su dedo tembloroso le apunta acusador.

—¡Me lo iba a callar, pero lo mereces, escoria! ¡También he mandado investigar sobre ti! El hombre espiritual, el elevado maestro que da lecciones de cómo fluir, volvió a Manarola tras una terapia de drogas y... ¡adicción al sexo!!

Una risita de Vitoro resuena a modo de respuesta. Aldo no se inmuta.

—Todos somos humanos —responde con tranquilidad.

—¡¡Estáis podridos, los tres!! Aunque de ti...—Señala a Vitoro con la punta de la tijera—. Solo sé que mi hermano te quería muerto y aún no he averiguado por qué.

—Pues no esperes oír explicaciones por mi parte. —Jorge se sacude la ropa con parsimonia—. ¡Estás para que te encierren, eres peligrosa! Una tarada con dinero. Por cierto, ¿quién se lo quedará si te meten en un psiquiátrico?

—¡Déjala en paz!! —Salto como una pantera—. ¡Ni está loca ni está tarada, y además es mucho más inteligente que tú!

En este momento quisiera arañarle la cara. ¡Es tan fácil denostar, quitar la fama a una mujer, rompernos el ego en pedazos y ridiculizarnos cuando la emoción nos desborda!

Aldo pide silencio y vuelve a acercarse a Berta.

—¿De verdad quieres saber? —Manosea su riñonera y extrae dos CD—. Aún seguían allí, bien guardadas entre los exvotos del santuario por expreso deseo de Camilo hasta que pasaran diez años de su muerte. Recuperé las grabaciones hace tiempo, las hice copiar, más o menos pueden verse y las he traído hoy por si el momento de enseñártelas había llegado. Hay dos, esta es la que él mismo grabó. —Extiende uno de los CD a Berta—. La otra, guárdala. Es muy dura, mejor para que la veas en otro momento. Todo se te ha ocultado por amor, tesoro.

Veo que Aldo se acerca al ordenador e introduce el CD sin dejar de mirarla. Berta le observa paralizada, como si de pronto hubiera perdido la coordinación de sus movimientos.

La pantalla se enciende de nuevo. La figura de un hombre cadavérico, de pómulos hundidos y ojos vidriosos aparece en tamaño gigantesco. El pelo ralo, echado hacia atrás y la barba descuidada. Camilo Sarén debió de grabarse a sí mismo, a solas, pocos meses antes de morir. El lugar, me doy cuenta, es la casa de Manarola. La voz, enferma, demasiado rota para un hombre de treinta y tantos años, resuena en la estancia.

—Berta, hermanita... Cuando veas esto...

Vuelvo la vista a ella, que ha empezado a llorar histérica. En cuanto a Francesca, ha cerrado los ojos como si no soportara la imagen de su propio hijo.

Doy un paso atrás, esto es horrible. Sé que no puedo, no debo inmiscuirme. Los demás, Vitoro, Juan, Aldo, también han retrocedido como si apareciera un fantasma. La imagen nos come las entrañas con la intensidad de un animal. Las velas se obstinan en un baile de luz macabra que ilumina a la hermana, en pie ante la pantalla inmensa, y a la madre, sentada justo detrás de ella.

La voz de Camilo tiene un desagradable tono ronco, angustioso.

—¿Por qué habla así? —musita Juan, impresionado.

—Cáncer —murmuro con ahogo.

Hay poca luz en la imagen, parece que fuera a cortarse. De pronto se vuelve nítida.

—No tengo valor para confesártelo a la cara, mi pequeña. No tengo otra palabra sino que soy culpable de la muerte de nuestro padre y de tu madre. Que si buscas con obsesión a tu alma gemela es porque la tuya se fue... —La voz casi se le rompe, y se pasa la mano una y otra vez por la frente—. Me cuesta trabajo hablar, pero voy a llegar al final... Te mintieron, cariño. Yo conducía el coche el día en que ocurrió el accidente. Yo, y no nuestro padre, fui quien me salí de

la carretera en medio de una discusión terrible con él.

Las lágrimas me ruedan por la cara mientras escucho y entiendo algo, al fin. Francesca y Vitoro, su amante, paseaban su amor por hoteles lujosos de la costa ligur cuando Huberto Sarén, con su esposa y sus gemelas de apenas cuatro años, consentía al fin en visitar a su hijo en la humilde Manarola. Huberto había encontrado la felicidad en aquella segunda mujer, actriz de culebrones, que enseguida le había dado dos hijas. El hombre déspota, especialista en ganar dinero, estaba ahora encandilado con su nueva familia y decidido a reinventarse, a sus cincuenta años, en padre sensible y marido ejemplar. Por lo pronto, había hecho lo mismo que con Francesca: regalar a la nueva esposa un cuadro adquirido por cada gemela parida: una pintura de Berthe Morisot y otra de Lawrence Alma-Tadema. Solo que esta vez, a diferencia de Camilo, los autores de las pinturas habían sido escogidos después, en honor al nombre de las niñas, y no, como en el caso de su primogénito, al revés.

—¿Sabes, hermanita? —continúa el vídeo—. Nuestro padre estaba loco de felicidad con vosotras dos. No paraba de presumir de lo listas y lo lindas que eráis. «Apenas hablan con gente adulta, pero entre ellas se comunican con un lenguaje propio. Se ponen a jugar con sus caballitos de peluche y se inventan historias», me decía. Se le cambiaba la cara con sus niñas, como nunca le había pasado conmigo. Recuerdo que veníais de hacer un crucero por el Mediterráneo; aquel par de días en Cinque Terre visitando al hijo pródigo serían el final de vuestras vacaciones antes de volver a Castellón. Todo iba bien. Le expliqué a nuestro padre mis intenciones de trabajar para una galería, le conté que me ofrecían ser socio en el negocio pero que nos hacía falta dinero. «¿Te has vuelto al fin capitalista, hijo mío? ¿Tantas idas y venidas, para luego volver al redil?», se burló. Pero yo seguía siendo el mismo, Berta, cariño. Pensaba, como el estúpido que soy, que quizá me había equivocado; que el arte merecía ser difundido, conocido, aunque implicara el sacrificio de un poco de mi libertad.

—Tremendo —susurra Juan sin dejar de prestar atención a la pantalla.

La figura de Camilo, inmensa en la pantalla, se acerca a cámara. Tiene la piel resquebrajada, seca. Su voz se interrumpe, tose, pero de inmediato vuelve a mirar al frente.

—Enseguida me preguntó por mi futura socia: «¿Francesca Rota? ¿Y quién es esa mujer, una iluminada?» Ella, mi madre, me había aconsejado no decirle nada, al menos hasta que todo el papeleo estuviera listo, pero le bastaron un par de llamadas rápidas para averiguar que su exmujer, «Amparo la Sanguijuela, o la Chupasangre», como él la llamaba, estaba detrás del proyecto. Entonces todo cambió. ¡Montó en cólera, Berta, mi vida, no puedes imaginar cómo!

Yo sí imagino cómo debería de sentirse aquel hombre, resabiado tras un divorcio en el que ella le habría sacado todo lo posible.

La cara de Camilo, ahora borrosa, se retira de la cámara. Pero la voz se escucha con claridad.

—Se negó a invertir y se empeñó en irse esa misma noche, a pesar de que venía tormenta y de que la costa de Liguria es infernal. No había forma de alquilar un coche así que acepté llevarlos en una vieja furgoneta que usaba para acarrear cuadros y materiales. —Mira hacia un lado y su cuerpo se estremece—. Yo no lograba arrancarla. Tu madre se agobió porque estabais muy cansadas y entonces él consiguió ponerla en marcha. «En el mundo faltan mecánicos y sobran artistas», me dijo en tono de burla. Incluso quería conducirla él, pero me negué en rotundo a otra humillación más. Además pensé que, sentado a mi lado, no le quedaría más remedio que escucharme y entraría en razón. Sin embargo, no fue así.

—Cuántos desastres provoca el ego... —murmura Juan, incapaz de seguir callado ante la nueva pausa.

—Conforme avanzaba el viaje, nos pusimos a discutir y gritamos. —Camilo de nuevo mira a cámara y su voz se acelera—. Perdí el control de mis nervios, le eché en cara tanta ausencia cuando yo era niño, tanto ningunear mi trabajo artístico e incluso... ¡perdóname, por Dios, hermanita!, el cariño que os demostraba a vosotras y que yo no había tenido nunca. Él vociferaba que yo era como mi madre, otra sanguijuela que solo iba a chupar su dinero, un vago, un parásito... Aceleré, rabioso. Golpeé el volante con ira, una y otra vez, como si fuera su cabeza. ¡Por un instante deseé verlo derribado de su pedestal, muerto y despojado de sus malditos millones! Pero te juro que solo fue una centésima de segundo, que solo quise llegar cuanto antes para no volver a escucharle. Y entonces, en ese momento, la mano se me fue en una curva...

La voz ronca y rota se interrumpe. Se pone de pie con trabajo y se lleva las manos a la cara tratando de ocultar sus lágrimas. Luego vuelve a sentarse, aún más pálido, más cansado y prosigue.

—Recuerdo dar muchas vueltas y un estruendo horrible. Las rocas como un muro asesino, el agua... Y luego a ti llorando, el cuerpecito de Alma inerte, y ellos dos mudos, entre regueros de sangre. —La voz le vacila—. Yo, asquerosamente ileso... Nuestro padre, delante, con la cabeza abierta. Tu madre, detrás, cubriéndote con un brazo a ti y con el otro a Alma. Y tú agarrando con desesperación el caballito de peluche.

—¿Has oído?... —Juan se ha vuelto hacia mí y siento un estremecimiento horrible al oír el detalle del juguete.

—Murieron prácticamente en el acto y, gracias a mi madre y al dinero se arregló todo para que constara que él conducía. —La voz de Camilo prosigue con dificultad—. Pero Alma sobrevivió. Quedó ingresada, los médicos me decían que había esperanzas, que le quedarían lesiones pero podría vivir. Tú, como yo, estabas bien, solo pequeñas contusiones. Pero te pasabas los días llorando en la casa de Milán, preguntando por tu hermana e insistiendo en ir a verla. Y entonces empezaron tus sueños, mi amor.

Me doy cuenta de que yo también estoy llorando mientras la historia se desgrana en mis oídos. Camilo sigue contando cómo fue la estancia en Milán, en la casa de Francesca.

—¿Estás bien? —Juan me mira y asiento con la cabeza mientras clavo los ojos en Berta.

—Recuerdo que la primera noche que pasaste fuera del hospital, te acostamos con tu caballito de peluche azul, ese que tenías entre las manos cuando el accidente, y te quedaste dormida abrazada a él. Pero en mitad de la madrugada te oí hablar en sueños y fui a verte. Estabas tan pequeñita en aquella cama tan grande, tan solita... Te desperté: «¿Con quién sueñas, Berta?» y tú me dijiste: «Es que Alma ha perdido su caballito rosa y dice que quiere el mío». A mí se me saltaron las lágrimas, y tuve que salir de allí para que no me vieras llorar. Y durante el día era peor. «¿Qué dibujas, Berta?», te preguntaba. Y tú me enseñabas unos palotes y me decías: «Es el caballito de Alma, ¿lo ves? Está triste porque se ha caído al agua y ella está solita». Y a mí se me helaba el corazón. Después, guardaba el dibujo, y al día siguiente volvías a pintar lo mismo.

Sigo escuchando las palabras del desgraciado Camilo y las lágrimas me resbalan por las mejillas al escuchar esto. *Caballo que espera*, el cuadro que siempre me inspiraba tanta tristeza, se dibuja nítido, en mi recuerdo.

—Tranquila —me dice Juan agarrándome apenas la mano.

—Mientras tanto, la vida seguía para mi madre y para su pequeño Adolfo, ese hijo que ella se había empeñado en adoptar, no sé por qué, y que crecía tranquilo siempre en manos de niñeras. Y la vida seguía para Jorge Vitoro, su protegido, al que había instalado en la habitación

de invitados, a pesar de que tenía su alojamiento becado en Milán. —Al oír esto miro a Berta e imagino la desorientación de aquella criatura en manos de tantos adultos ajenos, a los que la fatalidad acababa de convertir en inesperada familia—. Y Alma seguía en el hospital, en coma, pero a ti no se te permitía visitarla, como era lógico. Insistías cada vez más, y vinieron las rabietas, los ataques de llanto, la ayuda psicológica... La médica nos dijo que grabáramos alguno de tus episodios de ansiedad para estudiar el caso, pero nunca fui capaz. Es más, me daba terror oírte hablar, allá en tu habitación, en el silencio de la noche. Sentía como si en un momento u otro fueras a decirme que te comunicabas con el espíritu de nuestro padre.

—Se me está erizando la piel... —susurra mi compañero mientras me mira una vez más, quizá en espera de respuesta. Pero yo soy incapaz de romper la dolorosa tensión de este terrible monólogo.

—Pero mientras tanto, él... —La voz de Camilo se hace dura, más ronca aún, de una angustia casi asmática—. Jorge Vitorio, ese bastardo que solo vivía para su propia gloria, seguía allí, mirando lo que a mí me daba pánico mirar. —Mueve la cabeza con desespero y hace una nueva pausa, como si le faltara el aire—. Berta, hermanita, ya no tengo valor para decírtelo a los ojos, pero aquí, ante esta cámara que me está grabando, me acuso de haber estado ciego a demasiadas cosas. —La voz le tiembla y se interrumpe otra vez—. Soy culpable de que se cometiera un grave error —prosigue, ya con el cuerpo vencido, incapaz de sostener la mirada—. Soy culpable de no haber rajado la cara de ese sinvergüenza de Vitorio, de no haberle matado cuando... —Su cabeza se repliega hacia el pecho—. Soy culpable de no haber buscado la respuesta en ti. Me acuso de haber matado a Alma y de haber dejado que ese hijo de perra convirtiera la muerte de nuestra hermana en maldito y morboso arte.

«¿Qué ha querido decir?», me pregunto horrorizada. Las lágrimas estallan en los ojos hundidos de Camilo Sarén, no puede seguir. Se lleva las manos a la garganta.

—Pero te prometo, mi vida, que he sido castigado. —La cara se acerca a cámara y la voz se hace cada vez más sibilante—. Juro que lo he pagado en mi carne y que lo seguiré pagando hasta que tú me perdones.

La cinta se interrumpe con brusquedad y la pantalla se apaga.





Capítulo 46: La terrible herida

En el salón del palacio solo se escuchan los sollozos de Berta. El cuerpo de Francesca, sentada, se ha doblado sobre sí mismo, como si se estuviera mareando de nuevo, y Juan y yo nos miramos, incapaces de entender el último enigma de esa confesión.

Jorge Vitoro se ha vuelto hacia mí como si buscara eximirse de culpa. No escondo mis lágrimas.

—No es cierto, Clara —me susurra, dulcificando su tono—, por favor, créeme, digan lo que digan; Camilo perdió la cabeza. —Ante mi silencio horrorizado se vuelve hacia el resto, eleva la voz—: ¡Señores, se acabó, hasta aquí hemos llegado! —Señala a Berta, pero no la mira a los ojos—. Que esa muchacha haga lo que quiera, que se entere del final. Y adelante, que se quede también con mis vídeos privados, que me chantajee si le da la gana, que ya me buscaré la vida y la demandaré. Mañana volveré a ver como embalan mi cuadro, y espero recibir lo que es mío o habrá consecuencias legales muy graves. —Hace una pausa y engola la voz—. No soy ningún monstruo, solo un hombre que ha vivido del arte y que desea mantener la fama por la que ha luchado tanto tiempo.

Mira a Francesca como en busca de asentimiento. Después se marcha, escaleras abajo, sacudiéndose las mangas de la chaqueta.

Nos quedamos sumidos en un silencio espantoso. Esto no puede, no debe acabar así, sin saber. Pero Berta continúa de espaldas, paralizada. Desde abajo, la voz del vigilante grita que no le está permitido abrir.

—*Nessuno problema, è tutto finito!* —grita a su vez, Aldo—. *Apri la porta, per favore!*

—Que espere, que yo me marcho también —murmura Francesca con voz ronca y se vuelve encorvada hacia la escalera.

Las luces se encienden. La *performance* ha acabado y el palacio nos golpea con su realidad. Cierro los ojos por un momento, deslumbrada, y al abrirlos me enfrento a la figura de Francesca.

Parece haber envejecido de repente diez años. Su cuerpo se mueve como desorientado cuando echa a andar. Sin embargo, al pasar junto a mí, se yergue, digna.

—Lo ves todo desde su perspectiva porque la amas, ¿verdad? —Me muerdo los labios. Ahora me estorba tanta luz y la emoción me impide hablar—. Pues deja que te diga algo. Yo adoraba a mi hijo y sufrí horrorizada todo el proceso, hasta donde él me dejó ver. Pero, aunque lo quisiera con locura, sé que Camilo se equivocaba. No hubo sino un cúmulo de dolorosas circunstancias y él quiso sentirse culpable aun no siéndolo. —Sus ojos se humedecen—. Siempre le quise y le querré. Él mismo era el arte puro e inocente que se vuelve hacia dentro. Jorge, en cambio, era el arte abierto a la realidad. Uno fue mi hijo, otro mi amante, y me siento plena de haber estado en la vida de los dos.

Se marcha. He sentido como si un viento gélido apagara todas las velas, pero no, siguen aún encendidas, preguntándose el porqué de su luz.

Aldo se acerca a Berta. Supongo que está tratando de hablar con ella, pero no oigo respuesta. Solo veo la espalda de su desolado vestido de fiesta, sus hombros rígidos y su cabello sacudiéndose, diciendo que no. Al fin, el gurú desiste, se vuelve hacia Juan, que ha enmudecido, y hacia mí.

—Acompáñenme abajo, es lo mejor.

—Pero, ¿y ella? —insisto—. No la pienso dejar sola.

—Si desea ver esa segunda cinta, es mejor que lo haga en privado. Dejémosla respirar. Es demasiado doloroso.

Juan obedece y bajo con él a regañadientes. No quiero dejarla, no creo que sea prudente. Deseo abrazarla, secar sus lágrimas, decirle que aún no entiendo todo pero sí mucho más que antes.

La escalera pesa bajo mis tacones, duele a cada escalón que desciendo, como si me arrancara de lo que ahora más me importa. Estoy segura de que no es buena idea dejarla allí, enfrentada a esa última y privada verdad, sea cual sea.

—Me hace falta aire, estoy en el jardín, ¿vale? —me comenta Juan mirándome con cara de agotamiento cuando pisamos al fin el recibidor.

Observo que Aldo habla con el vigilante. Supongo que le dice que es cuestión de poco tiempo ya, que la *rappresentazione*, como él mismo la llamó, va a acabar en pocos minutos. El juicio al arte ha acabado en tablas, con los acusados de vuelta a sus casas y la fiscal destrozada por una interrogante realidad que nada tiene de creación, sino de soledad y desgarró.

Me duele el cuerpo y, de pronto, me siento sin fuerzas. El vigilante escucha al gurú y asiente con cara de pocos amigos. A estas alturas debe estar ya cansado de todo este vaivén, pero supongo que está esperando la orden de Berta para cerrar. Vuelve a echar un vistazo en la garita antes de irse a rondar al jardín.

Sin pensar me he dirigido a la sala de exposiciones y me he colocado ante *Caballo que espera*. Juraría que su color ha cambiado y que un triste tono malva inunda todo el lienzo. ¿Camilo quiso representar el caballo junto a la niña que se va o a la que se queda? En cualquier caso, para mí es ahora la viva imagen de la impotencia, la espera de la muerte representada en la profundidad del mar. Y ella, quizá la pequeña Alma, o la propia Berta, entre dos mundos, dudando si seguir o volver a tierra.

—Francesca tiene razón. —Aldo me mira—. No tiene sentido culpar a nadie.

—¿Qué contiene la última cinta?

—No es ético que yo te lo diga. Berta, si lo desea, te contará.

—¿Qué ocurrió tras la muerte de Alma?

—Camilo impulsó, junto con su madre, la nueva galería Rota —suspira y me habla con voz lenta, casi impersonal—. Entre los dos, o más bien por parte de Francesca, se manejó con absoluta impunidad toda la herencia de las niñas. Pero a Camilo la riqueza le quemaba el espíritu. Su éxito profesional se cimentaría sobre un dinero que su padre le había negado y que, sin embargo, la muerte venía a ofrecerle de regalo.

—¿Cree que por eso enfermó?

—*È possibile*.

Nos sentamos en dos sillas en la sala vacía, supongo que estaban destinadas a la vigilancia. Aldo mira al cuadro *Always Susana* y yo a *Caballo que espera*.

—¿Qué ocurrió con Jorge?

—Francesca acabó la *relazione* con su joven artista, ella siempre ha sido la que ha mandado en su propia vida. Él, por lo que sé, volvió a España.

—Pero regresó a la muestra del año 2005.

—Sí —suspira de nuevo, como si se tomara tiempo para hablar—. Por entonces Camilo ya estaba enfermo y acababan de operarle. Abordó a Jorge en aquella muestra en Venecia, le cogió del cuello y peleó con él. La prensa inventó todo tipo de causas: celos y hasta una relación sentimental truncada entre ellos... —Hace una pausa. Me doy cuenta de que no quiere contarme todo lo que sabe—. Luego, Camilo rompió todo contacto el mundo, se retiró a Manarola y buscó la paz. Estaba desahuciado. Y yo, el padre de un hijo al que Francesca no me dejó educar, encontré en Camilo la forma de volcar mi ayuda. Fue como ayudarlo a nacer, solo que en el camino inverso. Preparé al hijo de Francesca para la muerte, como ella ha preparado a mi hijo Adolfo para la vida.

Me rindo ante la resignación que envuelve sus palabras, creo que no voy a sacar más de él. Pero Berta está visionando el último vídeo. Quizá quiera contarme más cosas cuando baje esas escalinatas.

—Siento mucho miedo por ella, ahí arriba, sola. Tiene un equilibrio muy frágil y hoy ha pasado mucho. —Empiezo a helarme con mi vestido de tirantes en medio de esta sala ahora gélida. De repente, el móvil de Aldo vibra en su bolsillo.

—Justo es ella —me susurra—. *Ciao*, Berta. —Oigo al otro lado una voz rota, confusa. La cara de Aldo palidece y me mira—. *Non capisco*, tesoro.

Escucho a través del móvil la respiración de ella, exagerada, creo que va a estallar de forma peligrosa, como aquella vez en Manarola. El terror me invade y echo a correr a duras penas hacia arriba cuando oigo gritos fuertes en el jardín. Aldo se abalanza hacia fuera y yo subo a toda la velocidad que puedo.

Los escalones, todo este maldito esplendor de mármoles me confunde, doy traspiés, pero llego arriba por fin, convulsa. Una fría corriente de aire me congela la piel.

Berta no está. Uno de los balcones, de esos que ocultaba la pantalla, se encuentra abierto de par en par. Me asomo de prisa al agua del Gran Canal. Con horror veo la baranda vencida y que abajo, en la negrura, Juan ha saltado al agua.

—¡¡Ahí, ahí!! —grita alguien abajo.

Descalza, casi pisándome el maldito vestido, echo a correr de nuevo hacia la planta baja y vuelo por el jardín hasta llegar al borde de la escalinata. El corazón se me sale por la boca.

En la oscuridad de la noche, con el Ponte dell'Accademia como testigo, grito con desesperación. No huele a violetas, solo a agua turbia, podrida. Juan sale a flote en medio de todo este infierno, con la cabeza inerte de Berta.

—¡¡Se ha golpeado con los postes !! ¡¡Pedid ayuda!!

Escucho como en sueños la voz de Aldo llamando a emergencias y los gritos del vigilante tendiendo a Juan una tabla desde el embarcadero. Un dolor horrible, más intenso que el de cualquier pérdida vivida, se me clava en el corazón como un aguijón envenenado.





Capítulo 47: Saber para

curar

He vuelto al hotel tras toda la horrible noche en vela y aún sigo aquí, en medio de esta lujosa habitación que ya no me corresponde disfrutar. Son casi las siete de la tarde y tengo la vista fija en el techo. He tratado de dormir un poco pero apenas he podido, no paro de recordar estas últimas horas tan surrealistas como interminables.

Quiero olvidar todo lo que ha sucedido, pero se me aparece su cabello, como el de una reina sirena destronada, chorreando y sus ojos cerrados. Y en aquellos tensos minutos de espera, su cuerpo tendido en el embarcadero, sus labios medio abiertos entre mis dedos, mientras yo trataba de insuflarle aire o más bien arrancarle a fuerza de masajes en el pecho, todo el dolor que se le había colado hasta el corazón.

Juan ya se ha marchado al aeropuerto. Bastante ha hecho, desde luego. A su experiencia, mucho más larga que la mía, como voluntario en la piscina para discapacitados, le deberá Berta esa rapidez con la que la sacó del agua. Y también a su cuadriculada rutina, la gestión, por la mañana con la empresa, para la vuelta a casa de *Caballo que espera*.

Estoy aquí, tumbada en medio de esta cama gigante, cansada y sin fuerzas para moverme. Los marcos de las fotos que decoran las paredes, el techo, todo es de un comprensivo y sedante marfil.

Anoche, sin embargo, todo era blanco en la sala de espera del hospital. De un blanco repugnante y frío, tanto, como las ropas de Aldo y su inconcebible serenidad.

Juan me dejó allí sola, en aquel *hall* casi vacío, y se marchó al hotel, algo muy lógico puesto que estaba empapado. Le llamé en cuanto salió una médica a decirnos que la paciente se encontraba estable.

La doctora nos hablaba deprisa, tal vez demasiado, de traumatismo en la cabeza y de fractura de húmero. Se dirigía a nosotros y también a una pareja de *carabinieri* que se presentaron casi en cuanto ingresaron a Berta. Aldo me tradujo, sin perder la calma, las palabras de la especialista. Que todo apuntaba a una crisis tónico-clónica, creo que dijo. Que en los trastornos de epilepsia de tipo generalizado puede darse de forma puntual la pérdida momentánea de conciencia, la caída al suelo y la rigidez.

Recuerdo que uno de los policías hablaba por el móvil y el otro nos miraba a nosotros con gesto perplejo.

—*Ma come è successo?*

Y Aldo le explicaba evasivo, supongo que para que no indagaran demasiado, que era un evento cultural que acababa de concluir. La anfitriona diagnosticada como epiléptica, la baranda

que no estaba concebida para soportar demasiado peso y una crisis imprevisible haciéndole perder la conciencia y precipitarse adelante hasta caer al canal. En realidad, es lo que debe de haber pasado, aunque Aldo omitía dos cosas muy probables: que Berta no se asomó al balcón para ver las vistas o despedir a invitados selectos, sino porque hiperventilaba, no sé si por horror o por dolor; y que fue un fallo terrible de nuestra parte dejarla sola.

Supongo que investigarán. O quizá, no. «Fiesta privada de ricos, con desenlace inesperado, que los seguros se entiendan», pensarán. A fin de cuentas, la pobre víctima, sobrevive aunque yo tenga pánico a lo que pensará cuando despierte.

—¿Puedo quedarme a su lado esta noche? —le pedí a la médica en cuanto los *carabinieri* se marcharon.

Pero ella negó, categórica, y me señaló los bancos de la sala de espera. Que estaría bien atendida, creí entenderle mientras me miraba a mí, a las zapatillas prestadas por una celadora y a mi vestido de fiesta, tan absurdo en medio del recibidor del hospital.

—Yo me iré a descansar y estaré aquí temprano, por la mañana —me dijo Aldo cuando la sanitaria se marchó, embutida en su bata blanquísima, como todo en este limbo insoportable—. Francesca ya lo sabe y ha avisado a... a Adolfo. Le he dicho que no es grave, pero mañana estará aquí. También se lo ha dicho a Mona, la...

—Sé quién es Mona, sí —respondí con sequedad. «Otra falsa madre», pensé para mí. Siempre exhibiendo su cariño hacia la triste huérfana, pero fiel a Francesca, hasta en sus comentarios. Así ha sido la familia de Berta, desde que era niña. Me volví hacia Aldo y le detuve con un tirón un poco brusco—. ¿Qué contiene ese horrible último vídeo? ¿más confesiones de Camilo Sarén? —Pero él negó con la cabeza.

—Ah, *Dio!* —murmuró como si quisiera zanjar el tema—. Sabía que pasaría esto algún día. El hermano había dejado demasiadas pistas. —Y cuando Aldo dijo eso, también pensé con amargura en aquellas inscripciones por detrás del bastidor: el delito, el castigo... Él me siguió explicando—: Camilo pretendía que ella visionara el vídeo cuando él hubiera muerto pero le convencí para que dejara toda aquella crueldad en Montenero, como un símbolo, y también que rompiera todas esas pinturas espantosas de sus últimos meses. Él se negaba y discutió mucho conmigo sobre eso. Pero al final aceptó hacerlo de forma indirecta y así logró la paz.

—¿Y la paz de Berta? —repliqué, enfadada—. ¿Quién se ha puesto en su lugar? ¿Quién tiene derecho a decidir si un engaño continuo es más paliativo que la verdad? —Él no me contestó y yo seguí, sin poder contenerme—. ¡Esa chica lleva años gritando que está sola, en medio de su maldito dinero! ¡Se levanta sonámbula y dibuja lo que su inconsciente calla! ¿Y qué se ha hecho con ella? ¿Ocultarle su tragedia? ¿Tratarla como a una loca? ¿Aprovecharse con impunidad y desvergüenza de su dinero?

Él casi ni se inmutó pero estoy segura de que le corroe la culpa.

—A Berta el dinero siempre le ha dado igual —me respondió con una dignidad irritante—. Francesca se ha aferrado a él toda su vida y por eso siempre acaba por perderlo. Berta no lo pierde porque nunca ha sido su prioridad.

—¿Y cuál ha sido su prioridad entonces?

—Hallar el equilibrio.

Quisiera haberle oído lamentar esa pasividad de gurú iluminado con que se ha conducido, pero ninguna palabra de disculpa salió ayer de sus labios. Quizá nunca reconozca que el resto de miembros de esta *performance* han vivido y usado a Berta en su propio beneficio.

Y, en ese momento, pensé que si en este extraño juicio hubiera habido un veredicto, la

madrastra postiza hubiera sido acusada. No de ese orgullo desmedido que le llevó a no reconocer un hijo ilegítimo, sino más bien de codicia y robo encubierto bajo la apariencia de amparo a la huérfana. Y Camilo Sarén, el hermano, también hubiera sido acusado, pero a lo mejor no de la muerte fatídica de su familia, sino de cobardía miserable para con aquella pequeña que quedaba a su tutela en cuerpo y alma.

En cuanto a Jorge Vitorio, culpable de ego profundo, por supuesto, pero aún sigue sin cuadrarme cuál ha sido su papel. ¿Quizá todo esté en lo que revela ese último vídeo tan privado?

«No lo sé», pienso ahora aquí atravesada en esta cama inmensa. Solo me doy cuenta de que la joven y actual dueña de la galería Rota, lleva así, rota, mucho más que la antigua propietaria, demasiados años.

Recuerdo que Aldo insistió aún, ya cuando nos despedíamos en la puerta del hospital. No sé si quería justificarse conmigo.

—Nunca he ignorado los problemas de Berta. Sé que lleva años agrediendo en forma de epilepsia. Sus crisis son una muerte aparente, y luego una resurrección.

—¿Berta se culpa por seguir viva? —Tragué saliva e imaginé por un momento aquel coche con dos cadáveres, el horror de aquella niña sentada en el asiento trasero llorando junto a su hermana inconsciente.

—Aún lucha en una eterna impotencia... y se daña a sí misma. A Camilo le pasó igual, solo que él sabía todo y callaba. Su silencio le quemó la garganta.

—¿¡Pero qué mierda hay en ese último vídeo!? —insistí cada vez más tensa.

Vi como levantaba los hombros y negaba con la cabeza. Supe que iba a marcharse sin añadir una palabra. En cuanto cruzó la puerta de salida me rebelé y llamé a Juan. El ordenador de Berta debía estar aún en ese palacio oscuro.

—Hazme un último favor, compañero. Vuelve allí ahora mismo, ve a donde está el portátil y tráete ese CD a nuestro hotel.

—¿Te crees que con lo que ha pasado van a dármele? —él, ya soñoliento, farfulló un poco —. Habrán precintado todo.

—Esto no es el CSI de Nueva York, Juan. Además has sido el héroe de la noche. Di que te pertenece, que lo necesitas para tu trabajo. El vigilante no va a dudar de ti.



Una restauración comienza con un diagnóstico: se estudia el cuadro enfermo, se le radiografía y se le escudriña hasta la más mínima grieta en su imprimación.

Pero es necesario saber.

Y yo necesito atreverme a conocer lo que esconde esa antigua cinta maldita, ahora reducida a CD quemante y envenenado; sobre todo porque nadie va a decirme nada más. Ni siquiera me han permitido las visitas, a pesar de que según dicen, ella se encuentra consciente y estable.

Con los dedos temblorosos, sentada ahora en la cama de esta *suite* de lujo por la que no pago un céntimo, he metido el disco en mi ordenador. Tengo que descubrir su contenido, aunque me comporte como si fuera la culpable de un expolio.

Y, en ese instante, me han llamado, y algo dentro de mí me ha obligado a cogerlo.

—Buenas tardes, Clara.

En ese momento he sentido que debía pausar la sorprendente ternura que aparecía en la primera imagen del vídeo maldito: no veo al esperado Camilo Sarén, sino a la figura en primer

plano de una niña de cabello claro, en pijama de topos celestes. Con los ojos castaños, húmedos, mirando a cámara y apretando un caballito de peluche azul entre sus brazos.

—¿Qué quiere, Francesca?

—Ante todo, quiero que sepa que mi hijo Adolfo ya está en el hospital. Berta se encuentra bastante recuperada de su crisis.

Por un momento me pregunto si a él le habrán dejado pasar y en calidad de qué. ¿Novio eterno, pseudo prometido que tal como me dijo aquella vez, aguantaba sus caprichos y sus ataques? ¿Acompañante en espera de esa herencia a la que ya no se puede esquilmar más como no sea por la vía del matrimonio?

Fijo la vista en la imagen congelada de esa niña rubia de ojos castaños, adorable y asustada, que espera, en pausa, en mi ordenador.

—¿Algo más? —pregunto cortante.

—También quiero que sepa, antes de que alguien tergiverse las cosas, que no soy ningún monstruo. ¿Me está escuchando?

—Sí. —Me asquea su voz digna, grave. ¿Al igual que Aldo, busca justificarse ante mí?

—Voy a contarle algo, porque he hablado con Jorge y ahora sé que usted era la modelo de aquella famosa *performance* en 2005. Déjeme que le diga que a mí también me resultó desagradable lo que ocurrió. Jorge jugó en cierto modo con usted, se sobrepasó en aquella acción artística tan real, esa en la que usted se autolesionó.

Y, por la forma condescendiente en que me lo dice, me los imagino a los dos, hablando durante aquellos días de mí, quizá en la cama tras hacer el amor. Él, orgulloso de sus ideas artísticas y su empuje de semental. Ella, con la serenidad que da el sexo sin expectativa de futuro, sabiéndose poderosa, deseada por él, no solo como mujer sino como la empresaria capaz de encumbrar o hundir.

—Lo que usted no sabe es que Jorge —prosigue, misteriosa— también presentó una segunda propuesta además de *Realidad* —se interrumpe, casi vacila—, y a esa sí que me negué desde el principio: una *performance* titulada *Muerte del alma*.

Algo se me congela por dentro y los dibujos de Berta, sonámbula, se me vienen a la mente.

—¿En qué consistía?

—Jorge pensaba representar la muerte espiritual de la sociedad occidental debido a la pérdida de sus valores. Proyectaría en pantalla gigante y de forma simultánea, escenas bélicas y también vídeos grabados a... una niña.

Tengo que contenerme para no estallar, pero las lágrimas afloran indignadas, a mis ojos, porque esa jugada no me resulta nueva. En *Realidad*, mi rabia representaba al mundo abofeteando los sueños del artista. En *Muerte del alma*, ¿el sufrimiento grabado era el de una de las dos hermanas, convertida por obra y gracia del creador, en expresión del alienante mundo occidental?

—Continúe. —Trato de disimular el asco y la ira que me produce este pensamiento.

—Jorge tenía previsto colocar un ataúd blanco vacío, en el centro del espacio. El *dossier* que presentó a la organización explicaba que a su alrededor se proyectarían tres vídeos a tamaño gigante: en medio, uno de ellos, el del mundo en guerra y sometido a catástrofes; a la derecha, en primer plano, la imagen escenificada de una modelo, una niña agonizando. Y a la izquierda, la imagen de la conciencia universal representada por esa misma niña hablando a cámara.

—No... no puedo creerlo —atino a pronunciar. Pienso con dolor en Berta y sus dibujos de sonámbula. Está claro que el *dossier* mentía. No había tal niña actriz. Había dos: dos gemelas

viviendo una realidad terrible.

—Los organizadores de la muestra examinamos el material. Desde luego la idea era muy profunda: la voz de la conciencia expresando el dolor por la pérdida del alma en la sociedad occidental. Pero las imágenes, como es lógico, no me parecieron de buen gusto.

¿La «pérdida del alma»? ¿O, más bien, la pérdida «de Alma»? Siento náuseas. Vitorio, el artista, parásito de sentimientos, ávido devorador de dolor humano, firmando sin pudor alguno el gigantesco engaño. Lo particular convertido en general al precio de exhibir el sufrimiento de dos inocentes.

—¿Qué decía la niña a la cámara? —quiero saber.

—No recuerdo con exactitud las palabras... «El hombre blanco siempre miente, no se puede vivir sin alma» y otras frases así. —Al escuchar a Francesca se me revuelve el estómago—. Tengo que decirle otra cosa, Clara, si quiere prestarme atención. Siempre mantuve en secreto mi vida privada: cuando la galería inició su andadura me las apañé para que Francesca Rota no fuera conocida como la madre de Camilo Sarén ni desde luego la amante de Jorge Vitorio. Nadie sabía de nuestro parentesco en los círculos artísticos. Pero cuando visioné el vídeo con la organización, estuve a punto de descubrirme. El corazón se me removió por dentro y fui consciente de lo que era aquello. ¡Pobre Berta!

—¿Y no hizo nada al respecto? —Oigo un suspiro y contengo la respiración.

—La organización iba a dar luz verde. En cuanto a mí, el reencuentro con Jorge en Venecia, tras aquel idilio del pasado, estaba suponiendo una inyección vital muy necesaria y yo... —Se estaba acostando con él, pero no lo va a decir, sigue justificándose—. Jorge me dijo que esperaba mi apoyo, que Camilo de momento no tenía que enterarse puesto que, dado su estado de salud, había declinado asistir en persona a la muestra y que, al final, el propio Jorge diría que se trataba de un homenaje. Y estaba tan nervioso, tan ilusionado... Esos días él respiraba por y para el arte...

—Sí, ya imagino —habla de una manera tan teatral que me asquea.

—Pero no fui capaz de continuar —prosigue con voz firme—. Tras la puesta en escena de *Realidad* y apenas tres días antes de que tuviera lugar la segunda *performance*, insistí en que al ser la imagen de una menor debíamos corroborar el consentimiento de la familia. Jorge había aportado un documento, pero era falso, claro está. Pedí encargarme del asunto e informé en privado a Camilo. Aunque para el público fuera una niña anónima, para él se trataba de su medio hermana.

—Al fin, algo de decencia —susurro mientras escucho con los labios apretados.

—Camilo lo visionó en privado y montó en cólera. Me dijo que, por supuesto, no consentía que se proyectase, que él retiraba su participación de una muestra infame que había aceptado semejante material, y que lucharía hasta la muerte por la devolución de aquellas grabaciones. Me apresuré, como puede suponer, a cancelar *Muerte del alma* ante la organización. No obstante, al día siguiente Camilo se presentó allí y, en contra de lo declarado, anunció que sí participaría, pero con una propuesta diferente a la anunciada. Y fue cuando pintó en vivo, ante el público, dos cuadros horribles: *Juicio al arte* y *Juicio al artista*, representando en *collage* la imagen de Jorge ahorcado. Luego abordó al propio Jorge en medio del museo y le agredió ante el público. «¡Ojalá te mate tu propio arte, asesino, desagradecido, monstruo!», le gritó mil veces. Él apenas se defendió ni le denunció porque sabía que Camilo estaba enfermo. Pero la prensa magnificó el asunto.

—Entiendo la rabia de Camilo y su odio a ese miserable —admito tras sus palabras. —No sé

lo que contiene el vídeo pero desde luego, alguien que graba a una niña moribunda y lo convierte en circo, merece más que una paliza.

—Después de aquello, Jorge y yo casi no volvimos a hablar. Quiso explicarme que aquella *performance* era una loa a la fallecida, que Camilo debía entenderlo. Pero siguió sin parecerme adecuado, sobre todo por ese final, con la pequeña... tan fuera de sí.

—Ya imagino cuánto arte veía ese sinvergüenza en el dolor de una niña—murmuro asqueada.

—Jorge se equivocó, aunque no le guardo rencor. «Si sigues por ese camino de carroñero de la realidad, acabarás por tener problemas», le advertí. Tras todas aquellas incidencias en la muestra de 2005, supongo que él mismo fue consciente. Volvió a España y tomó un camino creativo más acorde con su don para el realismo. Y, en fin, aunque no haya llegado tan lejos como apuntaba, ha logrado un poco de reputación.

Sin duda, es una experta. Jorge Vitoro, en efecto, solo brilla ya por su talento innato para el dibujo y porque se codea con la *jet*. Pero en estos momentos, la fama de ese cerdo es lo que menos me importa.

—Me resulta inconcebible que usted le haya perdonado.

—Sigue creyéndome una depravada, ¿verdad? Le perdoné, sí. Pero también logré que *Muerte del alma* no se llevara a cabo y que Jorge entregara a Camilo el resto de material que tenía sobre la niña, ese que yo no llegué a ver y que debe ser lo que contiene este último CD. También conseguí que la organización no retirara al propio Camilo del catálogo de la muestra. Pero Jorge tampoco era ni es ningún delincuente. Tan solo un artista comprometido hasta el límite con su propósito y que, a veces, podría errar en la forma de llevarlo a cabo.

—Me repugna cada vez más esta conversación —digo sin ningún tipo de miramiento—. El creador prometeico... O sea, el oportunista falso que jamás habrá experimentado en su propia carne el dolor que representa. —Ella no me rebate. Solo hace una pausa.

—Voy a decirle una última cosa. Después de eso, Camilo no volvió a hablar del tema, pero sé que siguió fustigándose a sí mismo y odiando el recuerdo de Jorge de una forma obsesiva, como si aún hubiera algo más. —La voz se le quiebra y se interrumpe. Aun siendo una madre atípica, la pérdida de ese hijo debió de partirla en dos—. Cuando Camilo se fue, también se fueron mis ganas de seguir adelante con la galería. Una parte considerable del arte que yo amaba se murió con él y le juro que preferiría que Berta no se hubiera empeñado en coger el testigo. Desearía también que esa muchacha no hubiera invertido dinero en actividades que la sobrepasan, en vez de dedicarse al coleccionismo seguro. Debería hacer caso a Adolfo que, sin duda, sabe cómo desenvolverse.

Miro a la niña que aparece congelada en pantalla. La imagino viviendo en internados, volviendo en vacaciones a una casa gélida, a esta Francesca dura y calculadora que le dio un hogar pero que a la vez la manipuló, que quizá ha forzado esa relación con Adolfo para resarcirse con amplitud de todo lo que perdió al divorciarse de su primer marido.

—Berta seguirá el camino que quiera —rebato, desafiante.

—¡Oh, por supuesto que sí! Y a ti, que no tienes ni un pelo de tonta, te gustaría recorrerlo con ella, ¿verdad? —Me callo, no voy a decirle que preferiría verla arruinada, pero conmigo—. Mira, hijita, te seré sincera. No te niego que Berta parece buscar compañía más en mujeres que en hombres, pero al final siempre ha estado sola y Adolfo es un valor seguro en su vida. Aparte de que a ella siempre le importará mucho el qué dirán. —Hace una pausa que casi me duele—. Y, por favor, ten la bondad de devolver ese vídeo que no te pertenece. Ya me ha contado Aldo

que lo recogisteis ayer, tras toda aquella pantomima espantosa. Dejemos a cada cual con lo suyo, ¿no crees?

La rabia me sube por las venas. «Déjame entonces que yo haga mi trabajo», pienso y cuelgo sin añadir palabra.

Doy al botón de *play*. Voy a verlo de principio a fin sin permitirme siquiera pensar. Un escalofrío recorre mis dedos.

Una niña de cuatro años me va a contar su secreto.





Capítulo 48: La voz que sabía

Día 1:

A la niña le brillan los ojos castaños a la luz mortecina de una lámpara. Sus rasgos se ven difusos y el enfoque oscila. Está sentada en la cama, como si se hubiera incorporado en plena noche. Los tirabuzones cortos le rozan el cuello del pijama y susurra a un caballo de peluche que pone frente a su rostro.

—Despierta, Pepo, vas a jugar con Alma, ¿a que sí? No, ahí no, eres tonto, no me mires a mí. Alma está aquí delante, ¿no la ves? Eres un caballo tonto, tonto, mira, Alma ha venido a verme, está ahí. —Las manos diminutas cogen al caballo de peluche y lo levantan como si quisieran mostrarle algo invisible—. Alma ha venido porque se aburre de noche, ¿sabes, Pepo? Y de día también. Porque allí está todo muy blanco y a ella no le gusta esa casa blanca. Hay gente que mira su camita y le pone tubos, ella quiere venir a casa conmigo, con papi y mami, a nuestro cuarto azul. Pero nadie la oye. —Acuna al caballo y a sí misma—. ¿Sabes, Pepo? Alma dice que ha perdido a su caballito rosa que se quedó en el coche roto, que si tú eres el caballito azul de las dos... Pero ella tiene las manos malitas y no te puede coger.

La cámara continúa grabando el silencio de la niña y el balanceo continuo de su cuerpo apretando el pequeño caballo de juguete.

Día 2:

La niña está sentada, pero ya no en la cama, sino en el suelo, delante de una pared vacía y con iluminación abundante. La calidad de la imagen es mucho mayor, como si la primera grabación hubiera sido casual y esta, preparada.

—Mira Pepo, Alma está aquí otra vez. Dice que fue a verla el hombre de pelo largo que es el hermano grande y que estaba llorando. Le dio un besito y dijo mucho: «Lo siento, lo siento». Y lloraba más y se daba golpes en la cabeza. Y había una mujer de pelo rojo que era la mamá del hombre y le decía: «no vengas más porque te pones malo». Y había otro hombre que a ella no le gustaba. Era el hombre que vive aquí y juega conmigo a las fotos. ¿Lo ves, Pepo? —La niña señala a cámara, pero no mira—. A Alma no le gustan las fotos. Las mujeres que ponen tubos tampoco le gustan, cuando el hermano grande no está, ellas dicen muy bajito que Alma no se va a despertar. Y un hombre de blanco también lo dice.

Acuna al caballo, lo estruja ente sus brazos con desesperación y mira hacia delante mientras repite mucho, como un mantra, una frase digna de ser extraída y exhibida en cualquier *performance*: «El hombre blanco miente, miente; el hombre blanco no dice la verdad»

Día 3:

La niña, nerviosa, aparece en primer plano con el cabello revuelto y profundas ojeras, como si de nuevo hubiera despertado en pleno sueño. La iluminación sobre su cara le da un aspecto fantasmagórico. Agarra al caballo con angustia. Sus rizos se agitan y todo el cuerpo parece temblarle.

—¡Pepo, dice Alma que mami se ha ido ya! —Los ojos le refulgen de lágrimas—. Mami le dijo: «adiós, nena, tú no te puedes ir. Mami se va con papi y tú te quedas con la hermanita». — Su respiración se vuelve cada vez más desacompasada—. ¿Por qué mami no me habla a mí? ¡¡Dímelo, Pepo!! ¿A que Alma ha dicho una mentira? ¿¡A que mami y papi volverán!? —La cabeza de la niña se paraliza. Luego niega con furia y se vuelve a un punto invisible mientras golpea desatada al caballo de peluche—. ¡¡Alma, te odio, no es verdad, no es verdad!! ¡¡Yo no veo nada!! —Al cabo del rato se serena. La cámara enfoca ahora aún más cerca el llanto silencioso que le resbala por la cara. Pronuncia con claridad, de manera espeluznante, una nueva frase, que sin duda merece sitio en una *performance*: «Yo quiero ser Alma y verlo todo... quiero ser Alma y verlo todo...»

Día 4:

La niña está sentada en una silla acunando al caballo.

—¿Sabes, Pepo? Alma está muy triste, dice que el hermano grande ya no va a verla y que solo va el hombre de las fotos. Dice que un día me va a llevar a que yo también la vea, es muy bueno, ¿a que sí? —Una sonrisa brilla, ingenua, en la cara de la niña mientras mira a la cámara—. ¿A que tú eres bueno?

La grabación se corta de repente.

Día 5:

El mismo cuarto, la misma iluminación tétrica, pero la niña aparece en ropa interior, enfocada en plano medio.

—Mira Pepo, Alma está muy enfadada conmigo, dice que no voy a verla, pero el hombre de las fotos dice que no se puede, porque el hombre de blanco no deja pasar a las niñas sanas. Y ella tiene mucho miedo, está ahí, ¿la ves? —Se balancea hablando con el caballo, de nuevo como si se acunara—. Pero, ¿sabes un secreto? Alma lo oye todo, y lo ve... y hasta mueve el dedito. — Su dedo índice se vuelve a cámara—. Y él lo sabe.

Y repite una y otra vez una cuarta frase, hasta la saciedad: «El hombre blanco es malo, no te quiere, Alma».

Día 6:

La niña gesticula, con angustia, de nuevo en ropa interior y con ojeras muy marcadas. Mira con terror hacia un punto indefinido mientras abraza al caballo de peluche.

—¡Pepo, la mujer de pelo rojo ha ido a ver a Alma y dice que es mejor si se va al cielo! ¡Y el hermano grande estaba allí llorando mucho, decía que no! Pero Alma ha venido a verme, dice que no la echen de la camita, que la traigan a casa y así ella hablará conmigo y volverá a ponerse buena. ¡Porque yo la entiendo, Pepo! —Señala a la cámara—. ¡Y él lo sabe! ¡¡Él lo sabe!!

De nuevo se balancea con nerviosismo, repite deprisa, al menos diez veces: «No puedo vivir sin Alma, no puedo vivir sin Alma...»

Día 7:

Ya no aparece el caballo. La niña se muestra, enfocada en plano medio, desnuda de cintura para

arriba, con una diadema de flores blancas que le dan apariencia de criatura fantástica, y mira con fijeza a un punto frente a ella.

—¿Sabes, Alma? El hermano grande no me habla, pero el hombre de las fotos me ha sentado en las rodillas a la hora de la merienda, y yo le he dicho: «Alma se aburre y dice que si ya no puede jugar conmigo, se va a ir donde mami». ¿Y sabes qué más le dije, Alma? Le dije: «Oye... Gorje... Llévale a Pepo para que esté con ella». Y él ha dicho que vale, por eso Pepo está contigo en tu camita, va a cuidarte y te vas a curar. ¡Y Gorje, que es el hombre de las fotos, dice que como las dos estamos solitas, va a jugar con nosotras todas las noches! Pero que no se lo diga a nadie. ¿Y sabes a qué? —Señala a cámara con claridad—. Mira, estamos jugando a que somos dos princesas. —Sonríe feliz mientras toca con la mano izquierda su diadema de flores—. Yo soy una princesa que sale en una película. Y Gorje le dijo a la mujer blanca que te pone tubos que juegue también contigo a las películas. Tú eres la princesa dormida y yo la despierta. ¿A que te gusta el juego?, ¿a que ya no te quieres ir?

Repite tanto que se pierde la cuenta: «Alma, no me dejes... Alma no me dejes...»

Día 8:

La niña está fuera de sí y, de nuevo, sin ropa. La luz golpea de lleno su cara.

—¡¡No puede respirar!! ¡¡Se ahoga!! —Su pecho sube y baja como si fuera ella misma a la que le faltara oxígeno mientras la cámara graba, impertérrita—. ¡¡Ayuda, Alma está en un túnel!! ¡¡Pepo, dónde estás!? ¡¡Dile a la mujer blanca que no juegue a las películas, que le vuelva a poner los tubos!! ¡¡Ayúdala, Pepo, ayúdala!! Alma no ve nada, está negro, no sabe adónde ir!! ¡¡Se ha perdido, me lo está diciendo!! ¡¡Alma, Alma, llévame contigo!!!

La agitación de la niña se intensifica de manera brutal. Se tira al suelo y se contrae en espasmos violentos mientras la cámara se coloca cada vez más cerca. Sus gritos se hacen ininteligibles.

Se oye el chirrido de una puerta, suenan pasos apresurados y una voz de mujer entre molesta y sorprendida:

—¿Jorge? ¿Qué haces aquí? ¿Qué ocurre, es la niña otra vez con las alucinaciones?

—Sí, está haciendo mucho ruido... Cerré todas las puertas para que no os despertara.

—¿Y la estás grabando así, por Dios, casi sin ropa!?

La cámara no ha cesado de enfocar. La cara de la niña es ya de auténtico horror: convulsiona, se retuerce, los ojos se le salen de las órbitas... La cámara la busca insistente y la saca en primer plano. La figura femenina entra en el campo visual y apenas se ve algo de su melena rojiza. Trata de calmar a la niña que se debate, enloquecida, tirada en el suelo.

—¡Tranquila, Berta, querida... ya es suficiente!

Los brazos cubren a la niña, sofocando sus gritos contra una bata de noche negra, hasta que solo se oyen gemidos intermitentes y luego un silencio sepulcral.

—Pobrecita, ¡qué sola se queda...! Mira, parece que se ha quedado dormidita. Pero Jorge, por Dios... ¿en serio sigues grabando?

—A ver, he hecho lo que recomendaba la psicóloga y él no se atrevía a hacer, ¿no?

—Camilo prohibió que se grabara nada, y lo sabía.

—Pues ya no lo haré más, mi amor. Por cierto, era justo esta noche cuando desconectaban a la hermana, ¿verdad?

La cámara recorre el cuerpo desmayado de la niña hasta llegar a sus ojos cerrados, mientras la voz femenina se escucha grave, pero firme.

—Ya te dije que sí. Camilo debe de estar allí ahora, en la sala de espera. Lo ha pasado muy mal antes de tomar la decisión: que si era una equivocación, que a lo mejor la criatura oía o sentía, que no podía hacerle eso a Bertita... Pero esta mañana volvieron a hacer pruebas y no hay indicios de actividad. Supongo que ya habrá acabado todo, es casi medianoche.

La cámara se aleja un poco y la figura femenina, en bata negra, se cuela apenas en el campo visual.

—Resulta duro, pero, desde luego, es lo mejor para para él y para todos. ¿Para qué iba a hacerse cargo de ese problema? Dicen en el hospital que no ha habido reacción alguna en estos meses, y menos mal, porque aunque la hubiera habido, ¿con qué secuelas habría quedado ese cuerpo? Solo era un pedazo de carne en muerte cerebral que ni sentía ni padecía... ¿No opinas lo mismo? ¿Acaso no tengo razón, Jorge? —De nuevo, silencio. La bata negra se agita en torno a la niña dormida. La mano de la mujer, de uñas largas y pintadas, le acaricia el pelo—. Creo que ya está más tranquila, voy a meterla en la cama... ¡y para de grabar ya, por el amor de Dios! Por cierto, ¿qué es lo que gritaba? ¿Qué ha dicho durante estas noches?

—Nada especial, ni te molestes en verlo. Incoherencias...

La cámara queda en negro. La grabación se interrumpe.





Capítulo 49: Espera en

blanco

Al menos en este hospital no abundan los visitantes y sí las plantas, aunque sean de plástico. El suelo de mármol blanco se camufla entre vetas grises que me entretengo en observar como si salpicaran un lienzo de gran formato. Supongo que esta piedra lleva en sí demasiados pasos guardados que le han ido robando el brillo. Mis ojos vagan por cada resquicio en busca de imperfecciones, debe ser deformación profesional.

De nuevo me acerco a la máquina de refrescos. Ya la he usado dos veces en lo que va de espera. Té con limón, ácido y a la vez azucarado. Pero nada que ver con aquel primer Limoncino derramado en la casa de Manarola. Bebo despacio, está demasiado frío.

Sigo aquí, en la maldita perla del Adriático. He pedido varios días más en el trabajo, por más que Garrido, como de costumbre, haya montado en cólera por teléfono.

—¡Hay plazos, Clara, y responsabilidades! Aunque a ti te traiga todo sin cuidado, por lo que parece.

—Pues que manden un sustituto.

Por lo visto, ha dicho de todo acerca de mi profesionalidad, Juan me acaba de llamar para contármelo.

—Pero no hagas caso —me dice mi compañero— y tómate el tiempo que te haga falta. ¿Qué tal sigue esa chica?

Suspiro despacio y el aroma del té helado se me mete por la nariz. Resigo con los dedos la lata fría, mojada. Por la ventana me llega la luz desteñida de esta mañana de niebla y pienso que Venecia siempre es triste, sea fuera o dentro de este antiguo hospital.

—No lo sé. Pensé que preguntaría por mí. Dicen que está mejor, pero no me han dejado verla.

He creído en estos largos días de espera que había habido un antes y un después, que ella me llamaría, que se desembarazaría de tanta falsedad como la ha rodeado y me permitiría acariciar su alma de niña rota. Pero no ha sido así. Espero, mañana tras mañana, en este banco del hospital y, al atardecer, vuelvo al Ponte dell'Accademia, a ver como el sol, inexorable se empeña en irse de mi vida.

Pero no le voy a contar todo esto a Juan, más cuando ahora ve su futuro de color rosa.

—Oye, ¿y con tu mujer qué tal?

—¡Bien, genial! ¿Sabes? Vamos a empezar de cero, como si no hubiera pasado nada. Al principio pensamos en ir a un consejero matrimonial, pero luego nos hemos decidido por un grupo de teatro terapéutico.

Por un momento la risa me aflora a los labios. A Juan le sentó bien Venecia, después de todo. Me cuenta lo contentos que están sus dos hijos, lo feliz —y arrepentida— que se encuentra su mujer y lo resuelta que está la tal Samanta a divorciarse de un marido que en el fondo no la quiere. Chismes, en cualquier caso. Luego escucho su voz, en modo confidente:

—¿Qué hiciste con la famosa grabación? ¿La vas a devolver ahora que la has visto? — pregunta con curiosidad.

—Aldo me dijo que la destruyese de una vez, que ya había hecho bastante daño. Pero aún la tengo conmigo.

Y sí, ahora está aquí, en mi bolso: el primer ataque de epilepsia de Berta, pero lo peor de todo, esa telepatía con su gemela aún viva que hiela la sangre, y también la muerte de la propia Alma, contada en vivo por su hermana de cuatro años. Carnaza de muchos quilates para el Vitoro de las *performances*, que debió de extraer aquellas frases repetidas como un mantra para coronarlas con la crisis final.

Me hubiera gustado hacer tragar ese CD por la garganta a los tres, a Francesca, a Aldo y a Jorge: a una por sus años de codicia y su ceguera, a otro por su «protección» y al tercero por manipular, como si fuera barro, el dolor de una criatura. Por mucho que se sientan inocentes, los tres son culpables, en mayor o menor grado. Pero ya nadie les podrá juzgar.

Todos los miembros de la última *performance* celebrada en el Palazzo Almaviva han ido haciendo libre mutis, como si se tratara de un teatro. Francesca ha regresado hoy a su casa de Andorra, no sin antes contratar, de común acuerdo con Adolfo, una enfermera que cuide a Berta a tiempo completo.

—¿Y *Always me*? —La voz de Juan, cambiando el título al cuadro, interrumpe mis pensamientos. Me suena a fina y certera ironía.

—¿*Always Susana*, dices? En casa, con el autor y su ego.

Al parecer Vitoro ya se encuentra en España con su obra sana y salva, aunque supongo que con la mente en vilo respecto al asunto de sus vídeos sexuales. Pero creo que Berta, convaleciente y en manos de Adolfo, ya no le resulta una amenaza. De hecho, el eterno novio ha aparecido por el hospital varias veces en estos cinco días de ingreso y se ha cruzado conmigo fingiendo que no me conoce. En cuanto a Francesca, ahora creará más oportuno confiar solo en las artes amatorias y persuasorias de su hijo Adolfo, para que la fortuna de Berta vuelva a la familia Verdugo Ladrón.

—¿Y tú, Clara, cómo estás?

No sé qué responder. Yo, la testigo del juicio, la primera en declarar cuánto puede doler ser arte, sigo aquí, día tras día, como un triste perro fiel, esperando a que Berta quiera verme para despedirse, supongo.

Me he mudado a una pensión, la más barata que he encontrado, está en un callejón oscuro, sin canales. No iba a dejar que ella pague ni un céntimo más a cambio de este amor que yo le regalaría a manos llenas.

Veo que una enfermera se me acerca con cara de curiosidad y me pongo tensa.

—Oye, Juan, te dejo, vienen a decirme algo. —Cuelgo con apresuramiento. La enfermera se planta frente a mí y me mira.

—¿Chiara?

—¿Sí?

—*La signora chiede di te*. —Creo que dice.

—¿La señora quiere de mí, eso ha dicho? —le pregunto y me habla más, muy deprisa, pero

en voz baja y ante mi gesto de ignorancia, me hace señas para que la acompañe. Me parece entenderle que no la altere, que esté solo un rato.

El corazón me late como si fuera a estrellarse por las paredes húmedas de este pasillo que huele horrible a desinfectante. Me conduce al ascensor y ya en el segundo piso, a la última habitación del ala izquierda. Toca a la puerta y abre.

Las lágrimas afloran a mis ojos. Allí está ella, sentada en una butaca, pálida, con la cara enflaquecida y el pelo ondulado en su forma natural y recogido sobre un hombro. El brazo derecho pende escayolado de un pañuelo gris, y lleva una bata azul de hospital sobre un camisón blanco con flores diminutas.

Me mira con sus deliciosos ojos castaños que siempre me saben a interrogante tierra húmeda. No puedo hablar, no sé qué va a decirme, pero me emociono. Sobre mí flota, como en un sueño, la niña triste de cuatro años en pijama de topos, la pequeña criatura ya despojada de su caballo de peluche y convertida, a la fuerza, en una mujer.





Capítulo 50: Una góndola azul

La enfermera nos mira a las dos. Al parecer tiene orden de no dejar sola a la paciente. He temblado al ver su expresión perdida. Sé que no debo, no puedo alterarla. Que tras tantos momentos de estrés, cualquier apremio podría romper de nuevo su frágil equilibrio. Me acerco, la beso en el pelo y ella me sonríe con gesto agotado.

—Tenía tantas ganas de verte... —murmuro.

Berta me sonríe apenas y me interrumpe con la mano. Luego habla en italiano con la enfermera, supongo que la anima a salir un rato a desayunar.

En cuanto nos quedamos a solas, siento sobre mí una nueva sonrisa, quizá teñida de tristeza o a lo mejor, de vergüenza.

—Me dijeron que estabas en la sala de espera —dice—, pero no me sentía con fuerzas para ver a nadie. —Me callo, me muerdo los labios porque ya sé que Adolfo ha entrado por aquí con total libertad. Pero me aferro a esta sonrisa que quizá sea su último regalo. Ella me recorre con la mirada, con dulzura—. ¿Cómo es que te has marchado del hotel? Llamé para preguntar, pero me dijeron que te habías llevado tus cosas.

Y me alucina cómo es que aquí, con el brazo escayolado y la cabeza adormecida por los somníferos, ha encontrado tiempo y ganas para pensar en mí.

—Ya has hecho demasiado, Berta. No te toca pagar más.

—Era de justicia, ¿no crees?

Y en su mirada generosa, entiendo que no se refiere a ningún hotel de lujo, claro está, sino a lo ocurrido en el palacio. Lo hizo por ella, pero una parte también por mí. La *performance* que representé hace años ha regresado, como un *boomerang*, a las manos de su dueño y, en mi caso, la cuenta está saldada.

—Vitoro volvió a casa —insinúa. Sé que no debo ponerla nerviosa, pero necesito saber cuántos hilos de la trama ha decidido cerrar por ella misma. Me aterra que se meta en nuevos problemas.

—Sí, lo sé. Aldo me escribió, creo que quería verme en persona, pero no me apetecía nada oír su parrafada espiritual o verle al lado de mi cama. Me pedía perdón por haberme ocultado durante años tantas cosas, me explicaba detalles que yo no sabía y me aconsejaba lo mismo de siempre: soltar lastre, no pensar en lo que me han quitado, mirar hacia delante... —Sus labios dibujan una mueca irónica—. ¿A que es gracioso? Un adicto al sexo regenerado en gurú y dando clases magistrales de control mental.

—¿Entonces te ha dicho algo más?

—Se excusa. Primero me escribe que él ya había superado su adicción cuando estuvo con Francesca, pero que necesitaba un poco de energía terrenal. —La ironía baila en sus ojos, a pesar

de estar convaleciente—. Me dice que entiende a Francesca y que, a pesar de todo, ella asumió bien el fruto de esa relación matérico-espiritual, aunque le dejara claro que su hijo no necesitaría nunca un padre pobre.

—¿Adolfo lo ha sabido siempre?

—¿La verdad de quién le engendró? Por lo visto fue informado tras la muerte de Camilo, aunque a mí siempre se me ha ocultado.

Me muerdo los labios para no hablar. Va a pensar que quiero denigrar a su eterno novio, pero todo esto me produce repulsión. Madre e hijo han preferido la versión de huérfano recogido que la de hijo de un gurú *hippie* que vive con una muda y una tienda de campaña. Eso sí, las letras del nombre Adolfo, incluyen las letras de Aldo, el padre natural. «Todo un detalle por parte de Francesca», pienso con ironía.

—¿Y te fías de él aun habiéndote engañado?

—Lo ha hecho por respeto a su madre. Siempre estuvo muy unido a ella, y por cierto, muy distante de Camilo, que siempre lo creyó adoptado. En el fondo, Adolfo es un buen hijo, supongo. No tiene la culpa.

El nombre del novio eterno suena en sus labios casi con resignación. No me gusta.

—Pero sabía de la muerte de tu hermana, ¿verdad? —Noto que se tensa con brusquedad. Quizá no he debido decir nada.

—Lo siento, no quise sacar el tema... —Ella cierra los ojos como si no quisiera dejar traslucir ninguna emoción.

—Adolfo no tenía ni idea de las grabaciones, nunca ha sabido de la existencia de Alma y ahora dice que comprende cuanto debo de haber sufrido sin ser consciente. En eso está de mi lado, no del de Francesca. De las muchas manipulaciones de mi herencia, durante mi minoría de edad, él dice no saber nada, tiene los mismos años que yo, casi.

—Ya...

Se hace un silencio entre nosotras. Me demoro en mirar su cabello, ondulado, quizá más sincero que nunca, con las raíces de un adorable castaño claro, rotundas y largas. Supongo que la decisión, por su parte, está tomada. El novio eterno ha vuelto a escalar peldaños en la torre de Rapunzel y a ordenar su cabello desatado. Y quizá yo no soy un caballero digno de que le echen una trenza o peor aún, ni siquiera soy considerada como cuerda alternativa por la heroína del cuento.

—Ahora me explico tantas cosas, ¿sabes? —Su voz ha adquirido un tono reminiscente—. La primera crisis que recuerdo la que tuve con ocho años en una juguetería: recuerdo que yo miraba a una cría que llevaba un unicornio de peluche celeste, precioso, y pensaba «¿por qué yo no tengo un caballo azul?» —La miro revolverse en su bata—. Aldo me ha contado que al caballo de peluche lo enterraron con mi hermana, por deseo de Camilo. Mi amiga invisible... —Las lágrimas humedecen sus ojos con un brillo de cristal y me emociono también—. Ahora me doy cuenta de que siempre fue ella. Mi mente se cerró por completo tras aquella primera crisis epiléptica y olvidó todo. Dice Aldo que dejé de preguntar, de nombrarla. Pero ahora me doy cuenta de que ella volvía a asomarse a mi inconsciente. Y todos me hicieron creer que era un sueño y una manía, hasta que acabé por olvidarla como quien huye de las pesadillas.

—No debes pensar ahora en todo eso —digo casi en un susurro—. Solo en recuperarte.

—Pero quiero pensar, ahora es cuando siento que estoy sanando. Una parte de mí murió en aquel accidente, cuando el coche rodó hacia el mar. Y la otra parte se rebeló, impotente, porque nadie la escuchaba, porque nadie entendía que esa niña que era yo no podía soportar la

separación, el engaño ni la soledad. Esas han sido mis crisis, Clara. Yo he querido seguir a mi hermana. —Estoy llorando con ella, en silencio—. Pero al final todo debe ocupar su lugar —prosigue, emocionada—. El Palazzo Almaviva, ese al que tanto he donado, iba más allá de la casualidad, ¿no sería ese nombre otra llamada del «más allá» a mis recuerdos?

Y un escalofrío me hace estremecer. Esa unión tan fuerte que se dice que tienen los gemelos quizá ha luchado, pese a la amnesia, por salir a la luz.

—¿Qué harás con los vídeos sexuales de Vitoro? —pregunto al fin.

—Aldo me ha dicho que lo deje ir... —se interrumpe, se mira las uñas, pulcras y sin color alguno—. Y eso haré. Es más, creo que los devolveré a quien le corresponde tenerlos.

—¿¡A él, a Vitoro!?

—¡Oh no! Primero empezaré por destruir los tuyos, si me das permiso. Pero el resto serán reenviados de vuelta y sin coste alguno, a su dueña, *Always* Susana... —Se ríe—. Desde luego va a convertirse en su pesadilla eterna. Porque conociéndola, después de ver cómo me intentó sacar el mayor dinero posible, creo que sabrá buscarles partido. Que las hienas se devoren entre sí. —Sin duda hace bien en dar un paso atrás, en salirse ya de todo este entramado—. ¿Sabes una cosa, Clara?

—¿Sí? —Escucho su tono confidente y me pongo en tensión.

—Quizá, si ese malnacido que buscaba carnaza en la angustia de dos criaturas; si mi hermano Camilo, que se aterrorizaba de su responsabilidad; si Francesca, que no quería problemas... si todos ellos hubieran hecho caso a aquella niña de cuatro años, yo nunca habría sufrido como sufrí. Si hubieran escuchado a la pequeña que hablaba siempre con su gemela, la que se entendía con ella por encima del cuerpo físico, a lo mejor habría podido lograr que su hermana volviera. —Su voz vacila, los labios le tiemblan—. Si me hubieran llevado a verla en vez de dejarla allí sola y sin cariño, si ese maldito hubiera avisado de que mi hermana oía, a pesar del coma, que movía un dedo cuando se le hablaba... Si Alma hubiera sido escuchada, quizá yo habría tenido ese *alter ego* que he buscado con desesperación sin encontrarlo.

—Berta...

No voy a contradecirla. Nunca podrá saber qué habría sido de esa realidad cuántica de su gemela. ¿Habría podido regresar del coma, aunque fuera con secuelas?

—*Caballo que espera* fue mi boceto, el grito de una niña herida que dibujaba palotes, impotente, viendo cómo su hermana se marchaba. Y luego fue la forma en que Camilo quiso hacer suyo mi sufrimiento y a la vez, de forma torpe, pedirme perdón.

Entiendo su dolor, la confusión que ha experimentado siempre, y ahora entiendo al desgraciado hermano. Camilo trató de sincerarse: Cinco Terre, cinco pistas... Pero no se atrevió y, en su lugar, pintó *Caballo que espera* y aquel otro cuadro terrible del penitente con la garganta roja. Dejaba así, al azar del destino, que alguien descubriera tras sus bastidores, los dos auténticos títulos: *El delito* y *El castigo*. Para él, dar el consentimiento a la desconexión de Alma, aunque su estado fuera ya irreversible, constituía un delito de asesinato y la enfermedad, su condena.

Pero la vida siguió. Y cercano ya a su fin, Camilo realizó una confesión grabada que tampoco se atrevió a entregar. En su lugar se desembarazó de todo a los pies de la Madonna de Montenero, a instancias de Aldo, buscando con desespero la manera de morir en paz. ¿Quizá depositaba en manos del gurú la responsabilidad de informar a Berta?

—¿Por qué te daría de plazo esos diez años, antes de destruir su última obra? —Berta traga saliva y aprieta los labios.

—Aldo me lo ha explicado. Diez años después de su muerte, yo tendría veintisiete años, la edad que tengo ahora, y la que él mismo tenía cuando le diagnosticaron por primera vez esa enfermedad mortal. Supongo que lo veía como un símbolo. Si mi mente no había recordado nada al llegar a esa edad, más valía no saberlo ya nunca. Y supongo que eso quiso decirme en aquel último mensaje que me mandó la noche en que murió: «Olvida y vive, hermana». —Parpadea para contener las lágrimas—. Quizá en ese momento último incluso se arrepintió de haberme dejado tantas pistas.

—¿Y qué harás con su último legado artístico? —La miro con un nudo en la garganta—. ¿Dejarás que lo destruyan como dice el testamento?

—Por supuesto —me contesta enseguida, con dolida firmeza, como si toda aquella adoración que sentía hacia el hermano cuando la conocí se hubiera plegado ante una ineludible justicia.

Se hace el silencio entre nosotras. Por la ventana entreabierta llegan conversaciones lejanas entre los enfermeros que circulan por el pasillo.

—Camilo lo hizo lo mejor que pudo —me atrevo a decir.

—No lo niego. Supongo que el accidente mortal de mis padres debió destrozarle por completo y le aterraba la idea de rendir cuentas ante mí. Pero no voy a guardarle rencor por lo de Alma. ¿Qué iba a saber, después de todo, si ese cerdo de Vitoro me grabó en secreto? Fue después de la pelea a puñetazos, cuando Camilo visionó todo el material y entendió que se podía haber hecho mucho más por ella. Que mi gemela no era un vegetal, que su mente estaba despierta y hubiera querido vivir.

—Berta... —digo tratando de que en mi voz suene un consuelo, pero no quiero cortarla ahora que se está abriendo. Sus facciones se endurecen y su voz se torna oscura.

—Y con Alma a mi lado, aunque hubiera estado postrada en una cama, aunque solo hubiera vivido unos años, a lo mejor yo nunca hubiera sentido esta soledad que me ha amargado tantos momentos de mi existencia. —Aparta los mechones que enmarcan de suave luz su frente, se pasa la mano por los ojos y de nuevo tengo que contener mis ganas de abrazarla—. Pero créeme —prosigue, más serena—, ahora es cuando todo está bien. El secreto ha salido a la luz y nadie va a ningunear la memoria de mi hermana, como incluso hicieron con su herencia. Ella ocupará el lugar que le corresponde aquí dentro. —Señala primero a su pecho y luego a la cabeza—. Y me pide que yo ocupe el mío.

Me impresiona cómo me está hablando, tan tranquila, con la espalda reclinada sobre la butaca. Supongo que al menos esta paz es obra de Aldo y su insistencia en soltar el lastre.

—Clara... —La miro, interrogante—. ¿Recuerdas cuando te caíste por las escaleras en la galería de Milán?

Me lo pregunta con una mirada de infinita dulzura y asiento, apretando los labios. Ya casi lo había olvidado. Mis pies se tropezaron aquel día en plena huida de mi pasado. Y supongo que allí, en el suelo de aquella nave gigantesca, entre cuadros sin colgar, empecé a desprenderme de mi rencor por Jorge Vitoro. Ella, en cambio, se ha precipitado al vacío de un imposible, hasta darse cuenta de que no puede resucitar a nadie sino a sí misma.

—Las dos nos hemos caído —contesto con una sonrisa triste.

—Pero tú te levantaste hace tiempo y a mí me toca ponerme manos a la obra. —Hace un gesto cansado como si la conversación la agotara—. Tengo tanto que hacer...

La garganta me escuece. Empiezo a pensar que quizá quiere acabar ya esta charla pero no voy a dejarla así, con los ojos húmedos de recuerdos. Acercó aún más mi silla a su butaca y le

cojo la mano derecha.

—Escúchame, no estás sola. —Creo que se avergüenza, pero no retira su mano de la mía—. Si tú quisieras... tú y yo... —La voz me tiembla, resigo con mis dedos la piel de su palma tibia. Ahora soy yo la que no se atreve. Hago un esfuerzo mental, mis labios tratan de despegarse, pero solo pueden hablar en silencio, como los sentimientos que no caben en las palabras—. Quisiera decirte...

«¿Qué todo ha sido por ti, por ejemplo?», pienso. «¿Que hoy estoy aquí porque un día dibujé, sin saber, tu sueño y tu dolor? ¿Que igual que tú, me pregunté a quién esperaba aquel caballo del cuadro?»

Pero la voz no me sale de la garganta.

«Hemos compartido tanto... Tú y yo fuimos víctimas de una *performance* demasiado real», quisiera decirle.

Ella ha bajado la vista, como si no quisiera quebrar la intimidad de este instante. Mis manos, rodeando la suya, desearían confesar lo que no hablan mis labios.

«Pero las roturas pueden arreglarse, mi amor», pienso mientras acaricio la piel de su muñeca. «Y por eso te pido que confíes en mí, que soy restauradora de nostalgias y licenciada en sueños rotos. Déjame desenvolver con mimo tu alma, fíate de mí cuando te despoje del blanco de la soledad y el malva de la melancolía. ¿Y, sabes por qué?»

Mis ojos se humedecen y sigo sin poder hablar.

«Porque podría dibujarte de nuevo, quizá con ese caballito de mar que llevas tatuado en la nuca; podría dibujarte a ti, pero a mi lado... y, esta vez, en mi sueño».

Cierro los párpados y mi mente vuela, como en un rapto de felicidad ilusa, a las aguas suaves de esta Venecia que casi, sin darnos cuenta, se nos ha escurrido entre los dedos.

«Podría dibujarte, sí, pero no sobre el papel de mi libreta y a la espera de un imposible, sino en el sol del amanecer que me regalaste aquel día, envuelto en agua. A ti, conmigo, juntas las dos, despertando a un mundo nuevo, a bordo de una góndola azul, como esas que antiguamente surcaban el gran canal. Una góndola azul, como el cielo, patinada de futuro y no teñida de luto ni falsos pasados. Y así, dibujándote libre, podría rellenar esas grietas que te abrieron el corazón y barnizarte de felicidad hasta hacerte brillar tal y como eres, una sola, en vez de un díptico que ya se fue. Para luego mirarte, orgullosa, espléndida, restaurada en tu risa y tus ilusiones... Sin pedirte nada a cambio, solo que me quisieras a tu lado», sigo pensando.

Ni una sola de esas palabras está brotando de mi boca. Y si no brotan, temo que este va a ser el adiós definitivo.

—Berta...

Un golpe en la puerta me interrumpe y ella retira su mano de entre las mías como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Ambas nos volvemos hacia la enfermera, que entra y se nos queda mirando con fijeza. Berta le sonríe, nerviosa y se vuelve hacia mí.

—Te agradezco tanto todo tu apoyo, Clara... y que hayas querido visitarme —me habla con prisas mientras la enfermera se acerca a ella y solicita le toma el pulso en esa misma muñeca que hasta hace un momento han tocado mis dedos—. ¿Y entonces cuándo te marchas?

La enfermera parece satisfecha del resultado, pero su mirada es elocuente: la visita debe acabar ya.

—¿Marcharme? —La barbilla me tiembla, me he quedado como si me hubieran cortado cualquier hilo de esperanza. Al fin reacciono—: Ah, pues... en el primer vuelo que haya mañana.

Y ahora sí que me resigno a que esto no será nunca, a que quizá tuve fe en mi sueño apenas

esbozado, pero en realidad no habrá para nosotras ninguna góndola azul. Veo que es la gratitud lo que ahora ilumina sus ojos y no un amor diferente, transgresor, que la obligue a dar un vuelco a lo que hasta ahora haya creído su entorno acerca de ella. Que puede que lo nuestro no fuera mentira, pero que nunca irá más allá.

—¿Y qué hago con tu grabación, Berta? Aún la tengo.

El registro maldito, la confesión de la niña de cuatro años... Ella no contesta, aunque creo que esperaba la pregunta. Al fin abre la boca y toma aire como si le costase respirar.

—¿Puedo pedirte un gran favor?

—Por supuesto.

—Llévala hoy al Ponte dell'Accademia cuando atardezca y justo cuando acabe de ponerse el sol sobre La Salute, tírala al Gran Canal. Es lo mejor que puedes hacer por mí.

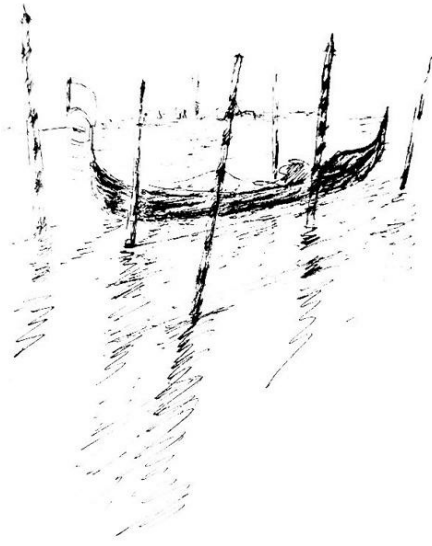
Las palabras se niegan ya a salir de mi boca. ¿Es un símbolo? ¿Allí, en ese puente donde amanecemos aquel día las dos juntas, me pide que cierre el ciclo, que me despida de su recuerdo? ¿Me ruega que la olvide de la forma más cruel posible?

Me levanto y la abrazo, creo que es la última vez que la voy a ver.

—Gracias por todo, Berta —murmuro apretando los labios.

—A ti, siempre y más por este último favor. No voy a olvidarte nunca. —Me mira con los ojos húmedos, retiene por un momento mi mano y luego me la suelta.

Me marcho deprisa, con el corazón destrozado, sin mirar atrás.





Capítulo 51: A1

Atardecer del sueño

He salido de la pensión con el cuaderno en el bolso. Se acabó, esto es el final. He llorado no sé cuánto rato, pero no voy a derramar ni una lágrima más.

El puente aún bulle de turistas y el agua se va tiñendo de gris claro entre un sol de estúpido e inservible dorado.

«No sé ni por qué estoy haciendo esto», pienso ahora, apoyada en la baranda del Ponte dell'Accademia, mientras bosquejo a bolígrafo en mi libreta un apunte del contorno de La Salute. Pero supongo que es el tributo que quiero pagar. Voy a dibujar esta belleza, a arrancarla, a arrugarla y a tirarla, de forma disimulada e incívica, junto con el maldito CD, en cuanto el sol se haya escapado de mi vista. Es la única manera de pasar esta página que mi alma se obstina en conservar.

Hago trazos con dureza. El bolígrafo sigue y resigue la cúpula. Líneas gruesas, incapaces de aprehender un contraluz que es más mancha que raya, más oro que este simple monocromo.

Hay demasiada gente y, por un momento, me rebelo: es injusto despedir con tal amargura a este lugar donde he visto salir mi propio sol. Aunque ya todo me da igual. Esto de que mi corazón sangre en público parece ser ya una costumbre.

—*Brava!* —Oigo decir a una turista que se apoya por unos instantes junto a mí en la baranda. Percibo el roce de su poncho áspero, su sombrero y su voz deseosa de entablar conversación.

Intento sonreír en un mínimo gesto de gratitud, aunque no me molesto en contestar, no me queda mucho tiempo. Estoy construyendo algo que en unos segundos se tragará el canal, como todas las historias de amor que he tratado de dibujar a lo largo de mi vida. Pero no importa. Quizá también sea mi sino esbozar sin concluir o restaurar pinturas de corazón roto para que otros disfruten el resultado.

El sol está casi desapareciendo, encendido en rojos y naranjas. La gente se coloca en busca de la mejor foto, la turista que me ha hablado también se marcha hacia el centro del puente y alguien ocupa su lugar junto a mí. Ahora siento la presión de algo duro pegado a mi brazo, tanto, que me hace perder el control de la línea que dibujo. Me impaciento, ¿es que la gente ya no respeta ni a una triste dibujante?

—¿Podría no empujar, *per favore*?

La palabra se me congela cuando mis ojos se desvían hacia la derecha. Una escayola, un brazo en cabestrillo... Levanto la vista, sobresaltada. ¿Ella... aquí?

Mis corazón da un vuelco, incrédulo y emocionado. Ha venido. Justo cuando se va a poner el

sol.

—¿¡Tú!?

—Claro, ¿quién iba a ser si no? —Ríe con picardía, y sus ojos castaños chispean.

—¿Pero cómo te han dejado salir? ¿No estabas...?

—Mucho mejor de lo que piensan ellos, de hecho he pedido el alta voluntaria. Esa enfermera es un encanto a pesar de todo; parecía preocupada cuando le pedí que me trajera ropa del hotel, pero se ha portado bien. Le he pagado un extra, eso sí, no quiero que cuente nada antes de tiempo. —Me hace un gesto cómplice—. Y tranquila, ya me han regulado la medicación, no me voy a caer por el puente. —Un leve rubor le tiñe las mejillas, dando a sus facciones enflaquecidas toda la luminosidad de este atardecer. Con el pelo revuelto, pantalón amplio y blusa fluida color marfil, parece revolotear junto a la baranda como un dulce pajarillo liberado—. Tú y yo nos conocimos en un boceto —murmura—. ¿A que sí?

Las lágrimas me desbordan, me siento tan estúpida... Ahora ella se comporta con serenidad absoluta y soy yo la que parezco a punto de hiperventilar. Trato de secarme los ojos mientras percibo, confuso, ese aroma a violetas que flota en torno a su cuerpo como aquella primera vez. De nuevo es ella, la preciosa chica que miraba emocionada mi apunte de *Caballo que espera*, la del túnel y el amanecer, la niña triste, la niña rica, la joven perdida...

—¡Ven, o se nos escapará el sol! —exclama entusiasmada. Me besa apenas en los labios, me da la mano derecha y se abre paso, quizá más lenta que otras veces, pero segura—. Aún me siento algo cansada, pero nada que ver con los primeros días. Mira, tengo reservada esa lancha. —Y me señala al embarcadero, donde un chaval en camiseta blanca espera mirando el móvil. Se incorpora en cuanto nos acercamos.

—¿A Murano, *signora*?

—Sì, *per favore*! —Se vuelve hacia mí sonriendo—. Hubiera querido que fuera una góndola especial, ¿sabes que las hay preciosas, de color azul, verde...? Pero solo se usan en las regatas. De todas formas, así llegaremos antes.

Y entro en la lancha y me sumerjo con ella en este mar de oro líquido, sin ver sino sus ojos que me miran dulces y su boca que me busca al principio tímida y que luego se deshace en mis labios como una ola incontenible.

No sé adónde vamos, no me importa, siento la presión de su brazo escayolado y a la vez la blandura maravillosa de su cuerpo apretado contra mí. Intuyo la mirada curiosa, seguro que lasciva, del tripulante. Imagino a todo este teatro de damascos, leones y ventanales neogóticos asomándose con sorpresa a nuestros cuerpos entrelazados, sorbiendo este beso de amor desatado y este abrazo que lleva la sed de demasiados meses a cuestras. Me enredo en su pelo sin ser capaz de ver otro horizonte que esas hebras doradas y castañas al contraluz de La Salute, que se aleja poco a poco.

La aparto por un instante, quiero asegurarme de que todo esto no es producto de mi propio sueño. No sé si reír o llorar.

—¿De verdad estás segura? ¿También de mañana y de pasado?

—Segura y decidida. —Me mira con embeleso y me acaricia el cuello—. Has estado conmigo en el amanecer y has venido cuando atardecía, sin esperar nada a cambio. Tú me das lo que yo busco, lo he sabido desde hace tiempo.

—Pero, ¿por qué no lo has dicho antes? ¿Por qué me has hecho sufrir tanto? —Me guiña un ojo y se ríe como una niña traviesa.

—No quería que la enfermera le diera la buena noticia a Francesca antes de tiempo. Mi

abogado ha estado resolviendo papeles, asuntos que controlaba Adolfo, en los que hacía y deshacía a su antojo, y aún faltaban un par de firmas. Ahora ya tengo garantizado el control, soy libre. En estos días me ha quedado claro que no le voy a partir el corazón sino la cartera.

Me río ante su gesto de diversión. Quizá esto sí sea la felicidad, tomar su cara entre mis manos, mirarla a los ojos, querer besarla despacio y amarla aquí mismo a la luz de esta tarde que huye entre rosas y dorados.

—¿Y adónde vamos, si puede saberse?

—Oh, muy cerca, estamos ya casi en Murano, es lo último que nos queda por hacer a ti y a mí antes de ser felices. ¿Ves esa *bricola*?

En el agua que refulge se levantan unos postes atados, como en muchos otros lugares de la laguna veneciana, pero sobre estos hay una minúscula casita con una cruz y unos ramos de flores.

—Es un *capitello*, una capilla pequeña —me cuenta—. Camilo tuvo su lugar donde dejar el lastre. Tú y yo tendremos también el nuestro... ¿Llevas lo que te pedí?

Con manos nerviosas saco de mi bolso esa grabación que pensaba tirar al canal. La lancha ha parado a instancias de ella y nuestro taxista particular faena hasta dejarla justo al lado de los postes. Puedo casi tocar la madera con mis dedos.

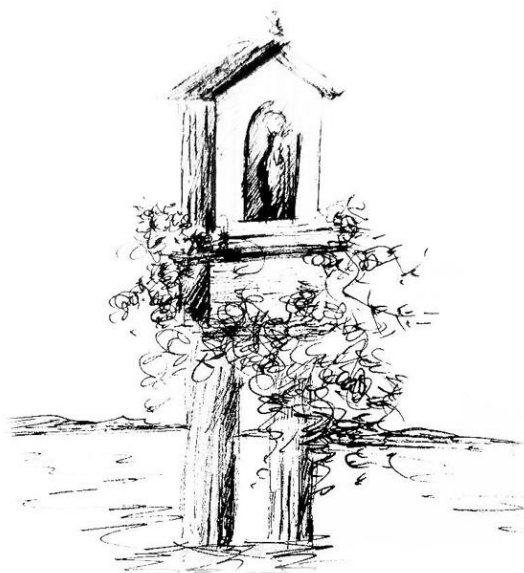
Después, veo que Berta saca de su pantalón otro CD rayado de forma ostentosa.

—Tu herida —me dice. Supongo que ahí han quedado grabadas esas noches malditas de sexo con Jorge Vitoro, que ahí está ese pasado engañado y envenenado—. Y la mía. —Junta en mis manos los dos CD: el de la Berta niña que clamaba en busca de su gemela y el de la Clara joven, engañada por un amor de mentira—. Rómpelos. —Las lágrimas humedecen sus ojos por primera vez en esta tarde mientras yo, también emocionada, parto en dos cada disco—. Se acabó el lastre, ¿a que sí? —asegura con voz firme—. Mi hermana estará tranquila. Ahora ya nunca voy a sentirme sola.

Con gesto seguro tiende los pedazos al taxista que, ágil, estira el cuerpo hasta depositarlos en el interior de la diminuta capillita de madera, entre resecos ramos de rosas. Luego se vuelve a nosotras y nos mira, con simpatía interrogante.

—*Solo cinque minuti, per favore* —le pide Berta, y él se encoge de hombros, asiente y saca el móvil.

La lancha, quieta, se bambolea sobre el Adriático mientras, abrazadas, miramos al horizonte. El sol se hunde entre nubes de oro, en esta paz de agua. Ahora sé que Turner nunca dibujó esta Venecia, ni siquiera Canaletto, y mucho menos yo en mi libreta. Nunca habrá lienzo ni papel donde esbozar esto que ella es, esto que vamos a ser, esto que ahora mismo estoy sintiendo.





Epílogo

*Milán, tres años
después.*

Interrumpo la charla apresurada que mantengo con el equipo de montadores de la galería y me voy hacia la puerta para atender el móvil. Desde que hemos vuelto al trabajo aquí en Milán, tras todo este asunto de la pandemia, hay mucho nerviosismo con la reapertura.

—¡Hola, Juan, qué alegría oírte! —saludo nada más descolgar.

La voz de mi amigo me contesta animosa, como siempre. En estos tres años que han pasado desde que él y su mujer hicieron las paces, creo que su vida ha ido a mejor. O será que eso de ser actor *amateur* además de restaurador confiere a su día a día una continua novedad.

—¿Qué tal, Clara, guapísima? ¿Cómo estáis, ya de vuelta a la normalidad?

—Más o menos, con medidas especiales, pero al fin en marcha otra vez. ¿Y vosotros?

—Todos muy bien, mi mujer, los chicos... Y en cuanto a mí, pues ahí me tienes, aguantando a Garrido y a ese desastre de compañero que tengo ahora, que sabe de lienzos lo mismo que un homínido de Altamira. ¡Un horror de tipo! —Me río. Supongo que, como siempre, Juan se desahoga conmigo pero luego, de cara a los demás, se calla la boca—. Pero no me quejo. ¡Cómo se les está quedando el mundo a mucha gente, Clara! Aunque tú no vas a tener problema. ¡Vaya si lo tuyo ha sido suerte!

—Venga, no empieces... Aquí hago de todo, monto, coordino e incluso restauro.

—A ver, me refería a que... en fin, para lo loca que parecía tu chica al principio, vaya si se sabe desenvolver, ¿no? —me lo dice con guasa, así que no me lo tomo a mal.

—¿Te refieres a su nueva fundación para el estudio de la epilepsia y a sus donaciones para la investigación de pacientes en coma?

—No, más bien a las inversiones que está haciendo al tema del coleccionismo. Es como si de pronto, la galería Alma Sarén hubiera emergido de la nada. Porque además apenas hay fotos públicas de ella, pisa fuerte pero no se la ve.

—No es la típica millonaria amante de fiestas, te aseguro que a nivel de inversiones tiene criterio e inteligencia, aparte de que está muy bien asesorada. Se ha desembarazado de las cadenas de Francesca y su hijo. Y, lo más importante, ya no se encuentra sola.

Pienso en la frase que acabo de pronunciar y tomo conciencia de lo que implica. Porque la soledad a veces puede ser fructífera, escogida, e incluso maestra. La soledad puede patinar el cuadro que es la vida y aportarle el brillo de la creación y la reflexión consciente.

Pero cuando oscurece el color primigenio, ese que la naturaleza otorgó a cada pigmento del ser humano, cuando lo cubre de capas de tristeza, la soledad debe ser tratada y restaurada con urgencia. Y una vez que se ha recuperado su esencia original, la obra debe ser conservada con mimo, protegida con tratamientos preventivos que la mantengan en todo su esplendor, recubierta por un barniz ligero que no tape sino que embellezca su individualidad.

Berta acaba de asomar por la puerta de la galería. Señala a su cabello y me hace una mueca

divertida. Viene de la peluquería.

—Te llamo luego, Juan —le digo a mi antiguo compañero—, que estamos en pleno montaje.

—¡Claro! ¡Ánimo con esa exposición! Ya te contaré los líos judiciales en los que dicen que anda metido nuestro famoso Vitoro... y cómo están lucrándose el hijo y la ex, aireando sus trapos sucios por la prensa amarilla.

—¡Ah, ni te molestes! ¡Un abrazo, amigo! —Cuelgo y la miro curiosa.

—Me queda bien, ¿a que sí? —pregunta con gesto coqueto y sonrío.

Su cabello al fin luce en su color natural, castaño claro, y ahora brilla sano, cortado en una preciosa melena a capas. La luminosidad de sus ojos y de ese pelo en suaves ondas me recuerdan a la delicadeza de los retratos a pastel de Greuze.

—¡Estás genial!

Sin duda, ella, la pequeña Berta, la niña a la que dieron nombre de pintora, la gemela solitaria a la que vida le arrancó el marco y casi la imprimación, ahora vuelve a ser ella, sin pátinas ni bordes destrozados. Y no es solo por su cabello, sino porque ha hallado el equilibrio. No han vuelto los episodios de sonambulismo, tampoco los de epilepsia, salvo algún episodio de ausencia breve. Quizá gran parte del mérito sea suyo y se haya restaurado a sí misma, como superviviente de un díptico, con trabajo y dolor. Quizá, de paso, me haya restaurado a mí, cerrando, con aquella delirante *performance* en el Palazzo Almaviva, la oscuridad de mi rencor.

Pero quiero pensar, cuando la veo sonreírme con sus labios pintados de coral, que también he tenido parte en el proceso. He dado esa última capa de cariño, seguridad y alegría a la persona que más quiero en este mundo. He mantenido su esencia y he clavado el lienzo que dibuja sus sueños en el sólido bastidor del amor que siento por ella.

Y creo, al mirar sus ojos castaños, puedo afirmarlo incluso, sin lugar a equivocarme, que hacerlo ha sido mi mejor restauración.



FIN

Notas

Todos los personajes que aparecen en esta novela son ficticios, así como el palazzo Almaviva, donde se desarrolla parte de la acción de la novela. No obstante, muchos de los lugares que recorren Clara y Berta están inspirados en la maravillosa realidad de Venecia y los pueblos de Cinque Terre. (Por cierto, el túnel de Guvano existe aunque actualmente está cerrado al público).

Los “Urban Sketchers”, que Clara describe en uno de los capítulos, también son reales y embellecen con sus dibujos muchas ciudades del mundo. Participé algunas veces en sus encuentros y puedo asegurar que fueron experiencias artísticas maravillosas, que en muchas ocasiones he repetido por mi cuenta. Al dibujar las ilustraciones que complementan el texto, quise hacerlo así, tal como lo hubiera hecho mi personaje: buscando la expresión, más que la perfección y en una libreta de esas que ejercen de diario. Espero que tanto los dibujos como la novela hayan sido de vuestro agrado.

Agradecimientos

Mi agradecimiento enorme a quienes me habéis facilitado información sobre el trabajo de modelo y la restauración de obras de arte. También a quienes me contaron detalles sobre lugares de Italia y a quienes me aportaron información sobre temas médicos. El caso y las causas de Berta son por supuesto, inventados. Solo pretenden ser un reflejo de lo difícil que es en verdad, engañar al inconsciente.

Muchas gracias a Rocío G. Yuncal, correctora y a Verónica Espinosa, maquetadora y diseñadora de la cubierta, por convertir el proceso de edición de mi tercera novela en una experiencia tan bonita. Mi agradecimiento especial, siempre por supuesto, a quienes habéis leído esta historia y quizá otras que ya he publicado. Sois imprescindibles, ya lo sabéis. Y por último, un abrazo muy especial a quienes de un modo u otro han perdido a su alma gemela, y aun así, siguen adelante.

Índice

[Capítulo 1: El cuadro](#)
[Capítulo 2: Vida de artista](#)
[Capítulo 3: La llamada del pasado](#)
[Capítulo 4: El viaje a la realidad](#)
[Capítulo 5: La extraña invitación](#)
[Capítulo 6: El enigma de las cinco tierras](#)
[Capítulo 7: Manarola y las confidencias](#)
[Capítulo 8: El artista hambriento](#)
[Capítulo 9: La modelo encadenada](#)
[Capítulo 10: Lo que escondía la realidad](#)
[Capítulo 11: Entrevistas](#)
[Capítulo 12: Chismes y una siniestra biología](#)
[Capítulo 13: Dibujos dormidos](#)
[Capítulo 14: Monterosso para dos](#)
[Capítulo 15: El prometido](#)
[Capítulo 16: El secreto de Corniglia](#)
[Capítulo 17 : El mar que se desnudaba](#)
[Capítulo 18: Las sorpresas de un túnel](#)
[Capítulo 19: El gurú de Montenero](#)
[Capítulo 20: La trampa bella y fuerte](#)
[Capítulo 21: La herida recurrente](#)
[Capítulo 22: Aroma a nostalgia](#)
[Capítulo 23: La sorpresa](#)
[Capítulo 24: Mentiras de contraataque](#)
[Capítulo 25: Carne que tapona grietas](#)
[Capítulo 26: El viaje no soñado](#)
[Capítulo 27: Cuando el engaño se confiesa](#)
[Capítulo 28: La verdadera dueña](#)
[Capítulo 29: Amanecer sincero](#)
[Capítulo 30: Escondido en el *palazzo*](#)
[Capítulo 31: Pacto](#)
[Capítulo 32: La dama del vestido Delphos](#)
[Capítulo 33: De cara a la galería](#)
[Capítulo 34: El canal nunca surcado](#)
[Capítulo 35: A ras de agua](#)
[Capítulo 36: Preparativos](#)
[Capítulo 37: El retorno de los fantasmas](#)
[Capítulo 38: La gran *performance*](#)
[Capítulo 39: A la luz de una vela](#)

[Capítulo 40: El cómo y el por qué](#)
[Capítulo 41: Ante el tribunal](#)
[Capítulo 42: El registro insospechado](#)
[Capítulo 43: Justificaciones](#)
[Capítulo 44: El daño invisible](#)
[Capítulo 45: Estallido](#)
[Capítulo 46: La terrible herida](#)
[Capítulo 47: Saber para curar](#)
[Capítulo 48: La voz que sabía](#)
[Capítulo 49: Espera en blanco](#)
[Capítulo 50: Una góndola azul](#)
[Capítulo 51: Al Atardecer del sueño](#)
[Epílogo](#)
[Notas](#)
[Agradecimientos](#)
[Índice](#)